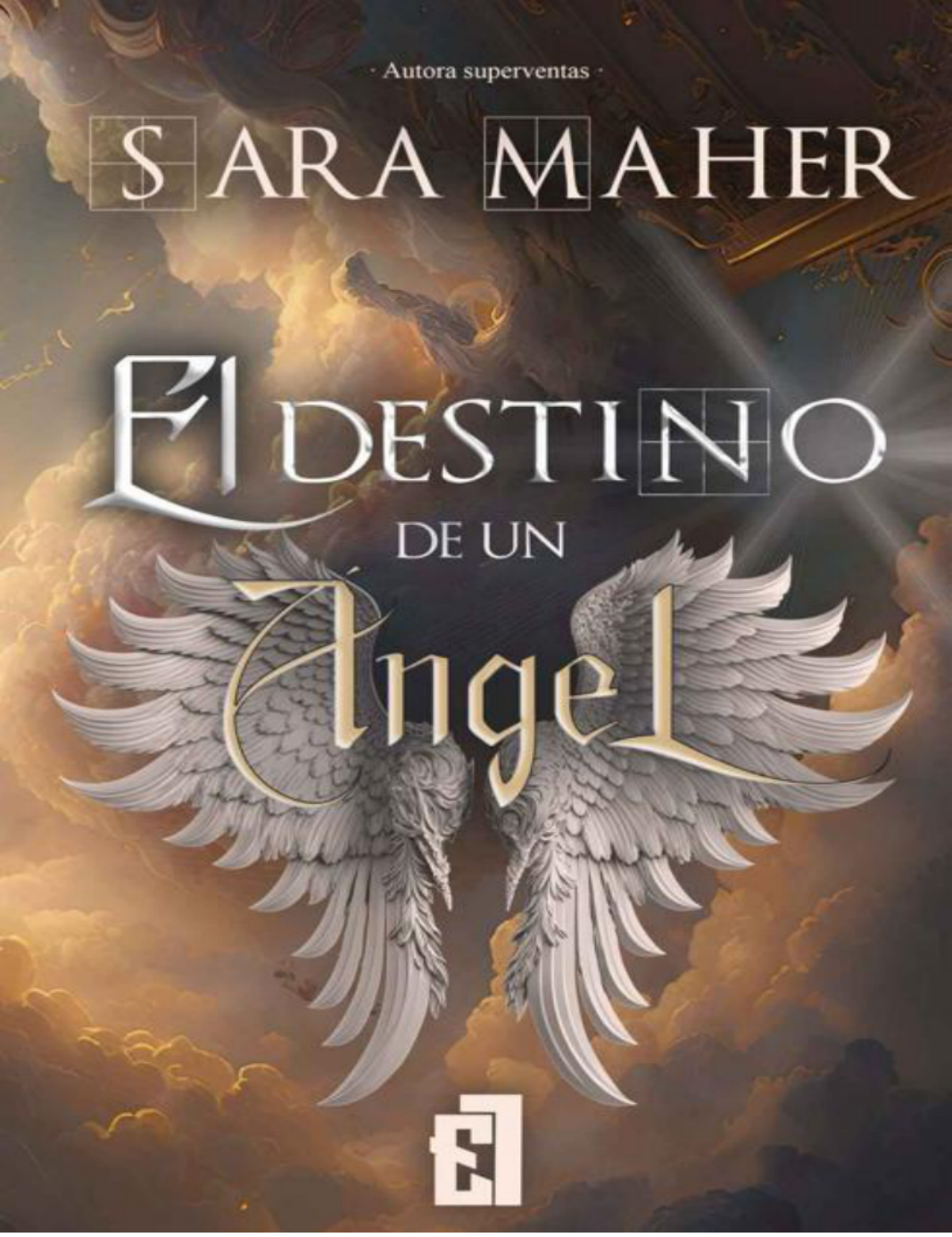

· Autora superventas ·
SARA MAHER
El destino de un Ángel

El destino de un ángel

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Sara Maher 2023
© Entre Libros Editorial LxL 2023
www.editoriallxl.com
04240, Almería (España)

Primera edición: septiembre 2023
Composición: Entre Libros Editorial
ISBN: 978-84-19660-18-3

El destiNo de un Ángel

Sara Maher

A mi madre, quien ya desde pequeña me infundió el amor por nuestro pueblo, por sus tradiciones y su valiosa cultura. Tu voz siempre me inspiró para volar alto.

A mi padre, que a pesar de ser un tejinero adoptivo, no hay año que no baje con él detrás de nuestra parranda para enorgullecernos al ver el cuelgue de nuestros queridos corazones.

Al pueblo de Tejina. No hay rincón en sus calles donde no se respire arte. La música recorre los barrios como un habitante más. Pueblo de bandas, de grupos folclóricos, de cantantes, poetas, coplistas... De toda esta pasión me impregné yo y por eso estas páginas transitan por algunas de sus calles.

Índice

Agradecimientos

Introducción

Capítulo 1

Una foto del ayer

Capítulo 2

Una tormenta inesperada

Capítulo 3

La voz del dormitorio

Capítulo 4

El insólito forastero

Capítulo 5

Hogar, dulce hogar

Capítulo 6

La misión del ángel

Capítulo 7

El niño de la iglesia

Capítulo 8

El calor de una abuela

Capítulo 9

La telaraña

Capítulo 10

El nieto de Jeremías

Capítulo 11

La marcha

Capítulo 12

Una prueba de fe

Capítulo 13

Un milagro llamado Sam
Capítulo 14
La sombra que habita en las pesadillas
Capítulo 15
Una historia de fantasmas
Capítulo 16
Los secretos no son iguales a las mentiras
Capítulo 17
El baile de las mariposas
Capítulo 18
El espejo es el reflejo del alma
Capítulo 19
Una luz demoledora
Capítulo 20
La verdad siempre hiere a alguien
Capítulo 21
La estela de una estrella
Capítulo 22
Eres mi milagro
Capítulo 23
Los caprichos del destino
Capítulo 24
Una bomba de relojería
Capítulo 25
Di que no
Epílogo
Dos años más tarde
FIN
Tu opinión nos importa
Biografía de la autora

Agradecimientos

Esta novela comencé a escribirla allá por el 2014. Lo hacía a ratitos, cuando arañaba un poco de tiempo entre el trabajo y un curso de novela que estaba realizando por aquel entonces. Se coció siempre a fuego lento. Y aunque me hubiera gustado que viera la luz antes, pienso que tal vez no era su momento. Cuando La tienda de los cuentos de hadas fue publicada, tuve que dedicarme a terminar los siguientes volúmenes de Crónicas de Silbriar, y más tarde llegaron los Cazadores de Leyenda, por lo que tuve que posponer de nuevo la finalización de este libro del que ya tenía más de la mitad de las páginas escritas.

Siempre tuve claro su principio y su final. En mi mente, todos los personajes del libro luchaban por tener su propia voz y trasladarse por fin a Tejina. Y ahora me siento muy feliz de que al final haya llegado su momento.

Solo quiero agradecer a todos los que siempre me han apoyado para que este sueño se haya convertido en una realidad, en mi día a día. A mi editorial, Entre Libros, que confía más en mí que yo misma. A mi familia. A mis amigos, que siempre han estado ahí. Y, por supuesto, a mis lectores. No hay nada más gratificante que hablar con ellos y que me expresen sus opiniones sobre los personajes o que hagan cábalas sobre cómo continuará la historia. Gracias a todos, porque me animáis a caminar en este sendero repleto de sorpresas, a veces buenas y otras no tanto, que un día inicié descalza, aunque, poco a poco, se han ido revelando unos zapatos llenos de ilusiones.

Introducción

Ya no lloraba. No podía. Las lágrimas se le habían secado, como esos campos de trigo en los que había descansado durante muchos años y que habían perecido por descuido por la mano insensible del hombre. Sus tierras eran ahora infecundas, el agua se había evaporado y la aridez había tomado el control en las zonas más australes. Nada nacía en ellas y nada moría. El ciclo de la vida se extinguía como la propia humanidad, y él no quería ser uno de los protagonistas de la historia. No le interesaban los héroes ni los profetas. Incluso estos actuaban con egocentrismos, llenando sus espíritus de halagos banales y de una falsa satisfacción, mientras que en el fondo ocultaban su mísera realidad: ellos existían porque otros sufrían. Por eso ya nadie lo sorprendía ni lo alentaba a continuar con su ardua labor. Se había convertido en un recolector autómata a quien no le importaban los entresijos de su trabajo. Viajaba a donde le ordenaban y contemplaba con hastío cómo la sangre era el nuevo recurso que alimentaba la tierra. Sí, el vacío lo había arrastrado hasta consumirse, hasta no reconocerse a sí mismo y detestar lo que siempre había amado. Un silencio desgarrador se había instalado en sus entrañas y lo sumía en una indiferente pasividad. Vacío. ¿Cómo definir esa pérdida de empatía? ¿Era un abandono total del espíritu?, ¿un desinterés que lo había abocado a ser indolente? No encontraba la definición justa a lo que estaba experimentando.

Arqueó las cejas y se permitió por un instante apartar la vista de aquel tenebroso ocaso para así observar a uno de los soldados, quien yacía frente a él, inerte, con una expresión poco agradable. Sin duda, era joven. Veintitantos. El miedo se había apoderado de él en los últimos segundos de su vida. Se había orinado encima, y esa boca retorcida le contaba que apenas tuvo tiempo de gritar. Tras un largo suspiro de resignación, observó cómo el sol dejaba de existir en aquel recóndito desierto. Llegaba la noche, la oscuridad, y debía recoger los desperdicios antes de que la luna iniciara su reinado. Se arrodilló frente al soldado chasqueando la lengua, sin inmutarse ante el rostro impávido que todavía suplicaba piedad. Era hora de comenzar su trabajo.

¡Qué estúpidos eran los humanos! Siglos y siglos de continuas torturas, crímenes, de infructuosas guerras... ¿Para qué? ¿No habían aprendido todavía que no existían vencedores? Solo la destrucción y la muerte. A pesar del inescrutable paso del tiempo, seguían alzándose voces tiránicas que emprendían eternas cruzadas en nombre de la

religión o de políticas que definían como salvadoras. Y, al final, todo siempre terminaba allí: en un campo de batalla. Cambiaban los uniformes y las armas, cada vez más eficaces, más mortíferas, no obstante, el resultado era siempre el mismo: huérfanos, viudas, refugiados... Esa estampa dantesca la había contemplado millones de veces y ya no se estremecía.

Volvió a mirar al soldado. Sus mejillas carentes de sangre, sus pétreas pupilas y su mandíbula desencajada le gritaban que su corazón había dejado de latir. Otra vida se había apagado. Otra más. Sin embargo, extendió el brazo derecho, apoyó los dedos índice y corazón sobre la prominente frente del muchacho y una pequeña esfera azul brotó de sus yemas. Apartó la mano del rostro del soldado y la bola se evaporó. Apenas habían transcurrido unos segundos cuando el joven abrió los ojos.

Desorientado, miraba a su alrededor buscando una ubicación que le resultase familiar, algo que le recordase qué estaba haciendo allí y no bajo las sábanas de su holgada cama. Entonces, una silueta dorada captó su atención.

—¿Dónde estoy?

Aquel misterioso ser no respondió. En su lugar, le tendió la mano. El soldado se levantó y contempló, con una extraña tristeza, su cuerpo ensangrentado en el suelo. El amargo dolor al descubrir que había fallecido se transformó con presteza en una rebosante paz que lo hizo olvidar sus pesares.

—Es hora de que vuelvas a casa.

Capítulo 1

Una foto del ayer

—No soy un buen hombre ni tampoco un fiel servidor de Dios. Entiéndame, no soy un criminal... Pero todos escondemos nuestras miserias tras una sonrisa afable. He mentido, he manipulado y he traicionado a las personas que más he querido. ¿Me convierte eso en un ser mezquino? No, me convierte en un ser humano; lejos de la gracia divina, eso es evidente. Cada uno expía sus pecados de la manera que puede. El perdón y el arrepentimiento pueden aliviar de forma momentánea el dolor del alma. Sin embargo, el remordimiento... Ese te devora poco a poco como un parásito silencioso. Te transforma por dentro casi sin que te des cuenta. Hasta que, un buen día, la alegría da paso a la amargura y esta a la reflexión. Yo ya he recibido mi castigo por mi arrogancia. Y en cierto modo estoy en paz conmigo mismo. Así que, dígame, padre, si no ha venido a darme la extremaunción, ¿qué diantres hace aquí?

El sacerdote contempló los ojos serenos del anciano con cierta compasión. Era evidente que no estaba ante un hombre corriente. Enmascaraba tras unos ojos melancólicos la astucia de un guerrero experimentado que se había enfrentado a decenas de conflictos, incluso de quien ya había coqueteado con la Muerte. Analizó con curiosidad una pila de libros sobre su mesilla de noche: tratados de historia, de derecho y algunos de corte científico. Vestía con elegancia y sus gestos no eran nada toscos; se atrevería incluso a insinuar que eran demasiado estudiados. Sin duda, se trataba de un hombre autárquico que sin embargo había decidido pasar sus últimos años en una residencia para mayores.

Volvió a repasar sus apuntes, sin saber muy bien por dónde empezar.

—He... venido por... otros asuntos —le contestó al fin, titubeando.

—¡Hasta la Muerte se burla de mí! —El viejo soltó una carcajada socarrona.

—En realidad, quería repasar con usted los hechos acaecidos en la iglesia de San Bartolomé de Tejina hace más de medio siglo —le confesó, tragando saliva.

El anciano adoptó una postura rígida y examinó con más atención

al sacerdote. Rondaba los treinta años. Probablemente hacía poco que había finalizado sus estudios en el seminario. Encubría su inexperiencia con un rostro sosegado, delatado tan solo por un ligero temblor en las manos, el cual traicionaba su porte firme. Vestía como los jóvenes de ahora: unos vaqueros desgastados y un suéter a rayas sin planchar, aunque un tradicional alzacuellos confirmaba su condición.

—Había una decena de personas en la misa de la tarde —prosiguió el sacerdote—. Según mis datos, estaban las hermanas Cruz, Pedro el carnicero, Juan Ramos, Dolores la florista y, por supuesto, el párroco en aquella época, el padre Manuel...

—Perdone, padre, pero creo que se ha equivocado de persona —lo interrumpió con brusquedad—. Yo ni siquiera estaba en la isla cuando sucedió la masacre. Es más, debe haber un error en sus notas. ¡Yo era solo un niño!

—Sin embargo, sabe a lo que estoy refiriéndome. Es usted Benjamín Torres, ¿no es cierto?

—Ben, llámeme Ben, si no le importa —lo corrigió, restándole significación al asunto—. Todos en el maldito pueblo conocen la historia. No es ningún secreto. Es imposible ignorar a las malas lenguas. Aunque le repito que yo no nací aquí.

—Sé que no estaba presente en la primera aparición. —El sacerdote inclinó el torso hacia delante—. Pero sí en la segunda.

El anciano soltó una sonora carcajada y contempló con soberbia a un sacerdote medroso. Se recostó en el sillón, entrelazó los dedos y le lanzó una mirada gélida que consiguió erizar el vello de su entrevistador.

—No creerá usted en esas chorradas, ¿verdad? ¿Apariciones? Me sorprende, padre. Lo creía más inteligente, lejos de las leyendas de las pueblerinas más viejas para asustar a los más pequeños.

—No tiene por qué faltarme al respeto con su acusada burla.

—Disculpe —se excusó sin mostrar arrepentimiento—. Pero ¿por qué quiere resucitar esa historia? ¿Y por qué ha venido a verme a mí? Ya le he dicho que no soy un beato. Y no tengo nada que ver con esa absurda fantasía.

—Como habrá adivinado, soy el nuevo párroco —le anunció mientras sacaba un viejo librillo de su chaqueta—. Encontré esto mientras ponía en orden todos los documentos de la iglesia. Son unas viejas notas del padre Manuel. En ellas relata lo sucedido el día de los asesinatos. Como sabe, él fue un superviviente. Muchos cuentan que no se recuperó de los horrores que vivió aquel día. Y que, por desgracia, perdió la cabeza.

El anciano le echó un vistazo al viejo diario del cura sin demasiado entusiasmo. Había muchas palabras sin sentido. Desvaríos

de un viejo loco. Sí, él también había oído la historia. El cura había estado al borde de la muerte, y cuando se recuperó, se obsesionó por descubrir a los culpables.

Leyó con detenimiento algunas de esas palabras que destruyeron su cordura. «Sangre en los ojos», «luz cegadora», «intervención divina», «¿Por qué yo?, ¿por qué yo?, ¿por qué yo?». Le había dedicado a esa pregunta una página entera. Esa cuestión lo torturaba. Le devolvió al sacerdote el libreto y lo miró con perplejidad.

—Sigo sin comprender por qué está interesado en un cuento chino.

—Se trata de mi parroquia ahora. Quiero entender a mis feligreses. Esa historia es parte de la comunidad. —Apartó la mirada y ojeó con nerviosismo el diario—. En el pueblo se habla de algo maligno en el ambiente. Dicen que la iglesia está maldita, incluso algunos se atreven a hablar de un ente oscuro. Yo quiero que se sientan cómodos viniendo a misa los domingos. El padre Manuel lo dice aquí. —Señaló unas palabras del libro—. «Intervención divina»... Algo fuera de lo normal aconteció en la iglesia aquel día. Y creo, Ben, que usted sabe de lo que se trata.

El sacerdote tragó saliva, a la espera de una reacción del anciano. Y por primera vez desde que había entrado en la estancia, observó en las pupilas oscuras del anciano una ligera brecha que rompía por completo su entereza.

Incómodo, Ben emitió un severo gruñido, ya que quizá había infravalorado al joven cura. Era casi tan obstinado como él.

—Ya le he dicho que yo no vivía aquí cuando todo ocurrió.

—Lo sé, pero he estado recopilando los testimonios de nietos y familiares cercanos de las personas que estuvieron presentes en la iglesia ese día. Me han ayudado mucho. Aunque, desde luego, no son testimonios de primera mano.

—¿Y cómo está tan seguro de que yo puedo ayudarle?

—¡Por esto! —El sacerdote extrajo una foto arrugada de su cartera y se la entregó a Ben, quien fingió tener que colocarse las gafas para ver mejor—. La encontré junto a las cosas del padre Manuel. Creo que la escondió en la iglesia para que nadie pudiera arrebatársela.

El anciano examinó la foto con cierta falta de interés, hasta que una sonrisa amarga se dibujó en su rostro. Los recuerdos se agolparon en su mente como cuchillas afiladas dispuestas a herirlo por enésima vez. La sujetaba como si le escociera, tratando de mantener la misma actitud de indiferencia con la que había recibido al cura. Sin embargo, sus ojos marrones lo delataban. No podía dominar ese torbellino de sentimientos que vociferaban por liberarse de la cárcel en la que los había encerrado muchos años atrás.

Carraspeó para devolverlos a su prisión y se concentró en la

fotografía. En ella pudo distinguir con claridad a tres personas: una mujer en el centro y dos hombres a ambos lados. Apreció también la luz dorada que surgía desde la esquina superior de la pared. Podría pasar por un efecto propio del revelado, sin embargo, él sabía que no era así. Después, reparó en una anotación al pie de esta: «Luz divina».

—El padre Manuel debió sacarla desde la entrada lateral de la iglesia. —El joven hizo una pausa victoriosa—. Me ha costado mucho identificar a las personas de esta vieja fotografía. He preguntado a numerosas personas. Hasta que por fin la nieta de la antigua florista reconoció a uno de los hombres —señaló triunfante—. Este señor Torres es usted. Usted estuvo presente en la segunda aparición.

El anciano se ayudó de su bastón para levantarse. No quería escuchar más las acusaciones del sacerdote. No podía. Se acercó a los ventanales y, con semblante nostálgico, lanzó una sentida exhalación. Desde allí observó cómo una primavera tardía comenzaba a teñir de diversos colores las flores y a revivir de nuevo las hojas de los árboles. Una primavera marchita sin el brillo de otros años. Apática. Extenuada. No quería recordar. No quería abrir viejas cicatrices. De reojo, observó al cura, aguardando ansioso desde su silla a que en cualquier momento el hombre del caparazón consistente rompiese su silencio.

—No es bueno despertar a los muertos —dijo al fin—. Algunas cosas deberían quedarse como están.

—Si se trata de una señal de Dios, el mundo debería saberlo. —El sacerdote se levantó y se acercó al anciano con pasos tímidos—. Podría tratarse de un milagro que sucedió aquí, en su pueblo adoptivo. ¿No entiende las repercusiones?

—Hay historias que el mundo no está preparado para escuchar. Y créame, esta es una de ellas. —Clavó su intensa mirada en los ojos ingenuos del sacerdote—. Todavía no ha contestado a mi pregunta. ¿Por qué quiere resucitar a viejos fantasmas?

—Ya se lo he dicho antes: es por el bien de la comunidad. La fe está perdiéndose, las personas necesitan creer. Sobrevivimos en este mundo caótico a golpe de talonario, trabajando para que los más ricos sean más ricos, para subsistir a base de sus migajas, y perdiendo así nuestra propia identidad.

El anciano lo obsequió con una sonrisa perniciosa. Había algo en su rostro que le inspiraba ternura, y sin embargo las razones de su visita continuaban siendo turbias. Carraspeó unos segundos y volvió la vista hacia un horizonte cargado de nubarrones negros.

—Lo que voy a contarle desafía los límites de la realidad que conocemos. Bueno, aunque usted cree en vírgenes, santos y demonios.

El sacerdote ignoró el retintín del viejo. Sabía que era astuto. Se autoproclamaba un no creyente, no obstante, había estado en la

iglesia cuando la luz dorada descendió del techo. ¡Había presenciado un milagro! ¡Un hecho que habría cambiado la historia de la isla entera! Aun así, había preferido callar. ¿Por qué motivo?

—A principios de este siglo, la crisis se había cebado especialmente con las Canarias. Muchos hablaban con esperanza de los brotes verdes, pero nadie veía ese jardín tan esperado. Emma supo enseguida que debía abandonar Tenerife para buscarse la vida. Era diseñadora y tenía grandes sueños, unos sueños repletos de vitalidad. Por eso llegó a Madrid con una bolsa llena de esperanzas. Sin embargo, aunque poseía un gran talento, tuvo que conformarse con trabajos de camarera y secretariado. Así la conocí yo, mientras era entrevistada en el bufete de abogados para el que yo trabajaba.

—Perdone, pero ¿no podría ceñirse a los hechos? —le sugirió mientras tiraba del alzacuellos para despejar su garganta—. Ir al grano.

—La historia la cuento yo como quiero. Y me gustaría hacerlo desde el principio. Míreme, estoy en una residencia esperando a una muerte que no llega. Tengo todo el tiempo del mundo. Si quiere saber qué fue lo que ocurrió, le pido paciencia. —Un tímido sacerdote lo instó a que continuara su relato, temiendo que el hombre decidiese callar para siempre por su inoportuno comentario—. Emma no era una mujer común. Era una apasionada de la vida. ¡Una soñadora! Buscaba la felicidad en el aleteo de una mariposa o en la sonrisa de un niño. Ella era así. Tenía ese brillo en los ojos de aquellos que siempre miran más allá. Se embriagaba con el conocimiento, con la búsqueda de la verdad, y se preguntaba cuestiones que a otros podrían parecerles absurdas. Decía que si el universo era infinito, no podía estar contenido en ningún recipiente y que, por lo tanto, se extendería sin límites. Así trataba de imaginarse un manto de estrellas que no terminase jamás. —Sonrió recordando cómo buscaba las constelaciones durante la noche, como si temiera que de un día para otro se desvaneciesen en el firmamento—. Para mí fue imposible no enamorarme de ella.

—Perdone de nuevo, pero ¿qué tiene que ver Emma con todo esto? —le preguntó impaciente.

—Padre, ¿todavía no lo ha entendido? —Ben señaló a la mujer de la foto—. ¡Emma es el centro de la historia!

Capítulo 2

Una tormenta inesperada

La tormenta arreciaba, y los incesantes truenos parecían golpear su alma hasta rajar sus vestimentas y dejarla desnuda, desamparada. Le dio unos sorbitos a su infusión mientras se arropaba con una gruesa manta en el sofá. No lograba acostumbrarse al aterido invierno de Madrid, pues provenía de una isla con temperaturas suaves todo el año. El termómetro no descendía de los quince grados en su pueblo natal durante el invierno. Cualquier temperatura inferior a esta convertía la estación en la más gélida de la historia; al menos para ella, quien llegó a dormir con una camisa térmica antes de que sus padres decidieran comprar una estufa eléctrica para las noches más frescas. De todos era sabido que si querías pasar frío en Tenerife, debías ir a La Laguna. Allí, la humedad era tal que podías percibir cómo se cortaba tu respiración al instante y cómo tu aliento quedaba suspendido en el aire, inmortalizado unos segundos en los que podía ser retratado por una cámara fotográfica. Hasta los turistas se sorprendían al visitar la ciudad, ya que era un congelador durante la estación álgida, y por ese motivo no dudaban en maldecir los panfletos sobre las islas que les aseguraban un sol eterno y pacífico, como si el archipiélago fuera un oasis donde la lluvia temiese entrar y se quedara impertérrita en el océano, observando a los isleños disfrutar de la playa mientras bebían mojitos para saciar su sed. Un paraíso. Un trocito de cielo en la Tierra.

Sacudió la cabeza, riéndose por lo divertido de la escena. Ahora estaba lejos de su hogar, lejos del mar y de sus enigmáticos atardeceres. Y a pesar de llevar en la capital cinco años, no llegaba a aclimatarse a sus cuatro estaciones bien definidas, organizadas una detrás de la otra, deseando emerger y envolver a su gente con un abanico de fenómenos atmosféricos desconocidos para su blanca piel. Se aferró con ambas manos a la taza, como si así pudiera entrar en calor. Tiritaba. Y empezaba a pensar que no toda la culpa era del invierno. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Había llorado tanto que ya no recordaba cuándo había comenzado la tortura. De hecho, no le importaba. Solo quería saber cuándo el dolor sanaría, cuándo su espíritu se tomaría un descanso y la dejaría libre. La culpa, tan inesperada e irracional, había abierto una brecha insalvable en su

corazón. ¿Cómo había sido tan idiota? ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Escuchó el leve tintineo de unas llaves buscar el minúsculo orificio de la puerta. Ben regresaba del bufete; tarde, como era habitual en él desde hacía ya unos meses.

Emma enterró el rostro entre sus manos, nerviosa. Temía ese encuentro. Tenía miedo de que las explicaciones que él pudiera darle no fueran suficientes para ella. Nunca fue una conformista. Desde muy niña, aprendió que debía luchar si quería conseguir algo, que rendirse no era una opción válida, y que si caía, debía levantarse, sacudirse el polvo y continuar el camino. No existían las rosas sin espinas ni los senderos sin piedras. Así era la vida. «Un valle de lágrimas», como solía decirle su abuela Nana. Una carrera de obstáculos para la que debía prepararse, estar en forma y no perder jamás el objetivo final. No obstante, nadie se prepara lo suficiente y los tropiezos siempre te alcanzan. Demasiados, para no salir herida. Y aquel día, en esa tarde aciaga, era consciente de que debía reponerse a ese nuevo contratiempo. Sin embargo, nunca había sido capaz de lidiar con la traición, ya que consideraba que era una de las penas más crueles a las que podía ser sometido un ser humano.

No era la primera vez que se enfrentaba a ella. Cuando contaba con diecinueve años, bebió de su veneno y se encontró con un sabor amargo en el paladar. En una fiesta universitaria, una de tantas, se excusó un momento para ir al baño, y cuando volvió descubrió que su novio y sus amigos ya no estaban en el local. Se habían ido todos. La habían dejado atrás. Y aunque corrió alocada hasta la salida, deseando tropezarse con alguno de ellos en la calle, su corazón ya la advertía de que la soledad no deseada era huraña. Cruel.

Caminó de noche por una ciudad que se le antojaba desconocida mientras trataba de recordar cuál era el camino que debía tomar para llegar al aparcamiento. No se permitió llorar, pese a la incredulidad que florecía en sus pupilas. «¿Cómo se han olvidado de mí? ¿Cómo él se ha olvidado de mí?». Y sin embargo así había sido. No tenía ni idea de hacia dónde dirigirse. Había pisado esa ciudad unas tres veces en toda su vida, y siempre de día, así que se amparó en la luna llena y decidió seguir su luz. La fortuna, el destino, o quienquiera que fuese, hizo que se encontrara con un viejo amigo, un muchacho con el que había trabajado unos meses en el hotel donde pasó todo un verano de camarera para reunir dinero y continuar con sus estudios. Fran la llevó a casa sin hacer preguntas y ella se lo agradeció. Necesitaba arroparse en el silencio de la noche y percibir el calor de la luna que la había conducido hasta él.

A la mañana siguiente, comprobó que no tenía ningún mensaje en el móvil. ¿Cómo era posible que todavía nadie se hubiese dado cuenta

de que nunca regresó con ellos? Le escribió a su novio y también les envió unos cuantos mensajes a varias de sus amigas. Sus respuestas no le sorprendieron. Todas pensaban que se había marchado con Joaquín, ya que al final de la noche se dividieron. Enfadada, se dirigió a la casa de su novio, dispuesta a terminar la relación. Y fue entonces cuando desde la otra calle divisó a Joaquín despidiéndose con un beso apasionado de una de las chicas de la fiesta, de la que ni siquiera recordaba quién de todos sus amigos la había invitado. En ese momento, debería haber cruzado la carretera y abofetearlo, humillarlo delante de esa joven de cabellos negros y de quien desconocía su nombre, y tal vez dejarlo plantado con una frase que recordara para siempre. En cambio, se quedó inmóvil, petrificada, sin palabras que rozaran sus labios ni piernas tersas dispuestas a atravesar la calle. Agachó la cabeza y se dio media vuelta.

Joaquín siempre fue un idiota. Emma siempre supo que su relación no duraría, y aunque sintió su pérdida, se repuso con cierta facilidad. Unas cuantas noches de llantos amargos, eso fue todo, pues no quiso dedicarle más tiempo a alguien que no se lo merecía. Estaba empezando a vivir, y todavía le quedaba un largo camino por recorrer, lleno de esperanzas y nuevos encuentros.

Sin embargo, Ben no era Joaquín. No era el clásico arrogante que miraba a sus pretendientes por encima del hombro. Ben era distinto. Tenía sueños, como ella, sueños por los que había batallado con sudor y un tesón envidiable, y también por los que había sido recompensado con un puesto en uno de los mejores bufetes de la capital. Era apasionado, divertido y presumía de su carácter conciliador cuando necesitaba llegar a un acuerdo urgente con sus clientes. Ben no era Joaquín. Le había confesado que no concebía un futuro sin ella, sin niños que correteasen por la casa y se abrazaran a él cuando regresara del trabajo. Incluso le había pedido matrimonio unos meses atrás. Y como era consciente de que Emma provenía de una familia muy tradicional, había hablado primero con su padre, y este le había dado su bendición. Por eso no comprendía la razón por la que Ben había decidido tirarlo todo por la borda, abandonar el barco que habían construido juntos y dejarla sola al frente del timón contra viento y marea.

Observó cómo lanzaba las llaves sobre la mesa y soltaba su maletín en la silla del comedor. Después se acercó a ella con paso cauteloso e indagó en sus ojos verdes, humedecidos por su propia tormenta. Lo sabía. Sabía que lo había descubierto. Y él, aunque trataba de mantener el porte, era consciente de que lo delataba el ligero temblor de sus labios, ese que se esforzaba en controlar con pequeños mordiscos. Emma esperó a que una palabra naciera de su boca, quizá de arrepentimiento, tal vez de culpa. Sin embargo, se limitó a mirarla

mientras estiraba el cuello, preparando su defensa para sus más que merecidos reproches.

Sí, tenía que atacarlo, ser fuerte esta vez y golpearlo con dureza. No obstante, de nuevo, creyó formar parte de una pesadilla de la que despertaría, porque ella no se merecía esa verdad. Su cerebro no lograba procesar ese presente y se repetía hasta la saciedad que estaba viviendo una terrible farsa, un malentendido, una odiosa mentira que el destino había elaborado para castigarla. Quizá porque había renunciado a su gran sueño. Y todo lo había hecho por él. En esa ciudad no podría presumir jamás de su talento —lo había descubierto en cuanto le solicitaron cartas de recomendación—, como mucho aspirar a asistir a cursos impartidos por profesionales inimaginables en la isla. Tal vez estaba condenada a ser secretaria de ese maldito bufete hasta que su espíritu se consumiera. Y eso la deprimía aún más. Había apostado su alma al amor, convenciéndose de que, aunque no se convirtiera en una diseñadora de prestigio, encontraría su felicidad en los brazos de Ben. ¡Qué idiota había sido! ¡Lo había perdido todo en ese juego absurdo llamado vida!

Impávido, él permaneció de pie junto a ella, y eso la irritó aún más. Emma escondió su mirada quebrada para ocultar sus lágrimas, las cuales comenzaban a brotar de nuevo detrás de su cabello ondulado. Ben la miró con cierto orgullo. ¿Y qué si había descubierto su aventura con una de sus clientes? Podía comprender su confusión, pero aborrecía las escenas dramáticas. Y ese día estaba extenuado. Había sido demasiado duro para finalizarlo con una discusión irracional. Sí, había cometido un error, lo admitía; un terrible desliz, como sucedía en miles de relaciones. Él podía aceptar sus condiciones sin objeción y ella lo superaría. ¿Para qué enzarzarse en una riña nociva que al final los conduciría a esa conclusión? ¿Por qué no podían saltarse los diálogos enlatados?

Emma aguardaba una palabra suya, una frase que contuviera al menos un «Lo siento» en medio de unas ráfagas de excusas sin sentido. En cambio, él se empeñó en su mudez. Y fue entonces cuando ella se armó de valor. No iba a quedarse de brazos cruzados mientras él adoptaba esa actitud arrogante. «Otra vez no», se dijo.

—Quiero que recojas tus cosas y te vayas —le espetó, harta de su indiferencia.

—¡Oh, no! No tienes por qué hacer una tragedia de esto. Lo que pasó, pasó y ya está. Busquemos una solución conjunta que nos agrade a los dos. No saques las cosas de quicio.

—¿Es eso lo único que se te ocurre decir? ¿Que no haga un drama? ¿Por qué eres siempre tan tan... insensible? No puedo más, no puedo. —Soltó un grito de frustración, evitando que las lágrimas pudieran empañar sus ojos de nuevo—. No quiero verte, Benjamín.

Él arqueó las cejas, desconcertado.

—¿Benjamín? En tu vida me has llamado así.

—¿Y cómo quieres que te llame? ¿Cerdo? ¿Cabrón? ¡Dímelo tú!

Ben suspiró resignado, ya que no podía replicar sus insultos. Entornó los párpados despacio, y al abrirlos descubrió a una mujer frágil, descompuesta, irreconocible para él. Emma era fuerte, con una personalidad arrolladora, siempre dispuesta a afrontar el siguiente asalto. En cambio, la persona que tenía frente a él luchaba por mantenerse en pie y su voz temblaba a la vez que se secaba en vano las lágrimas que recorrían sus pálidas mejillas buscando un nuevo hogar.

Él se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Al principio, Emma cedió. Se dejó llevar por la angustia que no le permitía respirar, esa que la devoraba por dentro y la hacía sentir minúscula. Después se apartó de él y lo golpeó sin parar en el pecho con los puños. Ben aguantaba sus embestidas con una estoica heroicidad.

—¡Vete! ¡He dicho que te vayas!

—Emma... —Quiso abrazarla de nuevo, pero ella se lo impidió.

—¡No, no! Déjame tranquila. Por favor, vete.

Meditó con cierto pesar su súplica. Él no quería discutir; para ello ya contaba con los tribunales y su propio despacho. La miró con cierta condescendencia, consciente de que su novia necesitaba desahogarse de alguna manera. Así que, con una punzada aguda en el corazón, llegó a la conclusión de que su presencia solo aumentaría su dolor. Y se marchó.

—¿Por qué lo hizo? —El anciano miró al sacerdote sin comprender su curiosidad en un asunto que *a priori* no lo había llevado hasta allí—. Dijo que estaba enamorado de ella.

Él frunció los labios, pensativo.

—Ojalá pudiera borrar mi estupidez. Créame, me habría ahorrado todos los problemas venideros. Era un idiota ambicioso. Y pensaba que una infidelidad no era para tanto. Podría haber pedido perdón, suplicar que me dejase quedarme a su lado... Pero no lo hice. El orgullo es mi mayor pecado. ¡Ahí lo tiene, padre! ¡Mi pecado! Pensaba que ella tenía una rabieta y que necesitaba patalear, llorar sin más. Incluso sabiendo que podría denunciarme al colegio de abogados y que podría perder mi licencia, no la consolé. Conocía a Emma. Ella no era una mujer corriente. No había maldad en sus actos, y estaba seguro de que no buscaría venganza, al menos no de ese tipo. —El hombre descansó su mirada unos segundos—. Ojalá hubiera hecho las cosas de otra manera... Sin embargo, me fui. Y eso desencadenó una serie de hechos desastrosos.

El joven se inclinó hacia delante, intentando adivinar a qué se

refería el viejo. No obstante, su mirada era hermética, silenciosa. Le resultaba imposible traspasar aquellos ojos marrones.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, yo no estuve presente en todos los acontecimientos. Algunos sucesos los conocí *a posteriori*. De otros, simplemente até cabos. —El viejo volvió a examinar la foto con pesar y soltó un pequeño suspiro manso—. Aquella noche fue el comienzo de todo. Era imposible predecir que algo así pudiera ocurrir... Nunca debí marcharme.

Capítulo 3

La voz del dormitorio

Sus párpados cedían poco a poco al cansancio. Deseaba abandonarse y no escuchar sus propios pensamientos enrevesados. Sus ojos enrojecidos rozaban la calma de un sueño indoloro. Ben siempre se había comportado como un caballero con ella. Era atento y comprensivo, al menos hasta que su hambriento jefe le había pedido más dedicación en sus casos. Era verdad que había comenzado a pasar más tiempo colgado al teléfono. Incluso a veces, mientras charlaban, su móvil sonaba y él se excusaba diciendo que era importante y que debía responder. Ella no decía nada. Se limitaba a contemplar sus gestos desde la distancia jugando a adivinar quién le hablaba desde el otro lado de la línea. Era su trabajo, su sueño, aunque ella hubiese preferido que sus innumerables expedientes jamás traspasasen los muros de la casa.

Su jefe era odioso. Sus ojos opacos centelleaban cada vez que olfateaba una oportunidad de acumular más dinero. Y Ben era arrastrado por su ambición. Tenía que hacer realidad sus delirios de grandeza, colmarlo con brillantes victorias y ayudarlo a aumentar su cuenta bancaria. Debería haberse plantado, haberse negado a contestar sus llamadas a primera hora de la mañana —fuesen domingos o festivos, pues también él necesitaba un respiro—, haberle gritado a la cara que no le importaba si sus porcentajes disminuían. Él era abogado, no una máquina de hacer dinero. Pero Ben adoraba profundizar en sus casos y estudiarlos desde diferentes perspectivas. No obstante, esa adulación enfermiza estaba cambiándolo. Apenas coincidía con él en el trabajo. Regresaba a casa irascible y con los nervios a flor de piel. En las últimas semanas, ella ni se atrevía a preguntar cómo le había ido la jornada por temor a que él estallase trasladando la tormenta a su hogar, e incluso debía admitir que había fingido dormir cuando se metía en la cama a altas horas de la noche.

Sin embargo, se repetía que había sido Ben quien había insistido en que viviesen juntos, y, a pesar de no estar muy segura, había accedido. Entonces, ¿por qué le había hecho aquello? ¿Por qué se negaba a mostrar arrepentimiento? ¿Y por qué su actitud era la de un neandertal orgulloso?

Ahogó un suspiro angustioso. Por fin empezaba a escuchar sus

propios latidos, y eso era una buena señal. Ya no pensaba. Ya no escuchaba el martilleo de sus propios reproches. Debió darse cuenta. Debió darse cuenta...

—¡Aleluya! Tanto llanto estaba resultándome desesperante.

Emma abrió los ojos de par en par e inspeccionó el dormitorio con una mirada inquieta. Después, apartó las sábanas y se encaminó hacia la ventana, la cual estaba entreabierta, permitiendo así que los sonidos de la noche irrumpieran en la estancia. Descalza, detuvo el vaivén de las cortinas empujadas por una suave brisa y dibujó una mueca de consternación. Sus sentidos debían haberla traicionado. O, quizá, todo el malestar que albergaba en su interior estaba confundiéndola, ya que creía haber escuchado murmullos.

Antes de bajar la cristalera, se deleitó con la cándida luna llena que, glamurosa, iluminaba la calle con sus inocentes centellas. Esbozó una sonrisa al comprobar el ajetreo continuo de los camareros en el restaurante de la esquina. Los platos volaban hasta las mesas, repletas de unos comensales deseosos de degustar su famoso *rissotto ai funghi*. Luego, cerró la ventana con la esperanza de amortiguar los rumores procedentes de la vía, se enjugó las últimas lágrimas y lanzó una exhalación, resignada.

—No más lamentos, por favor.

La joven se giró espantada. La voz que escuchaba no provenía de la calle, sino del interior. Había un intruso en su casa. Ahora estaba segura.

—¿Quién está ahí?

Emma se arrepintió de inmediato de haber formulado la pregunta. Si era un ladrón, era evidente que jamás respondería. Es más, ya lo había advertido de que estaba bien despierta y alerta, así que agarró con fuerza el candelabro de plata que su abuela le había regalado años atrás y tragó saliva muy despacio.

—Dios mío, que no sea un violador —murmuró entre dientes.

El ángel la observaba extrañado. Algo confuso. No había nadie en la casa más que ella. Sin embargo, la muchacha temblaba de arriba abajo como un castillo de arena ahogado por las olas del mar. ¿Por qué actuaba de esa manera? ¿De quién trataba de defenderse? No había nadie más en la casa. A no ser que... No, eso no podía ser posible. Pero ¿y si lo fuera?

—¿Puedes oírme?

Emma ahogó un grito tapándose la boca con una mano. Tenía que llegar hasta su móvil perdido entre las sábanas de la cama.

—No voy a hacerte daño. Por favor, contesta si puedes escucharme.

—¡Sí, sí, sí! ¡Claro que puedo oírte! —exclamó desesperada—. ¿Qué quieres? ¿Por qué me torturas de esta manera? ¿Eres un

psicópata? ¿Uno de esos a los que les gusta jugar con sus víctimas antes de degollarlas?

Desconcertado, el ángel miró a la joven de manera compasiva. Estaba aterrorizada. Se había abalanzado sobre la cama y, desesperada, había buscado su teléfono. Percibía sus latidos agitados y sus respiraciones cortas y atormentadas. A pesar de ello, no le preocupaba en absoluto su estado trastornado y su evidente histerismo. En ese momento, en él solo cabía una pregunta: ¿Cómo una simple mortal podía escucharlo siquiera? Se acercó a la joven en silencio y la examinó con detenimiento. No percibía nada especial en ella, ni siquiera poseía la marca de los profetas. Era una mujer insulsa, nada más.

—¿Por qué juegas conmigo? ¿Dónde estás?

—Estoy justo delante de ti. —Emma dio un respingo y retrocedió —. No puedes verme, y sin embargo estoy aquí.

Con un nudo en la garganta, su mirada angustiada voló por todos los rincones de la habitación. Su corazón quería escapar de su pecho, abandonarla y buscar un refugio muy lejos de allí. ¿A quién estaba enfrentándose? Escuchaba su voz grave, determinante, pero era incapaz de situarlo en la estancia. Asió el candelabro con firmeza, aguardando el embiste de su atacante invisible.

—¿Quién eres? ¿Un fantasma? ¿El espíritu de la persona que vivió en esta casa antes que nosotros?

El ángel soltó una risotada estrepitosa, una que hizo vibrar las paredes de la habitación y que ella percibió con ferocidad.

—Por favor, no me insultes.

—Entonces, ¿quién eres?, ¿qué eres? —Emma ya estaba convencida de que no se trataba de alguien humano, puesto que su voz era cercana y ella continuaba sin poder individuarlo.

—Mi nombre es Samandiriel. Soy un ángel celestial.

—¿Me tomas el pelo?

—No tengo por costumbre mentir. De hecho, no sabemos hacerlo.

—¿Por qué no puedo verte? —le preguntó, sujetando con más fuerza si cabía el candelabro.

—Quedarías ciega ante mi presencia. Aunque tampoco estás capacitada para escucharme, y sin embargo lo haces.

El ángel continuaba turbado, casi perplejo. Era una sensación que había experimentado muy pocas veces, y eso lo confundía de una manera inexplicable. ¿Por qué esa insignificante mujer podía escucharlo? Se acercó aún más a ella y le rozó con suavidad la frente. Emma se estremeció.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Lo has sentido?

—Sí, he notado algo de calor —le contestó titubeante—. Y he visto

como un halo de luz plateado, una pequeña esfera tocar mi piel. —Tras sacudir la cabeza, se enderezó y volvió a retroceder unos pasos—. ¿Por qué estás en mi casa? ¿Qué quieres de mí?

El ángel ignoró las preguntas de la chica, ya que continuaba absorto en su increíble descubrimiento. ¿Cómo podía ser posible? ¿Cómo había logrado comunicarse con él?

—Ve y duerme —le ordenó.

Emma experimentó un repentino sopor y tras varios bostezos se refugió de nuevo en su cama, sumergiéndose en un profundo sueño, uno reconfortante y del que no quiso despertar jamás. Entretanto, el ángel la examinaba con cierta incredulidad, pues esa muchacha lo intrigaba en demasía. Le suscitaba demasiadas preguntas que él debería saber responder, pero no hallaba una solución satisfactoria a su debacle. De hecho, lo asoló una fascinación repentina, casi poética. Ella debía poseer algún tipo de don que él no lograba descifrar. ¡Y eso era imposible!

A la mañana siguiente, cuando Emma se levantó, no recordaba nada de lo sucedido la noche anterior. Se preparó, como era habitual en ella, un café con leche con sus indispensables tostadas de mermelada de melocotón. Había telefoneado al bufete con un temple del que ella misma se había maravillado, y se había excusado argumentando que estaba enferma y que se ausentaría toda la semana. La realidad era otra muy distinta. Estaba destrozada. Tenía el rostro tan hinchado que apenas se reconoció en el espejo al lavarse la cara, y también un fuerte dolor de cabeza que quiso mitigar con un par de pastillas. Encendió la televisión, dispuesta a enterrar su dolor con películas románticas de dudosa calidad. No era su género preferido, pero cuando algo la afligía, se sumergía en ese utopía de risa fácil y finales felices. Así debería ser el mundo: un cuento de hadas donde todos, después de un largo camino, comieran perdices.

El señor Torres entrelazó los dedos de la mano y, con la mirada perdida, jugó con los pulgares ante la mirada atónita del sacerdote.

—Yo era ajeno a todo su sufrimiento. No es que no me sintiera culpable. Es que no podía permitírmelo. Tenía un par de casos que me absorbían todo el tiempo. Y ni siquiera pensé en llamarla esa mañana. —El viejo leyó en los ojos del cura—. Sé lo que está pensando: que soy un insensible y un ser cruel. Ya le dije que mi pecado siempre fue el orgullo. Y por eso, padre, debería ser juzgado.

Sin embargo, el joven sacerdote decidió permanecer callado. Había otras cuestiones que revoloteaban sobre su cabeza y que por el momento no tenía intención de compartir con el anciano. Ya él mismo lo había advertido: no era un hombre ejemplar, y puede que después de todo necesitara esa confesión como medio de redención. Él no

estaba allí para enjuiciar su comportamiento poco moral. Él necesitaba respuestas.

Emma lamía sus heridas con cierto sentimiento de culpa. Nunca había sido una mujer celosa, ya que para ella la libertad era esencial en una relación, y sin embargo ahora se preguntaba si ese había sido su gran error. Quizá debería haber sido más cauta, más posesiva, como sus amigas siempre le decían. Ella se definía como una romántica empedernida, pues creía en el amor sincero y en que, si este era verdadero, jamás sucumbiría a las tentaciones que pudieran ponerlo en peligro. Era una completa idiota. Los hombres eran incapaces de comprender el significado puro de la palabra amor. Sin condiciones. Sin mentiras.

Mientras intentaba distraerse con las idas y venidas de los protagonistas de la película en su búsqueda infructuosa del amor, una tormenta incesante de dudas continuaban torturándola. Se sentía desgraciada, sumergida entre decenas de pañuelos de papel, pues su nariz moqueaba continuamente. Y todavía, en lo más profundo de su ser, deseaba que todo fuera una pesadilla lejana. Irreal. Para colmo, había comprobado el móvil decenas de veces y no tenía ningún mensaje de Ben, solo varias llamadas de su madre. No estaba en las mejores condiciones para hablar con ella. Candelaria hacía alarde de poseer una intuición muy fina y no tardaría en bombardearla con infinidad de preguntas en cuanto percibiera que su estado de ánimo rozaba la decadencia. Después, no dudaría en hacer una tragedia griega y rogarle que volviese a la isla. O lo que era peor, amenazarla con presentarse allí dispuesta a mediar entre los dos. Su madre adoraba a Ben. Lo había calificado como un joven guapo e inteligente, bien posicionado. Sí, iba a ser un gran disgusto para ella. Por esa razón no podía afrontar una conversación con su familia en ese momento.

Tampoco tenía mucho que decir. Ignoraba si su relación podría salvarse. Ben actuaba como un ególatra presuntuoso. Llevaba con él prácticamente desde que había aterrizado en la capital y hacía tres años que compartían piso. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Y si era Ben el que le decía que se fuera? Ella no podía permitirse pagar el apartamento sola. Los alquileres en Madrid eran desorbitados y tendría que ingeniárselas para buscar una compañera de piso. O tal vez sí que debería volver a casa.

¿Cómo le había hecho aquello? Parecía que no había ni un atisbo de arrepentimiento en él. Y ella no podía construir los cimientos de una relación con indolencia y mentiras. Estaba cansada. No, no iba a luchar por él. No iba a ser quien lo llamase. Si había decidido fugarse con la ricachona de su clienta, que lo hiciera, pero si estaba esperando

un combate de boxeo entre las dos, que esperase sentado, pues no iba a participar.

—Pensaba que ya no tendrías más lágrimas que derramar. Sin embargo, veo que eres una fuente inagotable de recursos naturales.

Emma profirió un grito y cayó al suelo desde el sofá. Espantada, asomó la cabeza por detrás del brazo tapizado de un color crema poco afortunado. No había nadie. Debía estar delirando. Puede que el efecto de las pastillas que había tomado para dormir se prolongase más horas de lo debido.

—No finjas que no te acuerdas de mí.

Se incorporó muy despacio y observó la estancia con minuciosa prudencia. Todo parecía en orden dentro de su perfecto caos, ya que ni se había preocupado en recoger los pañuelos de papel que se estrellaban como avioncillos con alas húmedas contra el pavimento. Respiró hondo. Luego, alarmada, corrió hasta el pasillo y cogió la escoba. A continuación, se armó de valor, regresó al salón y apoyó ambas manos en el mango. Nadie. Estaba sola. Se apartó un mechón pelirrojo con el brazo y suspiró más calmada. ¡Alucinaciones! Estaba padeciendo algún tipo de trastorno auditivo.

Entretanto, el ángel la observaba divertido. ¿De verdad esa mujer pensaba que podría defenderse de él con un absurdo palo?

—Eres una criatura patética. No pienso jugar contigo de nuevo. Ya me conoces.

—No, no, no... Esto no puede ser posible. No eres real. Eres un sueño. No, eres peor, una especie de íncubo que quiere volverme loca, pero te advierto que no vas a conseguirlo. Sal de mi casa, yo no te he invitado. ¡Fuera!

—¡Tú, pequeño ser insolente, no puedes darme órdenes! ¿Acaso olvidas quién soy?

Desafiante, el ángel desplegó sus alas, siendo consciente de que, aunque la joven no podía verlo en su máximo esplendor, sí que podía captar su aura. Y así fue. Una sombra gigantesca se proyectó en la pared del fondo. Apabullante. Monumental. Su silueta parecía difuminada. Sin embargo, en su contorno, podía contar las inmensas plumas oscuras que conformaban sus alas.

Emma enmudeció. La escoba no iba a ser suficiente para echar a ese enorme bicho de allí.

—He captado la indirecta. —Comenzó a dar pasos disimulados hacia atrás con la esperanza de alcanzar la puerta—. ¿Qué buscas? ¿Qué quieres? Si has venido a asustarme, te diré que lo has conseguido. ¡Estoy aterrada!

Antes de que pudiera rozar el pomo con sus dedos, las ventanas se cerraron de golpe. ¡Pum! ¡Pum! Un golpe seco. La escasa claridad de una mañana gris se había transformado en unas amenazantes

tinieblas, envolventes e intimidantes. Emma intentó abrir la puerta de la calle, sin resultado alguno, mientras maldecía desesperada entre dientes. Estaba atrapada en su propia casa con aquella *cosa*.

—Estás poniéndomelo difícil. Y eso me enoja.

—Bien, vale, charlemos amigablemente. —Soltó la escoba y alzó las manos. Avanzó de nuevo con cautela hacia el sofá—. Te prometo que no voy a intentar hacer nada estúpido. Pero, por favor, te lo suplico, no me mates.

—No puedo matarte —manifestó sorprendido—. He venido para ayudarte.

—¿En serio? Pues de momento no estás haciendo un buen trabajo, que digamos —le dijo con una risita nerviosa—. Eres un pésimo ángel de la guarda. Y bastante antipático, me atrevería a decir. Siempre imaginé que, de existir los ángeles, serían bellos y compasivos, que tocaban el arpa y cantaban sin pausa para mitigar el dolor de los afligidos.

—Yo no soy tu ángel de la guarda —la interrumpió él ofendido—. Y preferiría que no me comparases con esos insípidos serafines. Yo soy un guerrero. Un soldado de Dios que cumple órdenes. Soy un jinete que cabalga por desiertos angostos y selvas frondosas. Surco los vastos océanos y sobrevuelo las más inhóspitas montañas observando cómo la Muerte os da caza. Si hay una guerra, ahí estoy yo. Si hay un terremoto, me verás bajo los escombros. Y si lo que os asola es un huracán, me encontrarás volando con el viento. Yo aplaco el sufrimiento y os devuelvo la vida.

Emma se llevó una mano al pecho, consternada.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás diciéndome que voy a morir?

—¡Por supuesto que sí! Eres un ser mortal. Algún día, tu alma impura se apagará. Sin embargo, no será hoy.

Ella, todavía asustada, suspiró aliviada.

—Y si no es hoy, ¿a qué debo tu honorable visita? —le preguntó con un tono más servicial. Temía enojar al ángel y que este desatara su furia celestial en su recién reformado salón.

El ser divino titubeó unos segundos. No estaba seguro de si infringiría alguna norma al desvelarle el contenido de su labor a la humana de la que debía hacerse cargo.

—Debo sanar las heridas de tu corazón roto —le confesó molesto —. Eres mi misión.

—¿Soy tu misión? ¡Oh, Dios mío, soy tu misión! ¡Qué suerte la mía! —Esbozó una sonrisa forzada y, a continuación, bufó por lo bajo —. Vale, pues hagamos un trato. Yo dejo que toques mi pecho con tu varita mágica y problema resuelto. Podrás irte de aquí. Es evidente que no te agrada esta labor que te han encomendado, y yo no me siento segura contigo pululando por mi casa. Así los dos salimos

ganando. ¿Qué te parece?

—¡Qué simple es el ser humano! ¿Acaso crees que soy un mago charlatán?

—Créeme, mi intención no era ofenderte. No suelo tratar con los de tu especie.

El ángel se aproximó a la mujer y la estudió varios minutos sin pronunciar palabra. Tenía unos enormes ojos verdes y sus iris le contaban que guardaba algunos recuerdos espantosos; inimaginables, para un ser tan corriente. Había pena, desazón. A pesar de ello, su corazón latía con jovialidad y sus sueños la empujaban a viajar por mares atormentados y valles aciagos con tal de encontrar esa chispa que encendiera su alma. Debía admitir que ese ser insulso despertaba su curiosidad, pese a que su presencia la incomodaba y no lo comprendía del todo. Esa mujer tendría que sentirse halagada, ya que eran muy pocos los humanos que poseían ese don. Ese don tan preciado. Sin embargo, esa muchacha de cabellos ensortijados permanecía en constante alerta y resultaba más que evidente que quería cerrar cualquier tipo de comunicación con él.

Resopló. Él tampoco quería estar allí. No entendía por qué no se hallaba en Oriente Medio. Era un gran observador, capaz de percibir cómo el peligro avanzaba silencioso entre las áridas colinas y los arbustos secos. Acechaba a la Muerte trabajar desde una perspectiva neutra. Y era entonces cuando intervenía. ¡Él era un recolector de almas! Hacía siglos que se dedicaba a ello, y jamás había fracasado en su labor. Entonces, ¿por qué debía cuidar de esa mujer? ¿Acaso era un castigo? Sí, debía serlo. Porque recoger las lágrimas de una humana desdichada no entrañaba ninguna dificultad ni ningún motivo de satisfacción. ¡Era una misión absurda!

—El ser humano tropieza más de mil veces con la misma piedra. Hay lecciones que no aprende nunca. Solo es eterno el amor divino. Lo que vosotros llamáis amor, es una quimera. Vuestro amor hiere, engendra odio y destruye vidas. Mírate, pareces un esperpento de la tristeza. ¿Y por qué? Porque esa cucaracha en la que habías depositado tu confianza te ha traicionado. ¿No es eso lo qué hacéis continuamente? ¿Por qué te sorprendes entonces? ¡Deja de llorar y levántate! Hay muchos hombres en el mundo dispuestos a regalarte lo mejor de ellos. Busca a uno que te haga feliz unos años, y luego busca a otro. Tienes que entender que no hay ningún humano que te dé la felicidad absoluta.

Con los ojos abiertos de par en par, Emma se dejó caer en el sillón.

—¿Qué clase de ángel eres? —lo increpó con un tono que reflejaba los destellos de su crispación—. ¿No se supone que debes incentivar la monogamia? ¡Por Dios! Además, tienes un concepto erróneo de nosotros. El amor no se reduce a satisfacer un deseo banal y

momentáneo. Esto no funciona así. Existen muchas clases de amor: el amor maternal, fraternal, la amistad... El ser humano siempre se ha movido por amor. ¿No lo entiendes? ¡Es el motor del mundo, de nuestro mundo! Y es evidente que es un sentimiento que tú no puedes comprender.

—Eres tú la que está ciega. El amor es cruel, mentiroso y egoísta. Durante siglos he observado cómo os aniquiláis los unos a los otros en nombre del amor. Vosotros no sois seres de confianza. Pensáis una cosa y decís otra. Decís algo y hacéis exactamente lo opuesto. ¡Despierta! ¿No has aprendido nada de vuestra propia historia?

Con los brazos en jarra, dio vueltas por la habitación tratando de ordenar sus pensamientos.

—¡Está bien! Yo no puedo hablar en nombre de toda la humanidad. Tienes razón. Hay malas personas y eso no puedo negarlo. Monstruos que matan a sus propios hijos o hermanos sin piedad alguna. Pero no todos somos así. Hay bondad y belleza en la Tierra, personas que sacrifican sus propias vidas para cuidar de otros más necesitados sin intereses monetarios de por medio. No todos somos ogros y asesinos.

—Mira a tu alrededor. ¿A qué crees que me dedico?

Cabizbaja, ella lanzó una exhalación desesperada.

—Yo no quiero despertar si ese es el mundo horrendo que me ofreces.

—Es el mundo que vosotros habéis construido.

—¡Por Dios! ¡Eres un ángel! No todo lo que ves puede ser malo.

—El ser humano es una decepción como creación. Me lo demostráis día a día.

—No puedes llamarte experto cuando solo eres un mero espectador desde las alturas. Hay sentimientos que uno tiene que experimentar aquí —le dijo mientras la palma de su mano rozaba su pecho.

—Ya he caminado entre vosotros. No sois ningún ejemplo a seguir.

—¿Y cuándo fue eso? ¿En tiempos del arca de Noé? —lo retó, sin importarle las consecuencias de su ira divina.

Sin embargo, el ángel no pareció ofenderse.

—La última vez reinaba la que llamabais María Antonieta. Un tiempo decadente en el que proliferaba la lujuria y el egoísmo.

Emma se permitió soltar una carcajada.

—Esto debe ser una broma. No puede ser verdad lo que estoy escuchando. ¿Estuviste con el pueblo afligido?, ¿socorriste al pobre?, ¿o te dedicaste a pasear por el palacio como un noble estirado con una peluca y un lunar pintado en tu mejilla?

La joven aguardó impaciente la réplica del ángel. No obstante, el silencio invadió de nuevo la estancia. Agradeció esa vuelta a la

normalidad, sin esa voz que la perturbara y tratara de impartirle clases de moralidad. Después de unos largos minutos de espera, decidió que ya era hora de darse una ducha larga y comenzar a adecentarse. Además, necesitaba despejarse. Estaba viviendo una auténtica locura.

Nadie la creería si dijese que mantenía serias conversaciones con un ángel rígido y prepotente. ¿Desde cuándo podía comunicarse con el más allá? No era vidente ni médium. Era una frustrada secretaria que aspiraba a ser diseñadora, una estúpida que había soñado demasiado y había terminado dándose de bruces con la realidad. Puede que, después de todo, ese ser celestial tuviese razón y el amor estuviese sobrevalorado.

Mientras el agua caliente recorría su piel, una duda hizo que se sobresaltara. De inmediato, descorrió la cortina de la ducha y examinó el cuarto de baño a la vez que se mordía el labio inferior. Deseó entonces que ese ángel no fuera un cotilla pervertido y estuviera espiándola mientras se enjabonaba. No, no, eso no podía ser posible. Había escuchado en alguna parte que eran seres asexuados, y sentenció que esa debía ser la razón de su amargura.

Al caer la tarde, continuaba sin tener noticias de Ben. Sabía que contaba con otro traje para imprevistos en su oficina, pero tarde o temprano tendría que aparecer para buscar ropa. Se preguntaba en casa de qué amigo habría pasado la noche, ya que, después de todo, su novio era muy celoso con su vida privada. Odiaba dar explicaciones y por eso no se las exigía, simplemente aguardaba con paciencia a que le desvelara sus dudas o preocupaciones para después aconsejarlo de la manera que consideraba mejor. Suspiró abstraída. Tal vez había dormido en el bufete, aunque tampoco le importaba mucho dónde había encontrado cobijo. Resultaba evidente que ella no era el primero de sus pensamientos, si no, ya se habría preocupado por su estado.

Se miró en el espejo y dibujó una mueca de espanto en su rostro. El ángel tenía razón: parecía un espantapájaros. Tenía que admitir que la breve conversación que había mantenido con él le había aclarado algunas ideas. Sus diferentes formas sobre cómo apreciar el amor la habían motivado. Puede que no tuviese que quedarse encerrada en casa esperando una llamada que quizá jamás se produciría. Tal vez esa era la manera que tenía Ben de cerrar una relación, dado que detestaba las confrontaciones si no eran en un juzgado. Sí, aunque todavía se sentía una desdichada, al mismo tiempo se encontraba más vigorosa, con ganas de enfrentarse a la vida y gritar a los cuatro vientos que era libre. Estaba dispuesta a salir a la calle, a que el aire frío congelara sus viejas ideas y a enfrentarse a sus miedos con firmeza.

Se puso algo de maquillaje, disimulando las inmensas ojeras, y

cubrió los surcos hechos por las lágrimas en su piel con una brocha de polvos compactos. Se deshizo del pijama que la había acompañado en su duelo y se endosó unos vaqueros. Luego, escogió el abrigo verde que la cubría hasta las pantorrillas y un colorido gorro de lana que resaltaba su cabello pelirrojo. Estaba decidida a romper su rutina de continuas infusiones y grandes dosis de chocolate al tiempo que se adormentaba viendo la televisión.

Mientras introducía su cartera en el bolso, escuchó que alguien tocaba a la puerta con unos golpecitos suaves y sonoros; un ritmo nada familiar que la alertó al instante de que podría tratarse de un vendedor ambulante. Y a pesar de que no deseaba abrir para no tener que decir varias veces que no le interesaba lo que pudiera ofrecerle, lo hizo. Quería aprovechar la mañana, pasear sin ningún rumbo y tal vez comprarse un abrigo nuevo.

Arqueó las cejas al descubrir a un hombre vestido con un frac impoluto y con una sonrisa estúpida pegada a la cara, de oreja a oreja.

—Mire, no tengo tiempo para chorradas —intentó decir de forma educada—. Estoy teniendo unos días espantosos. Así que, si quiere venderme una aspiradora o es usted testigo de Jehová, ya le digo que no me interesa.

—¡Emma, soy yo! Soy Samandiriel.

Ella lo miró confusa. Analizó sus profundos ojos azules oscuros hasta que logró perderse en ellos, en su océano infinito. Y después se desmayó.

—¡No, no, no es posible! —El sacerdote se incorporó de un salto—. Si lo que pretende es despistarme o burlarse de mí, señor Torres, no va a conseguirlo. Yo he venido aquí a conocer qué sucedió un día concreto del calendario en mi iglesia, no a que me cuente falsas historias sobre un ángel repelente.

Con una sonrisa pícara, Ben observaba cómo el joven cura deambulaba sin control alguno sobre sus piernas por la habitación.

—Ya le he dicho que no estaba preparado, pero usted ha insistido.

—Lo que me cuenta es imposible. ¡Es un sacrilegio! ¿Un ángel hecho carne? Creo que ha llegado la hora de que me vaya. —El hombre se apresuró a recoger la ridícula cartera con la que se había presentado e introducir en ella la libreta con sus anotaciones.

—Nadie lo retiene aquí. Es libre de marcharse cuando quiera. No obstante, antes de irse, ilumíneme con su sabiduría. Según la Biblia, ¿no caminó Jesús entre nosotros? ¿Cuántas alusiones a ángeles que descienden de los Cielos para hablar o intervenir en nuestro mundo existen en el Nuevo y Viejo Testamento? ¿No fue un ángel quien evitó que Abraham matara a su propio hijo? Entonces, ¿qué lo disgusta tanto?

El sacerdote apoyó la espalda en la pared y respiró repetidas veces.

—Todo eso sucedió hace miles de años —comentó, sacudiendo la cabeza.

—¿Está diciéndome, padre, que la Iglesia ya no da crédito a ese tipo de actuaciones celestiales en nuestros tiempos?

—No, yo no he afirmado tal cosa. —El joven sacó un viejo rosario de madera y se aferró a él—. Pero... usted lo ha dicho antes: ella no es nadie. ¡Nadie!

Ben soltó una carcajada estruendosa que consiguió intimidar a su interlocutor.

—¿Y quién es alguien en este mundo? ¿Usted, que ha rogado a Dios para que le envíe señales porque siente que su fe se debilita? No me tome por tonto, muchacho. Me agrada saber que se preocupa por su parroquia. Sin embargo, usted no solo está aquí por eso.

—Será mejor que me vaya...

El viejo carraspeó y lo acribilló con su intensa mirada.

—¡Siéntese, padre! ¿No lo entiende? Puede que Dios le haya respondido. Puede que sus plegarias lo hayan traído aquí. Confiéselo: usted, en realidad, no quiere irse.

Titubeante, el sacerdote tragó saliva y se dejó caer en la silla con las piernas aún convulsas. Apenas podía soportar los ojos fieros del señor Torres, insondables y enigmáticos. Quizá el viejo estuviese mintiéndole y estuviera inventándose una fábula para entretenerse él mismo, pero en algo tenía razón: no deseaba marcharse. No podía abandonar la historia, ahora que había encontrado a uno de sus protagonistas. Y puede que, debajo de tanta alegoría poco creíble, habitase la verdad. Su verdad.

—Créame, yo tuve la misma reacción que usted cuando supe del ángel —continuó el hombre al tiempo que asentía con la cabeza—. Al tercer día de mi más que dudable ausencia, pensé que había llegado el momento de afrontar la conversación. Estaba pletórico. Había ganado un juicio importante. Mi cliente acusado de desfalco no iba a ir a la cárcel, tan solo debía pagar una multa. Después del riguroso festejo en el bufete, volví a casa con sentimientos contradictorios. Yo nunca quise dejar a Emma, ni siquiera esa idea me había rondado por la mente mientras mantenía un desliz poco acertado con Silvia. Sí, lo admito, lo había pasado bien unas semanas. Sin embargo, Silvia no había sido más que un desahogo laboral. ¡Había llegado la hora de volver a encauzar mi vida! —Lanzó su mirada de nuevo al horizonte, donde se perdió entre las líneas naranjas del atardecer—. La imaginé con su pijama de felpa gimoteando entre las sábanas de la cama, escuchando música deprimente mientras trataba de animarse comiendo pasteles rellenos de crema. Yo pensaba llegar hasta ella,

abrazarla y decirle cuánto la había echado de menos y que me había comportado como un cretino. Sonreiría, me miraría a los ojos y me diría que también me amaba. Lanzó un suspiro nostálgico, uno que durante unos segundos lo hizo retroceder en el tiempo. Después, se frotó las manos y, con una mirada apagada, continuó con su testimonio—: Así que mi sorpresa fue mayúscula cuando descubrí que tenía compañía. Una que hizo que me saltaran todas las alarmas y que los celos se apoderaran por primera vez de mí... No tiene ni idea de lo mucho que me he arrepentido estos últimos años por no haber estado a su lado, por haber sido el causante de su profundo dolor. Llegué tarde, muy tarde.

Capítulo 4

El insólito forastero

Ben abrió la puerta con sigilo, pues no quería alertar a Emma de su llegada. Respiró hondo varias veces antes de adentrarse en el salón y colocó su maletín de trabajo en el respaldo de la silla. Comenzó a despojarse de su bufanda, cuando una sensación de desasosiego lo invadió. Llevaba tres días fuera de casa, y nunca habría imaginado que llegaría a extrañar tanto su hogar. Era un sentimiento demasiado intenso como para ignorarlo, para ocultarlo bajo pilas de documentos y archivos que ahora le resultaban innecesarios. No albergaba más dudas. Su lugar estaba allí, junto a Emma, la mujer que había puesto patas arriba su vida y le había ofrecido recorrer un camino todavía desconocido para ambos. Su futuro. Había llegado la hora de asumir su responsabilidad, de agachar la cabeza y pedir disculpas.

Entonces, un inconfundible aroma a plátano frito le anunció que ella estaba preparando uno de sus platos favoritos: arroz a la cubana. Una comida que la transportaba a su añorada tierra. Ella insistía en que la gastronomía era una de las maneras de conservar un trocito de las islas cerca y que sus plátanos fritos la devolvían a su adorada niñez con su abuela Nana. Sonrió para sí mismo, pues se alegró de que se encontrara con ánimo de cocinar. Quizá así fuera más fácil para los dos.

Fue a su encuentro con pasos serenos, queriendo disimular su rostro apenado, cuando escuchó risas discretas que llegaron a sobresaltarlo. Emma no estaba sola. Desde el umbral, descubrió a un hombre rubicundo, de tez pálida y algo más alto que él. Se había puesto uno de sus jerséis, el cual le marcaba su torso musculado.

Ben carraspeó sin moderación y lo miró con cierta desconfianza.

—¿Interrumpo algo?

—Aaah, Ben, ¿vienes a por algo de ropa? —le preguntó ella con indiferencia, y él no supo qué responder.

¡Por supuesto que no había ido a por sus cosas! Había ido para quedarse. Para pedirle perdón. Esa era su casa, y no dejaba de preguntarse quién era el hombre que estaba ocupando su sitio en la mesa.

—¿Quieres unirte a nosotros y comer algo? —lo invitó Emma al ver que permanecía inmóvil, de pie y sin pronunciar palabra alguna.

Ben avanzó hacia el misterioso invitado, quien no parecía poner

ningún interés en su presencia. Estaba concentrado en el plato que Emma había elaborado para él y devoraba la comida como si llevara siglos sin probar bocado.

—¿Nos conocemos? —Se dirigió al extraño con una sonrisa forzada.

—Lo dudo mucho, Benjamín. Yo sí que te he observado, pero es imposible que tú hayas advertido mi existencia.

Él frunció el ceño, aún más desconcertado.

—¿De qué hablas? ¿Quién eres tú? —Tensó la mandíbula al tiempo que torpedeaba al intruso con la mirada.

—Mi nombre es Sa...

—Sam —se apresuró a responder Emma—. Es un primo lejano. Está aquí de viaje, y le han perdido la maleta. Le he prestado algo tuyo. Espero que no te importe.

Nerviosa, Emma se frotó la nuca. Temía que el ángel desvelara su condición, pues era un chorro ardiente de sinceridad, y ya le había dejado claro que no le importaban demasiado las consecuencias. Ben no estaba preparado para escuchar su historia. En realidad, ¿quién lo estaba? No esperaba que su novio apareciera esa noche después de haber desaparecido sin muchas explicaciones y ni siquiera dignarse a enviarle un mensaje. Y aunque en el fondo había ansiado ese momento, ese en el que Ben lamentase su error, ahora deseaba que no prolongara demasiado su visita. Tenía asuntos que resolver con su inesperado huésped, y su novio podría resultar un estorbo.

—Nunca me habías hablado de un primo llamado Sam.

—Tengo una familia muy grande —zanjó ella para evitar un interrogatorio mordaz. Después de todo, Ben no dejaba de ser un gran abogado.

Él volvió a examinar al hombre que tenía enfrente, esta vez con más detalle. Sonreía de forma socarrona y presumía de una dentadura perfecta. Su piel parecía no haberse expuesto nunca al sol, y se preguntó si viviría en los países del norte o trabajaba en algún laboratorio subterráneo donde no existiesen ventanas que diesen al exterior. No obstante, lo que más le intrigaba era su mirada impenetrable. Ben no sabía discernir si estaba ante un embaucador o un completo idiota.

—¿Y qué estás haciendo aquí? Quiero decir, ¿estás de viaje de negocios o de visita turística?

—Deja ya de interrogarlo. Parece que estás haciéndole el tercer grado. —Emma comenzaba a mostrar signos de sentirse molesta.

Sin embargo, el ángel no estaba acostumbrado a eludir las preguntas directas, así que, después de inclinar la cabeza sobre su hombro izquierdo y estirar las comisuras de sus labios, le respondió con amabilidad:

—He venido a ayudar a Emma.

—¿A Emma? ¿Por qué? ¿Qué le pasa a Emma? —volvió a preguntarle, sin comprender.

—¿Es que te haces el desmemoriado, Benjamín? Tú la has traicionado.

El hombre enmudeció, y un segundo después apabulló con ojos incisivos a su novia. Esta palideció, y aunque trató de resolver el entuerto encadenando palabras sin sentido alguno, no fue capaz de completar una frase. A Ben no le quedó más remedio que reprimir sus inmensas ganas de partirle la boca a ese condenado charlatán.

—¿Qué has dicho?

—Que yo sepa, nunca has tenido problemas de audición, así que me has escuchado a la perfección. Respondo a tus preguntas por educación; una palabra que roza la hipocresía en tu mundo. Eres un insolente. Te presentas aquí con pretensiones extralimitadas cuando has sido tú la causa de este desorden.

El abogado arqueó las cejas sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Resopló varias veces para desahogar su ira y apartó la mirada del rostro desvergonzado que lo acusaba sin mesura, sin embargo, no fue suficiente para calmar la intensa rabia que ascendía por su garganta, hirviendo sus cuerdas vocales y convirtiendo su boca en una bomba de relojería.

—¡¿Quién coño te crees que eres para hablarme de esa manera en mi propia casa?! ¡¿De dónde ha salido este payaso, Emma?!

—Creo que es mejor que hablemos a solas un momento. —Ella lo empujó hasta la sala mientras él volvía a depositar su mirada en el inquietante forastero—. Será mejor que te vayas.

—Esta es mi casa, y no voy a irme a ningún sitio sin que me digas qué hace ese idiota en mi silla.

—¿Es eso lo que te molesta? ¿Que está sentado en tu silla? ¿Crees que te he buscado un sustituto en tres días? ¿De verdad piensas que soy así de frívola?

Ben se llevó las manos a la cabeza al tiempo que soltaba un bufido.

—Ya no sé qué pensar. —Comenzó a mordisquearse el labio inferior de manera frenética—. No puedes negarme que todo esto es muy raro. Un primo tuyo aparece como por arte de magia, sin avisar, en este preciso momento, y encima le cuentas detalles íntimos de nuestra relación. Me cuesta creerlo. No voy a enfadarme, sé que no tengo derecho a hacerlo. —Ahogó una exhalación cargada de ira y se repitió a sí mismo que debía calmarse—. Ahora en serio, necesito saberlo, Emma, ¿es un indigente que has recogido de la calle o algún tipo de demente que se ha escapado del psiquiátrico?

Ella dio un respingo y lo miró como si el desconocido fuese él.

—¿Un indigente? ¿Un loco? —repitió, todavía perpleja.

—¿Has visto cómo come? ¿Y cómo me mira? Ese tipo no es normal. Y encima habla raro, como un pirado.

Emma soltó un resoplido cansino, se dio la vuelta y se dirigió a la cocina de nuevo, ignorando todo lo que él había mencionado. Ben se quedó allí, con las suelas clavadas al pavimento, sin poder reaccionar a su desplante. Y por un instante dudó si debía marcharse o hacerle frente al caos que se había desatado en su propia casa. Por primera vez en mucho tiempo, él, un abogado reputado, desconocía qué estrategia debía seguir y cómo encarar aquel inaudito altercado, y eso lo frustró aún más.

Entretanto, el ángel, quien permanecía ajeno a la discusión, se concentraba en la curiosa forma del cereal, de apariencia ovalada, ya que su longitud triplicaba su grosor. Su textura era suave, casi esponjosa, y por eso los granos se deshacían en su boca antes de ser engullidos. Después, continuó degustando con fascinación todos los ingredientes de su copiosa cena a la vez que se entretenía separándolos con meticulosidad antes de llevárselos a la boca.

—¿Podrías servirme un poco más de este grano con esta salsa deliciosa? Había olvidado lo extenuante que es cubrir todas estas necesidades triviales. Cuando termine, tendré que ir al meadero.

—Se llama baño o servicio —lo corrigió Emma, sin poder evitar que una enorme sonrisa iluminara su rostro.

De pronto, Ben volvió a irrumpir en la cocina. Se frotaba las manos, impaciente y nervioso. Ignoró la presencia del ángel y la miró con ojos suplicantes.

—No he terminado de hablar contigo. Tengo muchas cosas que decirte.

—No es un buen momento, ya te lo he dicho antes. Recoge lo que has venido a buscar y vete —concluyó determinante.

—Emma, escúchame —insistió mientras se atrevía a coger sus manos—. Yo... —De reojo, observó al extraño intruso, quien continuaba ensimismado observando cómo el rojo de la salsa teñía por desigual los diferentes granos de arroz—. ¿Has hablado con tu madre? Ha estado llamándote. Me dijo que no contestabas al teléfono. Tenía algo importante que decirte, y ese es otro de los motivos por los que he venido. —Ella alzó las cejas, sin comprender—. Tu padre ha sufrido un infarto. Está en el hospital.

—¿Qué? ¿Cómo no me lo has dicho antes? —Soltó el plato en el fregadero y se sujetó al poyo con fuerza para no caer al suelo.

—Quería hacerlo, pero entonces vi a este...

—Voy a llamar a mi madre.

Abandonó la estancia sin esperar más explicaciones. No entendía cómo Ben no se lo había comunicado nada más llegar y había

preferido enfrascarse en una estúpida pelea. Antes de internarse en la sala, les echó un último vistazo a los dos hombres, temiendo que llegaran a las manos en su ausencia.

Ben tomó asiento junto al misterioso visitante mientras este bebía un vaso de agua sin tomarse un descanso. De un trago. Él lo observaba con una marcada reticencia. Ese hombre tenía un comportamiento singular. Sobreactuado. Cuando por fin depositó el vaso sobre la mesa, Sam se atrevió a dedicarle una sonrisa que a él se le antojó demasiado forzada.

—No me gustas ni un pelo. No me fío de ti. Y te juro que si engañas a Emma o le haces daño...

Por primera vez, el forastero observó a Ben con altivez. Él no se había presentado allí para ocuparse de un insecto molesto, y no dudaría en aplastarlo si se convertía en un obstáculo.

—El único que la ha decepcionado eres tú, Benjamín. Yo tengo una misión que cumplir. Dime, ¿debo preocuparme por ti?, ¿vas a ser un problema? —Los ojos inescrutables de Sam ardían, emitían chispas inesperadas alrededor de sus pupilas, y el abogado replegó su torso hasta rozar con sus hombros el respaldar de la silla—. Te lo advierto desde ahora: no quieras tenerme como enemigo.

Ben no era idiota. Percibió la amenaza en la superficie de su piel y decidió callar. No deseaba empeorar la delicada situación en la que Emma se encontraba. Conocía de primera mano el vínculo estrecho que mantenía con su padre, un hombre recto pero honesto. Ambos compartían una placentera afición a la lectura, e incluso en la distancia se pasaban horas comentando un párrafo concreto o un capítulo del libro que estuvieran leyendo. No había cumpleaños sin este regalo obligado. El humilde despacho de su padre, a pesar de ser mecánico de profesión, no estaba repleto de herramientas o de catálogos de pintura para coches. Era una pequeña joya literaria donde navegaban juntos Homero, Shakespeare o el mismísimo García Márquez.

Emma regresó con el rostro desencajado, apartó el cabello de su frente como si así pudiera despejar su mente y entrelazó los dedos mientras se apoyaba en el marco de la puerta. Sin embargo, aunque se esforzaba en mostrar una sonrisa categórica, sus ojos cristalinos traicionaban esa frágil apariencia.

—Vuelvo a Tenerife —anunció con congoja.

Ben se levantó sin pensárselo dos veces e intentó envolverla entre sus brazos, aunque sin demasiada fortuna.

—Te acompaño. No vas a pasar por este trago tú sola.

—Tienes mucho trabajo aquí. Y no creo que sea un buen momento —le confesó cabizbaja—. Mi padre no se encuentra bien, y temo que otro sobresalto empeore su estado de salud.

—Yo debo estar donde tú estés, lo sabes. —El ángel se acercó a ella, decidido.

Emma asintió sin mucho entusiasmo.

—Sam me acompañará. No tienes de qué preocuparte. Voy a estar bien.

Con el rostro arrugado, Ben abrió la boca, dispuesto a rechistar. Ese plan no era en absoluto de su agrado. Si Emma se presentaba con ese pasmarote a la familia, sí que se expondría a un interrogatorio más exhaustivo. Ese farsante no era un primo lejano suyo, y él estaba deseando destapar el engaño.

Sin embargo, antes de que pudiera siquiera pronunciar la primera palabra reprobatoria, su móvil comenzó a sonar. La banda sonora de la película *Tiburón* lo advertía de que su jefe lo requería con urgencia. Titubeó unos segundos, pues no quería responder a sus exigencias, pero era consciente de que era un tipo severo y demasiado rígido. De todos era conocido que detestaba que no le contestasen al primer tono. Así que, tras un largo suspiro, presionó el icono verde de su teléfono.

Escuchó sus peticiones con una paciencia infinita mientras un torbellino de sentimientos contradictorios luchaban entre ellos, resignándose a que el vencedor tomase el control de su ser. Flaqueaba. Su boca se había amargado, como sus ganas de enfrentarse a su jefe. Debía presentarse en la oficina con suma urgencia, y no disimuló una mueca de desagrado. Aunque le habría gustado rehusar su mandato con alguna ingeniosa excusa, sabía que no podía replicarle a su jefe. No quería dejar a Emma en aquellas circunstancias. Ella lo necesitaba. No podía fallarle de nuevo. No obstante, el trabajo volvía a interponerse entre ambos en un momento crucial.

El anciano agachó la cabeza otra vez, arrepentido de su mala decisión. Era un joven ambicioso, incapaz de renunciar a su posibilidad de ascenso a pesar de que la mujer a la que amaba estaba sufriendo. Su vida se desmoronaba y él no estaba ahí para recoger sus pedazos.

—Conduje hasta el centro maldiciendo la inoportuna llamada. No había mucha visibilidad. Una densa niebla caía con pesar sobre mis hombros, y mis pensamientos me torturaban como abominables pesadillas recurrentes. Recuerdo cada minuto de aquella nefasta noche. El día que conocí a Sam cambió el significado de mi existencia.

—¡Maldito tráfico! No voy a llegar nunca al centro. Joder, joder... Todo esto es culpa mía. Sí, me lo merezco... ¡Aparta, estúpida vieja!... ¿Por qué? ¿Por qué? Ella nunca me ha ocultado nada. ¿Un primo lejano? ¡Y una mierda! Tres días, solo tres días..., y recoge a un payaso

en casa. No, no me fío. Está aprovechándose de la vulnerabilidad de Emma. Puede que ella crea de verdad que se trata de un primo suyo, pero a mí no me engaña. Es un timador. ¡Un impostor!... Y ahora el semáforo en rojo... ¡Joder! No voy a llegar nunca. Tengo que hablar con mi jefe. Le diré que no puedo coger un caso nuevo. Necesito un descanso. No, no, eso no lo permitiría. ¿Un descanso? Si quieres llegar a ser alguien, tienes que trabajar duro y no cogerte unas jodidas vacaciones... Entonces, ¿qué?... Aleluya, por fin verde... No puedo escupir la verdad... ¡Que un maniaco está comiéndole el coco a mi novia! No he podido ni abrazarla. Me ha apartado... Y encima esta mierda de niebla. No consigo ver bien. ¿Qué quiere ese tipo? ¿Por qué precisamente ahora?... Ah, ya está. Le diré que mi suegro ha sufrido un infarto, que está muy grave... Sí, sí, eso lo entenderá. ¿Cómo demonios no se me ha ocurrido antes? ¡Idiota!

Entretanto, Emma apenas había dormitado unas horas. Se abrazó a la almohada como si fuese el viejo conejito de peluche con el que hablaba después de sufrir una pesadilla cuando era pequeña. Él solía consolarla hasta que su madre acudía a su habitación y la arropaba de nuevo con ternura. Ella ahora volvía a ser esa niña. Desprotegida. Insegura. Tras esa jornada intensa repleta de sobresaltos, quiso refugiarse en la cama, a la espera de que un nuevo amanecer la abrigase con sus primeros rayos de luz. Y allí meditó sobre todo lo acontecido ese día.

Primero había sufrido una conmoción con la llegada del ángel, luego apareció Ben exigiéndole explicaciones por la presencia de Sam, y ahora la fatídica noticia de que su padre estaba postrado en una cama del hospital universitario. Esa era la razón de las innumerables llamadas de su madre, las cuales decidió ignorar, más preocupada por su tormento personal que por las necesidades de los demás.

Sus ojos verdes se perdieron en la noche aciaga, demasiado encapotada para poder vislumbrar alguna estrella solitaria. La amenaza constante de una tormenta la envolvía en un manto repleto de incertidumbre y ya no le quedaban más lágrimas que derramar. Estaba exhausta. Había experimentado un sinfín de emociones en unas pocas horas y no estaba acostumbrada a tantos altibajos. Amaba su vida serena, sin continuas inquietudes que pudieran alterarla. Algunos podían pensar que era una persona aburrida, sin esa chispa que la hiciera vibrar, estremecerse o estallar de alegría. Sin embargo, encontraba esa chispa en las cosas más sencillas, en las más cotidianas, desde maravillarse por el vuelo disparatado de una mariposa o apreciar el perfume de una rosa hasta perderse en la contemplación del universo.

Se sentó en la cama con las piernas cruzadas y observó el pequeño parpadeo de la bombilla. No le quedaba mucho tiempo; en poco se

fundiría y sumergiría el dormitorio en una oscuridad anunciada. Se lamentó en voz baja. Emma no estaba preparada para caminar a ciegas. ¿Cómo iba a poder manejar toda esa situación? Era como una novata funambulista que comenzaba a perder el equilibrio y trataba con ahínco de que sus pies se aferraran al alambre con arrojo. Y tenía miedo. Miedo a caer. Miedo a un futuro incierto. Su vida ordenada y metódica se había convertido en un caos sombrío que amenazaba con engullirla por completo, y desconocía cómo escapar de sus garras.

Tenía tantas preguntas que formularle a Sam... Necesitaba que él la iluminase con sus respuestas y que se comportara como una brújula que le indicara el sendero por el que proseguir. Para eso se había presentado en su casa: para ayudarla. No obstante, él continuaba durmiendo con una escandalosa placidez en la habitación contigua, obsesionado por cubrir sus necesidades básicas y consumido tras analizar con estupefacción las flores artificiales que lucían en la entrada. Había aparecido en su vida como un vendaval dispuesto a derrumbar sus sensatos esquemas.

Horas antes, había despertado confusa en el sofá frente a un hombre con un frac ridículo que aseguraba ser una criatura divina.

—¿Por qué? —pudo apenas murmurar tras el desfallecimiento.

—Me habías retado. Dijiste que tenía muchas cosas que aprender, y aquí estoy. Quiero aprender.

—Nunca te dije que te presentaras en mi casa. Yo no te pedí eso. Es más, recuerdo que te rogué que me dejaras en paz.

El ángel ignoró su último comentario.

—Tienes razón. Para sanarte, tengo que comprenderte. No he vivido muchas de las experiencias de las que hablaste, porque imaginaba que no necesitaba hacerlo. Las sentía aquí —dijo, llevándose una mano al pecho—. ¡En mi alma! Y pensé que con eso bastaba. He compartido la pena con muchos de vosotros, la angustia, y también he sonreído cuando os he visto felices. Pero ya no lloro. Ya no.

Emma hizo un esfuerzo por incorporarse y sentarse en el sofá al tiempo que lo contemplaba confusa.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? ¿No puedes ir a hablar con un compañero y desahogarte con él?, ¿confesarle tus frustraciones? Existirá un consejo de ángeles, digo yo, donde todos comentan sus problemas.

—No, no tenemos de eso.

—¡Por Dios! Siempre he pensado que los seres alados eran propios de las novelas fantásticas o simplemente cuentos chinos. Yo no puedo ayudarte.

—¿Es que creías que tu abuela era una mentirosa cuando te hablaba de tu ángel de la guarda?

—¡Nooo! Lo hacía para hacerme sentir segura cuando algo me disgustaba. No me mentía aposta, solo creía que... —El ángel la miró con ojos confusos y ella lanzó un suspiro cargado de resignación—. Soy la persona menos indicada para esto. Yo no puedo ayudarte.

—En cambio, yo creo que sí.

—¿Por qué? —soltó desesperada.

—Porque puedes oírme.

Ahora debía cuidar de un ser celestial poco amistoso que, además, se comportaba como un niño grande. Había pasado media tarde jugando con el interruptor de la luz y observando la lámpara con desconfianza. Al principio, a ella le había parecido divertido, luego pensó que ese ser receloso terminaría ocasionando un cortocircuito y fundiendo su ordenador. Ignoraba cómo podría mantener sus impulsos irracionales a raya frente a su familia.

A la mañana siguiente, se levantó atraída por el agradable aroma a café y unas tostadas recién hechas. Descendió los escalones, hipnotizada por la fragancia que emanaba de la cocina, y fue entonces cuando atisbó los cabellos morenos de Ben. Había preparado el desayuno.

—Voy contigo, Emma. No puedes dejarme de lado.

Capítulo 5

Hogar, dulce hogar

—Y así fue como los tres emprendimos el viaje hacia la isla. Un viaje que sería de todo menos placentero y que nos embarcaría en una misión arriesgada. —Ben contempló de nuevo la vieja foto con cierta nostalgia—. Emma nunca se había sentido tan incómoda en un avión, sentada entre dos gallos de corral. Yo no ocultaba mi animadversión hacia Sam. En cambio, él disfrutaba del placer de viajar en un medio de transporte tan común para nosotros. Nunca había experimentado una sensación igual, ya que, a pesar de haber visto numerosos aviones surcar el cielo, jamás habían despertado su curiosidad. Sin embargo, fascinado, apreciaba aquella enorme estructura de metal volar entre las nubes como si fuera un pájaro libre. —El anciano se rio al recordar el momento—. ¿Quiere una galleta? Guardo un paquete en el armario, entre las cajas de zapatos. Aquí son demasiados estrictos. Yo no soy diabético, así que no tengo por qué tenerle miedo al azúcar.

El hombre se acercó al guardarropa y rebuscó entre sus pertenencias hasta encontrar sus ansiados dulces. Extrajo dos del paquete y le ofreció una galleta al joven cura, quien la rechazó con educación. Ben se deleitó mordisqueando la oblea primero por los bordes, para así degustar el relleno al final.

—¿En qué año estamos? Desde que estoy aquí, todos me parecen iguales.

El cura se sorprendió por aquella pregunta, ya que había un enorme calendario digital en la recepción, y temió que el anciano estuviera padeciendo algún tipo de demencia. Eso podría ocasionar un serio revés en su investigación.

—En el sesenta y cinco. Estamos en la recién estrenada primavera del sesenta y cinco.

—Ha pasado demasiado tiempo. Ha llovido mucho desde aquello —dijo, con los ojos húmedos.

El joven asintió y repasó de nuevo las anotaciones que había hecho en su libreta.

—¿Cuándo descubrió que era un ángel? —le preguntó el sacerdote, deseoso de avanzar en la historia.

—No fue hasta que la situación se descontroló de una manera insólita. —El viejo arrugó el entrecejo al evocar el pasado—. Al final, Sam y yo no éramos tan distintos. Ambos éramos unos adictos al

trabajo, algo egoístas y unos auténticos perfeccionistas. Habíamos dejado atrás los placeres que daban sentido a nuestra existencia y que nos alejaban de la felicidad.

Por fin, el tren de aterrizaje tocó con suavidad la pista y se deslizó sobre ella acariciando el asfalto. Emma estaba en casa. Entornó levemente los párpados y respiró varias veces, como si así pudiera alejar todas aquellas emociones que la invadían. Antes de abandonar el aparato, se cubrió con su abrigo y resguardó sus manos en el interior de los bolsillos. Una fina niebla les daba la bienvenida al aeropuerto norte, acompañada por un ligero sereno que podría llegar a calar si se lo propusiera. Los turistas que descendían del aéreo se quejaban del tiempo adverso. ¿Dónde estaba el sol?

Emma disimuló una sonrisa. El aeropuerto norte de Los Rodeos tenía fama de estar situado en una de las zonas más húmedas de la isla. La niebla era una visitante habitual en esos parajes, con independencia de la estación del año, y también era la causa de los numerosos retrasos cuando hacía su aparición. Sin visibilidad, los aviones no podían aterrizar y eran desviados al aeropuerto del sur. Ella se precipitó hacia la sala de recogida de equipaje y dio gracias por tener los pies en la tierra. La neblina no era tan espesa, pero eso podía cambiar en cuestión de minutos y sembrar el caos en el pequeño aeropuerto. Mientras vigilaba atenta cómo una tras una iban cayendo las maletas sobre la cinta, trataba de divisar a su hermano Adrián cada vez que la puerta corrediza se abría y le mostraba el exterior.

Adrián era «un cabeza loca», en palabras de su madre. Había dejado sus estudios universitarios para centrarse en su música. Sus ingresos eran escasos, a pesar de que tocaba en diversos *pubs* y en alguna que otra celebración, ya fuera boda o bautizo. Su vida caótica desquiciaba a su madre, ya que su hermano no tenía horarios decentes. Podía permanecer en la cama hasta pasadas las tres de la tarde, saltarse las comidas o entrar y salir de casa sin dar explicaciones. Su padre tampoco estaba de acuerdo con su estilo de vida, pero aceptaba su forma de encarar los continuos obstáculos con los que tropezaba. Adrián no era un cobarde, aunque compartía la misma opinión que su mujer. Ser músico no era un oficio que le brindara estabilidad, detestaba que su hijo no se preocupara por labrarse un futuro y que tampoco mostrase ningún interés en volar fuera del nido.

En cambio, Emma reconocía que era un gran pianista. Sus dedos largos y esbeltos se deslizaban sobre el teclado como si acariciara el cuerpo de una amante caprichosa. Los acordes más complejos nacían de sus numerosos desengaños y ansias por conquistar un mundo que continuamente le negaba su música. Adrián era así: uno de esos

últimos soñadores que querían amparar con su pasión a un planeta inmerso en el caos. Por eso su singular conexión con Emma superaba los límites de las mentes más obtusas. Ella alimentaba sus sueños y ambos se apoyaban cuando se enfrascaban en sus luchas continuas contra los injustos atropellos, que con insistencia trataban de desviarlos de sus respectivos caminos.

Ambos hermanos se fundieron en un largo abrazo. Emma no recordaba la última vez que lo había visto. Hacía ya demasiado tiempo, pues cuando estuvo de visita un año atrás, él se encontraba en Londres tocando con un grupo de dudosa calidad. Pero allí estaba, mostrándole una sonrisa sincera, con su sombrero de gánster y su inconfundible gabardina. Saludó a Ben con un apretón de manos, y fue entonces cuando reparó en el peculiar desconocido que los acompañaba.

—Es Sam, tu primo lejano —se adelantó Ben a presentarlo.

—Aaah, sí... Sam... —Miró de reojo a su hermana, quien hacía infatigables esfuerzos para no sonrojarse—. Nuestro pariente lejano del... norte. Bienvenido a la isla.

El ángel se limitó a saludar con una sutil inclinación mientras Adrián sujetaba a su hermana por los hombros y la alejaba a zancadas de los dos hombres.

—Creo que esto vas a tener que explicármelo.

—Es una historia complicada.

—Pues vas a tener que inventar algo mejor que un primo lejano si no quieres que a mamá le dé un síncope.

—Quiero pasar primero por el hospital para ver a papá. Ya pensaré en mamá luego.

Mientras descendían por la autopista, la neblina se disipaba permitiendo vislumbrar unos tímidos rayos de sol. Tras la bruma, un cielo límpido hizo su aparición y los acompañó durante el breve trayecto. Emma se privó del abrigo. Los microclimas eran una particularidad de las islas, así que los cambios de temperatura eran bruscos de una zona a otra, sobre todo en invierno. Podía estar lloviendo con intensidad en un pueblo, y a tan sólo diez kilómetros, los turistas podían disfrutar de un cálido baño en el océano. Emma añoraba el mar. Había crecido junto a él y este había sido testigo de sus incontables risas, un fiel compañero que había apaciguado su ansiedad en épocas de exámenes y borrado la huella de su desconsuelo cuando se armó de valor para dejar a Joaquín.

Esperaron su turno en el ascensor con cierta impaciencia, sin intercambiar palabra alguna. Emma no quería desgastar sus energías con pensamientos fútiles sobre sus dos guardaespaldas que la distrajeran. Estaba allí para visitar a su padre, y la congoja brincaba demasiado alto en su interior. Disgustada, suspiró. Esperaba que

Adrián no se demorase tanto, ya que encontrar aparcamiento fuera de la clínica era una tarea ardua. Su hermano se había empeñado en no pagar el parquin, y por alguna razón que se le escapaba de las manos sentía que lo necesitaba a su lado cuando entrase en la habitación de su padre.

El hospital universitario era un hervidero de gente que se agolpaba en los ascensores o se lanzaban a subir las escaleras, hartos de esperar su turno frente al elevador. El ángel observaba desconcertado a todas aquellas personas que desfilaban frente a él. Había aflicción en sus rostros, desdicha, incluso una amargura afilada que los transformaba en seres nada atractivos. Otros, sin embargo, mostraban una explosión de júbilo en sus miradas y lograban ver más allá que el resto. Semblantes serenos, compungidos, afables... Y después estaban esas personas con batas blancas, unas altivas, otras caritativas y otras sumergidas en grandes dilemas. El ser humano era tan contradictorio... Miles de millones de seres compartían una misma dimensión, y podrían vibrar al unísono si se esforzaran y lograr así metas considerables. No obstante, se perdían en sus luchas personales aniquilando la empatía que podría conectarlos y evolucionar así hacia un ser más completo, menos individualista. La desigualdad no era cuestión de países; campaba a sus anchas en una misma casa, calle o pueblo. ¿Y para qué tanto ahínco en amasar fortuna, éxito o gloria? ¿Cuántos siglos más deberían pasar para que cayeran en la cuenta de que se enfrentaban al mismo destino? La Muerte no hacía diferencias de género, raza o estatus social. Era el final para todos en este mundo.

Subió a aquel cubículo de metal con la certeza de que el humano avanzaba a pasos agigantados con una tecnología abrumadora, y sin embargo era incapaz de encontrar el camino hacia la unidad y la concordia.

Emma se apresuró a salir en cuanto el ascensor se detuvo en el piso indicado. Odiaba esos aparatos, y detestaba aún más los hospitales. No hallaba calor en sus paredes tan lechosas como gélidas, y no comprendía cómo los pacientes encontraban consuelo en un edificio tan gris. Contuvo la respiración unos segundos, pues el profundo olor a desinfectante se mezclaba con la esencia de los drenajes y fluidos corporales, recordándole de forma constante que allí había cientos de enfermos que suplicaban con ojos piadosos un diagnóstico favorable.

—Bien, quiero entrar sola a ver a mi padre —anunció al llegar a la sala de espera de la planta—. No quiero situaciones incómodas ni discusiones. No delante de mi padre.

—Sabes que puedo ayudar —le dijo el ángel con una seguridad aplastante.

Ben arqueó las cejas hasta el infinito, sin importarle demostrar su

incredulidad.

—¿Es que ahora eres médico?

—Poseo un amplio conocimiento sobre las almas.

—Ah, eres un curandero de esos —dijo riendo—. Ya me parecía a mí.

Emma resopló malhumorada.

—Justo a esto es a lo que me refiero. No quiero problemas. Así que se quedan aquí a esperarme, calladitos y tranquilitos los dos.

Ben sonrió para sus adentros. Admiraba la capacidad que tenía Emma para cambiar su forma de hablar en cuanto pisaba la isla. Los canarios no usaban la forma verbal del «vosotros». Para ellos no existía. En su lugar, utilizaban el «ustedes» y lo conjugaban como la tercera persona del plural. Cuando llegó a Madrid se adaptó con facilidad para desenvolverse a la perfección en su papel como secretaria, sin embargo, no olvidaba sus raíces, y en cuanto hablaba con su familia, su léxico se transformaba por completo.

A continuación, suspiró incómodo al comprobar que Sam asentía mostrándole su apoyo, y aunque a él no le gustaba la idea de esperar junto al entrometido de su falso primo lejano, acató la orden sin rechistar.

Emma avanzó con cierta indecisión por el vasto pasillo, ya que ignoraba el estado real de su padre. Siempre había sido un hombre enérgico, lleno de vitalidad, y temía que esa llama estuviera extinguiéndose. No, no estaba preparada para eso. Ni siquiera para pensarlo.

Se detuvo un momento para tratar de recuperar el control de sus nervios. No quería que su padre la viese en ese estado. Entonces, dos hombres vestidos con largas sotanas la adelantaron. Los dos rondaban los sesenta años y sus cabellos estaban poblados con sendas canas. No pudo evitar estremecerse. Tragó saliva y deseó que no se dirigieran al mismo lugar que ella. Aguardó durante un eterno segundo y contempló cómo al final pasaban de largo. Con el rostro aún desencajado, entró en la habitación de su padre.

—Emma, mi niña, ¿qué haces aquí?, ¿qué te ha pasado? Parece que hubieras visto un fantasma. —Su padre intentó incorporarse y sentarse en la cama.

—No es nada, papá. Había dos sacerdotes y pensé que...

—¿Todavía siguen dándote miedo los curas? La mayoría de los niños desarrollan aversión por los payasos. En cambio, tú buscas cualquier excusa para no pisar una iglesia, ni siquiera en las bodas.

Ella se acercó y se abalanzó sobre su padre, ignorando su comentario, el cual pretendía ser jocoso. Sí, estaba algo desmejorado. Había perdido peso y tenía unas acusadas ojeras que acentuaban aún más sus arrugas. También su mirada fiera había desaparecido y la

expresión de su rostro era más afable; había diluido esa dureza que acompaña a un hombre que ha superado muchos reveses en su vida.

—Vienen a visitar al padre Manuel —añadió—. ¿Te acuerdas de él? Fue quien te bautizó. Está en esta misma planta ingresado. Creo que es algo de neumonía. Pobre hombre, perdió la cabeza y anda de aquí para allá como el saco del gofio.

—Sí, sé quién es —se limitó a contestar.

En realidad, no recordaba bien su rostro. Lo había visto un par de veces, nada más. Todas las referencias sobre su persona le llegaban de oídas, y siempre le mencionaban su estado mental deteriorado, aunque de todos era conocido que se trataba de uno de los pocos supervivientes de los asesinatos en la iglesia. Era una herida abierta en el pueblo y que todavía sangraba. Tanto que nadie hablaba de ello, como si así pudiesen enterrar el dolor opresivo que aún clamaba justicia.

—¿Cuándo has llegado? ¿Por qué has venido?

—Papá, ¿cómo no iba a venir? —le dijo mientras se sentaba a su lado—. No pude estar aquí estas Navidades, así que me he tomado unas vacaciones.

—¿Y te han dejado? Siempre dices que la empresa es muy dura con todos.

—¡Que les den! Estoy aquí, eso es lo que importa. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Nada que no me diga tu madre todos los días: menos comer, menos trabajar y más descanso. Y por esto le pagan a ese jodido machango. Yo también podría sacarme el título y dar esa clase de consejos. La comida que me sirven está desabrida. Nada de sal. Peor que la que me servían en el cuartel.

De nuevo, la puerta de la habitación se abrió y ambos divisaron la cabeza de Adrián asomar por ella.

—¡Hola, papá! ¿Cómo estás hoy? ¿De mejor humor, o tengo que ponerme el chaleco antibalas? —Su hermano se adentró en la estancia con una sonrisa burlona—. He conseguido aparcar tres calles más abajo.

—¿Qué haces tú visitándome a horas decentes? ¿No tienes que ir a ese cuchitril a hacer que te ganas la vida? Y hay un parquin en el hospital. No va a dejarte más pobre de lo que estás si lo utilizas.

—Blablablá... —Adrián se humedeció los labios con la lengua y les mostró sus dientes imperfectos—. Por cierto, hay dos caballeros ahí fuera a los que les he dicho que podían pasar si querían.

Emma abrió los ojos de par en par a la vez que el corazón comenzaba a latirle con más ahínco, disparatado y fuera de su órbita. Después, soltó un resoplido de disconformidad mientras negaba con la cabeza. Su padre miraba a sus hijos sin comprender qué estaba

sucediendo. Entonces, Ben tocó con timidez la puerta y entró casi de puntillas para evitar que sus pisadas pudiesen perturbar al paciente. Sam lo seguía con una extraña curiosidad, aunque se detuvo en el umbral para examinar la habitación con cierta intranquilidad. A pesar de ser un recolector, jamás había pisado un hospital, ya que siempre había asistido a las almas en el terreno de combate o en alguna tienda de campaña habilitada en las guerras para socorrer a los soldados y a los civiles con pronóstico grave.

—Hola, Benjamín. Así que tú también has venido. No estaré muriéndome y me tienen aquí contándome pamplinas, ¿verdad? Dime la verdad, ya que eres abogado.

—No, señor, no se muere todavía —se apresuró a responderle Sam. El ángel se adentró en la estancia con paso cauteloso—. Pero esta cama está vacía... —Se acercó a ella y presionó el colchón con la palma de su mano.

—Es la de mi compañero de trincheras. Lo han bajado para hacerle una prueba. ¿Y tú quién eres? ¿Un amigo de Ben?

Extrañado, el ángel obvió la pregunta del hombre, pues ignoraba que hubiera una guerra cerca y no escuchase los lamentos de centenares de personas atemorizadas al ver las bombas caer en su barrio. Sacudió la cabeza y examinó la energía residual que se posaba sobre la cama. Poseía ciertos destellos azulados y eso no era buena señal. Siguió analizando las paredes, luego el techo. Sí, la Muerte cabalgaba cerca, estaba al acecho, podía olerla. Emma procuraba distraer a su padre con preguntas sobre el trato que estaba recibiendo, aunque este, de reojo, observaba el insólito comportamiento del ángel.

—El viaje ha sido muy largo. Y todavía no hemos comido, ¿verdad, Ben? —Trató de centrar la conversación en otro asunto, ya que su padre continuaba abstraído con los gestos de Sam, quien no respondía siquiera a sus preguntas.

—Sí, no sé por qué los viajes en avión son así de extenuantes. Siempre termino con dolor de espalda. Los asientos son cada vez más minúsculos, pero te cobran ya hasta por respirar.

—¿Y cómo te va en el bufete? ¿Tienes que volver pronto?

Emma suspiró aliviada al comprobar que por fin el hombre demostraba cierto interés en los asuntos de Ben.

—Pues la verdad es que estamos hasta arriba de trabajo y casi todos provienen de desfalcos. Es como si hubiese una epidemia.

—Ya no nos conformamos con lo que tenemos y siempre queremos más —afirmó su padre.

—Pido disculpas. Debo marcharme —anunció el ángel sin más, y luego desapareció tras la puerta.

Emma se apresuró a besar a su padre en la frente y corrió tras él. Tanto su hermano como este trasladaron sus miradas hacia Benjamín,

quien decidió que era mejor quedarse unos minutos más en la habitación por mera educación en lugar de salir vociferando de allí.

Fuera, Emma localizó al ángel junto a los ascensores, pulsando todos los botones mientras trataba de abrir la puerta con celeridad.

—¿Qué sucede? —le preguntó ella.

Sam advirtió el pesar en su voz y alzó la barbilla para examinarla mejor. La joven tenía los ojos húmedos y algo enrojecidos. Entonces, quiso adivinar sus pensamientos. Sin embargo, en su forma humana era un trabajo más laborioso, ya que gastaba mucha más energía y obtenía escasos resultados.

—Estás preocupada por tu padre —concluyó al fin—. Ya te dije que va a recuperarse. Deberías estar contenta. ¿Por qué no lo estás?

—A veces, los sentimientos son más complicados que la simple alegría o la tristeza. —Presionó el botón de bajada—. Son una marea continua de esperanzas, frustraciones y una incertidumbre exasperante... Y te ahogan, no te dejan respirar. —Emma observó su rostro confundido—. ¿Qué te ha pasado ahí dentro? ¿No habías estado en un hospital?

—No en uno tan grande y lleno de jaulas sin barrotes. He estado en alguno que otro más rústico e improvisado. Pero aquí hay cientos de almas y muchas están llamándome y suplicándome piedad. No soportan el sufrimiento, y a algunas les ha llegado la hora de volver a casa. Con este recipiente, no soy de gran ayuda. Puedo aliviarlos, aunque no auxiliarlos —confesó apenado.

—Bueno, no soy una experta en angeología, pero creo que te has sentido desbordado. —Sam la miró desconcertado—. Es una de esas emociones humanas donde tu sentido del deber te requiere, pero al mismo tiempo caes en la cuenta de que no eres omnipresente. Que no puedes ayudarlos a todos, vaya.

Él la contempló unos instantes sin modificar ninguna expresión de su rostro. No estaba seguro de comprenderla. No obstante, existían otras necesidades que lo apremiaban y estaban llevándolo a un abismo más inmediato.

—Creo que tengo hambre.

En ese momento, Ben dejó la habitación de su padre y los tres bajaron al parquin. Pusieron rumbo al hogar de Emma, quien insufló una bocanada prolongada de aire nada más divisar su casa. Estaba en Tejina. Después de casi un año de ausencia, regresaba a su tierra. Su pueblo estaba cambiando a pasos agigantados y no podía decir que a mejor. El cemento era su principal atractivo y eso la entristecía. Las numerosas huertas y los parajes naturales donde jugaba cuando era una niña habían sido arrasados por edificios sin ninguna delicadeza, sin tener en cuenta los árboles que una vez habitaron esas parcelas. El desorden en la construcción había desplazado el verdor de los

tomateros, de los campos de lechuga y de las papas sembradas. Elevó la mirada, y con orgullo admiró la fiel Atalaya, custodia del pueblo, una mesa volcánica con millones de años de antigüedad y perteneciente al macizo de Anaga. Su recortado perfil montañoso descendía hasta casi abrazar las aguas del océano, y todavía su vergel eclipsaba a los tejineros, quienes la veneraban como una diosa.

Con nostalgia, apreció las pocas casas antiguas que restaban en el pueblo. Y la suya era una de ellas, una pequeña joya arquitectónica que oxigenaba a todo el barrio. Su jardín estaba coronado por tres palmeras canarias, junto a un pequeño drago que luchaba por compartir protagonismo con tales árboles. Su madre cuidaba sus geranios con devoción, y estaba orgullosa de haber plantado solo hacía unos años a sus mimados tajinastes blancos, quienes caprichosos florecían durante el mes de mayo para volver a adormentarse un par de semanas después.

Su casa, al igual que la de algunos vecinos, resistía a los continuos empujes del tiempo y de aquellos ambiciosos del ayuntamiento que habían decidido que la edificación de viviendas de varios pisos debía ser lo que predominase en la arquitectura del pueblo.

Emma cruzó el jardín y se deleitó con la fachada blanca de su hogar, impoluta y brillante. Después desvió su atención a las innumerables tejas rojizas que conformaban el techo y sonrió, orgullosa. A su abuelo jamás lo doblegaron y siempre se negó a vender el terreno, a pesar de la insistencia de varios concejales para construir un aparcamiento que, según ellos, beneficiaría a todo el pueblo.

—¡Mi niña! ¡Qué alegría me das! —Su madre la recibió con un sentido achuchón—. Déjame que te vea. Estás más delgada... y algo pálida.

—Hola, Candelaria. Está usted tan guapa como siempre.

—Pero, hija, ¿cómo no me habías dicho que venía Ben? Tan adulón como siempre. Imagino que tienes que estar hambriento. Ya no sirven en los aviones sino bocadillos de plástico.

—Sí que tengo un hambre atroz —reconoció Sam.

La mujer posó su astuta mirada en el individuo de los enigmáticos ojos marinos. Era muy atractivo. Su cabello rubio se enroscaba detrás de sus orejas formando unos graciosos caracoles. Y aunque sus facciones no eran delicadas, tampoco podía afirmar que su rostro fuera rudo. Era alto, incluso más que Ben, así que resultaba imperdonable no fijarse en él. Candelaria no preguntó quién era por educación. Jamás había sido grosera con los invitados, aunque debía admitir que la curiosidad estaba matándola por dentro.

—Hay rancho para todos —anunció satisfecha.

—Mamá, yo me voy a dormir, que en un par de horas tengo que tocar en La Laguna.

La mujer entrecerró los ojos y torpedeó a Adrián con su afilada mirada.

—¿Cómo no vas a comer nada? Hijo, esta vida tuya de murciélago está dejándote en los huesos. ¿Tú te has visto? Tu salud está resintiéndose, no comes, no duermes lo suficiente. ¿Qué voy a hacer contigo?

—No empieces otra vez —le replicó mientras subía las escaleras—. Además, esta noche no puedes quejarte, que tienes compañía: tu hija querida, Ben y Sam..., nuestro pariente irlandés.

—¿Qué boberías estás diciendo, Adrián? —La mujer mostró su irritación por el comportamiento nada correcto de su hijo. Después, enfocó su atención en su hija pequeña y se olvidó de los continuos desplantes de su hijo—. ¿Cómo no has venido antes a casa, mi niña? Tus invitados deben estar cansados del viaje, y además tienen que comer bien. Y descansar, después de haber sufrido ese encierro durante casi tres horas en el avión.

—Tenía que ver primero a papá —se excusó, apelando a su conocido sentimentalismo, ya que, para su madre, la familia siempre era lo primero.

—No pasa nada, Candela, nosotros estamos bien —le confesó Ben sonriendo.

Con cierto sonrojo, asintió agachando la barbilla repetidas veces.

—¿Y cómo has encontrado a tu padre? Yo fui esta mañana a verlo. Sabes que siempre estoy corriendo. Tenía que venir a preparar el almuerzo, arreglar tu habitación, ayudar a tu abuela y esperar a que llegaras. Yo lo vi con mala cara, algo amarillo, y eso me tiene preocupada. Le han suprimido la sal y él no es hipertenso. Podría darle una fatiguilla en cualquier momento.

—Estaba de buen humor. Algo cansado, pero es normal, mamá. Va a ponerse bien, te lo aseguro. —Emma intercambió una mirada cómplice con el ángel—. Siempre ha sido un hombre fuerte. ¡Ah, y no vas a creértelo! ¿Sabes quién está ingresado en la misma planta? El padre Manuel.

La mujer se enderezó y la castigó con su rostro severo.

—¡Emma, sabes que no puedes pronunciar ese nombre en esta casa! —exclamó tajante.

—¿El padre Manuel? ¿Has visto al padre Manuel? —Su abuela irrumpió en la sala, temblorosa. Se ayudaba con el bastón que tantas veces se había negado a usar y en la otra mano presionaba con fuerza un rosario—. ¿Qué te dijo ese canalla? ¡Maldito sea! ¡Maldito sea!

Su madre corrió hasta la anciana y la sujetó por un brazo.

—¿Ves lo que has hecho? Tenías que nombrar a ese desequilibrado aquí. Ben, mi niño, ¿me ayudas a llevarla a su cama?

A Emma se le formó un nudo en la garganta, y aunque quiso

acercarse a ella para disculparse, su madre se lo impidió al levantar el brazo y rogarle que permaneciera en la sala. Jamás quiso incomodar a su abuela, cuando ni siquiera conocía el motivo exacto por el cual Candelaria había prohibido hablar del sacerdote en la casa. Pensó que, después de tantos años, ya a nadie le importaría. Y después de todo, supuso que a su madre podría interesarle conocer que alguien del pueblo se encontraba ingresado en la misma planta que su padre.

El ángel, quien había permanecido atento a todos los pasos de la joven, intentó consolarla:

—¿Por qué tanto alboroto? ¿Quién es ese padre Manuel?

—Hace muchos años ocurrió una desgracia en la iglesia de Tejina. Un hombre armado entró y acribilló a todos los que estaban allí. El padre Manuel oficiaba la misa en aquel momento y fue uno de los supervivientes. Estaba de espaldas mirando al altar y no pudo ver al atacante. Hubo muchos rumores, una especie de caza de brujas donde se señalaron a muchos tejineros, sin embargo, la realidad es que nunca encontraron al culpable.

—¿Y qué tiene que ver eso con tu familia?

—Mi abuelo murió allí, desangrado en un banco. Fue una de las víctimas. Después de eso, mi familia evita las iglesias, sobre todo mi madre. Yo tiemblo cuando veo a un cura —confesó con una risita nerviosa—. Mi abuela Nana es la única que continúa yendo allí. Se sienta en el mismo banco donde su marido murió. Dice que siente su presencia, que la acompaña durante la misa. ¿Es verdad? ¿Crees que puede sentirlo, que mi abuelo sigue allí?

—No tiene que sentarse allí para sentirlo. Si me preguntas si su alma quedó atrapada en la iglesia, lo dudo. Para eso estamos los recolectores: para guiarlas. No obstante, no voy a negar que existen almas que se pierden y vagan sin ningún rumbo por la Tierra. No aceptan nuestra ayuda. No se sienten preparados para partir.

Emma avanzó hacia el comedor y se dejó caer en una de las sillas.

—Yo era pequeña, solo me acuerdo de las lágrimas de mi madre. Nada más. No entendía por qué mi abuelo no regresaba a casa. —Emma hacía esfuerzos por recordar aquel día. Sin embargo, el pasado estaba demasiado lejos en su memoria—. Después de eso, el padre Manuel empezó a visitar a Nana con frecuencia. Bueno, no solo a ella, sino también a otros supervivientes y a los familiares de otras víctimas. Dicen que se obsesionó tanto que perdió la cabeza. Y un día, sin más, mi abuela le prohibió la entrada a esta casa, y nos dijo a todos que ese hombre era peligroso.

Sam se acercó a ella y quiso acariciarle los cabellos, transmitirle que él estaba allí, que había ido para protegerla. En cambio, le dio dos palmaditas en la cabeza que la desconcertaron aún más. Arrugó el rostro, perpleja, y a continuación esbozó una sonrisa. Era evidente

que, como humano, el ángel debía mejorar sus habilidades sociales.

Su madre regresó junto con Ben con una expresión dura. Le ordenó al joven que subiera el equipaje al segundo piso y a Sam que le llevara un vaso de agua a Nana. Ninguno de los dos rechistó, ni tan siquiera el ángel, quien aceptó como si ella fuese el general de su destacamento. Emma observó a Candelaria de reojo. La conocía de sobra. Todo ese tinglado que había montado no eran sino meras excusas para quedarse a solas con ella, así que aguardó resignada la reprimenda de su madre.

En su lugar, le hizo señas para que la ayudara a preparar la mesa.

—Quiero que hables con tu hermana. Sé que hay algo que la preocupa. Pero sabes cómo es ella: en cuanto le pregunto, dice que soy una entrometida. ¡Claro que tengo derecho a meterme en sus asuntos, soy su madre! Sabes que a mí no se me escapa nada. Yo creo que el machango de su marido quiere que le dé un varón de una vez por todas. No le basta con las tres niñas. Ese hombre cree que vivimos en tiempos de los cavernícolas, que una mujer tiene que parir y hacer de comer para toda la tropa. Sabes cómo es Carla, que se lo traga todo y no cuenta nada. Pero contigo siempre ha hablado, se ha desahogado... Y ya que estás aquí... —Lanzó un resoplido quejoso mientras le quitaba las arrugas al mantel—. Ah, no sabes lo que pasó en Nochebuena. Su marido se jactó de que todos los clientes que salían del taller lo hacían satisfechos gracias a él. Un taller que montó tu padre con el sudor de su frente. Y encima se atrevió a discutirle a tu padre que están saliendo de la crisis por todos los esfuerzos que ha hecho. Ya puedes imaginarte la cara de él. Estaba mordiéndose la lengua para no mandarlo al carajo.

—Bueno, sabes que siempre ha sido un poco fanfarrón.

—¿Un poco? ¡Ese hombre es un canchanchán! Cada día me cae más gordo. Y para colmo de males, tu hermano apareció con una furcia de esas con las que trabaja. Tenía un escote que le llegaba al ombligo, y apoyaba sus enormes tetas en la mesa, como si el mantel fuera un posavasos. ¡Las niñas estaban escandalizadas! —Profirió un largo suspiro y ocultó sus ojos con una mano para impedir que las lágrimas hiciesen su aparición. No podía permitírselo, ahora que tenía invitados en casa—. ¿Qué está pasando en esta familia? Adrián no escarmienta. Va dando botes por la vida como si fuera un mendigo. Carla está tan absorbida por su marido que no ve más allá. Y tú... Bueno, pensaba que por fin te presentarías aquí con las invitaciones para la boda y...

—Suéltalo, mamá, estás deseándolo.

Candela le lanzó una mirada reprobatoria.

—¿Cómo se te ocurre venir con ese adonis? ¿No ves que estás faltándole el respeto a tu novio?

—Tú no puedes entenderlo.

—¡Claro que puedo! —Soltó los platos y se plantó frente a ella con las manos bien aferradas a la cintura—. No estoy ciega. Ese hombre no habla mucho, pero solo tienes que fijarte en cómo te mira. No aparta su vista de ti ni un segundo.

—No es lo que crees, mamá. Todo tiene una explicación, aunque ahora me resulta difícil complacerte y contarte una historia de la que te creerías la mitad.

La mujer frunció el ceño y después arrugó el rostro hasta que su expresión se transformó en la de un *bulldog* agresivo.

—¡No nací ayer! No me vas a negar en mi cara lo que estoy viendo con mis propios ojos. ¿Qué está pasando con Ben?

Emma dejó los cubiertos en la mesa y se dirigió a la cocina en busca de los vasos.

—Estamos dándonos un tiempo, eso es todo. Yo no le pedí que viniera —le confesó desde el umbral.

Su madre la siguió escandalizada, a punto de darle un infarto y terminar despatarrada en el suelo.

—Ese chico ha recorrido miles de kilómetros para estar aquí contigo. No creo que él tenga muy claro eso del tiempo que le has dado. —Contrariada, bufó—. ¿Quién es ese Samuel?

—Se llama Sam, mamá.

—No tengo tanta confianza con él para llamarlo por su diminutivo, como si fuéramos amigos de toda la vida. ¿De dónde ha salido? ¿Lo has conocido por Internet? Sabes que podría ser un pervertido, ¿verdad? Los dichosos ordenadores han convertido ahora a los jóvenes en unos muermos. Ya no se conocen a los maridos en las verbenas, como antes, sino en citas a ciegas. Y créeme, podría pasarte como a la hija de Pilar la panadera. Ella pensó que había conocido al hombre de su vida y resultó que estaba casado. ¡Chiquito fundamento! ¡Y con dos hijos! —Se llevó las manos a la cabeza para acentuar su dramatismo—. Emma, quiero saber a quién voy a alojar en mi casa.

Candelaria le impidió el paso. Su cuerpo robusto ocupaba casi todo el espacio que marcaba la puerta. Aun así, ella la sujetó por la muñeca con delicadeza, le alzó el brazo, pasó por debajo y regresó al comedor.

—No tienes por qué preocuparte por él. Es inofensivo.

—Escúchame bien, sea lo que sea lo que esté pasando con Ben, tienes que arreglarlo. Ese chico te quiere.

—¡Hogar, dulce hogar! —exclamó con sorna mientras dejaba a su madre patidifusa en el comedor e iba en busca de Sam.

Agitado, el avispado sacerdote revisó sus notas de nuevo. Pasaba las páginas de su libreta hacia delante y hacia atrás leyendo frases inconexas en voz baja ante la atenta mirada del anciano. ¿Cómo se le

había escapado aquel detalle? Claro, ¡qué estúpido había sido! Cuando Benjamín le había mencionado a Emma, ni siquiera imaginó cómo podría estar relacionada con los acontecimientos que estaba investigando. El primer apellido de la muchacha era Herrera. Sin embargo, quien había fallecido en la iglesia debió ser su abuelo materno, por eso ignoraba que ella fuese la nieta de una de las víctimas.

—Entonces, su abuelo debía ser... Juan Ramos. Según las pesquisas policiales, la segunda víctima. Creen que pudo encararse con el atacante para tratar de evitar el fatídico desenlace. El disparo fue realizado desde una distancia muy corta, y la bala fue directa al pecho. Le perforó el pulmón y nada pudo hacerse por él.

A Ben no le interesaban los detalles, ya que los conocía de sobra. Se sirvió un poco de agua en el vaso que todas las mañanas le cambiaban en la residencia y bebió sin hacer una pausa. Tenía la garganta seca. Hacía tiempo que no gozaba de una visita tan larga. Quizá estaba acostumbrándose a escuchar sus pensamientos. Solo. Sin nadie con quien compartirlos. Observó al cura de cabellos azabaches y frente amplia, quien continuaba escribiendo anotaciones en los márgenes de su libreta de forma frenética.

—Fui a la casa del señor Ramos —continuó el empecinado joven —. Recuerdo esas tres palmeras canarias. Pero allí no encontré a nadie. La casa estaba cerrada.

—Adrián la heredó cuando sus padres murieron; un intento infructuoso para hacerlo volver a la isla. El hijo descarriado se había marchado a París y apenas mantuvo contacto con la familia. Emma se maldijo por eso durante muchos años. Quiso buscarlo, intentó que regresara, hacerlo entrar en razón. Al final, hasta ella terminó resignándose a esas llamadas esporádicas que hacía su hermano. Creo que una de las hijas de Carla es la que se encarga de mantener conservada la casa. Tampoco estoy seguro. Carla también se mudó. Buscó la paz en la isla de La Gomera y pocas veces regresó a Tenerife.

—¿Por qué? ¿Por qué se distanciaron de la familia?

—Porque hay heridas que no deben volver abrirse. Duelen, sangran... ¿Y para qué?

Capítulo 6

La misión del ángel

El ángel abrió con sumo cuidado la puerta entornada y pudo así atisbar a la anciana tumbada en la cama. Tenía los párpados cerrados y respiraba con agitación. A veces soltaba un suspiro desconsolado que conseguía empañar la claridad que provenía de la única ventana de la habitación. Con cautela, colocó el vaso de agua sobre la mesa de noche, para luego examinar a la mujer un instante, tan delicada y fuerte a la vez.

Las cicatrices de su alma no estaban selladas del todo. A pesar de los años transcurridos, escocían. La inquina anidaba en ellas, y él podía percibirla. Nana portaba una carga demoledora sobre su espalda, la cual había conseguido encorvarla hasta empujar su cuello hacia delante. Sin embargo, el rostro de la anciana era sosegado, el de una persona sabia que había aprendido de los errores en su vida. No es que hubiese cometido demasiados, solo los justos para convertirla en una mujer repleta de coraje. A pesar de ello, las arrugas no habían estropeado en exceso su belleza natural. Latía viva en una piel castigada por el trabajo duro en el campo.

De pronto, sus ojos saltones se abrieron repentinos y la mujer ahogó un grito aterrado.

—¿Quién eres? —La anciana trató de incorporarse, sin éxito—. ¿Qué quieres de mí?

—¿Puedes ver mi aura? —preguntó el ángel con asombro—. ¿Sabes quién soy?

—Has venido a buscarme —respondió con aplomo—. ¿Está mi marido contigo?

—No, señora, no estoy aquí por usted. Soy amigo de su nieta, ¿recuerda?

La mujer palideció y enterró el rostro entre las manos.

—¿Quieres llevarte a mi nieta? ¿Por qué? —Rompió a llorar desconsolada, sin importarle la presencia de ese hombre extraño—. ¿Por qué el Cielo me hace esto otra vez? ¿Por qué me castiga de nuevo?

Él la miró confundido y quiso tranquilizarla:

—No, no... Estoy aquí para ayudarla. No tiene nada que temer. —Observó cómo el brillo de su mirada se apagaba, y entonces comprendió.

—¿Qué está pasándome? Estoy algo mareada... El resplandor me ciega...

—No le queda mucho tiempo, señora. Por eso puede ver mi luz. Está en tránsito. Poco a poco, irá a acomodándose a su nuevo estado. —Se sentó junto a ella, sin tener mucha idea de cómo consolar a una persona viva. Tomó su mano y la masajeó como el panadero que amalgama la harina. Ella apreció su gesto, sin embargo, la retiró y se la llevó al pecho.

—Voy a ver a mi Juan muy pronto —dijo sonriendo—. Se fue hace tantos años... Tantos que apenas recuerdo sus facciones dulces. ¿Vendrá él también a buscarme?

—Sí, seguro que estará aquí.

—No tengo miedo a morir. Ya he vivido mucho tiempo en este mundo sola, aunque eso ya debes saberlo. —Sus ojos marrones se posaron en el rostro de Sam con ternura—. Cuando llegue el momento, ¿estarás aquí conmigo? ¿Me ayudarás? No quiero estar sola.

Él frunció el ceño, turbado. No se atrevió a escudriñar en la mirada de la anciana, pues temía que esta pudiese alterarse más si lograba traspasar su barrera divina y acceder a secretos para los que todavía no estaba preparada. Por eso, permaneció inmóvil, como el tronco de un árbol que mira con confianza al horizonte aguardando una señal. Firme. Expectante. Una señal que le revelase cómo proseguir su misión.

—No puedo, señora. He venido a vivir una experiencia —le reveló —. Este cuerpo me impide adherirme a la gracia completa.

—Me gustaría que fueras tú el que guiases mi alma. Pareces un buen hombre, y eres amigo de mi Emma. Por favor, prométeme que me acompañarás en ese trance —insistió ella con voz aterciopelada.

Incómodo, el ángel se revolvió en las sábanas y dudó un instante. Esa señora no entraba dentro de su cometido. El árbol no podía trasladarse, pues no le habían concedido patas como a los escarabajos para que caminara, por lo tanto, él no podía asumir tal encargo. Tenía asuntos más importantes que atender, y esa alma no era su responsabilidad.

Advirtió cómo la anciana esbozaba una tímida sonrisa y cómo sus manos temblorosas rozaron las suyas pidiendo auxilio. Él agachó la cabeza y observó cómo esos dedos largos y huesudos palpaban sus venas humanas. Era una sensación extraña, ya que no se trataba de un mero contacto físico. En esa caricia anidaba la angustia, el temor a enfrentarse a algo desconocido y, al mismo tiempo, la esperanza de ser salvada. Esa mujer necesitaba ser auxiliada, y él jamás le había negado el amparo a un moribundo. Jamás. Entonces, alzó la barbilla, la miró a los ojos y, entornando los párpados, asintió.

—No le comentes nada de esto a mi familia. Harían una tragedia y

yo no quiero que se alarmen, ¿lo entiendes?

Él ángel no comprendía cómo el ser humano tejía secretos a su alrededor para después alimentarse de ellos durante su mísera vida. Era mucho menos complejo recurrir a la sinceridad. Sin embargo, sí que llegaba a entender que la anciana necesitase algo de intimidad. A pesar de ser acompañados tanto en el nacimiento como en la muerte, era un tránsito que los humanos llevaban a cabo solos. Era su alma la que debía amoldarse a los distintos cambios durante el proceso.

El ángel percibió la alegría de la mujer, quien le agradecía su ayuda con una sonrisa cargada de afecto.

—¿Cuánto me queda? —quiso saber.

—Unos días, señora, una semana como mucho.

—Tengo cosas pendientes que solucionar. Debo hablar con Emma, aunque ahora mismo estoy muy cansada.

La anciana se recostó de nuevo y casi de forma instantánea se sumergió en un sueño profundo, plácido y reponedor. El ángel causaba ese efecto soporífero en las personas que advertían su luminiscencia, así que después de cerciorarse de que la mujer soñaba con un recuerdo bello, abandonó la habitación con una percepción paradójica. Emma no iba a perder a su padre, sino a su abuela. El destino escribía su camino en líneas torcidas y ya nada podía hacer por la anciana, solo cumplir su promesa y ayudarla en su transición. Todavía perplejo, no comprendía muy bien por qué había aceptado ese cometido, pues esa tarea ya habría sido asignada a otro ángel de menor nivel. Quizá estuviera padeciendo esos temidos sentimientos humanos dentro de aquel cuerpo. Emma había sugerido que en el hospital había sufrido los efectos de un rebosamiento de responsabilidad. Aturdido, se preguntaba si ese había sido el motivo de su asentimiento a la petición de la abuela. Se llevó la mano a la cara, recordando las caricias suplicantes de la anciana, las cuales habían conseguido doblegarlo, y torció el gesto, extrañado. Sí, desde luego tenía mucha hambre, así que deseó que la cena estuviera ya servida. Quizá saciando su estómago se disiparían esas incisivas dudas que estaban saturándolo.

El día siguiente despertó con unas inquietantes nubes teñidas de amarillo, ya que el sol parecía difuminado en un cielo plagado de recelo. El aire sahariano se desplazaba a su antojo envolviendo a la isla en una cortina de polvo. El ángel se distrajo unos minutos contemplando la atmósfera turbia que tanto le recordaba a sus numerosas incursiones en la guerra, y luego, con mucho más ánimo, se preparó para una nueva visita al hospital. Había dormido, desayunado y se había duchado con esmero para desprenderse de ese molesto olor corporal que tanto lo incomodaba. Se alegró al ver a Emma bajar las escaleras de dos en dos y se preguntó cómo la chica

era capaz de arrancarle una modesta sonrisa. Después, atisbó a Ben con cierto aire de preocupación en el rellano. No dejó que ella terminara de pisar el último escalón para incomodarla desde tan temprano con sus desvelos.

—¡Emma! Tenemos que hablar. —Ella se giró para observar mejor al joven—. Quiero ir contigo, pero mi jefe me ha llamado. Tengo que conectarme con el portátil para una reunión urgente del bufete. Yo... iré al hospital en cuanto termine. Te lo prometo.

—No pasa nada. Haz lo que tengas que hacer —le respondió con una total indiferencia.

¡La indolente Emma! Parecía que ya nada la afectase, o por lo menos nada que tuviera que ver con su persona. ¿Cuándo había cambiado? Ella, siempre tan cariñosa, tan compresiva, y ahora, tan fría, tan imperturbable. Ojalá pudiese retroceder en el tiempo y borrar el daño que le había causado, porque su tibieza era para él una cruel venganza a la que asistía pasivo. Se mordió las uñas y contempló con pesar cómo ella se dirigía hacia Sam, para acto seguido abandonar juntos la vivienda.

Media hora después, Emma repiqueteaba con insistencia sus dedos en la ventana de la guagua. El ángel no era un gran conversador. Analizaba con descaro a la gente que subía y bajaba de ese transporte público. De vez en cuando, lo pillaba observándola de reojo, como si tratara de leerle el pensamiento. Sin embargo, ella evitaba pensar. No quería. Sufría. Prefería concentrarse en el ritmo que nacía de sus dedos en el cristal. Era consciente de que estaba esquivando a Ben sin disimulo, aunque tampoco sabía qué decirle, y en cierto modo detestaba que hubiese viajado con ella hasta la isla, dada la situación en la que se encontraban. Su relación estaba en el limbo. ¿Por qué lo había hecho? ¿Para demostrarle que la quería? Pues había escogido un mal momento para pedirle perdón. Su padre estaba en el hospital y la necesitaba más que nunca. Se sentía en deuda con él, ya que se había saltado sus últimos cumpleaños y también las Navidades del pasado año. Maldijo para sus adentros.

Tampoco su madre la ayudaba mucho, y por ese motivo obviaba sus discursos, porque, a pesar de que trataba de mostrarse comprensible o se esforzaba en fingir que no le importaba demasiado lo que pensara, la verdad era que la lastimaban. Al fin y al cabo, era su madre. Y, por supuesto, después estaba la historia del padre Manuel. No llegaba a comprender por qué su familia actuaba de manera exagerada cuando se pronunciaba su nombre. ¡Por Dios, el pobre hombre estaba muriéndose en el hospital! ¿Tan cruel e inhumano era para no sentir ni una pizca de piedad por una persona que había perdido la cabeza y con toda la razón del mundo?

Intercambió una mirada cómplice con el ángel. Era extraño que

fuera en aquel ser donde encontraba refugio, donde se disipaba su amargura y hallaba la paz. Sí, su energía debía ser conciliadora y puede que restauradora, sin embargo, no dejaba de ser un desconocido, un forastero recién llegado a su vida.

—¿Por qué bajaste del Cielo? —Soltó de repente, sin más—. ¿Por qué estás aquí conmigo?

—Ya te lo dije: he venido a ayudarte.

—¿Y siempre te tomas tan en serio tus misiones? —El ángel titubeó un instante, pues no lograba comprender las intenciones finales de Emma—. Quiero decir, estás aquí a mi lado en carne y hueso. Podrías haberme ayudado desde el más allá. ¿Por qué, Sam?

—Tú me retaste. Ya te conté que necesito vivir ciertas experiencias.

—Me dijiste que las veces anteriores habías venido a una especie de vacaciones angelicales. No auxiliabas a nadie ni escuchabas sus plegarias, y te importaba todo un soberano pepino.

—Es imposible que yo haya pronunciado semejante frase.

Lo miró a los ojos y trató de profundizar en ellos, de encontrar una chispa que le revelase el motivo verdadero de su presencia.

—¿Por qué soy tan especial para ti?

El ángel convirtió al silencio en su aliado. Ignoraba cómo responder a esa cuestión tan difícil sin desvelarle que había sentido una curiosidad enorme, pues ella podía escucharlo. Sentirlo. Una mujer corriente sin atributos especiales, sin ningún tipo de don que la acercase a lo divino, podía percibirlo. ¿Cómo podía ser posible? Y ahora que la tenía a su lado, más se acrecentaba su interés. Emma era como el resto de las mujeres que caminaban por la Tierra: llena de inseguridades y con un sinfín de anhelos. Sin embargo, su energía vibraba a un nivel impropio para los seres humanos, y le transmitía una serenidad que lograba desconcertarlo.

Entretanto, Emma escudriñaba en sus ojos marinos, tan hondos que no lograba acariciar el fondo. Y pensó en la aguda observación que había hecho su madre: que Sam no le quitaba la vista de encima. Candelaria había implantado una absurda suspicacia en su mente, pues un ser celestial no perdería su valioso tiempo en devaneos amorosos con alguien a quien consideraba inferior. Entonces, ¿por qué ella? Debía existir otro motivo para que hubiese tomado tal decisión, y no ese estúpido reto en el que él tanto insistía. Estaba segura de que existirían personas más eruditas en el mundo de las que podía aprender, con las que tener un diálogo más gratificante. «Tú puedes escucharme», le había confesado. Emma reflexionó sobre esa frase durante unos minutos en los que la duda la llevó a la conclusión de que, tal vez, de alguna manera rebuscada y extraña, fuera especial para el ángel.

—Sam, no habrás cortado tus alas por mí, ¿verdad? —le preguntó casi en susurros, como si temiera su respuesta.

En cambio, él enarcó las cejas, espantado.

—¿Por ti? ¿Por qué habría de hacer tal cosa?

Emma no disimuló una mueca de decepción, pues en cierto modo le habría gustado ser extraordinaria para alguien, y se sumió de nuevo en un profundo mutismo.

Mientras tanto, el ángel la observó sin disfrazar su turbación. ¿Qué respuesta había esperado la joven? Interiorizó aquella insólita pregunta tratando de descubrir un trasfondo más complejo, sin embargo, todo esfuerzo le resultaba inútil. ¿Por qué estaba allí? Y entonces cayó en la cuenta de que no podía encontrar una respuesta del todo sincera, ya que ni él mismo lo sabía. Ella tenía razón en algo: era la primera vez que se personaba para cumplir una misión desvelando su condición divina. Y aunque trataba de convencerse de que su curiosidad rebosaba los límites de su comprensión, debía admitir que jamás había sucumbido a cometer semejante impulso por nadie. Y él no se consideraba un ángel impetuoso. Era reflexivo, a veces incluso demasiado. Sin embargo, allí estaba, corriendo detrás de una mujer insustancial, magnetizado por la extraña conexión que lo ataba a ella. Así que se enfrascó en sus cavilaciones sin darle descanso a la mente tan estrecha que poseía ese cuerpo humano, hasta que por fin descendieron en la parada más cercana a su destino.

Al llegar al artificial sendero con baldosas que daba la bienvenida al hospital, Sam no pudo evitar estremecerse. Un frío desolador recorrió su espina dorsal y se le instaló en la nuca, para dejarlo sin aliento unos interminables segundos. Al principio se alarmó, aunque su semblante soportó el embiste con elegancia. Luego pensó que las sensaciones humanas volvían a traicionar su percepción y que la temida «saturación» lo golpeaba de nuevo con saña. Debía ser eso, pues no existía peligro real alguno. No escuchaba el temible siseo que precedía a un terremoto ni el crujido sobrecogedor de la naturaleza anunciar una hecatombe. Su traje humano volvía a sobrecogerlo, y él no encontraba las herramientas útiles para apaciguarlo.

Emma debió percibir su desasosiego, ya que cogió su mano y con serenidad lo miró con sus inspirados ojos verdes.

—Concéntrate en un objetivo. Camina y no mires alrededor —le aconsejó—. ¿Quieres entender cómo funcionamos los seres humanos? Bien, no prestes atención al sufrimiento ni a las continuas llamadas de auxilio que puedas percibir. Este recinto está lleno de dolor, así que ignora la miseria y la agonía y trata de enfocar tu destino. Así es como conseguimos sobrevivir: dando la espalda al desamparado. ¿Te parece cruel? Lo es. Es repugnante.

La joven no le soltó la mano hasta que llegó a la habitación de su

padre, y él no supo cómo agradecer su gesto de apoyo. Pudo experimentar su profundo y sincero calor, hasta tuvo que admitir que empezaba a sentirse desbordado con tanto torrente de emociones extremas y contradictorias. Parecía encontrarse en una de esas atracciones donde subes y bajas a gran velocidad, sin saber cuándo va a detenerse el aparato.

Emma lo animó a entrar y su rostro decidido se transformó en cuanto atisbó la inquietud en la mirada perdida de su padre.

—Papá, ¿qué ocurre? ¿Va algo mal?

El hombre, más pálido de lo habitual, señaló la cama de al lado con un semblante desazonado, el cual lo avejentaba aún más y lo ahogaba en un océano repleto de incertidumbres.

—Mi compañero de batallas murió esta madrugada. Ha estado entrando y saliendo un montón de gente. Ahora van a preparar la cama para otra persona. —Se encogió de hombros, desazonado—. Y ya está, se acabó. Uno muere, otro ocupa su lugar.

Una auxiliar esquelética y con malas pulgas les indicó con brusquedad que abandonaran la habitación hasta que cambiara las sábanas y adecentara de nuevo el lecho para otro paciente. Emma asintió y decidió aguardar en el pasillo. Se frotaba las manos mientras contaba los minutos para que la puerta se abriese de nuevo y correr a consolar a su padre. Lo había visto muy afectado, y temía que le preocupase que a él le esperara el mismo final y que no fuera a regresar a casa.

Sam se excusó, pues para él la dilación en ese corredor con unas puertas marcadas con el color de la esperanza y otras teñidas con un velo fúnebre inexorable estaba siendo insoportable, cruel, y se encaminó hacia los ascensores.

De pronto, Emma escuchó gritos provenientes de otra habitación. Un paciente exigía agua dando voces, desesperado. Ella dio un respingo y sus ojos enfocaron el origen de esos alaridos: la habitación del padre Manuel. Tras un ligero titubeo y constatando que nadie parecía atender su ruego, se dirigió a la puerta del paciente desvalido en un acto casi irreflexivo. Se apoyó en el umbral y distinguió el rostro apesadumbrado del cura. Después entró con decisión en la estancia, llenó su vaso de agua e incorporó lo suficiente al anciano para que pudiera beber.

—Gracias —le dijo entre susurros—. Aquí me toman por un loco y por eso me ignoran. Sin embargo, estoy muy cuerdo. Muy cuerdo. ¡Que Dios te lo pague! —El sacerdote elevó la barbilla y contempló por primera vez el rostro de su benefactora—. ¿Tienes a algún familiar aquí?

—A mi padre, pero está recuperándose. Pronto estará en casa.

—Ya no sé lo que es una casa. Me tienen en una residencia afín al

obispado. Creen que soy demasiado viejo para oficiar una misa. ¡Pamplinas! En realidad, no quieren que hable, que moleste a nadie más.

—¿Por qué?

En ese mismo momento, Emma se arrepintió de haber formulado esa sencilla pregunta, sin conocer aún que había abierto la caja de Pandora; una caja que le resultaría imposible de cerrar. Ella tan solo deseaba regresar al lado de su padre. No obstante, le había dado alas al cura para que iniciase una conversación que podría extenderse demasiado en el tiempo.

—¡Por lo que vi! —le respondió mientras se humedecía los labios con la lengua—. La Virgen descendió ante mis ojos. Yo yacía dentro de un charco de sangre y ella me socorrió. Su manto envolvió mi cuerpo para que no pasara frío ni me sintiera desamparado. Yo no le tengo miedo a la Muerte. Ya la burlé una vez, ¿sabes? Pero ellos no quieren que hable de milagros. Mi propia Iglesia no quiere ni oír la palabra. ¡Soy una carga para ellos! ¡Un viejo inútil que ha abandonado el redil!

Emma arrugó el entrecejo.

—¿De verdad vio a la Virgen en la iglesia? —le preguntó desconcertada—. ¿Cómo era?

—¡Era puro amor! Un chorro dorado de serenidad y benevolencia. ¿Me crees? —El viejo la observó con rostro esperanzado. Después, entrecerró los ojos y lanzó un sentido suspiro—. ¡Qué cansado me encuentro! Algo mareado.

—¿Quiere otro poco de agua?

De repente, el semblante del hombre se transformó por completo. Sus ojos plácidos se encendieron como la mecha ansiosa por llegar a los barriles repletos de combustible, y las delgadas líneas de sus labios desaparecieron tras una mueca fantasmal. La mandíbula parecía colgarle hasta rozar su pecho, y sus facciones desencajadas lo convertían en un ser maligno e inquietante.

—¿Por qué has venido? ¿Qué quieres de mí? —Emma no supo qué responder. El cura debía haber entrado en una especie de delirio, un trance vertiginoso que terminó apoderándose de él por completo—. ¡Eres una mentirosa! Yo vi al niño. ¡El niño estaba ahí!

—¿De qué niño habla? —Temerosa, retrocedió un par de pasos mientras tragaba saliva.

—¡No me mientas, Ana Gloria! —El anciano alcanzó su brazo y la atrajo de nuevo hacia él—. ¡Mentirosa! ¡Mentirosa! ¡El niño fue testigo! No lo ocultes bajo tus faldas. ¡Él lo sabe todo!

Emma forcejeó con el sacerdote y trató de soltarse mientras este la escudriñaba como si estuviese poseído. Por fin, logró apartar sus manos huesudas de ella y huyó despavorida, sin mirar atrás, sin advertir a las enfermeras para que pudiesen atender al viejo. Ni

siquiera buscó a Sam, y tampoco se despidió de su padre. Estaba muy afectada por lo sucedido y necesitaba que el oxígeno limpiase sus pulmones. Respirar. Sí, tenía que salir de inmediato. Las palabras del cura todavía retumbaban en su cabeza como un eco desordenado y lacerante: «¡El niño estaba ahí! ¡El niño estaba ahí!».

Cuando alcanzó la puerta de salida, siguió corriendo. No se detuvo. Tenía que escapar de ese edificio fuera como fuese. Entonces divisó a Ben, quien caminaba distraído observando la hierba fresca que crecía convencida de llenar de felicidad ese lugar, y se arrojó a sus brazos buscando amparo. Él levantó la barbilla, sorprendido. Emma estaba temblando, tiritaba como si hubiese andado descalza sobre inmensos charcos de agua.

—¿Qué ha pasado?

—El padre Manuel —comenzó a explicar mientras procuraba que el aire penetrase por su nariz y su boca sin encontrarse con ningún obstáculo—. ¡Ana Gloria! Ana Gloria escondió a un niño. ¡El niño estaba...!

—¿De qué estás hablando? —Ben quiso calmarla acariciándole los cabellos sedosos y llenos de ondulaciones graciosas.

—¡Nana! El nombre completo de mi abuela es Ana Gloria. —Con los brazos en jarra, dobló la cintura para terminar de recobrar el aliento—. Esa es la razón por la que echó al padre Manuel de nuestra casa. Había un niño el día de la masacre en la iglesia y fue testigo de todo. ¡De todo! El cura solo pretendía que identificase a los culpables, pero Nana se negó... ¡Eso debió pasar!

—Sigo sin entender nada de lo que estás diciendo.

—¡Adrián es el niño! —soltó desesperada—. Ben, ¿no lo entiendes? Mi hermano sabe quién mató a mi abuelo.

Durante unos segundos que se perdieron en el incierto horizonte, ambos se fundieron en una sola mirada, en una pequeña chispa, la cual deseaba hacerse más grande. Omnipresente. Emma le suplicaba comprensión al tiempo que Ben ansiaba no defraudarla. No obstante, él no terminaba de encajar bien todas las piezas del enrevesado puzle que ella le mostraba. Sacudió la cabeza, negando varias veces.

—¿Y por qué no ha dicho nada durante todo este tiempo? Eso no tiene sentido.

—Nana debió impedírselo. —Emma intentaba atar cabos mientras hablaba—. Pero ¿por qué? Tengo que averiguarlo. Tengo que hablar con Adrián.

Benjamín Torres arqueó las cejas y comenzó a reflexionar como un abogado.

—¿No has pensado que tal vez exista una buena razón para que tu abuela callara? Puede que esté protegiendo a tu hermano de alguna manera. Emma, sé que no quieres oír esto, pero tal vez sea mejor dejar

las cosas como están.

Ella lo desafió adoptando una postura más rígida, más distante.

—¿Vas a ayudarme? Necesito saber... Quiero descubrir qué demonios está pasando aquí. ¿Quién mató a mi abuelo? ¿Quién entró en la iglesia y acribilló a todos sin piedad alguna?

Ben contempló los ojos centelleantes de la chica y lanzó un suspiro prolongado. La conocía demasiado. No iba a ceder en sus intenciones. Emma era testaruda y perseverante. Y él no estaba dispuesto a hurgar en secretos familiares ajenos, ya que eran como una bomba de relojería anhelando estallar frente a la cara de todos. Era consciente de que los problemas terminarían salpicándolo de alguna manera. No, no quería escenas bochornosas ni discusiones desagradables. Sin embargo, Emma lo había abrazado. Desde que había conocido su infidelidad, no se había acercado a él de esa forma. Había sentido su calidez otra vez y no quería perderla justo ahora que lo necesitaba. No podía negarle ese favor, o tal vez nunca regresaría a él. Después de todo, aquel era el motivo por el que se encontraba allí: había viajado a la isla para recuperarla, para conquistarla de nuevo.

—Sí, te ayudaré en lo que sea. Quiero que cuentes conmigo.

Sam contempló desde la distancia cómo los dos se fundían en un largo abrazo, y un irreconocible sentimiento lo envolvió hasta provocarle mal de estómago. Frunció el ceño, dubitativo. ¿Qué misteriosa sensación humana lo embargaba ahora? Era una mezcla de impotencia y desconsuelo, aunque no podría asegurarlo. Ese torrente de emociones terrenales hacía que le doliera la cabeza y percibiese a cientos de cuervos agujerear sus entrañas. ¿Cómo hacían los humanos para aplacar ese volcán en constante ebullición?

El sacerdote se levantó de inmediato y rebuscó entre sus cosas, sumido en una visible desesperación.

—Sí, el padre Manuel menciona en sus escritos a un niño, pero siempre que lo hace lo relaciona con la Virgen... Por eso supuse... ¡Oh, Dios qué idiota! —El avispado joven rio para sus adentros, emocionado por ese milagroso descubrimiento—. Pensé que se refería a la aparición de la Virgen con el niño... El niño Jesús, ¿sabe? —Volvió a sentarse en la silla, más relajado—. Entonces hubo otro testigo directo ese día: Adrián. ¿Cómo es que ni la policía lo supo? ¿Cómo lo ocultaron tantos años?

—Las cosas no son lo que parecen, créame, padre. —El anciano estiró las piernas y, tras sondear con sus pasos la habitación, se dirigió de nuevo a la ventana—. Esas nubes amenazan tormenta. Quizá deberíamos continuar mañana. No querrá conducir con un temporal sobre su cabeza.

—¡No, no, espere! ¿Qué pasó con Adrián? ¿Vio lo que pasó en la

iglesia?

Ben carraspeó y se aclaró la voz antes de volver a la historia:

—Adrián tenía nueve años aquel fatídico día, por eso yo dudaba que recordase algo. He trabajado con muchas víctimas que olvidan el suceso o detalles esenciales por el trauma en sí. Desconfiaba de lo que podría aportar su hermano veinticinco años después. Sin embargo, yo no quería decepcionar a Emma. No quería ser yo el que la frenase.

Entrecerró los ojos y observó con condescendencia al muchacho que se había ordenado sacerdote. Estaba entusiasmado con su narración, como un niño pequeño el día de Reyes. Él le había brindado a ese joven el regalo más preciado en esos tiempos que corrían: la fe. Ben agachó la cabeza y decidió ignorar la inminente tormenta, al menos durante unos minutos más.

—Sam se unió a la investigación —continuó—, aunque yo seguía considerándolo una amenaza. Así que, cuando llegamos a casa dispuestos a interrogar a Adrián, descubrimos que ya había salido. Había ido a trabajar. Emma estaba tan agitada que no quiso esperar al día siguiente. Nos aconsejó que nos abrigásemos y que nos pusiéramos calzado cómodo, y así los tres nos fuimos en su busca a La Laguna. —El viejo evocó una sonrisa tímida—. Lo recuerdo como si fuera ayer... Ocupamos una mesa esperando a que Adrián terminara de tocar. El *jazz*, el sonido de las copas chocar, los aplausos...

Capítulo 7

El niño de la iglesia

Emma trataba de aplacar su nerviosismo moviendo la cabeza al son de la música. Eufórica, contemplaba cómo los dedos de su hermano desfilaban por el piano con firmeza mientras el trompetista de la banda lo retaba con un solo. Adrián le respondió con una sonoridad magistral, casi poética. Era como si dos amantes se enzarzasen en una discusión melódica, apresurada, resultando a veces caótica, a pesar de un orden ya prestablecido. Los presentes disfrutaban del combate rompiendo en aplausos improvisados y risas cómplices, sin embargo, ella apenas prestaba atención a las notas. Había llegado hasta allí con un objetivo, y ahora le preocupaba la manera de encarar la conversación con su hermano, la cual se le antojaba espinosa.

De reojo, observó a sus acompañantes: Ben se divertía siguiendo el ritmo con sus dedos y Sam asistía maravillado a una nueva forma de expresión del arte, pues la última vez que había presenciado un recital había sido a manos de una orquesta de cámara, demasiado rígida para su energía expansiva.

Adrián divisó a su hermana entre los asistentes y la obsequió con una amplia sonrisa. Más tarde, se acercó a ella en cuanto se permitió la primera pausa de la noche.

—¡Qué sorpresa! No esperaba verlos por aquí.

—Ha sido fantástico —lo halagó Ben—. Me habéis puesto la piel de gallina.

Sam lo miró extrañado mientras examinaba el brazo izquierdo del hombre. No discernía tal transformación en su piel, ya que su vello parecía estar en su sitio, y en sus uñas no existía la curvatura propia de las aves. Así que supuso que se trataba de otra de las expresiones poco apropiadas de los humanos para hacer una alabanza.

—Felicidades —añadió Emma—. Hacía tiempo que no te escuchaba tocar, y tengo que admitir que sigues siendo un genio. ¡El mejor!

—¿Quieren tomar algo? Venga, una copa gratis para mis invitados.

—En realidad, quería hablar contigo. —Su hermano la miró de forma interrogante—. ¿No podemos ir a otro sitio más tranquilo?

—Pues como no salgamos a la calle... —concluyó riendo.

Al discernir la expresión severa de su hermana, Adrián se dirigió a la salida después de coger su gabardina. Fuera, el ambiente era gélido,

cortante. Su aliento dibujaba humaredas blancas en el aire que desaparecían al recoger de nuevo el oxígeno. Así era el mes de febrero en las noches laguneras, traicioneras y desalentadoras, a pesar de que una leve calima, insólita en esos días del año, cubriese el cielo durante el día. Se resguardó las manos en los bolsillos, pues detestaba sentarse frente al piano con los dedos entumecidos.

—¿Qué pasa? —le preguntó ante su silencio inquietante.

Emma reflexionó unos instantes y de reojo observó a Ben, quien asentía con la barbilla y le daba ánimos para que iniciara la charla. Mientras, Sam se entretenía observando cómo los destellos de los faros de los vehículos alumbraban su abrigo y dejaban al descubierto los pespuntes poco eficaces de la gruesa tela, los cuales sujetaban los botones con poco acierto.

—He visto al padre Manuel —desveló al fin.

—¡Oh, nooo! Espero que no le hayas dicho nada a mamá. Ya sabes cómo se pone. Pero ¿qué bicho te ha picado con ese viejo?

—Me dijo que había un niño en la iglesia cuando mataron al abuelo.

—¡Ese hombre está chiflado! Todo el mundo lo sabe, dice cosas sin sentido.

—¿Y si es verdad? —lo cuestionó ella—. ¿No lo entiendes? Se trataría de un testigo. Podría identificar a los culpables y puede que la policía resolviese el caso después de tantos años. ¡Sería un alivio para todo el pueblo!

Adrián resopló mostrando su hartazgo. Tenía que volver dentro y continuar con su recital. Lo que menos necesitaba era que su hermana le diese la tabarra con una historia que todos habían enterrado hacía ya mucho tiempo.

—Pero ¿por qué quieres remover ese asunto? —le preguntó molesto—. Es mejor que dejes las cosas como están. Hace siglos de todo eso.

—¿No crees que el abuelo merece justicia?

Adrián no respondió, solo desvió la mirada al suelo y golpeó la acera varias veces con sus botas de punta. Conocía a Emma. Demasiado. Tanto como para augurar que se olvidaría del tema en cuanto subiese al avión y se marchase de allí. Era una cabezota, y a veces algo caprichosa. Ella había decidido largarse de la isla para cumplir sus sueños, y lo había dejado atrás intentando buscar su propio camino. ¿Para qué había regresado? ¿Por qué no se había quedado en Madrid disfrutando de su sueldo capitalino y de su pisito en el barrio de Salamanca?

No, ella no se quedaría tranquila hasta conseguir escarbar en lo más hondo de la historia. Y eso lo enervaba. Él no quería recordar. No quería que lo obligasen a viajar a un pasado donde volvía a sentirse

indefenso y desvalido. El asesinato de su abuelo marcó a su familia de una manera desgraciada, y también los llenó de rabia; una rabia que él supo encauzar aporreando las teclas del piano del vecino. Era allí donde huía cuando los gritos se instalaban en la casa y amenazaban con echar abajo la estructura. Y a pesar de ello, no le tenía miedo a las discusiones, sino al silencio. Ese sí que sangraba. Ese sí que te hacía padecer el dolor de la pérdida. Lacerante. Rencoroso.

—El padre Manuel dijo que Nana ocultaba a un niño, un niño que lo vio todo. Y creo que eres tú, Adrián. Tú eres ese niño. Tú estabas en la iglesia con el abuelo.

Él retrocedió espantado y parpadeó varias veces sin disimular su perplejidad, tratando de asimilar lo que Emma acababa de desembuchar.

—¡¿Estás loca?! ¡Yo no fui ese día a misa! Cuando salimos de casa, le dije al abuelo que si podía ir al Ramal con mis amigos. Era un martes de verano por la tarde y no me apetecía ir a escuchar ningún sermón. Quería ir a jugar. Y el abuelo me dijo que fuera, aunque me hizo prometerle que no le diría nada a Nana ni a mamá. —Ofendido, torpedeó a Emma con sus intensos ojos oscuros—. Así que te equivocas, no pisé esa iglesia, Emma. Estás buscando fantasmas donde no los hay. No soy ese niño.

—Pero el padre Manuel vio a un niño...

—¡Ese cura es un demente! Casi lo matan y se volvió loco. También dijo que la Virgen había descendido de los Cielos y le salvó la vida. ¿Y solo él pudo contemplar su resplandor candoroso? —Rio con aire burlesco—. Ninguno de los supervivientes vio nada similar. Ese hombre es un peligro público. ¡Ese niño no existe! Debió inventarlo para alimentarse de sus propios delirios. —Sacudió la cabeza y la acribilló con una mirada cargada de resentimiento—. ¿Para eso has venido aquí? ¿Para soltarme esas chorradas? —Después, se encaminó hacia la entrada del *pub*.

—Déjalo estar, Emma —le sugirió Ben, quien había mantenido una distancia prudencial entre los hermanos—. Ya te ha contestado.

Ella lo ignoró y corrió tras Adrián, dispuesta a resolver sus dudas.

—Espera, ¿y por qué Nana le prohibió la entrada a casa? ¿Qué pasó entre ellos? Hay algo que no termina de cuadrarme —insistió ella —. La llamó mentirosa... Adrián, ¿estás diciéndome toda la verdad?

Él trató de armarse de paciencia, a pesar de que no le gustaba la actitud orgullosa de su hermana. ¿Por qué tenía que interrogarlo de esa manera? ¿Acaso no se daba cuenta de que todo aquello le causaba dolor?, ¿que las pesadillas podían regresar en cualquier momento?

—¿Qué es lo que quieres que te diga? —Adrián se encaró con ella, conteniendo unas lágrimas que amenazaban con desatarse—. ¡Tenía nueve años! No acompañé al abuelo a la iglesia. Si lo hubiera hecho...

Si no me hubiera dado permiso para ir a jugar... ¿No lo entiendes, Emma? Yo también estaría muerto. No tienes ni idea del infierno por el que he tenido que pasar todos estos años. Me sentí culpable por no haber estado con él. Pensaba que si hubiese estado allí, tal vez podría haberlo advertido, puede que lo hubiese forzado a huir. Podría haberlo ayudado a escapar, a evitar que se enfrentara con ese pistolero... Quizá, él no estaría muerto.

Ben sujetó a Emma por el brazo, quien todavía estaba sobrecogida por la confesión de su hermano.

—Él no sabe nada —le susurró para calmarla.

—Siento mucho lo que has sufrido. No tenía ni idea, y tampoco pretendía hacerte pasar por este calvario. Pero yo creo que hay un testigo por ahí suelto, y voy a averiguar quién es —dijo resuelta—. Puede que tenga miedo, que no se atreva a declarar. Sin embargo, las víctimas tienen que descansar en paz.

—Por favor, Emma, no sigas con esta historia —le suplicó su hermano—. Deja que los muertos sigan enterrados. Es ahí donde deben estar.

—¿Por qué? ¿Por qué no me apoyas en esto? Lo habría esperado de mamá, incluso de Carla, pero de ti, nunca. Siempre he confiado en ti, y te conozco no solo porque eres mi hermano, sino porque siempre has sido mi amigo. —Ella agachó la cabeza, desmoralizada—. Sé que no estás contándome la verdad, al menos no toda.

Adrián resopló enfadado. ¿Cómo se atrevía a continuar con sus paranoias después de que él le hubiese abierto su corazón? ¿Tan insensible la había vuelto la contaminación de la capital? ¡Emma no era así! No era una kamikaze ni una despreocupada que no tuviese en cuenta los sentimientos de los demás, de él mismo.

—¡Estás loca! Ya te he dicho que yo no soy el niño que buscas. No llegué a la iglesia. Y ahora déjame que continúe con mi concierto. Será mejor que vuelvas a casa y te metas en la cama. Ben, llévatela de aquí.

Él la sujetó por los hombros y la apartó de Adrián mientras este la observaba con los ojos inyectados en sangre, hundido y decepcionado.

—Está bien —se rindió ella—. Sigue con tu espectáculo. Yo le preguntaré a la abuela.

—¡Se acabó! ¡No voy a permitir que molestes a Nana con esto! Ni se te ocurra hablar con ella. Le ha costado muchos años de su vida superar la muerte de su marido para que ahora vengas tú con aires de grandeza a interrogarla o acusarla de a saber qué. No se lo merece. ¿De verdad no vas a parar hasta saber quién es tu testigo? ¿Quién es quien continúa con su vida como si nada y no es capaz de hablar con la policía? ¡Eres tú, Emma! Tú eres el testigo que andas buscando, ¿ya estás contenta?

Ella palideció. Intuyó que el tono de su piel tuvo que tornarse no

en un amarillo suave, sino en una ausencia total de él, ya que percibió cómo la sangre se detenía dentro de sus venas y estas decidían no bombear su corazón. No escuchaba sus latidos. También estos se habían desvanecido, la habían abandonado, arrebatándole la vida en un suspiro. Sin embargo, no había suspirado. Ojalá lo hubiese hecho, pues entonces significaría que la maquinaria de sus pulmones se ponía de nuevo en funcionamiento. Y no podía respirar. No conseguía mantenerse en pie.

—Eso no puede ser —escuchó murmurar a Ben.

—El abuelo nos llevaba a los dos a misa ese día, pero yo no quise ir. Tú entraste con él en la iglesia. —Adrián se percató de la dureza con la que había golpeado a su hermana y rebajó el tono de su voz. Era consciente de que necesitaba una aclaración, tal vez así la hiciese reaccionar, ya que continuaba inmóvil, como una de esas estatuas de sal con las que lo amenazaba Nana cada vez que decía una palabrota —. Cuando escuché lo que había pasado, corrí angustiado desde el Ramal hasta la plaza. La policía había acordonado la zona, pero yo conseguí escabullirme y colocarme cerca de la puerta. Conté cinco heridos, ¡solo cinco supervivientes! Oí decir a alguien que el resto estaba muerto, que no se podían tocar los cadáveres. ¡Solo cinco! Y ni tú ni el abuelo estaban entre ellos... Me eché a llorar... Tenía que entrar a buscarte... Entonces alguien me cogió por el hombro. Era papá. Me dijo: «Vete a casa, hijo, yo me encargo de esto». Y me fui con una culpa muy grande. Insoportable, que todavía me retumba aquí dentro —admitió, señalándose el pecho—. ¿No querías la verdad? Ya la tienes.

Arrepentido, Adrián giró sobre sus talones y entró de nuevo en el local. Emma comenzó a temblar, a exteriorizar unas sacudidas que alertaron al ángel, mientras ella estaba convencida de que desfallecería en cualquier momento. Apoyó la espalda en uno de los tantos coches que estaban aparcados a la vez que escuchaba como un eco inaudible los numerosos improperios de Ben. Quería escapar de allí. Gritar en un monte donde solo los pinos fueran testigos de su consternación.

Sam se acercó y la cogió de la mano. Esta vez le acarició la piel como ella misma le había enseñado: con suavidad, con suma delicadeza. Debía ser un remedio eficaz contra la tristeza, pues advirtió una pequeña sonrisa en sus labios.

—Estos botones no van a resistir mucho más. Están mal cosidos.

—¿Emma? ¿Emma era la testigo? —El cura se incorporó de un salto y se llevó las manos a la cabeza al tiempo que soltaba un sonoro resoplido—. Pero la policía no encontró a nadie con vida dentro de la iglesia. No hay documentos que hablen de una niña en la

investigación. ¿Cómo puede ser posible? ¿Qué fue lo que ocurrió entonces?

La mirada del anciano continuaba perdida entre los nubarrones que se aproximaban sigilosos por el noreste. Era un día extraño. Se había levantado con la esperanza de dar un paseo y leer un rato en uno de los bancos que rodeaban la residencia. En cambio, mantenía una conversación íntima con un completo desconocido, que además era sacerdote, mientras aguardaban una tormenta que no terminaba de llegar. Sí, definitivamente estaba siendo un día insólito. Ya no tenía jornadas así. Sus mañanas y sus tardes estaban planificadas con sumo detalle, organizadas para hartar hasta al más vivaracho de los inquilinos. No había sorpresas ni sobresaltos, solo la mera contemplación del paso del tiempo a través de la ventana.

—Emma se sumió en un profundo pesar. Fue víctima del encierro de sus propios pensamientos. Apenas hablaba ni comía. Esquivaba a todos los miembros de su familia, incluso dejó de ir al hospital para visitar a su padre. Creo que temía tropezarse de nuevo con el padre Manuel. Vagaba como un espectro por la casa. No comprendía cómo le habían ocultado algo tan serio, y se reprochaba por carecer de recuerdos del incidente. Ella tenía solo cinco años.

—¿No recordaba nada? —Su entrevistador no ocultó su desánimo —. ¿No pensó en acudir a un terapeuta?, ¿a alguien que la ayudase a recordar?

El anciano arqueó las cejas, sorprendido. Después, se relajó pensando que ese hombre no había llegado a conocer a Emma. Si lo hubiera hecho, no habría formulado tal pregunta. Era una mujer inspiradora, eso era innegable, pero también terca como una mula. Ese siempre fue su error: no considerar su tenacidad entusiasta como un peligro acechante.

—Pensé que pronto se olvidaría del asunto, y en cierto modo me sentí aliviado. Tenía trabajo atrasado que sacar adelante. No podía correr detrás de los espectros del pasado, aunque estos incidieran en la vida de Emma de forma directa. Así que, después de calmarla y de tratar de convencerla para que dejara todo atrás, me enfrasqué de nuevo en la pila de casos que estaban desbordándome. Creí que la había disuadido. —Masculló algo entre dientes que al sacerdote le sonó a blasfemia—. Está haciéndose tarde y este viejo necesita un descanso.

—Sí, debería irme antes de que el tiempo se ponga más feo — admitió con cierta desilusión—. Volveré mañana si no le importa.

—¿Cómo me dirijo a usted? Quiero decir, si va a convertirse en un visitante habitual, debería saber su nombre. Solo sé que es el nuevo párroco de pueblo.

—Oh, perdone, me llamo Diego.

El joven se despidió con un apretón de manos y Benjamín permaneció unos minutos más junto a la ventana. Observó cómo el cura atravesaba el jardín de la entrada y desaparecía tras los árboles que rodeaban la residencia. Entonces, apreció cómo débiles gotas de agua comenzaban a golpear el cristal. Agachó la cabeza con cierta nostalgia y se sentó en la cama. A continuación, extrajo una caja metálica de una de las gavetas de su mesa de noche, la abrió con sumo cuidado y sonrió mientras una lágrima rodaba por su mejilla. En su interior, un holograma de Emma, tan real y vivo, reía y se movía con gracia. Ben, siempre receloso de los avances tecnológicos, había agradecido la invención de aquel artilugio. Recorría los grandes momentos de su vida en tres dimensiones. Casi podía tocarla, acariciarla. Y mientras los truenos resonaban en la lejanía, se recostó en la cama admirando de nuevo las fotografías que desfilaban ante él como una película de cine mudo.

Esa noche, Diego apenas pudo conciliar el sueño. Su cerebro estaba en plena ebullición y decidió repasar las notas que había tomado en la residencia. Incluso se dispuso a realizar un árbol genealógico de la familia de Juan Ramos, el abuelo de Emma. Aquella historia no solo estaba removiendo los cimientos de su fe —«¿Un ángel hecho carne?»—, sino que había despertado una viva curiosidad que lo empujaba a continuar sin importarle demasiado las consecuencias. ¿Qué había pasado aquel día en su iglesia? ¿De verdad Emma estuvo presente en la masacre? Ahora tenía la certeza total de que no se había equivocado: el señor Torres tenía todas las respuestas.

A la mañana siguiente, después de ocuparse de algunos asuntos de sus parroquianos, condujo con afán hasta la residencia. Debía admitir que no había atendido con extrema dedicación a sus feligreses. Su cabeza estaba en otro lugar, lejos del presente. ¿El milagro de la aparición había sido una invención del padre Manuel? ¿Emma recordaría que estuvo aquel día junto a su abuelo? ¿Y Sam? ¿Quién era realmente? Parecía haberse encariñado con la muchacha.

El joven sacerdote llegó sin aliento hasta la habitación del anciano, sin embargo, no lo encontró allí. Corrió hasta la recepción con el nerviosismo de un niño a punto de completar su colección de cromos y en el mostrador le indicaron que Benjamín había salido al jardín para disfrutar del tímido sol que acompañaba la jornada. Por fin, Diego lo divisó leyendo en uno de los bancos detrás de unos cuidados setos.

—Ha llegado hoy temprano. —El anciano no alzó la vista de su libro.

—Si lo interrumpo, puedo volver más tarde —se excusó con cierta indecisión.

—No, no importa. ¿Damos un paseo? Soy un hombre de viejas

costumbres —le dijo mientras marcaba la página a la que había llegado en su lectura—. Detesto esa máquina que lee por ti, aunque tenga efectos sonoros incorporados y risas enlatadas. Anula la imaginación y nos vuelve zoquetes.

—Yo tampoco la uso en mis ceremonias, prefiero la Biblia de siempre.

Caminaron unos minutos cuestionando el uso de los nuevos robots que facilitaban la vida cotidiana según sus fabricantes. Ben afirmaba que muchos de esos nuevos inventos hacían del ser humano un vago taciturno, y puesto que no nos sentíamos desafiados en el día a día, las ideas se apagaban y el cerebro se anquilosaba. ¿En qué estábamos convirtiéndonos?

—Las reuniones de vecinos, de asociaciones y hasta los asuntos de familia son a través del ordenador. No se imagina lo difícil que es congregar a los fieles en la iglesia un domingo.

—¿Por eso quiere captarlos con la historia de la aparición?

El sacerdote reflexionó unos instantes. Nunca había sido su intención transformar el templo en una atracción turística.

—No, es algo más complejo.

El viejo estiró una de las comisuras de sus labios y disimuló su curiosidad.

—Mmm, ¿por qué se hizo cura?

—Sentí la llamada de Dios con tan solo quince años. —Diego bajó la barbilla, queriendo ocultar su pesadumbre—. Mis padres estuvieron de acuerdo.

—En los tiempos que corren, es difícil escuchar a alguien que hable de llamadas y de fe —afirmó receloso. Pero no quiso entrar en detalles. Entornó los párpados e inspiró hasta percibir el aire proveniente de las ramas más próximas—. Emma adoraba este olor a tierra mojada. Decía que así sentía la naturaleza más viva, más cercana.

—¿Qué sucedió después? Dijo que ella estaba deshecha.

—Sí, se sentía traicionada por su propia familia. Le habían ocultado una parte importante de su infancia. Habían querido protegerla y eso podía entenderlo. No obstante, ya era adulta, y ese hermetismo era discutible. Ya le dije que Emma era cabezota y no estaba dispuesta a olvidar. No iba a abandonar la caza de su asesino particular, y menos cuando había descubierto que ella era la clave de todo.

—¿Cómo no tengo ni un mísero recuerdo? ¡Por Dios! ¡Estaba allí! Tuve que haber visto cómo los acribillaban a todos. Solo conservo el rostro de mi abuelo con esa sonrisa reconfortante, y ni siquiera puedo afirmar que esa imagen pertenece a aquel día. No me queda nada más,

solo su sonrisa.

Desesperada, Emma caminaba de un lado a otro de la habitación, golpeándose la barbilla con su largo dedo índice. Sam la observaba sentado, sin saber muy bien qué decir o qué frases de aliento utilizar para conseguir calmarla. Había descubierto que satisfacer a los humanos con respuestas alentadoras era un trabajo complejo y agotador, y seguía sin comprender cómo no escogían la sinceridad.

—¿No puedes usar tu poder de ángel y entrar en mi mente?, ¿hurgar en ella y extraerme la información que necesito? —La joven buscaba desmoralizada una solución que la ayudase a avanzar, por muy descabellada que fuera la idea.

—Sabes que con este cuerpo carezco de muchos de mis dones. Quizá es algo que debas hacer por ti misma, sin atajos. Yo estoy aquí simplemente para guiarte.

—Pero ¿no percibes nada?, ¿algo que pueda arrojar luz a este embrollo? ¿No puedes ir ahí arriba y averiguar quién mató a mi abuelo?

—No puedo hacer eso —le contestó molesto—. No se nos permite interferir en los asuntos humanos de esa manera. ¿No entiendes que tal vez todo esto forme parte de tu aprendizaje? Puede que así cultives la paciencia y la transigencia.

—Ese es mi problema: siempre he sido demasiado paciente. Mientras los demás realizaban una carrera de fondo, yo me limitaba a correr mi propia maratón, aguardando a que llegase mi momento, a que mis sueños tomaran forma. Nana dice que las cosas de palacio van despacio, y yo siento que no he ganado nada, que lo he sacrificado todo mientras me esforzaba en llegar a la meta.

Se lanzó a la cama profiriendo un suspiro derrotista. Pensó en Adrián. Su hermano continuaba enfadado con ella, y con toda la razón del mundo. Se había comportado de forma caprichosa y egoísta. Y ella no era así. Había perdido los nervios. En ningún momento valoró sus sentimientos, y nunca imaginó que aquella tragedia lo hubiese afectado tanto. Él poseía un alma despreocupada, o al menos eso se afanaba en aparentar. Prefería vivir el presente sin obsesionarse por labrarse un futuro, y desde luego, cualquier pasado quedaba demasiado lejos para ser considerado. Quizá habría sido más fácil que hubiera sido el niño de la iglesia, pues Adrián era más determinante, incluso inalterable, ante inesperados acontecimientos. Aunque este parecía haberlo afectado más de lo que cabría haber esperado.

No obstante, era ella. Ella era la testigo, la que había presenciado los asesinatos de la iglesia. ¿Qué iba a hacer ahora? Tenía un nudo en el estómago imposible de deshacer con una simple infusión de manzanilla, remedio que siempre le ofrecía su madre cuando la veía afectada. No era de esa clase de personas que encierran las

dificultades en un baúl y guardan la llave en las profundidades de su mente. No era así. No podía renunciar a la verdad. No podía pasar página sin mirar atrás.

—Quizá tengas razón. Es algo que debo hacer yo. Puede que mi pavor a los curas tenga una explicación. Yo estuve allí. Y tal vez tú no estés solo aquí para sanar mi corazón; eso puedo hacerlo sola. Tú has venido hasta aquí para ayudarme a recordar mi pasado.

El ángel abrió los ojos de par en par y ladeó la cabeza, dubitativo. No le desagradaba la idea. Siempre pensó que lo enviaban a una misión insignificante, sin ninguna razón de ser. Después de tantos siglos interviniendo en guerras y conflictos, atender los problemas sentimentales de una mujer era ridículo. Irrisorio. Solía ser asunto de serafines, y por ese motivo había expresado su objeción. ¿Por qué tenía que recoger las lágrimas de un alma deprimida? ¿Por qué lo enviaban a sanar el corazón de un ser irrelevante? Sin embargo, debía cumplir órdenes.

Su mentor tenía razón: estaba hastiado de observar cómo los humanos se masacraban entre ellos y eran capaces de arrancar la vida de otro ser sin compasión alguna, de observar cómo entraban en pueblos alzando una bandera para luego comenzar con los saqueos y violar a las mujeres como si fueran parte del tesoro que estaban obligados a reclamar. La fe que había depositado al principio en aquellos seres se había disipado con el paso del tiempo. Eran bestias. Salvajes. Seres indiscutiblemente inferiores. Al principio padecía por ellos, por sus tribulaciones, sus enfermedades incurables y sus lamentos ahogados entre risas falsas. Lloraba con ellos. Sin embargo, ya no lo hacía. Ya no. Se limitaba a desempeñar su trabajo sin ningún tipo de condolencia o misericordia. Ya no los miraba a los ojos como solía hacerlo y se apiadaba de su desgracia. Ya no disfrutaba enseñándoles el camino de la luz. Se mostraba indiferente ante su tristeza o su alegría. Aquel había sido el verdadero motivo de su reasignación: se había convertido en un autómata, en una especie de máquina que cumplía con su deber y sus obligaciones. Nada más. Y ese era el peor de los sentimientos que podía experimentar un ángel: la indolencia.

Sin embargo, ahora un nuevo sol aparecía tras su horizonte y le prometía un nuevo día. Tal vez no se trataba de recoger las lágrimas de Emma y lanzarlas al mar. Puede que existiera otro motivo más profundo para que él tuviese que cuidarla. Desde que la conoció, supo que había algo distinto en esa mujer. Tenía la capacidad de hablar con los ángeles; una habilidad extraña que escaseaba en estos tiempos de incredulidad y de oscuridad consagrada, y que ella misma también ignoraba. Sí, debía ayudarla a descubrir lo ocurrido en la iglesia, porque así sanaría una herida más dolorosa que un corazón deshecho:

sanaría el alma de un ser humano.

—Quiero ayudarte. Estoy aquí por ti —afirmó convencido. Un brillo inapreciable para los humanos brotó en lo más recóndito de su ser y se reflejó como una leve llama en sus pupilas. Tenía una nueva misión. ¡Un gran secreto que desvelar!

Ben entró en la habitación con el ceño fruncido y se sorprendió al encontrar a Emma tumbada en la cama y a Sam sentado su lado, demasiado cerca y demasiado sonriente. Trató de disimular una mueca de disgustó y resopló por lo bajo.

—¡Tenemos un plan! —escuchó decir a Emma al tiempo que saltaba de la cama y se situaba frente a él—. Quiero que vayas a la policía y preguntes por los archivos del caso. Eres abogado, así que no creo que vayan a ponerte pegas.

—¿Quieres que pregunte por un caso de hace veinticinco años? ¿Estás oyéndote? Yo no soy de aquí, no conozco a nadie. Me pedirán los motivos o el nombre del cliente al que represento. Puede que tenga que dejar mi firma estampada en algunos documentos y que llamen a mi bufete. ¿Tienes idea de lo que estás pidiéndome? Estás poniéndome en un gran aprieto.

—Oh, por favor, siempre has sabido cómo arreglártelas.

—¿Sabes cuánto tiempo podría llevarme leer todo ese material? — Poco a poco, atisbó cómo la sonrisa de Emma se desvanecía y, en su lugar, las líneas suaves de su rostro se endurecían. Se masajeó la nuca mientras meditaba sobre lo que estaba a punto de llevar a cabo—. Está bien. Veré qué puedo hacer. ¿Qué quieres que busque exactamente?

Entusiasmada, ella recorrió con energía el dormitorio a la vez que trataba de organizar todos los interrogantes en su mente.

—Necesito que averigües si hubo algún sospechoso, si alguien pudo dar una descripción del asesino y si mencionan la intervención de algún tipo de luz... divina.

—¡¿Luz divina?! —Ben negaba con la cabeza—. ¿Y tú qué vas a hacer mientras tanto?

—Nosotros interrogaremos a los testigos de nuevo. Y sé por quién empezar.

Capítulo 8

El calor de una abuela

Emma buscó a su abuela en el jardín. Sabía que cada mañana, después del desayuno, les dedicaba unas horas a sus amadas flores. Allí, Nana encontraba el sosiego que necesitaba, la paz que siempre afirmaba faltarle. La divisó podando con esmero sus delicados rosales, después no dudó en envolverse con su fragancia, olfateando sus pétalos y mimándolos como si fueran únicos. Se protegía del sol con un sombrero de paja, y sus manos estaban cubiertas con gruesos guantes para evitar clavarse las espinas. La mujer se desenvolvía entre las plantas como si fuera una treintañera aventurera y decidida. Sin embargo, contaba con más de ochenta años. La muchacha admiraba el vigor del que siempre había presumido su abuela, una mujer fuerte, con garra, a pesar de su baja estatura y su complexión delgada.

—Esta calima va a achicharrarlas. Si no llueve pronto, morirán. Por eso tengo que regarlas a diario —afirmó al ver que su nieta se acercaba.

—Nana, quería hablar contigo.

Ignoraba el motivo, pero su abuela siempre le había infundido un gran respeto. Quizá fuera por su seguridad o por su determinación, ya que desde muy pequeña descubrió que el torrente de energía que emanaba de su diminuto cuerpo conseguía achicar a los hombres más arrogantes, aunque fueran corpulentos o gozasen de una reputación de duros empresarios. En cambio, con ella siempre fue tierna. Incluso cuando la reprendía, lo hacía con dulzura, a pesar de que percibía la firmeza en su mirada, en sus gestos y en el frío silencio cuando hacía una pausa.

Por eso, titubeó unos segundos antes de dirigirse a ella. Debía tratar un tema punzante, y no sabía cómo podría reaccionar la mujer. Emma no podría soportar su reprobación aunque lo hiciera mientras esbozaba una sonrisa cariñosa. Nana era asombrosa. Todavía desconocía cómo funcionaba su poder de convicción y eso seguía intimidándola. No podía negar que su abuela había sido su consejera, su ejemplo a seguir, una luchadora nata que había desafiado el pensamiento hostil de muchos hombres y que siempre había reivindicado un papel más participativo de la mujer en la sociedad.

Nana alzó la cabeza y descubrió a su nieta con rostro contrariado. Arqueó las cejas y se quitó los guantes. Sonrió al ver al ángel a su

lado, ensimismado, olfateando todas las flores que se encontraban a su alrededor.

—Las abejas hacen una labor encomiable —soltó al percatarse de las miradas de ambas mujeres.

—Vamos a sentarnos bajo aquella palmera —le indicó su abuela —. Allí al menos corre el fresco.

La mujer profirió una exhalación prolongada cuando se permitió descansar un minuto y contemplar con orgullo la variedad de plantas de su pequeño jardín.

—¿Y qué es eso tan urgente que te quita el sueño? —añadió.

—Nana, yo... no sé por dónde empezar...

—Queremos hacerle algunas preguntas sobre la muerte de su marido —intervino Sam sin ningún tipo de contemplación.

Emma lo miró alarmada. Temía que a su abuela le diera un infarto o los echara de su casa en un arrebato de ira. En cambio, Nana frunció el ceño y se mordió el labio inferior con sutileza.

—Sabía que este momento llegaría tarde o temprano —admitió con gran pesar—. Y el otro día, cuando nombraste al canalla del padre Manuel, me dije: «Ya está, ya ha llegado el momento». ¿Qué es lo que quieres saber?

—Sé que yo estaba en la iglesia con el abuelo.

Emma aguardó a la reacción de su abuela para proseguir con su interrogatorio, pero Nana no dijo nada, solo asentía sin parar con la mirada perdida, pues todo aquello le provocaba un profundo dolor. Había enterrado su pena en lo más hondo de su alma, sin embargo, no había sido suficiente. Las garras de la amargura la perseguían en sueños, y a veces despierta. Había luchado por su familia, por sus nietos. No obstante, la sombra oscura del pasado conseguía atraparla, la alcanzaba antes de que pudiera despertar. Y estaba cansada, extenuada de enfrentarse a miles de demonios hambrientos de la verdad. No se arrepentía de haber protegido a su nieta. Al fin y al cabo, el asesino seguía libre. Y ella había descubierto, para su disgusto, que la justicia no funcionaba como debía ser, sobre todo si se trataba de una familia humilde. Su marido estaba bajo tierra mientras ese desalmado había continuado con su vida sin pagar su penitencia. Se había quedado destrozada, mutilada, pues parte de su corazón le había sido arrancado. Y después de correr tras la policía, tras el alcalde para que no cerrara el caso, de enfrentarse a abogados y a políticos ineptos que lo único que ansiaban era llenarse los bolsillos en sus cuatro años de mandato, había abierto los ojos.

La justicia humana era un fraude. Aunque quizá sí existía la justicia divina. Clavó su mirada en los enigmáticos ojos del ángel y le cogió la mano. Encontró la serenidad que hacía años le había sido arrebatada. Había esperado tanto tiempo por un milagro, y allí estaba,

sentado junto a ella, protegiendo a su nieta. Había llegado la hora de hablar, y luego debía partir junto a su Juan.

—Sí, fuiste con el abuelo a misa. Adrián también los acompañó, pero él no llegó a entrar. Fue un designio de Dios que tu abuelo permitiese que Adrián fuese con sus amigos —dijo suspirando—. Si no, habríamos asistido a dos entierros.

—¿Por qué no fuiste con él a la iglesia ese día? Mi madre siempre dice que iban a todas partes juntos.

Nana sonrió de medio lado al escuchar la avispada pregunta de su nieta.

—¡Oh! Yo tenía que preparar la cena para toda la tropa y Juan quería hablar con el padre Manuel. Pensó que el mejor momento para hacerlo era acercarse a él después de la misa. La noche anterior habíamos sufrido un intento de robo —continuó relatando la abuela —. El ladrón consiguió saltar la valla, pero no pudo entrar en la casa. Casi destrozó la cerradura... Tu abuelo oyó los ruidos y bajó para ver qué estaba pasando. Cogió la macana que cuelga detrás de la puerta y abrió el postigo. Vio a un hombre que corría por el jardín y se encaramaba a la valla. Salió y lo siguió, gritando para ahuyentarlo, y así el ladrón desapareció.

—¿Qué tiene que ver eso con el padre Manuel?

—Se habían producido una serie de robos en Tejina: algunas tiendas, varias casas particulares... En el Ramal, llegaron a contratar un servicio de vigilancia. Ya sabes que es una zona plagada de comercios. La policía no hacía gran cosa. Te tomaban declaración y tramitaban la denuncia. Y ya está. La gente estaba asustada. El ladrón entraba mientras dormíamos, mientras pensábamos que estábamos seguros dentro de nuestros hogares. ¿Qué habría pasado si uno se hubiera despertado y descubierto a un hombre encapuchado dentro de su casa? Puede que no solo estuviéramos hablando de robos. —Una lágrima seca por el paso del tiempo se deslizó por el rostro de la anciana—. Las personas tienen derecho a proteger sus casas, a sus familias. Si la policía mira hacia otro lado, ¿cómo podemos defendernos? Las denuncias se amontonaban en la oficina de La Laguna, sin embargo, nadie hizo nada.

—¿No abrieron una investigación?

—No eran grandes cantidades. Diez mil pesetas no era una cifra elevada para perseguir a un ladrón, aunque el pueblo estuviese aterrorizado. Se reforzaron las cerraduras, y algunos empezaron a dormir con un cuchillo de cocina bajo la almohada. No se conversaba sobre otra cosa, y comenzaron las habladurías: ¿Quién podría ser el ladrón? Alguien de la zona, seguro. ¿Y quién podría estar tan necesitado para hacer algo así? —Nana sacudió la cabeza, espantada —. Pues no tardaron mucho en señalar a un joven africano que hacía

unos meses que había llegado al pueblo. Era un vendedor ambulante que se ganaba la vida ofreciendo gafas de sol, pulseras, relojes y algunas baratijas. No parecía una mala persona, pero era extranjero y negro. A principios de los noventa, solo eso bastaba para enjuiciarlo. Era una época hipócrita. Se hablaba de libertad, de dejar atrás las estrecheces de mira, a pesar de que se respiraba desconfianza. ¿Mujeres que podían divorciarse? ¿Negros en el pueblo?

—Perdona, abuela, sigo sin entender.

—No seas impaciente, niña. —Nana se quitó el sombrero y lo usó como un abanico improvisado—. ¡Jodida calima! ¡Siempre me deja sin resuello! Tu abuelo lo había contratado para hacer algunos trabajos en la casa. Lo había visto desfallecer en un par de ocasiones mientras recorría las calles con sus baratijas. Y ya sabes cómo era Juan: sintió lástima y lo invitó a comer. Después le pidió que lo ayudara a arreglar la cocina por dos mil pesetas. Y así fue como conocí al nigeriano. Era un joven fornido y poco atractivo, pero trabajador y responsable. Cuando terminó las labores en casa, tu abuelo se lo recomendó al padre Manuel. El complejo parroquial necesitaba unos arreglos, y por ese motivo Juan fue a hablar con el cura. Ya habían empezado las habladurías, y muchos querían que el padre Manuel echara al nigeriano no solo de la iglesia, sino también del pueblo.

—¿El nigeriano tuvo algo que ver con la masacre?

—Lo dudo mucho, mi niña. Tu abuelo quería hablar con el padre Manuel, pero no para apoyar la teoría de algunos burros del pueblo. La noche anterior, él había perseguido al ladrón por el jardín. Me contó que, aunque estaba encapuchado, pudo ver que se trataba de alguien mucho menos corpulento que el nigeriano. No era tan alto, y era flaco como un palillo de dientes. Dijo que se encaramó a la valla como un perenquén y que aterrizó de un salto en el camino. No podía jurarlo, sin embargo, tu abuelo creía que había alguien más con él. Alguien que había saltado antes de que Juan hubiese abierto la puerta.

—¿Por qué no se lo contó a la policía? —Emma comenzó a morderse las uñas como si fuera una niña pequeña.

—Ese día prefirió ir a la iglesia primero y convencer al cura. Luego, pensaba ir a La Laguna para poner la denuncia. —La anciana hacía esfuerzos por no romper a llorar—. ¿Por qué fue primero a la iglesia? ¡Solo Dios lo sabe! Si no lo hubiera hecho, si me hubiera hecho caso...

—¿Consiguió hablar con el padre Manuel? —La curiosidad de Emma aumentaba a cada segundo que pasaba.

—Eso ya no lo sé. No creo que lograra hablar con él antes de la misa.

Emma se recostó en el banco y observó el cielo repleto de nubes amarillas. Tenía tantas preguntas, tantas dudas... Después depositó sus

ojos verdes en el rostro afectado de su abuela y apoyó la cabeza en su hombro. Parecía tan frágil, tan débil, pese a ser una mujer de armas tomar, una guerrera. Cuando se sintió arropada, se enfrascó de nuevo en sus pensamientos sobre el caso. ¿Tendrían relación los ladrones con la investigación o era pura coincidencia? ¿Cómo la policía no apuntó sobre esa posibilidad? Y si era así, podría ser que no se tratase de un solo asesino, sino de dos. Su abuelo estaba convencido de haber visto a dos personas en el jardín esa noche, y por lo que Nana le contaba, también sospechaba que no se trataba de un único culpable. Todavía existían muchas piezas del puzle que aún no conseguía encajar.

—Nana, ¿le dijiste a la policía que intentaron robar la noche anterior aquí?

—Claro, aunque no me prestaron mucha atención. Me dijeron que pusiera la denuncia y que ellos estaban investigando los asesinatos y no los robos cometidos por delincuentes comunes —afirmó con cierto sarcasmo—. Decidí entonces ver y callar. No iban a devolverme a Juan, y dudaba que encontrasen al asesino. Tenía que proteger a la familia, y eso fue lo que hice.

—Hay algo más que quiero preguntarte. —Emma tragó saliva y aclaró su voz antes de hablar—: ¿La policía supo que yo estuve en la iglesia?

—¡Por Dios, no! No había motivo para decirles tal cosa. No quería que señalaran a mi pequeña nieta con una diana en la frente.

—Pero yo podría tener alguna información, podría haber ayudado, podría haber visto al asesino.

—Emma, ¿no has hablado con tu padre? —La anciana la miraba confusa—. Pensaba que lo sabías. —La joven la miró sin entender—. Tu padre no te encontró en la iglesia. Tú no estabas allí.

Ella dio un respingo y arqueó las cejas, patidifusa.

—Pero el padre Manuel dijo que había un niño en la misa.

—No terminas de entenderlo. Tú entraste en la iglesia con tu abuelo, sin embargo, no estabas cuando la policía llegó. —Su abuela soltó un discreto resoplido—. Sigo preguntándome qué pasó. Puede que te escaparas y fueras a buscar a tu hermano para jugar o que tu abuelo te dijera que huyeras en cuanto entró el asesino. Pero dudo mucho que fueras testigo de los crímenes, porque no estabas allí. —Nana cogió la mano de su nieta, y de las comisuras de sus labios nació una sutil sonrisa. Después, negó varias veces con la cabeza—. Me he quitado una gran losa de encima —añadió—. Todos estos años solo he querido protegerte, y por eso le pedimos a Adrián que no te dijera nada. Nadie podía saber que tú estuviste allí, al menos al inicio de la misa. El padre Manuel recordaba a un niño en la ceremonia, pero nada más. Había olvidado su rostro, no podía asegurar con certeza su edad...

»Sin embargo, con los años le vino a la mente que ese niño acompañaba a tu abuelo Juan, y dedujo que debía tratarse de uno de sus nietos. Por eso sus visitas fueron cada vez más inquisitivas, hasta que me amenazó con ir a la policía. Entonces, lo eché de casa. Lo llamé loco, ya que la policía no había encontrado a ningún niño en la iglesia, ni muerto ni vivo. Nadie lo creería. No obstante, insistía en llegar al fondo de la verdad. Tu padre dijo que lo denunciaría al obispado, que debía dejar las cosas como estaban. No lo hizo y empezó a acosar a tu hermano Adrián a la salida de la escuela. Él recordaba a un varón, por fortuna. —La anciana apretó el sombrero de paja con ambas manos.

»Un día, Adrián llegó llorando a casa. Ese cura lo había amenazado con encerrarlo en la cárcel si no decía la verdad y se atrevió a asegurarle que iría al Infierno. No pudimos hacer otra cosa. ¡Dios sabe que lo intentamos! Pero ese viejo maldito seguía con sus chifladuras, así que lo denunciamos. El obispado intervino y lo internaron en un psiquiátrico. No fue difícil, pues hablaba de luces y de la Virgen aparecida con un manto verde. Ese hombre no estaba en sus cabales para llevar una parroquia. No, no, Señor, y yo no estaba dispuesta a que destruyera a mi familia. No podía, entiéndelo, Emma. Ya había perdido a tu abuelo, así que no podía perderte a ti también. Si ese estúpido cura corría la voz, el asesino vendría a por ti y yo no iba a permitirlo. —Nana, que hasta entonces había contenido sus lágrimas, lloró—. Perdona, mi niña, nunca hice las cosas con mala intención, pero si debo ser juzgada por esto, presentaré mis pecados ante Dios. Él que decida mi penitencia y la aceptaré sin rechistar. Ya he peleado bastante, he sacado a esta familia adelante, y ya estoy cansada, ya no me quedan fuerzas.

—Abuela, no sé qué decir... Yo...

Emma seguía conmocionada por la revelación que Nana le había hecho. Su familia había sido la responsable del internamiento del padre Manuel, y el hombre quedó marcado de por vida. Lo tachaban de demente, a pesar de que el anciano siempre había tenido razón. Hubo un niño en la iglesia. ¡Ella era la niña! Estaba intentando asimilar que su abuela había destruido la vida de un buen hombre, de un sacerdote que ya había sufrido lo inimaginable siendo un superviviente de un hecho espantoso. Y no podía. Nana siempre había sido una persona justa, buena, y aunque comprendía los motivos, le dolía pensar que la vida del padre Manuel habría sido otra si ella no hubiera intervenido.

—Ahora, tienes que prometerme una cosa. —La abuela había percibido el desengaño en el rostro de su nieta y eso la hizo sentirse aún más culpable—. Pase lo que pase, no quiero que te pongas en peligro. Te he protegido todos estos años, pero no me queda mucho

tiempo. —Nana cruzó una mirada cómplice con el ángel—. No quiero que destroces tu vida ni que alimentes la culpa o la ira. ¡Eras una niña! Y te has convertido en una gran mujer de la que estoy muy orgullosa. Las mujeres de nuestra familia siempre han sido más fuertes que los hombres, más peleonas. Nuestra sangre es guerrera y hemos combatido con las armas que Dios nos ha donado. Cuida de tu madre, y sobre todo de tu hermana Carla. Ella es la más frágil de todas. Todavía no ha encontrado a la mujer luchadora que lleva dentro.

Emma se revolvió en el banco de piedra.

—Pero, Nana, ¿qué estás diciendo? Te quedan todavía años buenos por delante. Vamos a hacer muchas cosas juntas.

Observó que el ángel agachaba la cabeza y esquivaba su mirada. Y, entonces, comprendió. No quería aceptar la realidad. Su abuela no podía morir, no ahora. La necesitaba más que nunca, pues su vida estaba desmoronándose. Siempre había sido el timón de su familia, la brújula que los guiaba, y era su fuerza la que la empujaba a continuar, a pesar de la tormenta.

Emma se llevó la mano a la boca para contener un grito amargo. Las lágrimas brotaron de sus ojos suplicantes y encharcaron sus mejillas. Nana le dio un beso en la frente y con el pulgar recogió parte de ellas, como si fueran tesoros perdidos que habían encontrado de nuevo a su dueño.

—No llores, mi niña —le dijo con voz afectuosa—. Es ley de vida. Y yo he vivido la mía lo mejor que he podido.

—Ah, estás aquí, madre. Estaba buscándote.

Emma se apresuró a secarse las lágrimas al escuchar la voz de Candelaria y ocultó su mirada para que no se percatara de sus ojos enrojecidos. Su abuela se levantó y fue al encuentro de su madre, quien la reprendió por exponerse demasiado tiempo al sol y la obligó a entrar en casa como si se tratara de una niña desobediente.

Sin embargo, ella permaneció en silencio en el banco mientras se frotaba las manos, nerviosa. Después intercambió una mirada cómplice con el ángel, y aunque ya conocía la respuesta, quiso formularle la pregunta:

—¿Lo sabías?

—Sí, su vitalidad está apagándose —le contestó sereno Sam.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—No podía. Hice un juramento.

—¿Y ya está? —Emma empezaba a perder los nervios de nuevo—. ¿Mi abuela está muriéndose y tú decides no contarme nada por una estúpida promesa? Pensaba que eras mi amigo. No puedes ocultarme una cosa así. ¡No puedes! Es mi abuela, ¿sabes? ¿Cómo puedes ser tan insensible? Se supone que eres un ángel, que eres bueno, compasivo... Pero, mírate, ahí de pie, como si nada de lo que está sucediendo te

importara.

Él la miró con desconcierto.

—Un juramento es sagrado para un ángel. No podía romperlo, aunque deseara compartirlo contigo.

—¡Oh, Dios mío, no puedo creérmelo! Pareces una máquina, alguien sin una pizca de sentimientos. Todo esto ha sido un error. Tú nunca vas a entender cómo funcionamos porque careces de empatía. —Apretó los puños con fuerza y enfiló sus pasos hacia la casa—. Voy a ver a mi padre, y no quiero que me acompañes. ¡Por mí puedes quedarte ahí contemplando a las abejas o a las mariposas hasta que oscurezca!

Con el ceño fruncido, Sam observó cómo la muchacha desaparecía tras un portazo sin comprender por qué se había enfadado tanto. Alzó la cabeza y contempló un cielo azafranado que erradicaba la nitidez de la atmósfera. Esa estampa consiguió inquietarlo. Las partículas de polvo se aglutinaban formando una masa de aire compacta, casi irrespirable. Se desabrochó los dos primeros botones de su camisa de lino y se dirigió a la destiladera. Allí se bebió una jarra repleta de agua fresca. ¡Qué sensación de ahogo tan absurda! ¡Tan humana! Y aunque el agua había saciado su sed, tenía un nudo en la garganta que no lograba deshacer.

Unas horas después en el hospital, Emma contemplaba distraída el vuelo de las palomas a través de la ventana mientras su hermana Carla se despedía de su padre con un beso en la mejilla. Apenas había intercambiado unas palabras con ella, solo las justas en una relación cordial. No tenía el cuerpo para entablar una conversación más profunda. Carla era minuciosa y demasiado metódica. Su carácter reflexivo chocaba constantemente con la impulsividad de Adrián, pues siempre resaltaba que odiaba que la improvisación fuera el emblema de su hermano. Emma siempre mediaba entre los dos, aportaba el equilibrio entre esas dos fuerzas contrarias. Y eso, muchas veces, desgastaba sus energías. Tratar de detener a dos trenes a punto de colisionar no era una tarea que la agradase. Más bien, siempre terminaba pasándole factura. Carla le recriminaba que fuera demasiado condescendiente con su hermano, y Adrián que no debía acatar las órdenes de ella solo porque fuera la hermana mayor.

Crujió sus dedos al escuchar el saludo de Carla al marcharse. Todavía pensaba en su abuela. Desde que había llegado al hospital, no había podido concentrarse en nada más, ni siquiera en los relatos divertidos de su hermana sobre las ocurrencias de sus sobrinas. Nana le había revelado tantas cosas que trataba de recordar cada palabra que había pronunciado, al mismo tiempo que intentaba disipar la angustia causada al conocer que su muerte era inminente.

—¿Qué te ocurre, mi niña?

Su padre la devolvió a la realidad, y ella quiso reaccionar mostrándole una sonrisa de oreja a oreja. Sin embargo, ese gesto había llegado demasiado tarde y no había convencido a su padre, quien la observaba con preocupación.

—No es nada, papá. No he tenido un buen día.

—No me refería a hoy. Desde que has llegado de Madrid, estás distinta. No soy idiota. Ben casi no pisa el hospital, y siempre vas con ese chico raro. ¿Tienes algo que contarme?

«Sí, papá, mi vida está desmoronándose. No me gusta mi trabajo, aunque sé que es trabajo y me permite vivir. Ben me ha sido infiel y ha sido como bajar de golpe de mi nube rosa, donde todo era perfecto, donde soñaba con una familia, una casa bonita y un perro si hubiera querido. Sin embargo, ha hecho mi corazón añicos y me cuesta mirarlo sin rencor, porque lo ha fastidiado todo. ¡Todo! Quiero perdonarlo, pero algo dentro de mí me lo impide. Y encima me ha seguido hasta aquí para tratar de reconciliarse conmigo y no sé qué hacer con él. Luego está Sam. Tenía la estúpida esperanza de que aprendería algo de nosotros, de lo que significa la familia, la unión y el amor y todo ese rollo, sin embargo, solo ha visto mentiras y secretos, porque así es el ser humano: egoísta y manipulador. ¡Y yo la peor de todos! ¿Cómo iba a pretender una don nadie enseñar a un ser que es superior? Él está por encima de nuestros intereses personales. ¿Quién demonios me creo que soy? No puedo arreglar el mundo. Y ahora la abuela va a morir, después de confesar que encerró a un cura en un manicomio. Y no quiero que muera, porque la necesito, porque siempre me he apoyado en ella, y no sé qué voy a hacer», se confesó a sí misma.

Emma se mantuvo en silencio, luego se dejó caer en la cama junto a su padre y volvió a forzar una sonrisa complaciente.

—Perdona, mañana te dan el alta y debería estar más contenta. —Lo abrazó con ternura—. Tengo un montón de boberías en la cabeza, eso es todo.

—Emma —entonó su nombre como si fuese una melodía de Los Beatles—, sabes que puedes contármelo todo.

Resignada, suspiró varias veces. Ya no tenía nada más que perder, porque incluso ella misma estaba desorientada en un océano donde no vislumbraba el puerto, ni siquiera el faro que la guiase en el mar para atracar sin resultar herida. Ya no le quedaba nada. ¡Nada!

—Papá, ¿qué sucedió aquel día cuando llegaste a la iglesia? —Alberto la miró desconcertado—. Adrián me dijo que llegaste decidido a entrar y sacarme de allí.

Su padre soltó un largo resoplido y no ocultó su desasosiego. Pensaba que ya había quedado sepultado aquel asunto, sin embargo, después de tantos años, allí estaba su pequeña removiendo la débil

tierra que lo separaba del Infierno. Y él siempre había temido arder en su fuego.

—¿Cómo se le ha ocurrido a tu hermano contarte semejante cosa? A veces me pregunto qué será de él cuando ya no estemos. No piensa. Nunca ha pensado en las consecuencias.

—Él no tiene la culpa. El padre Manuel ya me había dicho que había visto a un niño en la iglesia, así que comencé a hacer mis propias indagaciones.

—¡Maldito cura hipócrita! Tu abuela estaba segura de que nos llevaríamos todo esto a la tumba, pero yo no. Siempre pensé que Adrián sería incapaz de mantener la boca cerrada o que a tu madre le daría un ataque de histeria y hablaría más de la cuenta —refunfuñó él —. Con el paso de los años, me dije: «Sí, puede que Nana tenga razón y nada de esta mierda nos salpique». No te imaginas por lo que he pasado, mi niña. Tuve pesadillas todas las noches durante mucho tiempo. Todavía hoy sigo teniéndolas. Esos cuerpos ahí tendidos, llenos de sangre... —Ahogó un quejido que se transformó en un suspiro.

—Papá, sé que sigues débil y no quiero que te pongas peor. Si no quieres hablar, lo entiendo. Podemos dejarlo para cuando te sientas mejor.

Alberto estiró las comisuras de los labios y acarició su larga melena pelirroja.

—Emma, no me ha dado un infarto por eso. Es el trabajo. Me encuentro agotado. Las cuentas no cuadran y hay que pagarles a los proveedores. Tengo que delegar más. Puede que vaya siendo hora de que me jubile, de que deje el taller en otras manos. —De repente, Alberto soltó una carcajada—. Aunque tu madre es un martilleo constante... No sé si será peor que me quede en casa o siga trabajando.

El hombre tomó una respiración profunda y se levantó. Estiró las piernas y caminó de un lado a otro para liberar su cuerpo del entumecimiento forzado. Comprobó que su nuevo compañero, un nonagenario y aquejado de Alzheimer, continuaba durmiendo, y apagó la televisión para evitar que su murmullo lo distrajese. Tenía la boca seca, así que se sirvió un vaso de agua y la mantuvo unos segundos en su boca antes de tragársela. A continuación, contempló el rostro cándido de su hija pequeña.

—Está bien —se pronunció al fin—. No sé ni por dónde empezar. Aquel día estaba comprando el pan cuando me enteré de que algo había pasado en la iglesia. Llegué sin respiración a la plaza. Solo pensaba en Adrián y en ti. Oí decir a alguien que había habido un tiroteo y que había muertos. Se me cortó el aliento y mi corazón empezó a latir a mayor velocidad. Entonces, vi a tu hermano. Llegué hasta él y me di cuenta de que tú no estabas. Adrián lloraba y pensé:

«Se acabó. Emma está muerta». Pero no podía quedarme ahí mirando cómo todos esos curiosos habían salido de sus casas. No podía... Y aproveché el jaleo que se había armado en la plaza para entrar por el portón lateral. Había muchos cuerpos en el suelo, no conseguía distinguir quiénes eran, aunque tampoco quería mirar. También había médicos, enfermeros, policías... Aquello era un caos... Sin que nadie me viera, subí al coro, y desde lo alto pude observar mejor lo que estaba ocurriendo. Desde allí, conté los cadáveres... ¡Ocho! ¡Ocho personas que ya no volverían a sus casas! Me dieron ganas de vomitar, pero me aguanté y me lo tragué todo de nuevo. Nadie podía saber que yo estaba allí. ¡Nadie! Entonces, vi a tu abuelo... Muerto... —El hombre presionó los párpados unos segundos para apartar la imagen de su mente—. No puedo olvidar su cara. Era de furia y miedo al mismo tiempo. Tenía la boca torcida como si se le hubiese interrumpido la vida cuando no había terminado de pronunciar una frase. Escuché decir a la policía que, por el tiro, parecía que se había defendido. Sin embargo, tú no estabas a su lado. No estabas entre las víctimas, y quise convencerme de que habías escapado. La policía había revisado todos los rincones de la iglesia antes de que yo entrara, pero no había nadie más. El asesino se había esfumado. Y de pronto pensé: «¿Y si se la ha llevado con él? Tengo que bajar y hablar con la policía. ¡Tienen que buscar a mi hija!». Pero no pude. Me quedé allí, muerto de miedo. No pude moverme. Quería llorar, gritar, y nada pudo salir de mi boca. Mis ojos no podían apartar la vista de los cadáveres, del horror, del rostro aterrorizado de tu abuelo antes de que le pusieran una sábana para cubrirlo.

—Oh, papá. Debió ser muy duro para ti —lo consoló mientras lo rodeaba con sus brazos—. Nana me dijo que pude haber huido y salir a buscar a Adrián, pero tampoco estaba con él. ¿Dónde me encontraste?

—Sí, sí, creo que te soltaste de la mano de tu abuelo y quisiste ir al Ramal, pero te perdiste por el camino —especuló al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿No estás seguro?

Tragó nudos, queriendo deshacerse de todos ellos, olvidarse de una vez por todas de aquel fatídico día. Carraspeó para aliviar su garganta y su mirada se perdió entre las paredes del hospital. Los recuerdos lo abrumaban, lo sacudían y lo obligaban a cuestionarse sus certezas, aunque en realidad siempre existieron lagunas inabordables. Los cuerpos retorcidos en el suelo, la sangre que brotaba de sus vísceras, todos esos muertos suplicándole justicia. Juan Ramos yacía allí. Sus ojos tan azules como el cielo parecían salirse de sus órbitas, y sus puños, todavía engarrotados, le contaban que el hombre se interpuso entre los asaltantes. Tal vez para evitar que le hicieran daño

a su nieta. A su Emma. Aquella imagen lo persiguió toda su vida, y aún lo hacía. Cerraba los ojos, y su rostro desencajado surgía desde las profundidades del abismo más oscuro y le recordaba a diario lo frágil que era. No habló. Calló. Fue un cobarde. Y el fantasma de su suegro parecía no dejarlo libre; seguía clamando por una venganza que nunca tuvo.

—Desanduve los caminos posibles desde la plaza al Ramal, pero no te vi. No estabas en la iglesia ni con tu hermano. Así que volví a casa con la esperanza de encontrarte en los brazos de tu madre. Candelaria se puso histérica. Tuve que contarle que su padre estaba muerto y que tú te habías perdido. Adrián lloraba sin parar. Sus sollozos se me metieron en los oídos y no me dejaban pensar. Y tu madre me gritó, me dijo: «¡Sal a buscarla! ¡Habla con la policía! ¿Por qué no lo dijiste? ¡La han secuestrado!». Fue entonces cuando llegó tu abuela y bramó: «¡Nada de policías! Nadie dirá nada en esta casa hasta que no estemos seguros de lo que ha pasado». Y salimos a buscarte... No recuerdo cuánto tiempo pasó. Recorrí el pueblo con el coche, esperando encontrarte tirada en cualquier andén o detrás de un insignificante arbusto. Me maldije por no haber sido capaz de hablar. —El hombre enterró el rostro en sus manos, queriendo ocultar su vergüenza.

—¿Por qué no lo hiciste? —le preguntó perpleja—. El asesino podría haberme secuestrado.

Alzó la cabeza, arrepentido. Sin embargo, no fue capaz de mirar a los ojos a su hija.

—No lo sé. Decisiones que tomas en el momento y que después te parecen estúpidas, y cuando quieres volver atrás, han pasado muchas horas y piensas que ya es demasiado tarde para arreglarlo. Que lo hecho, hecho está.

Emma frunció el ceño, todavía desconcertada, agasajada por el remordimiento tan grande que soportaba su padre.

—¿Dónde me encontraste?

—No lo hice yo. La policía apareció en casa contigo. Uno de ellos te reconoció y te trajo. El hijo de don Gerardo, el guardiacivil. —Alberto hablaba como si masticase cada palabra que salía de su boca, como si así le fuese más fácil digerir todo lo ocurrido—. Te encontraron durmiendo en un banco.

—¿En la plaza?

—No, hija, no te encontraron en Tejina. Lo hicieron en Bajamar, en el paseo cerca de las piscinas naturales.

Alarmada, Emma se incorporó de un brinco. ¿Cómo podía ser aquello cierto? ¿En el pueblo de al lado? ¿Cómo demonios había llegado hasta allí? Eran unos cuatro o cinco kilómetros, ¿cómo una niña de cinco años podía haber recorrido toda esa distancia sola?

Aquello era descabellado. Se llevó las manos a la cabeza y observó a su padre, perpleja. Este pareció leer sus pensamientos.

—No tengo ni idea, Emma. Todavía hoy sigo preguntándomelo. La policía pensó que estábamos tan afectados por el asesinato de tu abuelo que te perdimos de vista, así que no le dio mayor importancia. En el pueblo se armó un gran revuelo, la gente estaba asustada, y para ellos lo prioritario era encontrar al culpable, no investigar cómo una niña que ya estaba sana y salva en su casa había aparecido en el pueblo de al lado. —El rostro del hombre se ensombreció. Arrastraba la culpa de muchos años, y el silencio pesaba más que una cruel mentira—. Sigo pensando que quisiste ir con tu hermano y que te equivocaste de dirección. Cuando te trajeron a casa, ni siquiera sabías que el abuelo había muerto. Por eso estoy convencido de que no viste nada, mi niña. Si hubieras estado allí, si hubieses visto los asesinatos, te acordarías, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza de manera sutil mientras se esforzaba en visualizar alguna imagen que hubiese quedado grabada en su memoria de aquel día.

—Imagino que sí, papá. No tengo ningún recuerdo de aquello.

—Puede que tu abuelo intuyera que algo malo iba a pasar, y en cuanto vio a los asaltantes, te pidió que te marcharas de la iglesia antes de que comenzara el tiroteo.

Su padre respiró aliviado. Sí, eso debió haber ocurrido, no había otra explicación posible. Abrazó a su hija y pensó que, después de todo, aquel tremendo esfuerzo había valido la pena. Su pequeña se había convertido en una gran mujer. Sin traumas. Sin recuerdos que la martirizaran. Nana había hecho lo correcto: si hubieran hablado con la policía, Emma no hubiese tenido la infancia que se merecía. Ya no le importaban los demonios que lo habían torturado ni la culpa que lo oprimía y que a veces lo dejaba sin aliento. Su hija siempre estuvo a salvo, y ahora, estaba allí con él.

Le acarició la tez pálida, complacido y agradecido. Todo había quedado atrás. No había nada que temer.

Capítulo 9

La telaraña

Ben se desanudó la corbata y atravesó el jardín con cierto desahogo a la vez que se entretenía contando los pasos que lo separaban de la casa, para así olvidar el horrible día que había pasado en comisaría. Demasiada burocracia, mucho inepto y pocas ganas de colaborar. Tuvo que hacer diversas llamadas pidiendo favores que tendría que devolver. ¿Y para qué? Para leer transcripciones de testimonios inservibles o dejarse la vista en algunos documentos ininteligibles.

Entró por fin en el salón y descubrió a Sam en una de las esquinas observando la gruesa pared. Estaba ensimismado contemplando la nada. De vez en cuando, desviaba la mirada hacia el techo de madera, y a los pocos minutos volvía a concentrarse en el muro blanco. No quiso preguntar. Sam era la única persona del planeta que conseguía sacarlo de quicio, pues quebraba su paciencia sin que él mismo se percatase.

Ben no tenía dudas. Ese hombre era un completo idiota. Ya ni siquiera lo veía como alguien peligroso y a quien temer, sino como un chalado de los países del norte con pocas habilidades sociales. Obvió su presencia y se dirigió a la cocina. Se preparó un par de tostadas con mermelada y regresó a la sala, dispuesto a tumbarse en el sofá. No había nadie en casa, así que agradeció ese silencio donde el canto de los pájaros del jardín era su único acompañamiento, ya que empezaba a dolerle la cabeza.

—Eres muy amable. —Sam le arrebató una de sus tostadas del plato—. Mi estómago estaba ya rugiendo.

Ben respiró varias veces para no perder la calma. No quería discusiones. No después del día que había tenido. Se preguntó qué hacía solo en la casa si era la sombra aburrida de Emma, pegada a su frágil cuerpo, absorbiendo todo su aliento. Seguía sus pasos como un perrito faldero, esperando impaciente las migas que ella le arrojaba de vez en cuando.

—¿Dónde está Emma?

—Lo ignoro —le respondió, encogiéndose de hombros—. Las arañas son unos seres extraordinarios. Construyen su hogar con esmero, tejen y tejen para fabricar un espacio seguro. He estado observándolas durante horas.

—¿Eso es lo que has estado haciendo ahí?, ¿mirando arañas como

un memo? Estás fatal, tío.

—Poseen un campo visual reducido —continuó, desoyendo el comentario de Ben—. Pueden advertir a una presa pequeña, sin embargo, son incapaces de contemplarme en mi totalidad, dado mis dimensiones. Sienten una presencia pero ignoran su procedencia, a pesar de poseer hasta cuatro pares de ojos. Y aunque su sentido olfativo y el táctil están muy desarrollados, no llegan a apreciarte en todo tu conjunto. Eso es lo que sucede con los seres inferiores. Están limitados y no logran ver más allá.

—¿Es que ahora eres biólogo? Son arañas, nada más.

—Si la araña se convirtiera en un ser molesto, ¿qué harías?

—Echarle insecticida y se acabó el problema —le respondió tajante.

—Esa es la diferencia entre nosotros —afirmó meditativo—. No nos dedicamos a aniquilar a seres inferiores por muy molestos que lleguen a ser. Intentamos enseñarles, dirigirlos hacia una nueva conciencia. Y a pesar de la reticencia que mostráis, de tropezar una y otra vez en la misma piedra, nosotros seguimos insistiendo. —Ben arrugó el rostro, pues no comprendía a dónde quería llegar el extraño invitado con su discurso—. Tú ves a la araña, no obstante, eres incapaz de apreciar al ser que te contempla a ti desde la luz. El universo es infinito, hay millones de galaxias, planetas... Pero tú solo sigues considerando a la araña.

Con los brazos en jarra, Ben frunció el ceño.

—¿Qué es lo que intentas decirme? ¿Estás llamándome corto de mente o algo parecido?

—Eso es indiscutiblemente cierto. En este viaje he comprendido muchos de los pensamientos erróneos del hombre. El dilema esencial es que consideráis vuestro ombligo el centro del universo.

—¡Ha hablado el gurú de la nueva era! —le replicó en tono burlón.

—Desconozco el significado de ese término.

Ben se acercó a él muy despacio y lo obsequió con una mueca de desprecio dibujada en su rostro.

—Mira, tío, no me caes bien. Sé que debajo de esa capa de bondad y humildad se esconde un pervertido. No sé cómo Emma no se ha dado cuenta todavía. Pero te aseguro que yo estoy aquí para que abra los ojos. —Sin apartar la vista del extranjero, se dirigió hacia las escaleras—. Y ahora voy a darme una ducha. Necesito «purificar mi espíritu y abrir mi mente».

El ángel volvió su mirada hacia la majestuosa telaraña que le daba vida a aquel rincón. Una mosca había quedado atrapada en ella y luchaba con todas sus fuerzas para intentar liberarse de su prisión. Entonces, la araña se precipitó sobre su presa sin contemplaciones. Ya

no podría escapar. Había caído en su trampa mortal y pronto dejó de pelear. Sam estaba impresionado. Hacía unos segundos, la mosca volaba con total libertad por la estancia, y ahora yacía muerta bajo la atenta mirada de su amiga la araña. Contemplar a aquellos diminutos seres le reportaba cierta satisfacción. Tenía tanto que aprender de su comportamiento primitivo... Al fin y al cabo, los humanos eran como las hormigas, formaban colonias y trabajaban duro para mantenerlas, tanto que olvidaban que poseer no era lo mismo que ser. Y ahí se desvirtuaba su esencia. Alimentar el alma era tan importante como llenar el estómago. Había intentado explicárselo a Benjamín, pero el hombre era obtuso y poco hábil para recolectar nuevas ideas. A pesar de que no le mostraba su simpatía, el ángel no lo consideraba un enemigo a batir, sino más bien un ser frustrado deseoso de huir de la trampa que él mismo había tejido. ¡Él era la mosca! Sí, Ben estaba atrapado entre la avaricia que lo apartaba de su esencia bondadosa y el orgullo que impedía que de su boca naciera la palabra perdón.

Entonces, atisbó a través de la ventana el semblante desolado de Emma. Cruzaba el jardín con la apatía de una persona derrotada. Sus hombros, con una ligera inclinación hacia delante, cargaban el peso del soldado abatido, y su cabello zanahoria recogido en una coleta ya no danzaba con la brisa, como de costumbre. No había brillo en su mirada. Sus ojos verdes eran dos gemas ahogadas en quejidos, apagadas y solitarias. Entró como las sombras desvalidas de un anochecer temprano, en silencio y fundiéndose con la penumbra de la casa. Anclada en la entrada, sin que sus pies pudieran dar un paso más, no tuvo el valor de mirar a Sam. El ángel la contempló un instante mientras en sus entrañas proliferaba una impotencia desgarradora.

—Tengo un vacío en el estómago —se atrevió a decir—. He comido, he bebido, incluso he examinado todo mi cuerpo buscando una alteración, pero no encuentro nada que provoque mi desasosiego. En teoría, estoy sano, a pesar de que no consigo llenar este hueco en mis entrañas.

Emma dejó caer el bolso al suelo y después, sin previo aviso, se arrojó sobre él. El ángel, sorprendido por su arrebato repentino, levantó indeciso los brazos y rodeó la cintura de la chica como si fuera una figurilla de cristal. Quebradiza.

—Lo siento mucho, Sam. He sido una idiota. He tratado de convertirte en alguien que no eres. Quiero que siempre seas tú mismo, aunque no entiendas nuestros códigos de conducta, nuestras sonrisas forzadas ni nuestras mentiras piadosas. Somos complejos, aunque distamos mucho de la perfección. Creí que podrías entender que el amor mueve montañas, pero lo único que has hecho es observar cómo las falsedades nos destruyen. Quizá tengas razón: somos egoístas y nos

movemos buscando siempre nuestro propio beneficio.

Todavía emocionado, Sam quiso compartir con ella sus averiguaciones:

—No, Emma, he descubierto algo grandioso. En los seres primitivos prima la supervivencia. La araña buscó su alimento en la mosca, pues temía morir de hambre. He descubierto que está custodiando sus huevos, ¿lo entiendes? —le explicó maravillado—. Tu abuela te ocultó la verdad para que tú pudieras sobrevivir, y así mantuvo a la familia unida. ¡Lo hizo por amor! Es un sentimiento egoísta y a la vez desinteresado. —Se rascó la cabeza, todavía confuso —. Es algo fascinante y al mismo tiempo desconcertante.

La joven se apartó muy despacio del ángel y lo observó con una sonrisa grácil. Estaba furiosa con su familia, ya que no comprendía cómo todos habían confabulado para encubrir y manipular la verdad. Habían hecho un pacto de silencio, el cual ahora rompían con la esperanza de reparar el daño. Habían cometido un trágico error de terribles consecuencias solo para protegerla. Sí, actuaron por amor. Y ella no podía culparlos. Tal vez debía abandonar su búsqueda, pues así apartaría de ellos el dolor que estaba causándoles, aunque para ella significase no llegar nunca a descubrir cómo apareció dormida en un banco a cuatro kilómetros y medio de la iglesia, desconociendo que su abuelo había muerto, ignorando la masacre que se había producido. Puede que hubiese llegado el momento de dejar atrás esa historia y mirar hacia delante.

—Emma, ¿cuándo has vuelto? —Ben bajaba las escaleras con paso ligero—. No tienes buena cara, ¿ha pasado algo?

—No, estoy bien, solo algo cansada.

—No he podido hacer copia de los informes que me pediste, aunque he hecho anotaciones de todo lo que me pareció importante. No puedes ni imaginar lo jodido que ha sido todo.

—Ahora no, Ben. —Entrecerró los párpados, para luego estirárselos con los dedos.

—Pero me dijiste que estabas ansiosa por conocer los resultados —le replicó—. Me he pasado un día entero en ese cuchitril de comisaría, tomando café de máquina y sin comer.

—Ya te he dicho que no es el momento.

Ben hizo una inspiración profunda y silenció un resoplido que podría haber hecho temblar las ventanas de la casa.

—Sam, ¿nos disculpas un segundo? —No obstante, al ver su rostro vacilante, añadió—: A ver si lo entiendes de otra manera: lárgate, vete a dar una vuelta, déjanos solos.

El ángel buscó el permiso de Emma y esta asintió con ligereza con la barbilla. Sam se alejó de ellos después de internarse en la cocina. Abrió la nevera, dispuesto a beberse un zumo de frutas, pues no

lograba apaciguar la sed a pesar de que había bebido una cuantiosa cantidad de agua.

Benjamín se mordió el labio inferior, intranquilo.

—¿Qué es lo que te sucede?

—Estoy algo saturada, solo es eso.

—Me he roto los cuernos por ti buscando la información que me pediste, ¿y ahora me dices que no te interesa? Me tienes bailando de un lado para otro. Desde que estoy en esta maldita isla, pareces evitarme, apenas hablamos, y te juro que estoy haciendo todo lo posible por complacerte, por enmendar el error que cometí. Y para colmo tengo que aguantar que vayas con ese chalado a todas partes.

—Tú tienes que aguantar a Sam. —Emitió una risa falsa—. Yo no te pedí que vinieras. Es más, no quería que vinieras, pero siempre tienes que tener la última palabra, tomar decisiones por los dos sin contar conmigo. No escuchas lo que te digo y...

—Creí que necesitarías apoyo con lo de tu padre —la interrumpió, escupiendo una excusa endeble sin admitir la verdad. No quería alejarse de ella, y menos en ese momento tan delicado. Emma lo necesitaba. No, él la necesitaba. Y no podría soportar que lo borrase de su vida sin más.

Ella bufó. Desde que había descubierto su infidelidad, él no había sido capaz de hablarle con el corazón en la mano. Sus palabras no sonaban sinceras, eran meros pretextos para lapidar su error, y estaba empezando a hartarse de su errático comportamiento.

—¿Has venido por eso, Ben, o porque te sientes culpable? Yo necesitaba escapar, necesitaba correr lejos, ¡huir de ti! La persona que más quería, en la que más confiaba, es la que más daño me ha hecho. ¿Te has parado a pensar en cómo me siento?, ¿en cómo se ha desmoronado mi vida en unos segundos? No, Benjamín, porque tú solo piensas en ti mismo.

—¡Estoy aquí por ti! Esa es la verdad. He intentado hablar contigo muchas veces, pero nunca estás sola. Quería aclarar las cosas y...

—¿Y qué tienes que decirme? ¿Vas a darme alguna explicación ridícula? ¿Cómo piensas convencerme de que no volverá a suceder? ¿Cómo harás para que vuelva a confiar en ti?

Ben enmudeció. El semblante de Emma, severo como el de los jueces antes de dictaminar sentencia, lo dejó sin aliento. No podía justificarse porque su argumento era indefendible, y él lo sabía. ¡Era culpable!

En los últimos meses, el trabajo era extenuante y su vida social se había reducido a la nada. Apenas había visto a Emma, a pesar de que ella le exigía más implicación, y cuando lo hacía, era para besar su frente y desearle buenas noches. Aquel ritmo laboral estaba pasándole factura, y fue entonces cuando comenzó a intimar con la clienta. Sus

horas transcurrían ideando una defensa sólida, después preparando el interrogatorio. Con ella. Siempre con ella. No debería haberlo hecho. Sin embargo, Silvia lo halagaba, lo hacía sentir en la cima del mundo, y no fue capaz de decirle que no. Se dejó seducir. No, en realidad, quiso que lo sedujera, que le susurrara lo excepcional que era y que no existía nadie como él. Sí, necesitaba escuchar un montón de palabras bonitas en ese presente desgraciado, aunque carecieran de significado real en un futuro prometedor.

Y ahora, un instante de placer hacía temblar su vida entera. Todo por lo que había luchado comenzaba a desmoronarse. Una grieta oscura se abría bajo sus pies, y aunque se resistía a caer mientras luchaba por mantenerse firme en una tierra fracturada, era consciente de que terminaría engullido por el fango.

—Podemos intentarlo, darnos una nueva oportunidad. —Se lanzó al agua sin comprobar antes si llevaba puesto el chaleco salvavidas. Apeló a su corazón, sin importarle si el mar embravecido lo arrastraría hacia el fondo.

—No me pidas eso ahora porque no puedo.

—¿Por qué?

—¿Es que estás ciego? Mi vida es un asco. Estoy intentando mantenerme a flote, pero casi no me quedan fuerzas. No puedo nadar más a contracorriente. Esto es demasiado para mí. ¡Me hundo! Y por primera vez siento que tú no estás ahí para sacarme del agua.

Él la sujetó por ambos brazos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¡Estoy aquí, Emma! Mírame, estoy aquí. Es lo que estoy tratando de decirte desde el principio. Tu padre estará en casa mañana y todo regresará a la normalidad. Tu madre cuidará de él, sabes que lo hará, y no tendrás nada más de lo que preocuparte. Volvamos a Madrid. Dejemos toda esta mierda atrás.

—No puedo —negó, con los ojos húmedos.

—Dame una razón por la que quieras quedarte aquí. Una sola.

—¡Porque se trata de mi familia! No voy a abandonarlos ahora. —Cogió una bocanada de aire y pensó que se atragantaba con ella—. Mi abuela se muere, Ben, está muriéndose.

El rostro del joven mudó por completo, quedó envuelto en una masa fría, compacta y demasiado pesada para ignorarla. Cargó contra sus hombros, obligándolo a encorvar la espalda, y él pensó que había menguado de repente.

—¿Está enferma? ¿Te lo ha dicho el médico? ¿Desde cuándo lo sabes? —la acribilló a preguntas, todavía sorprendido ante tal revelación.

Sin embargo, Emma no respondió, solo dio media vuelta y dejó de nuevo la casa. Buscó refugio en el banco del jardín, y aunque comenzaba a hacer fresco, no le importó. Frotaba sus brazos desnudos

con sus manos, esperando encontrar un calor que se resistía a arroparla, que se oponía a acompañarla. Elevó la mirada, y allí, de pie junto a la valla, descubrió a Sam con un vaso de jugo en la mano, embelesado mientras escudriñaba las estrellas. Parecía que las enumeraba en silencio como si conociese su procedencia y también su cruel destino.

—Desde aquí, todo parece tan grande y yo me siento tan pequeñito... —le reveló en cuanto sus pasos lo alertaron de su presencia.

—Es una sensación que me abruma a mí también. El universo es nuestro techo, sin embargo, parece no tener fin. Imagino que de donde vienes todo se verá diferente. —Sam no le respondió. Continuó enfrascado, admirando las diferentes constelaciones con estupor—. De verdad, siento haber sido tan insufrible contigo, tú no tienes la culpa. Es que estoy harta de tantos secretos.

Él no apartó la vista del firmamento. Tantas estrellas. Tantos planetas. Tantos mundos diferentes. Y se encontraba atrapado en uno que aún despreciaba el poder de los actos y la valentía del silencio.

—No pude negarme a la petición de tu abuela, aunque todavía me duele la cabeza por tomar esa decisión. Imagino que es un efecto secundario de ser humano.

—Ahora mismo no podría concebir que fuera otro el que la guiara hasta ese Cielo en el que ella cree. Y por eso quiero darte las gracias por tu ofrecimiento.

—¿Acaso no crees tú en él? Estoy aquí. He venido por ti. ¿Y todavía dudas?

Ella se encogió de hombros y un escalofrío sacudió su espina dorsal. Después posó sus frondosos ojos en el cielo que tanto él admiraba.

—Ya no sé en qué creer.

—He experimentado un sentimiento que se asemeja a la compasión, pero no lo es. Me sentí en la obligación de ayudar a Nana, arrastrado a colmar sus deseos sin cuestionarme demasiado si era lo correcto, a pesar de las estrictas directrices que debemos cumplir. Y después me sentí satisfecho, repleto de gozo por tomar esa decisión. ¿Tiene esto sentido?

Emma arqueó las cejas, dubitativa.

—No lo sé. No tengo todas las respuestas a todo lo que estás experimentando, y ojalá pudiera ayudarte más a comprendernos. Pero ahora mismo hasta a mí se me hace difícil.

—Sí, es complicado. —Arqueó las cejas y pestañeó varias veces seguidas antes de devolverles su ritmo natural—. Con este traje me siento apabullado. A veces confundo el hambre con una insólita desazón, y el cansancio con un desconocido aturdimiento que me

invita a cobijarme bajo las sábanas. Descifrar todo este conjunto de emociones hostiles me resulta laborioso.

—No debí retarte. Esto está siendo demasiado para ti. Después de todo, los humanos somos incorregibles.

—No, sois demasiado orgullosos para pedir perdón y también para aceptarlo. Os enfrascáis en luchas banales contra vosotros mismos, y vuestra propia angustia os hace olvidar la de los demás. La empatía está desvaneciéndose como el brillo de muchas de esas estrellas que pronto perecerán. Incluso ellas cumplen con su ciclo de vida.

Emma dibujó una mueca de desconcierto en su rostro y esta vez contempló los innumerables astros con temor. Ellos también se extinguían. El cielo que admiraban las civilizaciones antiguas no era el mismo que ahora los protegía, y algún día sus tataranietos observarían un universo distinto, con estrellas diferentes y con nuevas constelaciones o fuera de lugar habitual.

—¿Conoces mi futuro? —le preguntó sin pensarlo.

—No. No quise verlo antes de venir, como tampoco indagué en tu pasado. Deseaba que este viaje no estuviera condicionado por ninguna información que me impidiera absorber un conocimiento libre sobre los humanos. Quería aprender de ti y al mismo tiempo auxiliarte.

Ella resopló disgustada.

—Pero mi abuela descubrió quién eras y tú pudiste ver su aura, ahondar en su futuro próximo. Además, en el hospital fuiste capaz de escuchar los lamentos de las personas que más sufrían, a pesar de que me has repetido en muchas ocasiones que tu traje de carne y hueso te limita. ¿Por qué no intentas visualizar cualquier cosa sobre mí? Algo que te cuente que esta agonía acabará pronto, porque ahora tengo que despedirme de mi abuela y no sé si podré con todo.

Emma ahogó un lamento y él la miró con ojos entristecidos, deseosos de calmar su pena, ansiosos por darle una respuesta que la llenase de optimismo. Pero no podía.

—Puedo leer el alma de las personas, incluso hacer un balance tanto de todos los actos buenos que han llevado en su vida como de los malos. También si cometerán un acto atroz en el futuro o si se convertirán en alguien digno de admirar por su honestidad, pese a estar constreñido en este cuerpo humano. Sin embargo, desde que estoy aquí, no puedo leerte a ti. No puedo. Lo he intentado varias veces, pero una enorme nebulosa me lo impide.

—¿Por qué?

Él frunció el entrecejo, meditabundo.

—No sé lo que está ocurriéndome. No sé si es porque pudiste escucharme o porque acepté ese reto. Creo que tú... —Silenció sus palabras—. Tal vez, de alguna manera, tú eres alguien especial... para mí. Y eso me aterra. Mucho. Es algo insólito para mí, como para ti lo

es el incierto universo —añadió a la vez que su mirada volvía a perderse en el cosmos—. No me gusta ser humano, Emma. No quiero padecer estos altibajos. La certeza siempre ha sido mi aliada, y la incertidumbre, una total desconocida. No quiero ser humano.

Capítulo 10

El anciano se dirigió hacia los rosales, los cuales enaltecían el lugar con su abanico de colores. Eran el orgullo de la residencia, y todos los que la visitaban se enamoraban de sus pétalos delicados y su suave textura. En realidad, a él nunca le había interesado la jardinería. La consideraba aburrida y poco satisfactoria. Sin embargo, debía admitir que con el paso de los años encontró amparo en ella. Las plantas eran muy agradecidas si las cuidabas y las mimabas, ya que te obsequiaban con su encanto, y sus flores poseían ese don tan especial de embellecer la más pobre de las almas. Llenaban de esperanza al abatido y alejaban las tensiones del oprimido. Sí, la jardinería había sido fundamental para su terapia. La paciencia no era una de sus virtudes, y cuando terminó engullido por su ambición desmesurada, guerreó para escapar de su propia sombra. Esta le susurraba que volviese, que no huyera, le prometía éxito y volar hacia la libertad, sin ataduras, sin barrotes que lo obligasen a continuar encerrado en una jaula llena de espinas. La sombra le auguraba un gran futuro, y sucumbió a su embrujo al principio. Después comprendió que la felicidad se alejaba de él, como la luz verdadera lo hace de la oscuridad. Aunque van acompañadas de la mano, cada una trabaja en sus propios objetivos, unos teñidos de amargura, y otros, de gozo.

—Estaba atrapado en aquella casa, primero el padre y ahora la abuela, aunque pronto descubrí que el resto de la familia ignoraba la anunciada muerte de Nana. No voy a negar que me extrañé. Pensé que Emma desvariaba. Estaba sometida a mucha presión, y para ella era vital desenmarañar todo aquel ovillo lleno de nudos y mentiras. —El señor Torres entornó los párpados y se deleitó con el perfume de las rosas—. Poseen una fragancia inconfundible. La naturaleza nos colma de regalos de inestimable valor, aunque nosotros nos empeñamos en despreciarlos. ¿Por dónde iba? Ah, sí... Me quedé muy afectado por las palabras de Emma. Pensé en volver a Madrid y dedicarme por completo a mi carrera profesional. Ella no me quería allí. Me lo había dejado claro. En aquel momento, no comprendía que Emma había caído en un pozo y luchaba por buscar una salida como hacía yo. Necesitaba recomponerse, para luego agarrar con fuerza las riendas de su vida. Lo que todavía ignoraba era si yo formaba parte de sus planes.

—¿Qué fue lo que averiguó en la comisaría? ¿Encontró algo que arrojara luz a la investigación?

El hombre rio al observar los ojos inquietos del sacerdote.

—Nada que me resultara inusual. Excepto el padre Manuel,

ninguno de los supervivientes habló de luces extrañas en la iglesia. —El viejo frunció el ceño como si estuviera repasando las anotaciones que hizo en su día—. Hubo un único sospechoso al que dejaron libre más tarde, un pobre desgraciado... ¿Cómo se llamaba? Era nigeriano.

—Akin Okoye —confirmó con aire triunfal el cura—. Yo también he hecho mis deberes. ¿Algo más que fuera relevante?

—No, solo se llevaron el cepillo de ese día. Un robo extraño, si le soy sincero. Había reliquias de plata, tallas de incalculable valor... Y el asesino solo se llevó quinientas pesetas. O era un ladrón poco avispado, o aquello nada tenía que ver con el dinero. En eso, siempre discrepé de la policía. ¿Por qué iba a jugarse su trabajo un inmigrante recién llegado por una mísera calderilla? Eso no tenía ningún sentido.

—Estoy de acuerdo con usted. No había pruebas fiables contra él. El señor Okoye siempre sostuvo que se encontraba en el complejo parroquial trabajando y que no oyó nada. Cuando vio el despliegue policial en la iglesia, pensó que venían para detenerlo por los robos en el pueblo, así que se escondió.

El anciano asintió sin pudor.

—Eso lo hizo más culpable. Un inocente no huye temiendo la ley. —El hombre lanzó un prolongado suspiro—. Pero después de lo que he visto en tantos años de trabajo, puedo entenderlo.

Benjamín rodeó uno de los setos y torció a la izquierda. El sacerdote seguía muy de cerca sus pasos. Muchos ancianos de la residencia aprovechaban las horas de sol en el jardín, así conseguían distraerse e impedir que todos los días fueran iguales en ese recinto. Debía admitir que habían hecho un gran trabajo arquitectónico en ese lugar. Después de tantos árboles talados y carreteras que destruían montañas, el hombre por fin había abierto los ojos. El cemento no proporcionaba alimentos ni turistas que quisieran contemplar la devastación de parajes naturales. Aquella residencia era el ejemplo perfecto de la reforestación y de cómo las nuevas tecnologías podían convivir en armonía con la madre naturaleza.

Diego admiró la hipnótica fuente central, pues su agua emulaba la corriente de un riachuelo vivo, transcurriendo a través de un intrincado laberinto de canales alrededor de la figura de un ángel benévolo.

—No volvió a Madrid, ¿verdad?

—Esas eran mis intenciones. No podía alargar mucho más mi visita. Debía volver al bufete, pues temía que me sustituyesen por cualquier buitre que esperaba mi caída, y no podía darles esa satisfacción, como comprenderá —explicó con cierto orgullo—. Ese fin de semana le dieron el alta al padre de Emma y la familia decidió celebrar una comida de bienvenida ese domingo. Yo ya tenía mi billete de avión comprado para el lunes. Había tomado una decisión.

No voy a negar que mientras la familia estaba eufórica por la recuperación de Alberto, yo estaba hundido. Cabizbajo, deambulaba por la casa evitando interferir en los asuntos familiares. Carla había llegado con su marido Rayco y las tres niñas, Candela organizaba los preparativos del almuerzo, incluso Sam colaboraba colocando los cubiertos de la mesa. Lo hacía de uno en uno, midiendo cada milímetro de distancia entre ellos, como si alguno fuese a cobrar vida y escapar de allí. Poco a poco, fue incorporándose a la dinámica de la familia, mientras que yo me alejaba de ella sin poder rechistar. Sentía que estaba robándome mi espacio.

—¿Quieres quitar tus manos del salchichón? —Carla cortaba con sumo cuidado las láminas de queso y las depositaba en el plato formando un círculo concéntrico mientras recriminaba una y otra vez a Adrián, quien no paraba de comer y de estropear las decoraciones de las bandejas que con tanto esmero había preparado—. ¿Es que no vas a madurar nunca?

El chico besó la mejilla de su hermana y comenzó a hacerle cosquillas bajo la atenta mirada de Emma, quien sonreía mientras lavaba las lechugas.

—¡Adrián, déjame! ¿No ves que puedo cortarme con el cuchillo?

—Siempre tan seria.

—Y tú tan machango.[1]

Adrián continuaba con las cosquillas, y Carla se retorcía como una serpiente atrapada en su propia jaula, intentando esquivarlas. Su blusa se deslizó ligeramente hacia arriba, dejando ver la piel brillante de la mujer. Emma advirtió un ligero moratón en el costado y se acercó a ella.

—¿Qué te ha pasado?

—Un golpe con la esquina de la lavadora mientras ponía la ropa —afirmó riendo.

—Sigues siendo la misma gafe de siempre —apuntilló Adrián—. ¿Recuerdas el día que tuve que bajar al barranco para rescatarte porque habías tropezado con una piedra? Rodaste como un barril por la ladera. Aquello fue memorable.

Ella volvió a introducirse la blusa dentro del pantalón y lanzó un resoplido quejoso.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Me llevaron a urgencias, puesto que tenía un brazo roto, ¿o de eso no te acuerdas?

—Siempre has sido despistada —puntualizó Emma—. Perdí la cuenta de las veces que tuviste que llevar yeso.

—¡Despistada no, torpe! —volvió a afirmar él con tono burlón.

Adrián se apartó de su hermana y se sentó sobre la mesa, dejando

que sus pies colgaran. Abrió un paquete de almendras y fue lanzándolas una por una al aire, jugando a que cayeran dentro de su boca.

—¿Y dónde está tu elegante marido? —le preguntó con sorna.

—Sabes que papá no puede hacer esfuerzos, así que Rayco está preparando la barbacoa. Creo que Ben está echándole una mano. —Carla le guiñó un ojo a su hermana y aprovechó el momento para dejar de ser la diana de los comentarios perniciosos de Adrián—. Bueno, ¿vas a contarnos de dónde ha salido ese yogur griego que está en el comedor?

—Sí, Emma, dinos la verdad de una vez por todas.

Ella tembló de pies a cabeza. No había nada más peligroso que sus dos hermanos posando sus miradas tendenciosas en ella. Sucedía en raras ocasiones, ya que lo habitual era que se enfrentaran entre sí. Pero cuando ambos se ponían de acuerdo, Emma debía protegerse de los dardos venenosos que ambos le arrojaban sin piedad.

—Si te soy sincera, prefiero a Sam. A Rayco, Ben siempre le pareció un peninsular con los aires subidos.

—Hablemos con propiedad. Quiere decir un «godo» —apostilló Adrián.

—Se las da de importante, y a veces nos mira atravesado —continuó Carla—. Rayco dice que habla mucho y dice poco.

—Bueno, es que es abogado —le recordó su hermano—. Yo no creo que sea un mal tío, y a mí me cae bien. Por lo menos puedes mantener una conversación seria con él. No como el burro de tu marido. Él sí que habla sin saber de qué. ¡Sabe de todo y de nada!

Carla lo fulminó con la mirada y este le dedicó una sonrisa fingida. Después, ambos se centraron de nuevo en Emma, esperando una respuesta.

—No hay nada que contar. Sam es un amigo y punto. Sus antepasados eran de las islas y quería visitarlas. Eso es todo.

—Ya... ¿Y qué le parece a Ben toda esa historia? Porque puedo decirte lo que le parece a mamá. Me llamó histérica diciendo que te habías vuelto loca. Tenía miedo de que te hubieras sumado a la moda esa de las parejas abiertas.

—Mamá es una exagerada, siempre lo ha sido. —Adrián soltó una carcajada.

—¿A ti no te ha dado la tabarra con esta historia?

Él desvió la mirada hacia el suelo y maldijo por lo bajo.

—Sigue enfadada conmigo y no me habla, lo cual es un gran alivio. —Saltó de la mesa y se dirigió a Emma—. Me debes una grande. Mamá dice que lo he fastidiado todo y que no sé mantener la boca cerrada.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Carla.

—Me voy a jugar con mis sobrinas. Ellas sí que saben divertirse.

Adrián abandonó la cocina tatareando mientras Carla aguardaba expectante una aclaración.

—¿Qué ha querido decir? ¿Por qué está mamá enfadada con él?

Con rostro serio, Emma examinó las diminutas pecas que se arremolinaban en las mejillas de su hermana. En la familia, eran las únicas que poseían esos puntitos colorados en el rostro, aunque en el caso de Carla eran más visibles, más saltones.

—Es una larga historia —le contestó apática, deseando que su hermana se olvidara del asunto—. ¿Cómo están las niñas?

Carla volvió a agarrar con fuerza el cuchillo y continuó con su labor de cortar el queso en gruesas lonchas, para luego trocearlas en cuatro pedacitos.

—Están bien. Han crecido mucho. —Lanzó un suspiro nostálgico —. Estaba pensando en retomar mis estudios. Sabes que me faltaron cuatro asignaturas para terminar la carrera, y ahora que las niñas son más independientes, quisiera volver a la universidad.

—¡Eso es estupendo! Creo que te vendría bien. No puedes estar todo el día encerrada entre esas cuatro paredes.

—Ya. Rayco piensa que no es una buena idea, que la casa y las niñas ya son suficiente trabajo para mí y que me ocupan mucho tiempo. Tal vez tenga razón. No soy una jovencita, y tengo muchas responsabilidades de las que hacerme cargo. Estudiar significaría desatender a las niñas.

Preocupada, Emma analizó el rostro apagado de su hermana. Cuando eran pequeñas, todos les decían lo mucho que se parecían: su tez blanca, sus particulares ojos esmeralda y sus cabellos ondulados que caían con gracia sobre sus hombros. Carla irradiaba ese atractivo inaccesible de una actriz clásica. Sin embargo, el paso del tiempo había castigado con fiereza su piel, su mirada se había ensombrecido perdiendo ese brillo tan característico en su familia y su aire juvenil la había abandonado, permitiéndole a la melancolía apoderarse de ella. Mantenía destellos de esa belleza etérea que un día llegó a ocupar su alma. Sin embargo, ahora, sufría en silencio. Nana tenía razón: su corazón guerrero estaba aprisionado, había abandonado su lucha y, con ello, su razón de existir.

Emma se restregó las mejillas, temiendo que un destino similar la encerrase en un frasco de cristal y no le permitiese volar.

—¡Que le den a Rayco! Él ya está frotándose las manos pensando en heredar el taller de papá.

Carla dio un respingo, molesta.

—No hables así de mi marido. Debo tener en consideración su opinión. El matrimonio es para lo bueno y para lo malo.

—Aunque a ti te haya tocado renunciar a todo. Lo bueno para él y

lo malo para ti. Si ese es el concepto de matrimonio, espero no llegar a casarme nunca.

Su hermana ahogó un grito de angustia y apretó los dientes. Perpleja, Emma atisbó la sangre en uno de sus dedos y corrió en busca de un paño que taponara la herida. Carla se había cortado con el cuchillo y la sangre manaba a borbotones de su pulgar. En cuanto obtuvo un trapo, introdujo la mano de su hermana debajo del grifo y comprobó que se trataba de una lesión superficial. Luego le envolvió el dedo en el paño, presionando el corte.

—Dejará de sangrar pronto. No te preocupes.

—No hables de lo que no sabes, Emma —le recriminó a la vez que intentaba controlar su respiración—. Adrián tiene razón: ¡soy una gafe! Nuestro hermano llega a veces a ser tan irritante, tan individualista, que no sé cómo papá todavía no lo ha echado de casa. Tiene que construirse una vida, y parece que no le importa nada. ¡A saber qué habrá hecho esta vez para sacar de quicio a mamá!

—No ha sido culpa de él —respondió resignada—. Lo forcé a que me contara lo que pasó el día que el abuelo murió. Por lo visto, estuve en la iglesia con él. Aunque tú eres la mayor, imagino que ya lo sabrás.

Ella la miró extrañada, negando con la cabeza.

—¿Por qué te ha dado por preguntar sobre ese asunto? ¡Por Dios santo, Emma! Tú también eres a veces incorregible. —Ella aflojó la presión que estaba ejerciendo sobre el dedo de Carla y, ofendida, se dio media vuelta. No estaba dispuesta a escuchar también los reproches de su hermana. Carla suspiró contrariada y bajó la barbilla, arrepentida—. Te encontraron durmiendo en un banco. Todavía recuerdo los llantos de Adrián, el rostro desencajado de papá y los nervios descontrolados de mamá. Todos estaban como locos buscándote cuando se presentó la policía. Lo que no sé es cómo llegaste hasta allí.

—Creo que nadie lo sabe —le dijo, encogiéndose de hombros.

—¡Espera! Puede que Adrián se equivoque. —Frunció el ceño como si se hubiese acordado de algo importante—. Estoy segura de que no estabas en la iglesia. Llegaste con el vestido y los zapatos embarrados. Mamá me dijo que te diera una ducha mientras hablaba con la policía. ¡Estabas hecha un desastre! Te metí en la bañera y pensé: «Dios mío, no acabaré nunca de sacar toda esta tierra». —Emma entrecerró la mirada y decidió no abandonar la cocina—. Tuve que quitarte un montón de amorsecos del pelo. No sé dónde te metiste, pero una niña no vuelve a casa así de la iglesia. Y para colmo, cuando recogí el vestido del suelo, me di cuenta de que había pequeñas manchas de sangre bajo la capa de tierra. ¡No te imaginas la angustia que me entró! —Emma dio un respingo y se acercó a ella,

espantada ante tal revelación—. Miré por todo tu cuerpo y no encontré nada, ninguna herida. Y fue entonces cuando llamé a mamá.

—¿Estás segura de que era sangre?

Ella asintió sin titubear.

—Emma, yo tenía doce años, recuerdo ese maldito día como si fuera ayer. Al abuelo lo asesinaron y tú desapareciste. Para mí fue un infierno.

—¿Qué te dijo mamá?

—Que ella continuaría con el baño y que metiera los zapatos y el vestido en una bolsa porque estaban demasiados sucios para dejarlos en la cesta de la ropa. —Carla negaba con la cabeza—. Nunca pensé que nos darías un susto de muerte. Tú eras una niña obediente, no un trasto como Adrián. Después, mamá me dijo que no me preocupara, que tenías un pequeño arañazo en el codo, y te puso una tirita. Mamá siempre ha sido una histérica, e insistió en que no le contara nada a papá, porque el pobre ya tenía demasiado con el susto. Ni que te hubiera encontrado un moratón del tamaño de un puño. No entendí el porqué de tanto alarmismo.

Emma arrugó la nariz, desconcertada.

—¿Llegaste a hablar con papá de esto alguna vez?

—No, ¿para qué? ¡Era una tontería! La sangre te la hiciste dondequiera que te metieras ese día... Pero ¿qué bicho te ha picado ahora con esta historia?

Emma guardó silencio unos segundos, y al atisbar la confusión en la mirada de su hermana, entrelazó su brazo con el de ella al tiempo que le mostraba una sonrisa cómplice.

—Venga, vamos a ponernos manos a la obra, o acabaremos comiendo a las cuatro de la tarde.

Ya en la mesa, removió abstraída la sopa de pollo que su madre había preparado, para luego jugar con la cuchara, apartando los trocitos de carne del caldo y así llevarse algunos fideos solitarios a la boca. Emma apenas atendía a la conversación de los asistentes y solo respondía cuando le preguntaban de forma directa. Esa misma mañana habían ampliado la mesa con un tablón de madera sujetado por dos burras para asegurarse de que ningún miembro de la familia se quedase sin un hueco en el festejo. Su abuela y su padre, como de costumbre, presidían la mesa a ambos lados, y los demás se habían congregado a su alrededor sin respetar ningún tipo de orden. Estaba siendo un almuerzo distendido, con muchos halagos a la cocinera y bromas sobre el menú *selecto* que le habían servido a diario a Alberto en el hospital.

Sin embargo, Emma no tenía el cuerpo para celebraciones, aunque el motivo fuese que su padre por fin estaba en casa. Sus elucubraciones no le daban tregua a su mente extenuada de recibir

tantos sobresaltos. Cada vez que obtenía una respuesta satisfactoria sobre una cuestión, le surgían nuevas inquietudes, y eso estaba devorándola por dentro. Además, estaba muy preocupada por Nana, y aunque Sam le había comentado que nada podía hacerse ya por su abuela, estaba empecinada en que, tal vez, el Cielo o de donde proviniese el ángel le diese una tregua, al menos por unos días.

—¿Está muy caliente, Emma? —Su madre, que no le quitaba el ojo de encima, decidió que era un buen momento para interrogarla.

—No, está bien, no tengo mucho apetito. Creo que prefiero esperar a la carne —concluyó, apoyándose en el respaldo de la silla.

—Espero que comas algo. No es bueno hacer tanto ayuno.

—Deja a la niña —la defendió su padre—. Que coma lo que quiera.

—Ya no es una niña —matizó Carla.

—Bueno, que haga lo que le dé la gana —añadió molesta Candelaria—. Eres tú el que me preocupas. No debes pasarte con la carne. Ya sabes lo que dijo el médico: dieta blanda y mucho ejercicio. No puedes darnos un susto otra vez. Lo he pasado muy mal, Alberto. No sabes lo duro que ha sido tenerte en el hospital mientras trataba de sacar la casa adelante.

Adrián alzó su copa de vino tinto como si quisiera hacer un brindis y esbozó una sonrisa burlona.

—¡Bienvenido a casa, papá!

Su madre lo acribilló con sus ojos marrones al tiempo que sacudía la cabeza. En cambio, su padre no pudo evitar estirar una de las comisuras de los labios y ocultar una risa incipiente detrás de la servilleta. Entretanto, el marido de Carla se centraba en estudiar al peculiar desconocido que tenía enfrente. Desde que había puesto un pie en la casa, receló de él y de sus falsas pretensiones. En realidad, nunca le habían gustado los guaperas que trataban de engatusar a los demás con unos modales exquisitos y una humildad desmedida. Y ese tipo debía ser una calaña de las más rastreras, ya que se había introducido en el seno de una familia honrada sin que nadie hiciera muchas preguntas.

—Sam, ¿de dónde eres? —Rayco dirigió la conversación hacia el invitado misterioso, dispuesto a desenmascarar sus malas intenciones.

El marido de Carla era un hombre corpulento, de tez morena y extensa cabellera azabache, aunque las canas empezaban a despuntar detrás de sus orejas. Sus pequeños ojos negros parecían hundidos en su rostro como si se los hubieran clavado con alfileres, y se movían con astucia de un lado a otro, buscando siempre un claro objetivo. Nunca se quedaban fijos. A Emma siempre le pareció un buitre, a pesar de que era un hombre trabajador y cumplidor, y eso había bastado para obtener el agrado de su familia. Aunque no el suyo. Sí,

Rayco era un hombre ambicioso y muchos lo habían comparado con Ben al principio, sin embargo, a su cuñado nunca le importó machacar a sus compañeros o dejarlos en ridículo con tal de escalar puestos, y era esa actitud la que lo diferenciaba de Ben. Su novio nunca había usado malas artes para demostrar su talento. No lo necesitaba.

—Provengo de un lugar muy lejano.

—Sí, eso me han dicho, de Canadá o de Australia, ¿no? Pero quiero decir que dónde vives ahora —insistió el hombre.

—Este es mi hogar ahora. Mañana, Dios ordenará.

Rayco arqueó las cejas, sorprendido.

—Sam ha vivido en muchos sitios —aclaró Emma—. Tiene un alma viajera, ha recorrido medio mundo así.

—No pareces un hombre religioso. —Rayco ignoró la respuesta de su cuñada y apuntó al ángel con el cuchillo mientras devoraba la carne—. ¿Eres un *hippie* de esos que vive de la gorra de otros? ¿O es verdad que eres pariente lejano de la familia?

Emma se revolvió en su asiento y ahogó un bufido para no incomodar a sus padres, aunque en ese momento deseó que la silla que sostenía su ostentoso trasero se le partiese en dos y poder disfrutar así de su caída sobre los mosaicos del pavimento. Había olvidado cuánto lo detestaba. Sus años en Madrid habían conseguido que se distanciara de él, pues no tenía que aguantar sus comentarios jocosos o fuera de tono. Ben, quien no era ajeno a la poca simpatía que le profesaba a su cuñado, posó una mano sobre la de ella intentando calmarla.

Mientras tanto, Sam indagaba en la razón de aquella pregunta. Entrecerró sus ojos marinos y no se sorprendió al descubrir que su aura en algunas zonas se teñía de gris, un color inquieto que lo empujaba a ser una persona desapacible. A veces, huraña. Codiciosa.

—No es necesario ser un hombre de fe para trazar con firmeza el límite que separa el bien del mal —se pronunció al fin.

Rayco frunció el ceño sin comprender esa frase retorcida, formulada para humillarlo, sin duda alguna. Sin embargo, él no estaba dispuesto a renunciar a su primer asalto.

—Nunca me han gustado los buscavidas.

Adrián soltó un bufido, mostrando así su desacuerdo con esa caza de brujas.

—Bueno, según tus palabras, yo soy un vago que quiere vivir del cuento, y mi música, una mierda —le replicó—. Y Ben es un depredador que engaña con su lengua a la clase obrera, así que Sam puede ser un *hippie* que seduce a las mujeres tocando la bandurria si quiere. Pero ¿en qué lugar te deja a ti esto? Ah, sí, eres el único cabronazo que trabaja para levantar el país.

—¡Adrián, basta ya! ¡Hay tres niñas en la mesa!

Su madre golpeó la mesa con el puño e intentó restablecer el orden. La mujer tenía las fosas nasales hinchadas, y el aire entraba por ellas dejando constancia de su fiereza. Candelaria no estaba dispuesta a tolerar semejante conducta en su casa, no mientras ella viviera.

Entretanto, Rayco presionaba sus puños contra la mesa, conteniéndose para que ninguno de los dos se escapara y se estrellara en la cara de su cuñado. Al mismo tiempo, Carla intentaba calmar a unas niñas que no parecían estar afectadas en absoluto. Ellas seguían sorbiendo la sopa como si la conversación de los adultos fuese eso: una charla aburrida y ajena a sus intereses.

—Tenía un fuerte jilorio. —Nana era la única que había permanecido inmutable ante el descaro del hombre—. La sopa está sentándome bien. —Entonces, la anciana arqueó las cejas y miró a Ben con preocupación—. Perdona, siempre olvido que no eres de las islas y que puede costarte entenderme.

—¡No, Nana, no! Ya son muchos años los que llevo viniendo aquí, así que la mayoría de las expresiones las conozco.

—Puede que tenga que aclarárselas al guiri. El godo ya se las sabe todas —apostilló Rayco con grosería.

Sin embargo, a Sam pareció no molestarle el comentario y se limitó a continuar degustando la sopa, a la que le había añadido trozos de pan.

—Hablo todos los idiomas del mundo, incluido dialectos y expresiones regionales propios de un conjunto de individuos que pertenecen a la misma población, aunque a veces se me escapan algunas frases modernas. —El ángel se dirigió a la abuela con semblante tranquilo—: Sé que tenía hambre, Nana. Y que esta sopa deliciosa está calmando sus tripas.

Emma abrió los ojos de par en par y quiso matizar las palabras del ángel:

—Sam se licenció en Filología, y se ha especializado en lenguas romances.

—¡Lo que hay que oír! —Rayco alzó las cejas, desconfiado, mientras su mujer le suplicaba con una mirada mordaz que parara.

—Tengo catorce hermanos; vivos, solo tres. —Nana volvió a silenciar la disputa, harta de tanta inquina—. Era de las pequeñas de la casa, y a mis hermanos mayores apenas los conocí, ya que seis de ellos emigraron a las Américas. Allí trabajaron, se casaron y tuvieron descendencia. Dos de ellos en Cuba y tres en Venezuela. Sin embargo, Jeremías siempre fue un aventurero. Se embarcó varias veces y recorrió Asia y parte de Oceanía. Tenía un gran corazón y ayudó a todo el que encontraba y necesitaba su ayuda. Mi madre guardaba todas las postales de los lugares que pisó, algunos salvajes, otros demasiado refinados para que ella pudiera entender su obsesión. Al

final sentó la cabeza y se quedó en Miami. Tuvo familia numerosa, aunque no recuerdo el número exacto de su descendencia. Solo sé que dos de sus hijos sacaron ese nervio explorador. Uno es misionero en África, y otro, un médico de esos que van a las guerras y se juegan la vida por los demás. Otra de sus hijas es profesora en Canadá. Es evidente que a sus nietos ya no los conozco, aunque creo que también son muchos. Sin embargo, desde que vi a Sam, supe que era nieto de mi hermano Jeremías. Es un trotamundos con un corazón caritativo, como el de mi hermano. Su mirada benévola no me deja lugar a dudas. Es el vivo reflejo de mi hermano.

—Me quitas un peso de encima. —Candelaria suspiró aliviada. Llevaba unas cuantas noches sin dormir pensando en el forastero que había metido su hija en la casa—. No hay más que hablar, solucionado el misterio. Podrías habernos dicho desde el principio que eras nieto de Jeremías —le reprochó la mujer al joven.

—Así mi mujer no habría encendido la mecha de las conjeturas. —Alberto soltó una carcajada a la que se unieron todos los presentes.

Sam, quien sonreía desconcertado, quiso intervenir, pero Emma le propinó un puntapié por debajo de la mesa que lo confundió aún más. El ángel la miró extrañado al principio, pero después comprendió al ver cómo ella asentía despacio. La chica se lo había repetido en varias ocasiones, aunque él no estuviera de acuerdo con esa premisa humana: «El silencio no alimenta la mentira, solo la deja volar libre en la imaginación de cada uno». ¡Qué complejos eran los preceptos de esos seres inferiores!

Para él, el silencio era glorioso, formaba parte de la meditación y el retiro. En el silencio encontraba sosiego, la palabra cobraba sentido y la acción iniciaba su movimiento. La calma poseía su propia algarabía, y era inmerso en ella donde más escuchaba. Por eso, una vez más se sorprendió al analizar las mentes estrechas de los presentes. «Son como la araña: no ven el todo desde su diminuta perspectiva».

Emma, taciturna, observó a cada uno de los miembros de su familia, la cual se había revelado como una gran desconocida para ella. Se giró hacia Ben y le susurró:

—Después, quiero que me cuentes todo lo que averiguaste en comisaría.

Un poco más tarde, Emma arropaba a su abuela cuando la primera estrella despuntaba en el cielo. Esta, solitaria, aportaba su leve brillo en un anochecer salpicado por innumerables nubes mientras una fina capa de niebla descendía lenta desde la Atalaya, inundando el lugar con una ligera fragancia que le recordaba al agua de mar.

Inmóvil, Sam contemplaba desde la ventana la extraña noche. La calle iluminada con la escasa luz de las farolas flotaba entre destellos

amarillos y el halo de una bruma misteriosa. De alguna manera indescriptible para él, esa estampa lo sobrecogió. Percibió un ligero repelús en la base de la nuca y quiso advertir a Emma, no obstante, desistió en cuánto contempló cómo le acariciaba el cabello a su abuela, con un amor tan desinteresado que llegó a envolverlo. Así que prefirió que continuara ajena al singular fenómeno que acontecía en el exterior.

—Gracias, Nana.

—No tienes por qué dármelas. Esta vieja está aburrida de tanta majadería.

Ben le hizo señas a Emma desde la puerta pidiéndole permiso para entrar, y cuando lo obtuvo, avanzó sigiloso hacia el centro de la estancia. La anciana le ofreció una sonrisa sincera.

—Creo que tienes asuntos más importantes que atender que a esta pobre anciana —le dijo a su nieta.

—Buenas noches, abuela.

—Si Dios quiere. Siempre si Dios quiere. —La mujer trató de sentarse en la cama—. Pero antes de que estos dos chicos fortachones se vayan a dormir, me gustaría hablar con ellos. Emma, ¿puedes dejarnos un momento?

Perpleja, la muchacha titubeó unos segundos y después asintió, pues era imposible llevarle la contraria a Nana. Se despidió de su abuela con un beso tierno en la mejilla, y antes de salir intercambió una mirada inquieta con Benjamín. No quería que la atormentase con sus dudas ni que le revelase su infidelidad, ya que la anciana se encontraba débil y cualquier sobresalto podría ser vital para ella.

En cuanto Emma abandonó el dormitorio, la mujer observó con detalle a los dos hombres. Ben, de cabellos castaños y porte distinguido, además poseía ese aire de firmeza con el que lograba enmascarar sus inseguridades. Era astuto pero piadoso, mordaz y al mismo tiempo afable. Quizá esa combinación resultaba atractiva para muchas mujeres, sobre todo para su nieta, quien necesitaba su apoyo constante y a la vez que le permitiesen soñar. Sin grandes ataduras, como a las que estaba sometida su hermana Carla. Nana siempre lo había considerado una persona íntegra, y eso para ella era algo imprescindible en un hombre. Y luego estaba Sam, rubicundo y de mirada ingenua. Era un soplo de frescura en esa casa que suplicaba a gritos recuperar el equilibrio perdido. Cauteloso y a la vez sincero, leal aunque de rostro impasible. Pocas cosas conseguían turbarlo. Sin embargo, Nana estaba convencida de que bajo esa capa de indolencia dormitaba un ser apasionado. Eran como la noche y el día, el hielo y el fuego. No obstante, ambos convergían en el mismo horizonte donde la luna se despedía del sol y por un momento se abrazaban. Era evidente que su amor por Emma superaba su discordia.

—No quiero irme con esta espinita clavada en el corazón. —La anciana sonrió, mostrando su dentadura casi intacta a pesar de su avanzada edad—. Sé que los dos son hombres valientes capaces de hacer cualquier cosa por mi nieta.

Ambos intercambiaron sus miradas, buscando respuestas en los ojos despistados del otro.

—¿Existe algo que la agita, señora? —le preguntó Sam con curiosidad.

—El día que mi niña llegó a casa embarrada y desorientada, pensé que moría por segunda vez. La primera fue cuando me dijeron que a mi Juan lo habían matado, y después Emma apareció desmemoriada, hecha un trapo. No quiero angustiar más a mi nieta. Ustedes saben que es más terca que una mula y que eso lo ha heredado de mí. Por eso quiero que sepan que, aunque todas las señales dijeran que ella no vio nada en la iglesia, yo siempre me he guiado por mi intuición. Y esa duda en mi corazón la he arrastrado durante todo este tiempo. No sé cómo llegó una niña indefensa, puede que aturdida, a Bajamar.

—¿Bajamar? —la interrumpió desconcertado Ben—. ¿Cómo que Bajamar?

—Emma apareció aquel día dormida en un banco de ese pueblo —le aclaró la anciana—. No dudo de que la policía la hubiera encontrado allí. Dudo de que escapara para buscar a su hermano sin que Juan le hubiera dicho nada. —Nana carraspeó para intentar aclarar su voz—. No era una niña atrevida ni desobediente. Ella no pudo salir de la iglesia sin que su abuelo se lo hubiese ordenado. Y el único motivo para hacerlo...

—Era que ella estuviera allí —terminó Ben la frase, con una punzada en el estómago.

—Juan tuvo que decirle que corriera, que escapara, y ella no paró hasta llegar a Bajamar. No sé cómo lo hizo. Tuvo que tropezar, caer varias veces para terminar en ese estado. —Lanzó un suspiro profundo —. Pero no recordaba nada... No la encontraron en la iglesia, y quise creer que no estaba allí cuando entró ese asesino. Para mí, asesinos. Siempre tuve la sospecha de que fueron dos, aunque los tiros salieran de una misma pistola. —Entrecerró la mirada, permitiendo que en ella se advirtiese su arrojo—. La protegí porque era su abuela, y ella, una niña indefensa. Eso pueden entenderlo ustedes. Nunca quise compartir esta pena ni con mi hija ni con mi yerno. No había pruebas, nada que dijera que Emma estaba con su abuelo cuando ocurrió todo. Sin embargo, esa incertidumbre pesa en mi alma como el plomo en el cuerpo de un soldado, y quería que ustedes supieran que esa posibilidad existe, dado que Emma no va a detenerse hasta que obtenga su verdad. Sé que yo no voy a estar aquí para abrazarla cuando todo esto reviente. El perro que escarba en la tierra termina

encontrando el hueso. Y yo confío en ustedes.

Caminaban entre los setos del jardín como si fueran dos viejos amigos confidentes. Diego atendía a las palabras que se desprendían de los labios del anciano, ya que temía que en una de ellas se encontrase la clave que podría despejar sus dudas y averiguar de una vez lo acontecido en la iglesia hacía ya unos setenta y cinco años. En un mundo donde las relaciones personales se debilitaban cada día y todo se resolvía a través de móviles y ordenadores, él necesitaba agarrarse a esa pequeña esperanza, a esa llama diminuta que lo ayudara a comprender mejor los misterios del Cielo. Un Cielo cada vez más alejado para los humanos, quienes vivían más preocupados por satisfacer sus deseos personales sin tener en cuenta al prójimo y ambicionaban poseer más de lo que podían contener sus bolsillos. Por eso, aquella historia contada a través de la mirada de un viejo le resultaba fascinante, ya que casi podía palpar la cercanía de sus abrazos, de sus pequeñas muestras de amor o incluso de los malestares de sus protagonistas. Ya no se cuestionaba si Sam era un ángel que había bajado a la Tierra para cumplir una misión; eso había quedado en un segundo plano. Lo que de verdad ansiaba conocer era si ese hombre había llegado a entender la complejidad de los sentimientos humanos, porque incluso a él, acostumbrado a las confesiones de sus feligreses, se le antojaban enrevesados.

—Emma nos esperaba impaciente en el jardín, deseosa por descubrir qué nos había dicho su abuela. Nunca la había visto morderse las uñas, y menos de esa manera tan agresiva. —El señor Torres elevó la vista al cielo y agradeció que los pocos rayos de sol acariciasen su piel marchita—. Recuerdo aquella noche extraña. Una fina niebla la envolvía bajo una de las palmeras y la hacía parecer un ser mágico, casi inalcanzable, mientras las nubes silenciosas se apoderaban del lugar y realzaban su belleza. Un hada del bosque más verde; eso me evocaba su brillo. Entonces, ella decidió relatarnos la conversación con su padre. Y sí, Emma había aparecido dormida a cinco kilómetros de allí. Aquello no tenía ningún sentido. Si hubiera presenciado los asesinatos, no se habría dormido en un banco como si nada hubiera pasado. Habría salido de la iglesia gritando y pidiendo ayuda, ¿no cree?

—¿Le contó la sospecha de Nana?

—¡No, no! Ni Sam ni yo quisimos alimentar más su paranoia. En algo conseguimos ponernos de acuerdo. —El hombre bajó la barbilla y ocultó su desasosiego—. Emma estaba deshecha. Ambos debíamos aplacar su inestabilidad. Además, entendía que Nana se cuestionara la huida de Emma de la iglesia, pero aquello carecía de toda lógica. ¿Una niña que caminó cinco kilómetros sin pedir ayuda? ¿Nadie la vio

vagar por la carretera? ¿De verdad había presenciado una carnicería en la iglesia y no dijo nada al llegar a casa? Después, ella nos relató lo que Carla le había dicho. ¡Había sangre en su vestido! Y ahí, solo cabían dos posibilidades: que se hiciera un rasguño en su carrera o que la sangre no fuera suya, lo que la situaba de nuevo en la escena del crimen, para mi pesar.

Diego se detuvo y posó su mirada ansiosa en el rostro amigable de Ben.

—¿Qué creía usted que había ocurrido?

—No importa lo que yo creyera —confesó resignado—. Habíamos abierto la caja de Pandora y ya no podíamos detenerla. Empujado por las circunstancias, me convertí en una pieza imprescindible para el juego que el destino había iniciado. Así que le conté a Emma lo poco que había averiguado en comisaría. Me pidió la lista de los supervivientes y decidió que hablaría ella misma con todos, y por supuesto con el nigeriano. Aunque antes debía enfrentarse con el hueso más duro de todos: su madre.

Capítulo 11

La marcha

Recostó con suavidad la cabeza sobre la almohada, pues deseaba dejarse abandonar y que su mente le diera un merecido reposo. Demasiadas dudas, demasiadas preguntas. Cerraba una puerta y tres más se abrían ante ella, y ya no sabía cuál debía cruzar, a cuál debía enfrentarse. «Poco a poco», se decía. «Esto acabará algún día, y entonces podré dormir en paz». No obstante, en ese momento solo podía aspirar a cerrar sus ojos y aguardar a que el sueño decidiera visitarla.

No esperó tanto como había supuesto. Sus músculos empezaron a relajarse y su cuerpo se sumió en un profundo descanso. Se dejó llevar por primera vez desde que había llegado a la isla, y percibió cómo su alma vagaba recorriendo el territorio de Morfeo, sin rumbo aparente. Pronto aterrizó en un sendero iluminado tan solo por una luna azotada por grandes nubarrones. La hierba crecía a ambos lados, verde y vigorosa. Caminaba descalza sin apreciar los escasos árboles que acompañaban sus pasos, pues, anhelante, quería descubrir qué se hallaría al final del camino. Al llegar a una encrucijada, se detuvo, y en el sendero que continuaba a la derecha divisó a Ben. Se aferraba a una vieja maleta y luchaba contra un viento que impedía que avanzase con ligereza.

Emma se acercó a él, confusa, y se sorprendió al ver su traje desgastado y sus zapatos sucios.

—No consigo despegar mis pies del suelo —le confesó, sin levantar la mirada.

—¡Aprende a volar! —oyó gritar.

Emma se giró y descubrió a Sam en el sendero de la izquierda. Corrió hacia él, desesperada. El ángel le apartó el cabello ondulado del rostro y le acarició la mejilla.

—Debo irme —le dijo sonriendo.

—No te vayas, no me dejes aquí. Por favor, Sam, te necesito. Quiero saber qué camino debo tomar.

Sin embargo, él no le respondió. Desplegó sus imponentes alas blancas y alzó el vuelo, desapareciendo en la negrura. Emma intentó alcanzarlo. Corrió mirando hacia el cielo, aunque las nubes le impidieran ver más allá de lo que sus humildes ojos podían. Mientras sus pies se abrían paso entre piedras y malezas, buscaba con afán una señal, un destello que le susurrase que el ángel continuaba allí. Pronto

tuvo que frenar su avance, pues un enorme acantilado se abría frente a ella. Espantada, retrocedió. Las enormes olas embestían las paredes afiladas de aquel precipicio, rugían atormentadas buscando una salida, atizando una y otra vez aquella roca inamovible.

Emma despertó con el rumor de decenas de gotitas de agua golpeando su ventana. Llovía. Desganada, miró el reloj y comprobó que faltaban pocos minutos para las siete de la mañana. Bostezó varias veces y bajó del todo la persiana. No era una lluvia noble. La tierra acumulada en los días anteriores caía ensuciando los muros blancos de la casa, marcándola, señalando los pecados que habían cometido sus miembros.

De pronto, un grito desgarrador la sobresaltó. Corrió hacia el pasillo y allí se tropezó con Adrián. Ambos cruzaron una mirada interrogante. Entonces, su hermano se precipitó por las escaleras sin pensárselo dos veces mientras Emma lo seguía muy de cerca. Habían reconocido la voz de su madre en ese alarido quejoso. Punzante. Lastimoso. Sin detener la carrera, Adrián se dirigió a la parte trasera de la casa, pues de ahí había provenido el grito. Por fin, divisó la figura de su madre en el dormitorio de su abuela. Estaba sentada junto a ella y le sostenía la mano mientras apoyaba su frente en el hombro de la anciana.

Los últimos pasos de Emma se le antojaron pesados, cargados, como si dos losas de cemento se hubieran apropiado de ellos. No quería llegar. No quería ver qué ocurría. Deseaba regresar a la cama y esconderse debajo de ella.

—¡Adrián, llama a una ambulancia! —escuchó vociferar a su madre.

Por fin, Emma se decidió a entrar. Examinó el rostro dubitativo de su hermano y el semblante afectado de su madre, el cual marcaba sus arrugas deshechas de forma inusitada. Candelaria parecía un espantapájaros con sus mechones oscuros, revueltos como la paja, y sus dos guijarros negros eran dos botones opacos cosidos a su cara desencajada.

—¡¿Estás oyéndome?! ¡Corre!

Adrián despertó de su ilusión espectral y giró sobre sus talones en busca de un teléfono, ya que el móvil lo había dejado en su habitación. Entretanto, Emma, conmovida, besó la aterida frente de su abuela, y entonces un extraño escalofrío recorrió todas sus conexiones nerviosas, despertando su agudeza. El alma de Nana ya no se encontraba allí. Volaba libre, sin miedos que la atormentasen ni angustias que la entristecieran. Emma sonrió con congoja al contemplar por última vez el cuerpo de su abuela. Parecía dormida, descansada, como la heroína de un cuento que aguarda el beso de su príncipe. Sin embargo, su príncipe se había ido hacía ya mucho

tiempo y ella no abriría los ojos de nuevo.

Emma no experimentó dolor, ni siquiera pena. En lugar de ello, un irreconocible vacío se apoderó de su espíritu. Ya no escucharía su risa ni el ligero rumor de sus lonas al andar. Nana había muerto, y ella ignoraba cómo continuar con su vida sin tenerla a su lado, porque a pesar de la distancia que las separaba desde que se había mudado a Madrid, su abuela siempre estuvo presente en sus días solitarios, en sus largas noches en los que la ilusión se desvanecía y en los momentos donde la alegría era tal que bailaba hasta que sus pies le dolieran. Le acarició la melena blanca, desenredando los nudos que había creado la noche. Pese a que ella ya estaba muy lejos, quiso que se viera bonita, que todos contemplaran su belleza, la fuerza de una mujer que jamás se rindió.

—Ya no está aquí, mamá —afirmó serena.

—¡Cállate, Emma! Va a venir la ambulancia.

—Se ha ido. —Apretó la mano de su madre y la miró con dulzura a los ojos.

—No, no, no... No digas bobadas...

Candelaria rompió a llorar desconsolada y abrazó con fuerza a su hija con temor a que también se la arrebatasen. De reojo, Emma atisbó a su padre en el umbral. Alberto no se atrevía a entrar y permaneció inmóvil, hasta que escuchó que las sirenas se detenían frente a la vivienda.

Cuando entró el médico y certificó su muerte, el alarido de su madre hizo temblar toda la casa. La mujer sufrió un colapso y los sanitarios tuvieron que atenderla con urgencia. Emma no reparó en la presencia de Ben, quien también se había acercado a la puerta. Cuando su madre se desmayó, fue él quien le preparó una infusión y le sostuvo la cabeza para que pudiera beber mejor. Después, ayudó a Adrián con las llamadas de rigor al resto de los familiares y a los amigos más cercanos.

Cuando los rayos de sol agujerearon las nubes algo debilitadas, Emma se sentó en el rellano de la escalera y dejó que estos incidieran en su rostro a través de la ventana diminuta que había al final del pasillo. Desde allí, observó el desfile de vecinos y amigos, quienes comenzaron a inundar su casa mostrando su respeto y dando sus condolencias. Ella agradeció que Carla llegase junto a su marido y tomase las riendas de la organización del funeral. Lo prefería así, pues no quería atender visitas, preparar café y ofrecer bizcochón de gofio tras una sonrisa forzada. No era un día para sonreír, y aunque sus lágrimas se habían secado y se resistían a inundar sus ojos, ese extraño vacío continuaba instalado en sus entrañas. Impávida, presenció el asedio silente de las tinieblas en su hogar. Para ella, no existían los minutos ni los segundos. En su mundo se había aposentado la apatía, y

el tiempo se había detenido en una angustia retorcida y de la que era incapaz de escapar.

Entonces, Ben se sentó junto a ella. No dijo nada. La acompañó en el silencio mientras escuchaban cómo todos los presentes se sumaban al rosario improvisado por una de las vecinas. Unos rezos que recorrieron cada habitación de la casa, inundándolas con su cántico fúnebre y a la vez esperanzador, pues ella había hallado la paz. Nana se había ido. Sin embargo, su perfume enérgico y embriagador acompañó a la casa durante muchos años, hasta que por fin una Carla afligida decidió cerrar sus puertas.

—Estuve a su lado en la cripta, y después en el funeral. Emma apenas pronunciaba palabra alguna, pues prefirió refugiarse en su silencio. Ni siquiera quiso dormir, a pesar de que estaba extenuada de recibir las sinceras condolencias de un pueblo que se había volcado en su entierro. Ella estuvo junto al féretro durante las largas horas de la noche, cuando todos preferían descansar. No se movió de allí, y tuve que obligarla por la mañana a que fuera a ducharse para asistir a la misa. Nana era una persona muy querida en el pueblo, y no solo porque era la viuda de Juan Ramos, sino también por su compromiso con las familias desfavorecidas, sobre todo con las madres solteras. Recuerdo que los vecinos trajeron comida y los amigos nos ofrecieron su compañía. Los dos hermanos de Candelaria fueron al entierro de su madre junto a sus familias. Ambos vivían en la isla de La Palma, uno se había mudado allí por trabajo y el otro por amor. Así que Emma tenía primos que apenas conocía pero que parecían compartir su dolor.

»La iglesia estaba llena, no cabía un alma más allí dentro. Yo permanecí durante todo el oficio junto a ella, apoyándola, dándole mi ánimo y haciéndome la misma pregunta una y otra vez: ¿Dónde demonios se había metido Sam? Porque, aunque pueda parecerle increíble, nadie más había advertido su ausencia.

Se desprendió de su incómodo recipiente y, de nuevo, la brisa que lo empujaba hacia la libertad lo envolvió en un halo de frescor y sosiego. La confusión y la incertidumbre se habían evaporado, dejando holgura a la claridad. Sereno, avanzó hasta la habitación de Nana, y allí divisó a la mujer exhalando su último aliento. Contempló pacientemente cómo su llama se extinguía despacio y advirtió cierta lucha en su final. No se trataba de una resistencia inútil ni caprichosa. Nana necesitaba controlar sus respiraciones finales, sus últimos pensamientos para poder liberar su espíritu con tranquilidad. Ella era la llama de una vela que trata de resistir el empuje del viento, una firme combatiente

hasta en los últimos segundos de vida. La mayoría simplemente se abandonaba a su destino con cierta melancolía, algunos repasaban su existencia con imágenes que los envolvían y los llenaban de nostalgia. Nana no. Era consciente de su final y quería abrazarlo a su manera. Y él esperó, paciente. Observó su rostro argénteo con inequívoca extrañeza, pues había convivido con la anciana en su forma humana, y un desconcertante sentimiento de afecto despuntó en su ser. Ese fascinante vínculo creado con Nana le inspiraba recelo, aunque, al mismo tiempo, regocijo.

Se concentró en su tarea y colocó los dedos sobre la frente de la anciana. Entonces, una asombrosa luz con tintes aturquesados brotó de sus yemas y le anunció que su alma abandonaba su cuerpo. Pronto, el ángel atisbó a Nana junto a él. Turbada. Resignada. Al principio, la consternación era la dueña de su nuevo estado, pues descubrir que el cuerpo continuaba postrado, inerte, fragmentado del alma, era la parte más traumática de la experiencia. Todos reaccionaban de forma similar: primero les ofuscaba la confusión, después los visitaba el temor y, por último, como una suave brisa primaveral, llegaba la aceptación. Él apenas interfería en las emociones que solían padecer los sujetos, ya que su simple presencia bastaba para calmar el estupor. Sin embargo, Nana no era uno de esos soldados a quienes él vigilaba con ahínco desde la distancia hasta que la Muerte hacía su aparición. Nana era la abuela de Emma, la mujer que custodiaba, la persona que debía acompañar hasta... ¿Hasta qué? ¿Por qué debía protegerla? ¿Qué no le habían contado? ¿Por qué no le dejaban ver su futuro, ni tan siquiera su pasado?

—Has cumplido tu promesa. —Nana lo devolvió a su cometido—. Me alegro de que estés aquí.

—Te llevaré con tu marido. —El ángel tomó la mano de la mujer y percibió su calor.

De pronto, frente a Nana se abrió un largo pasillo blanco y estrecho, y él asintió, complacido. No todos veían lo mismo. Muchos hablaban de un túnel; algunos, de un remolino de viento, y otros, de un camino arbolado. No importaba la imagen que nacía de su conciencia despierta; lo trascendental era todo lo que sucedía a continuación. La mujer escuchó un ligero murmullo en la lejanía, suave y fresco. Lo reconoció al instante. Era el sonido de un pequeño riachuelo, el que solía discurrir en el barranco situado detrás de su casa después de una tormenta. De pequeña, se acercaba hasta él para ver cómo el agua sorteaba las enormes piedras y se estrellaba contra el fondo repleto de arbustos y flores silvestres. Solía introducir sus pies descalzos en los charcos para calmar el escozor de las llagas producidas por las innumerables caminatas por veredas transportando algodón. Eso hacía de niña: trabajar muy duro como sus hermanos

para que sus padres tuvieran un jornal.

Ella suspiró, agradecida. Entonces, la inmaculada blancura de las paredes la cegó y casi tuvo que frenar su avance, pues temía caer. Se agarró con más fuerza a la mano de Sam y comprobó que él continuaba allí, a su lado.

—Todo comenzará en un momento, no hay nada que temer —lo escuchó decir.

Poco a poco, fue acomodándose a su nueva condición y advirtió un traslúcido arcoíris frente a ella. Detrás de este, una placentera cascada saltaba con gracia las rocas bendecidas por el agua que las regaba. Entonces, jubilosa, atisbó las siluetas de diversas figuras. En primera línea, descubrió a sus padres, a su hermano Jeremías y a su amado Juan. Sam soltó su mano y le indicó que avanzara. Y ella lo hizo, gozosa. Sintió que flotaba y se precipitaba hacia ellos como una nube ligera desprovista de carga. Su abrupto viaje había llegado a su fin. Estaba en casa.

En el plano terrenal, Emma subió la escalinata curva de la portada principal, observando por primera vez la asimetría de la fachada. La iglesia parecía ligeramente inclinada hacia la torre donde las campanas repicaban al paso del entierro. Su interior se le antojó más oscuro de lo habitual. Las tres naves separadas por arcos, rebajados sobre pilares cuadrados, derivaban en tres capillas, elevadas sobre gradas y adornadas con sendas strelitzias naranjas. El ave del paraíso reinaba sobre las otras flores sin demasiada oposición. En ese momento, dirigió su mirada hacia la capilla mayor, donde el Cristo crucificado parecía darle la bienvenida.

Emma se sentó en el cuerpo de los doloridos, justo detrás de su madre, puesto que los primeros bancos de la iglesia estaban reservados para los familiares de la persona fallecida. Candelaria estaba acompañada de sus hermanos y su marido Alberto, mientras que ella estaba junto a su hermano Adrián y Ben, quien le acariciaba el muslo con ternura evidenciando su presencia. Ella apenas atendía a las palabras del sacerdote. Se levantaba y se sentaba cada vez que lo requería la celebración, sin mostrar ningún tipo de interés. Sus pensamientos escocían y había decidido no reflexionar. Cada vez que una idea cruzaba por su mente, la apartaba sin más, la disolvía antes de que tuviera forma y se convirtiera en un propósito.

Fijó su mirada en el féretro, donde su abuela dormía, pues aquella caja de madera era su nuevo cobijo, y no pudo evitar que la tristeza se apoderara de su ser. Ella era católica pero nada practicante, tan remisa a admitir una vida después de la muerte, aunque quiso imaginar que Nana se encontraba por fin con su abuelo. Sí, ese debía ser el destino de todos los seres humanos: una vida mejor. Porque Nana había sufrido mucho. Allí mismo, unos bancos más atrás, había

perdido a su marido bajo la atenta mirada de Cristo. ¿Qué Dios permitía el crimen en su propia casa? Eso se había preguntado su madre muchas veces, y había rehusado volver a la iglesia hasta ese día. Sin embargo, Nana, siempre erguida, le recordaba que toda vida, por muy mísera que fuera, tenía un cometido en esta tierra, y que Dios lo había reclamado para que continuara su misión desde el Cielo. Emma nunca había querido entrar en la cuestión; prefirió obviar el dilema de la existencia de otra tierra, invisible para los humanos. Y en ese momento pensó que de alguna manera su vida empezaba y terminaba allí, en esa iglesia. Quiso alejar también esa idea, ya que estaba agotada, y ni siquiera podía ya luchar consigo misma. Los párpados le pesaban, querían cerrarse y desterrar esa imagen de su abuela en una caja de pino, rodeada de decenas de vecinos vestidos de oscuro, entonando al unísono un padrenuestro. Las piernas le flaqueaban y no se levantó cuando todos se pusieron de nuevo de pie. Permaneció sentada, respirando para no desfallecer.

Entonces atisbó una pequeña luz esférica rodear el ataúd. Se llevó la palma de la mano a la frente, presionándola con ganas por si tenía fiebre. Sin embargo, su piel no estaba caliente. No había dormido ni comido, e imaginó que podría tener la tensión baja. Dirigió de nuevo sus ojos verdes al altar y se sobresaltó al descubrir que la luz continuaba allí, flotando en el aire como una mota de polvo. Inocua. Imperceptible. De pronto, una silueta surgió del halo azulado. Miró a Ben, después a su hermano, y ninguno parecía apreciar la extraña forma que se había situado en el púlpito. Debía estar alucinando. Quiso levantarse y salir al exterior para coger aire, pero no pudo. Estaba anclada en el banco, con las manos temblorosas. Fijó la vista en la silueta, que parecía observarla con descaro, y entonces no tuvo dudas. Reconoció a su abuela. La señalaba con el dedo índice mientras susurraba algo incomprensible.

Emma deslizó la mirada hacia su pecho, hacia el punto que Nana estaba indicándole. No vio nada inusual. Y fue entonces cuando vislumbró un pequeño aro dorado que colgaba de su pecho. La cadena de oro resbaló y cayó entre sus piernas. Ahogó un grito, pues su cuerpo era ahora el de una niña pequeña. Vestía un sencillo traje blanco adornado con numerosas flores azuladas. Sus sandalias, también blancas, dejaban ver sus diminutos dedos. Agarró con fuerza la cadena con la imagen de la Virgen de los Remedios, de quien su abuela era devota, y la examinó mientras la dejaba bailar entre sus dedos. Relucía como una moneda dentro de una fuente de agua, brillaba como las espigas de trigo atizadas por el sol, y ella no pudo más que sonreír.

De pronto, decenas de gotas escarlata comenzaron a salpicar su vestido. Era sangre. Emma miró a su alrededor. Estaba sola, aunque

extrañas sombras la rodeaban. La cabeza empezó a darle vueltas, todo estaba borroso, y sintió que caía en un precipicio que parecía no tener fin.

—Se armó un gran alboroto. Pude sujetarla antes de que llegara al suelo. Le di continuas palmaditas en la cara, e incluso la llamé desesperado por su nombre, pero ella no respondía. Se había desmayado. La cogí en brazos y la saqué de allí en volandas. Ya en la escalinata, empezó a recobrar el sentido. Nombraba a su abuela y decía cosas disparatadas. Antes de que la gente se agolpara a su alrededor, la llevé a casa. No quería que nadie la viera en ese estado. Desvariaba.

El anciano se llevó las manos a la cabeza, recordando el angustioso funeral, y Diego advirtió que unas gruesas gotas de sudor se arremolinaron en la caída de su frente.

—¿Qué es lo que decía, señor Torres? —le preguntó el sacerdote con sumo interés.

—¡Quítame la sangre, quítame la sangre!

Diego se detuvo en seco y tragó saliva. Un ingrato repelús recorrió su espina dorsal y lo mantuvo anclado a la tierra del jardín durante unos segundos. Él no tenía duda alguna. La chica estaba recordando, y eso solo podía significar que sí había presenciado los terribles asesinatos.

Despertó entre las suaves sábanas de su cama, todavía algo aturdida y traspuesta. Ben, sentado a sus pies, sonrió al verla bostezar y tratar de desperezarse. Tenía los cabellos enmarañados, en un estado total de rebeldía, y unas acusadas ojeras les restaban brillo a sus ojos esmeralda. Su piel, agrietada por la falta de descanso, estaba marcada por unas pequeñas arrugas en las comisuras de sus labios. Aun así, a él le pareció hermosa. Una diosa. Le cogió la mano con dulzura y no pudo reprimir su inmensa felicidad al comprobar que se encontraba bien.

Su ensoñación fue interrumpida por Candelaria, pues la mujer entró en el dormitorio de su hija como un vendaval rompiendo la armonía de un placentero amanecer. Sin articular palabra, le estampó un beso en la frente para comprobar la temperatura de su cuerpo.

—Nos has dado un susto de muerte. ¿Estás mejor? —Ella asintió mientras trataba de incorporarse—. Sabía yo que esto iba a pasar, estás comiendo muy poco —continuó ella, ignorando la presencia del joven—. Pero, Emma, ¿en el funeral de tu abuela? Menos mal que Ben te ha traído a casa, así he podido ir tranquila al cementerio a darle el último adiós a mi madre antes de su sepultura. —La muchacha la miró apesadumbrada, pues no había podido despedirse de Nana—. No

deberías levantarte. Estás floja todavía, así que mejor quédate en la cama. Ya te traigo una taza de caldo.

Emma ahogó un sentido suspiro y acarició la mano de Candelaria buscando su consuelo.

—Mamá, vi a la abuela en la iglesia.

—Sí, hija, todos la vimos, encerrada en ese ataúd. Ese es el fin para todos: una caja de pino y un agujero en la tierra —se lamentó entre sollozos.

—No, mamá, ¡la vi! Quiso mostrarme algo. —Su madre intercambió una mirada interrogante con Ben—. Cuando era pequeña, ¿tenía una cadenita de oro?

—Claro que sí —respondió desconcertada—. Tu hermana Carla todavía la conserva. A Adrián le hicimos una pulsera con su nombre grabado, además de la medallita que le regaló tu abuelo. Yo también tengo la mía. Ya sabes que es costumbre aquí, cuando hay un nacimiento, regalar una medalla o una pulsera con el nombre del recién nacido. Pero ¿por qué me preguntas eso ahora?

—¿Y dónde está ahora?

—Pues no lo sé, mi niña, imagino que la habrás perdido. —Candelaria arrugó el rostro, sin comprender a dónde quería llegar su hija con ese asunto.

—¿Cómo iba vestida el día que mataron al abuelo?

—Pero ¿cómo se te ocurre? —Los ojos de la mujer parecían salirse de sus órbitas—. Tu abuela está de cuerpo presente, ¿y tú me vienes con esas preguntas? No te entiendo, Emma, ¿qué pretendes conseguir? ¿Llevarme a la tumba a mí también?

—¿Tenía un vestido blanco con flores estampadas en azul? —insistió, ignorando las exageradas gesticulaciones de su madre.

—¡Ay, Dios! ¡Te has vuelto loca, Emma!

—¿Por qué no le dijiste a papá que encontraste sangre en el vestido? —Su madre la miró alarmada y se llevó la mano al pecho como si este fuera a reventarle—. Contéstame, mamá. Estoy harta de tantas mentiras.

Candelaria se derrumbó y se dejó caer en la cama, obviando la gravedad de su cuerpo robusto. Ben se apresuró a coger un abanico y comenzó a airearlo a la vez que torpedeaba a Emma con sus ojos castaños, quien no rebajaba su postura fiera. Nunca la había visto así, tan enojada y al mismo tiempo serena, con una frialdad que llegó a asustarlo. Él prefería no intervenir en una discusión entre madre e hija, así que se limitó a asistir a Candela. La mujer continuaba haciendo aspavientos e intentando recuperar el aliento. De reojo, atisbó el semblante desencajado de Alberto en el umbral. El hombre había escuchado la conversación desde la puerta. Contemplaba a su esposa como si fuese una extraña, aquella a la que le había jurado

lealtad y fidelidad, aquella que siempre respetó y en la que confió. Sin embargo, la sangre hervía en sus venas, y un latido punzante le recordó que su corazón seguía débil, algo marchito. Le clamaba sosiego. Aun así, reunió fuerzas para entrar en la habitación y dirigirse a su mujer con determinación:

—Tu hija está esperando una respuesta. —Clavó su intensa mirada en los ojos aterrados de Candelaria.

—No, por favor, no sigas —le suplicó ella.

—Responde, ¿por qué no me dijiste nada entonces?

Ella hundió el rostro entre sus manos ateridas, heladas por el inesperado disgusto que había azotado su espíritu.

—Alberto, lo hice por todos. Yo no quería problemas —trató de justificarse—. Yo no sabía que... Pensé que se había caído, eso era todo.

Candelaria enjugó sus lágrimas y se sorbió la nariz como una niña pequeña a la que le recriminaban su mal comportamiento después de hacer una trastada.

—¿Encontraste moratones en su cuerpo? ¿Alguna herida? —Ella negó repetidas veces con la cabeza—. ¿Y por qué me lo ocultaste?

La mujer se encogió de hombros, sin saber cómo defender la tormenta de sentimientos que la asolaron ese día.

—No quería que nadie más sufriera. Nana había dicho que la policía no iba a ayudarnos y yo estaba histérica y no sabía qué hacer. —Entonces, rompió a llorar sin encontrar consuelo, sin poder detener esta vez la cascada de aflicción que la condenaba—. ¡Y quemé el vestido! Lo hice por la familia, por todos nosotros, porque ninguna niña pequeña tiene que soportar un trauma semejante.

Alberto bajó la cabeza, consternado por la revelación.

—Era una decisión que deberíamos haber tomado ambos.

—Pero ¿y si el asesino se enteraba y venía a por ella?

El hombre guardó silencio. Después, abandonó la habitación, dejando tras sí una estela de desengaño. Se reprochó a sí mismo no acudir a la policía desde el principio. Sí, actuó de manera irracional, dejándose llevar por las emociones del momento. Ahora no tenía duda. Si no hubiera sido un cobarde, si al menos lo hubiese intentado, la familia habría subsistido, habría encontrado la manera de salvarse, cuidando unos de otros. Sin embargo, las mentiras y el silencio velado habían tejido una telaraña confusa dentro de sus almas. Sí, habían sobrevivido, pero olvidando que los secretos devoran la carne y convierten al espíritu en un monstruo dispuesto a todo para mantener la verdad en el pozo de las miserias.

Emma se apoyó en la pared y elevó la mirada hacia el techo. Su madre continuaba llorando, emitiendo quejidos que perforaban sus oídos y la hacían girar en un torbellino de culpabilidad sin fin.

—Mamá, todo esto...

—¡Cállate, Emma! ¡Estás destruyendo esta familia! ¿Es que no te das cuenta?

Emma apretó los labios y descendió las escaleras sin mirar, hasta casi arrollar a su hermano al salir a la calle. Su corazón latía desbocado y no podía contener su rabia. Quería escapar de su cuerpo, alejarse del tormento y continuar con sus pálpitos serenos, rítmicos, pero estaba atrapada. Corrió destemplada buscando amparo, cruzó dos calles sin apenas mirar la carretera y llegó al cementerio, que distaba de su casa quinientos metros. Angustiada, quiso localizar la tumba de su abuela, ampararse en ella.

Entonces, profundas arcadas nacieron en la boca de su estómago. El agua empozada de algunos jarrones atraía a insectos despreciables, y las flores marchitas agonizaban en una prisión de cristal sin poder respirar. Se tapó la boca con una mano y sus pasos se enlentecieron hasta arrastrar sus pies por el frío cemento. Fue ahí cuando cayó en la cuenta de que había perdido una de sus sandalias en la carrera. Tenía sangre en los dedos, pero la ignoró y continuó avanzando. Por fin, atisbó el nicho de su abuela en uno de sus laterales. Ese cementerio era un intrincado laberinto de tumbas y filas discontinuas. Posó la mano en la lápida y aferró las yemas de los dedos a las letras de su nombre: «Ana Gloria González Gutiérrez». Se dejó caer junto a ella y lloró.

Había rabia en su desconsuelo, pero también impotencia. Nana la había dejado sola ahora que comenzaba a recordar, cuando las imágenes inexplicables para ella asaltaban su mente. Apoyó la cabeza en el ingrato suelo y se recostó en posición fetal. La hierba, la cual salpicaba entre sus grietas al resquebrajado hormigón, acariciaba su piel, recordándole su procedencia, su pueblo, su amada Tejina, mientras un ligero sereno acompañaba sus respiraciones cada vez más pausadas, y que procuraban recuperar el control que le había secuestrado su arrebato.

Capítulo 12

Una prueba de fe

Con el único zapato en su mano y calada hasta los huesos, cruzó el jardín de su casa. No tenía a dónde ir. Si fuera por ella, habría permanecido junto a Nana, pero el vigilante no la había mirado con buenos ojos. Debía cerrar, y ella salir de allí. Caminó descalza, sin apenas sentir el dolor de sus torturados pies. Había pisado cristales, y en un soplo de valentía se los había arrancado con brío.

Descubrió a Ben sentado bajo una de las palmeras, quien, de un salto, había dejado atrás el banco y avanzaba hacia ella con rostro aliviado. La abrazó un segundo, para luego examinar cada centímetro de su piel buscando algún signo de lesiones. Al distinguir las llagas de sus pies, reprimió una mueca de dolor.

—¿Cómo te has hecho eso? He estado buscándote y casi me he vuelto loco. No conozco el pueblo tan bien como tú y no sabía dónde buscar. Hasta he pensado en llamar a la policía. —Ella continuaba ausente mientras las palabras de Ben resonaban en sus oídos como un eco lejano y difuso—. Emma, Emma, ¿estás bien?

—Sí, muy bien —logró balbucear—. Necesito sentarme un momento.

La ayudó a acomodarse en el banco y le apartó de la frente uno de los tirabuzones rebeldes que a veces nublaba su mirada. Tenía los labios morados y tiritaba, y él no dudó en desprenderse de su chaqueta para arroparla con ella.

—¿Dónde has estado? —Emma no contestó. Prefirió contemplar el sombrío ocaso que rodeaba a la Atalaya—. Tengo algo importante que decirte. Mañana temprano vuelvo a Madrid. Tengo algunos casos que atender y nuevos clientes que quiere asignarme el bufete. Conseguí retrasar el billete por la muerte de tu abuela, pero ya no me quedan más excusas. Debo irme... Emma, ¿estás escuchándome?

—Sí, sí, el trabajo es primordial.

—No quería decir eso.

Ella frunció los labios y luego los ocultó con sus dedos.

—No te disculpes, yo te pedí que te fueras. Ya te dije que necesito tiempo para digerir todo esto.

—*Esto* se te está yendo de las manos. Tu madre no quiere ni verte, y es mejor que aclares las cosas antes de que vayan a peor.

—Mi madre es una mentirosa. Y no solo ella. Todos en esta familia

ocultan algo. Me da igual lo que me digas, porque voy a llegar hasta el fondo de este asunto. Cueste lo que cueste.

Ben lanzó un resoplido que fue recogido por el aleteo de una paloma al posarse sobre la palmera.

—No quiero dejarte así, pero...

—Es mi problema, no el tuyo. No puedo pedirte más de lo que has hecho.

Ocultó su mirada aquejada de un daño inconmensurable al escuchar sus palabras. Sus problemas siempre habían sido los suyos también, y se castigaba por no poder ayudarla más, por verse relegado a un segundo plano injusto, cuando él había sido su todo. Y ahora se sentía en la nada. Cabizbajo, y con los codos descansados en sus muslos, reflexionó. No quería desligarse por completo de la familia, quería estar informado de los pasos que diese Emma. No podía dejarla atrás, como si no hubiera existido en su vida, porque la necesitaba todavía. Necesitaba respirar su oxígeno y embriagarse con su sonrisa. Y no podía imaginar que esa despedida no fuese un «hasta luego», sino un «adiós» con mayúscula.

—He hablado con tu padre. Está muy preocupado por la empresa y me ha dejado más de una docena de documentos para que les eche un vistazo. Ya le he dicho que no soy contable, pero le han devuelto un par de facturas por impago desde que está en el hospital. Está desesperado y quiere saber qué está haciendo mal. —Frunció sus labios escocidos y bajó la mirada, arrepentido por todo lo que deseaba decirle y callaba—. Quería que estuvieras al corriente.

—Te lo agradezco. Hablaré con mi padre más tarde.

Ben contempló a la muchacha un instante. Había determinación en sus ojos verdes, tan transparentes como las aguas plácidas de una playa recóndita. Gruñó para sus adentros, pues no quería dejarla en ese estado, ya que temía que algo terrible le ocurriese. La culpa de un futuro incierto devoró sus esperanzas de una reconciliación inmediata. Y aun así no podía dejarla sola. Pensó entonces en Sam. Hacía día y medio que no lo veía y desconocía su paradero actual. Él no era el candidato perfecto para que cuidara de ella. Él no. Aunque le hubiese demostrado su preocupación, Ben seguía desconfiando del forastero inoportuno.

—¿Dónde demonios se ha metido Sam? —expresó en voz alta.

Emma se limitó a encogerse de hombros.

—No lo sé.

—¿No piensa volver? ¿Se ha ido así sin más, sin despedirse de nadie? Ni siquiera ha ido al entierro de Nana. ¿De qué va ese tío?

—Tenía asuntos urgentes que atender.

Ben lanzó un resoplido enojado.

—Así que sabes dónde está.

—No con exactitud —le respondió sin apenas inmutarse.

Él se levantó. Con los brazos en jarra, se apartó unos metros de ella, sacudió la cabeza varias veces y volvió a aproximarse al banco con un nudo en la garganta.

—Emma, ¿qué pasa con él? ¿Por qué tanto misterio? ¿Crees que yo me he tragado esa historia del nieto de Jeremías? Ese tipo apareció de la nada en nuestra casa y luego decide seguirte hasta aquí. Llegué a pensar que era tu amante, pero solo hay que ver cómo se comporta para desechar esa idea. Es raro de cojones. Va de ingenuo, sin embargo, sé que es muy astuto, y eso me asusta. ¿Por qué te fías de él?

Ella elevó la mirada y estiró las comisuras de los labios.

—Es una historia muy complicada, no me creerías.

—¡Prueba! Joder, Emma, estás acusando a toda tu familia de falta de sinceridad, pero tú eres igual. Tú también escondes la identidad de ese individuo. Desde que llegó a tu vida, eres esquiva y tremendamente voluble.

Ella clavó los ojos en el rostro avispado de Ben. Tenía razón. No quería convertirse en su madre, pues los secretos habían minado su espíritu y había sido engullida por su propia sombra. Candelaria siempre había aparentado ser fuerte, una mujer que había fortificado su casa con el sudor de su frente. Sin embargo, bajo esa fachada, bramaba un ser vulnerable, temeroso de que alguien le arrebatara la llave de sus dominios. No obstante, ella no había necesitado robar la llave para entrar en su propio hogar. Se había infiltrado como el inofensivo ratón que busca alimento y cobijo para sobrevivir. Había abierto el desván olvidado de su madre, liberando las miserias que había mantenido escondidas. No, no quería ser como ella, pero Sam... Él era distinto. No creía estar cometiendo un pecado irreparable al ocultar su identidad. Ella lo protegía de la incredulidad y de la burla humana. Eso estaba haciendo.

—¿No piensas decir nada?

—Sam está aquí para ayudarme. Depositaría mi vida en sus manos si fuera necesario.

—¿Y dónde está ahora cuando más lo necesitas? Dime, ¿qué es eso tan urgente que tiene que atender?

—Ya te he dicho que no puedo contártelo, no estás preparado.

Impotente, Ben se llevó las manos a la cabeza. Quería comprenderla, quería apoyarla en sus decisiones, pero esa insistencia en eludir sus preguntas estaba sacándolo de quicio.

—¿Preparado para qué? Mírame, Emma. Estoy aquí. Aunque no lo creas, siempre he estado aquí. ¿Qué estás ocultándome?

—¿Quieres dejar de interrogarme como si fueras un policía? Sé lo que estoy haciendo, ¡confía en mí!

—¡Confío en ti! Pero has desatado el apocalipsis en tu propia casa. Mira a tu alrededor, todo está desmoronándose.

—¿Te crees que no me doy cuenta? Soy la responsable de destruir a mi familia. Soy una maldita egoísta que quiere saber qué me ocurrió durante una matanza en la que murió mi abuelo. Sí, soy la peste, Ben. Pero ¿qué quieres que haga? ¿Enterrar yo también las mentiras?, ¿olvidarlo todo y hacer como si nada hubiese ocurrido? Tú me conoces, yo no soy así.

—No estoy pidiéndote eso. Solo quiero que tengas cuidado, y no creo que Sam sea un buen guardaespaldas.

—Hablan tus celos.

—Habla mi cordura —afirmó con cierto despecho. Emma era un muro infranqueable, y eso era una situación nueva para él. Había consumido toda su energía en arremeter contra esa pared, en hacer caer sus defensas, y nada funcionaba. Debía abandonar su ataque. De pronto, la oyó murmurar una frase que le devolvió la esperanza, a pesar de no haberla comprendido bien—. ¿Qué has dicho?

—Sam... es un ángel.

Ben la torpedeó con la mirada durante unos segundos eternos, sin entender bien el alcance de sus palabras. «Habla en sentido metafórico», se convenció. No obstante, su rostro imperturbable le contaba algo diferente.

—¿Un ángel? —Ni tan siquiera él mismo se creyó capaz de formular esa pregunta—. ¿Quieres decir con enormes alas blancas?

—Ahora está en su forma humana.

Arqueó tanto las cejas que desaparecieron bajo su flequillo.

—¡Oh, Dios mío! ¡¿Estás hablando en serio?! —Su corazón comenzó a latir a un ritmo inusual. Desmesurado. Irracional—. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Él?

—Sí —afirmó con timidez—. Aunque, en realidad, primero apareció en casa como un fantasma. Al principio no podía verlo, pero sí escucharlo.

Él se frotó la frente con las manos, como si así pudiera borrar los últimos dos minutos. Después se mordió el labio, queriendo filtrar las palabras antes de que explotasen de su boca:

—¿Estás oyéndote? ¡Estás hablando de espíritus y ángeles!

—Sé lo que estoy diciendo. No me tomes por una loca.

—No creo que estés loca, pero ese chalado te ha comido el cerebro. Te ha metido ideas absurdas en la cabeza. —Lanzó un suspiro corto y se acuclilló frente a ella—. Sam no es ningún ángel, aunque sí es un tremendo manipulador. Te ha cogido en un momento de debilidad y te ha hecho creer que es un salvador.

—No estás escuchándome —le recriminó tajante—. Te he dicho que cuando se presentó en casa, no podía verlo, era invisible para mí.

Y sin embargo podía hablar con él.

—Nena, pudo haber utilizado algún programa de ordenador para simular su voz y engañarte. Créeme, he visto muchas estafas organizadas para desplumar a personas ingenuas.

Ella se levantó de un salto y quiso alejarse de él.

—¿Ahora soy una ingenua? Sabía que no estabas preparado para esto.

Ben la detuvo antes de que pudiera dar un paso más.

—No, no. He escogido mal las palabras. Solo deberías habérmelo contado antes. —La sujetó por los hombros y luego le acarició las mejillas, preocupado—. Emma, ese tipo puede ser muy peligroso. Quiero que te alejes de él.

—No lo entiendes, Ben. Nana también lo sabía. Sam me dijo que iba a morir pronto, y así fue.

—Porque era una anciana, claro que le quedaba poco tiempo. Los estafadores usan esos métodos para engatusar a la víctima.

Ella le apartó las manos de su rostro.

—¿Y qué quiere de mí? Yo no tengo dinero ni...

—Puede que no se trate de dinero, sino de conseguir adeptos. Cree que es un visionario, cuando en realidad es un demente. Emma, por favor, prométeme que si vuelve, no vas a dejar que entre en casa. Ese hombre es una amenaza para ti. No dejes que se te acerque. Tienes que prometérmelo.

Emma no dijo nada, tan solo contempló sus ojos castaños con pesar. La profunda grieta que se había abierto entre ambos era insuperable. Él jamás lograría comprenderla. Se habían convertido en dos desconocidos iluminados por la escasa luz de un atardecer opaco, en un banco cualquiera de un jardín intrascendente. Las nubes continuaban golpeando un cielo ya de por sí debilitado, y bajo ese incierto ocaso cruzaron sus miradas castigadas por la evidencia. No se reconocían. Aquel fogoso destello que una vez brotó de sus corazones se extinguía lentamente con un desconsuelo incapaz de sanar las heridas. Se fundieron en un largo abrazo, deseando apaciguar el calvario de una separación anunciada.

Sus pasos se habían hecho más torpes con el transcurrir de los años. Anhelaba la agilidad de su juventud y la destreza de sus movimientos. Había rehusado usar el bastón, pues no quería facilitar el trabajo de sus piernas. Sin embargo, debía admitir que su andar era más pausado y que con frecuencia debía observar los desniveles del suelo, ya que temía perder el equilibrio y caer. El sagaz sacerdote le ofreció el brazo. Al principio, su orgullo herido lo nubló y pensó en rechazarlo, pero el insufrible cansancio no le daba tregua y aceptó con agrado.

El sol de mediodía azotaba sin descanso. La primavera estaba siendo más sofocante de lo habitual y lo obligaba a detenerse cada

cierto tiempo. Benjamín cubría con una boina su abundante cabello plateado, ya que quería evitar una insolación. Su piel blanca y arrugada se resentía por los latigazos incesantes de la esfera amarilla, sobre todo, su vista.

—Por supuesto que en ningún momento creí en la historia de Emma —dijo, adivinando los pensamientos del cura—. ¿Sam un ángel? Para mí, era un lobo disfrazado de cordero, un astuto depredador. En aquel banco, pensé que había perdido a Emma por completo. Y en cierto modo me sentía responsable de todo aquello. Si no hubiera cometido aquel fatídico desliz, ella no le habría abierto la puerta a ese extraño. Cogí el avión a Madrid, machacándome continuamente por mi estupidez. ¿Cómo dejé que aquello pasara? ¿Por qué no fui más valiente y me enfrenté a ese farsante desde un principio? ¿Un ángel? ¡Pamplinas! ¿Cómo demonios Emma no había desconfiado de él? Ya puede hacerse una idea de cómo fue mi viaje de vuelta.

—¿No habló con Sam antes de su marcha?

—Tampoco volvió a casa esa noche. Y le juro que deseé que no regresara nunca, por el bien de todos. La familia estaba sumida en el caos más oscuro, y Emma no estaba en condiciones de discernir entre la lógica y las emociones.

Decidieron entrar en la recepción. Diego también comenzaba a padecer los primeros síntomas de agotamiento por el calor extremo.

—Pronto anunciarán la hora del almuerzo —le aseguró el viejo, deseoso de hacer una pausa.

—¿Hay alguna cafetería por aquí cerca? ¿Algún sitio donde pueda comer?

—Hay una al fondo a la derecha para familiares y amigos que vienen de visita. No es muy grande, aunque sí acogedora —le indicó él, con una sonrisa benévola.

El sacerdote arrugó la nariz, impaciente por que le anticipara algo más de la historia antes de ir a comer.

—¿Por qué volvió a la isla? Supongo que su historia no termina aquí.

El anciano soltó una risita socarrona. No era necesario ser un hábil detective para imaginar que en algún momento tuvo que regresar. Al fin y al cabo, había decidido envejecer allí, bajo la grandiosa mirada del Teide.

—No sería un gran final para usted, ¿verdad? —El cura dio un respingo y se rascó la nuca, avergonzado—. Usted desea que Sam sea real. Lo necesita. No está aquí solo para conocer al asesino de su iglesia. Está aquí por su milagro. No quiere que sea una farsa. Dígame, ¿por qué entró en el seminario?

—Ya le dije que sentí la llamada.

—¡Bobadas! ¿Cuándo va a ser usted sincero conmigo? Soy un viejo lobo, por lo que pocos consiguen engañarme a estas alturas.

Diego dejó escapar un suspiro amarrado por el silencio. No había ido allí para hablar de su pasado. Sus heridas ya habían sellado y no quería volver abrirlas. Benjamín Torres era un viejo perspicaz, pues desde el principio había desconfiado de su investigación, y él había esquivado sus miradas inquisitivas cada vez que debía hablar de su iglesia. No, no quería aplacar los temores de su comunidad. No, no creía en las habladurías que contaban sobre fantasmas vengativos que vagaban por el altar. No se trataba de nada de eso. Sin embargo, le avergonzaba admitir que se trataba de algo más personal. Bajó la cabeza, consabido de que había llegado la hora de su confesión.

—Mi padre era un borracho que pegaba a mi madre hasta dejarla sin sentido. Cuando mi hermano mayor se fue a trabajar a Londres, yo quise irme con él, pero no me dejó. Me dijo que era pequeño y todavía menor de edad. —Diego hacía esfuerzos para no dejarse engullir por sus emociones—. ¿Cree en el Infierno, señor Torres? Yo he estado allí, sufriendo en silencio cada golpe, cada nueva paliza que inventaba con un cinto, con el mango de un cuchillo o simplemente con sus sucias manos. Mi madre nunca quiso huir, y yo vi mi libertad el día que fui a una iglesia a rezar, a pedirle a Dios que fulminara con un rayo a mi padre. Entré en el seminario para escapar de él, y no me arrepiento, pues allí me acogieron con el calor que nunca había recibido. Disfruté de una educación decente, aunque tengo que admitir que siempre fui más estudioso que devoto. Busqué a Dios en las palabras, en un pasado lejano donde los milagros abundaban, intentando comprender por qué no había atendido mis plegarias. Me enfrentaba a mis compañeros con batallas dialécticas para que me demostraran en qué basaban su fe. Quería pruebas inmediatas... Fui un adolescente caprichoso y con una creciente envidia hacia los demás seminaristas. Ellos poseían algo que yo ansiaba. Ahora pienso que debí ser más agradecido. Ellos me tendieron la mano cuando más lo necesité, me convirtieron en el hombre que soy...

—Pero sigue buscando su prueba de fe.

El sacerdote asintió con una leve inclinación de su barbilla.

—Durante años, olvidé mi cruzada. Había aprendido a perdonar no solo a mis padres, sino a mí mismo. Me dediqué a mis fieles y a mi parroquia... Y fue entonces cuando me trasladaron a la iglesia de Tejina, y ahí encontré el diario del padre Manuel. De alguna manera, quise creer que Dios me enviaba una señal.

—¿Cree que esta historia puede salvarlo? ¿Y si descubre que no es así?

—Estoy depositando toda mi confianza en usted. Dios me ha conducido hasta aquí, con el anhelo de alimentar mi fe. Después de

tantos años, mi búsqueda cobra sentido. Y sí, aunque no me lo creo del todo, estoy deseando que Sam sea real. No obstante, solo quiero que me cuente la verdad.

El anciano sonrió agradecido por la sinceridad del sacerdote.

—Debería comer algo. Nos encontraremos aquí después.

Transcurridas un par de horas, Benjamín Torres comenzó a impacientarse. Llevaba una hora sentado en el incómodo sofá de la recepción, intentando distraerse con la lectura del periódico pese a que esta le resultaba complicada, y no solo por los numerosos enlaces que existían para hacer brincar las imágenes en 3D, sino porque era consciente de que el joven sacerdote había quedado afectado tras su última conversación. Lo había forzado a hablar de su vocación, a confesar que nunca se consideró un hombre de fe arraigada, y aun así estaba orgulloso de lucir su sotana. El anciano había comprendido con el paso de los años que las motivaciones humanas eran una compleja malla tejida con el miedo, la ira y el sentimiento más peligroso de todos: el amor. Te envuelve, te ciega, te da el coraje para subir una montaña, pero también te empuja ladera abajo sin compasión. Un corazón sano te acerca a la felicidad, sin embargo, uno herido puede transformarte en un ser patético o en un temible monstruo. Escapar de esa vorágine repleta de oscuridad puede ser un suicidio, aunque solo el que lucha consigue la salvación. El que prefiere quedarse engullido por sus propios demonios termina muerto en vida, sin aspiraciones, sin sueños, nulo en su propia existencia. Por eso admiraba a Diego. Había tomado una decisión discutible en su vida, empujado por el pavor a un padre horrendo. Había abrazado su nueva condición con respeto, pero su batalla interior continuaba. Era un hombre valiente que desafiaba sus propios dogmas, y Ben apreciaba a aquellos que no aceptaban su destino sin más, sino que guerreaban contra viento y marea en busca de su verdad. Como Emma.

Miró el reloj; eran ya casi las cuatro. El anciano se levantó y tomó el estrecho pasillo de la derecha. Apesadumbrado, se resignó a la decisión del sacerdote y que hubiese determinado no regresar, ya que, aunque le costase admitirlo, se había encariñado de sus visitas.

Se tropezó con Isabel, una diminuta octogenaria con la que intercambió unas palabras cordiales. Ella siempre aprovechaba ese momento para agarrarlo de la mano y hacerle insinuaciones deshonestas. Ben se limitaba a sonreír y a rechazar con elegancia sus continuas invitaciones. Muchos compañeros habían encontrado una segunda o tercera oportunidad de rehacer sus vidas en la residencia. A él no le interesaba en absoluto, pues ya había disfrutado de su gran amor durante muchos años, y no iba a manchar su memoria por el simple hecho de gozar de la compañía femenina. Se aferraba a sus libros, a las visitas de sus hijos y nietos y a su gran historia. No todos

podían alardear de una vida llena de experiencias. Él la había tenido.

Por fin, entró en su habitación y agradeció poder descansar sus pesadas piernas. Se recostó y entornó los párpados, esperando encontrar la serenidad en la monotonía de sus días.

Casi se había adormentado cuando escuchó unos leves toques en la puerta.

—Espero no interrumpirle. —Diego asomó la cabeza con cautela —. Siento el retraso. Tenía un asunto urgente que atender. Un funeral que organizar.

—Pues estaba soñando que corría como una gacela, y eso solo puedo disfrutarlo cerrando los ojos. —Quiso incorporarse, no sin cierta fatiga—. Pase, hombre, no se quede ahí mirando como una marmota. —El sacerdote avanzó con indecisión mientras el anciano le indicaba que tomara asiento—. Pensé que ya no vendría, pero me alegro de que haya decidido volver.

—Tengo que confesar que pensé en abandonar nuestras charlas. He estado dando un largo paseo. Debía descubrir mis verdaderas motivaciones para estar aquí. Y sí, el primer día que pisé esta residencia tenía un objetivo claro: quería averiguar si hubo una aparición mariana en la iglesia. Tenía usted razón: no me interesaba demasiado la historia de los crímenes. —Se sentó en la silla de madera dispuesta para las visitas y se frotó las manos con nerviosismo—. Pero ahora todo es diferente. Después de darle muchas vueltas, me he dado cuenta de que me he encariñado con su Emma. Y si he regresado, es porque quiero conocer qué le ocurrió. Me mueve más mi interés humano, y no puedo marcharme sin descubrir ese final.

—Yo también tengo que sincerarme con usted —le confesó mientras se aclaraba la voz—. Nunca le he contado esta historia a nadie. Ha permanecido encerrada en mis recuerdos mucho tiempo, y por eso me mostré tan reacio de dejarla volar al principio. Ahora sé que no morirá conmigo y que usted puede ser un buen heredero de mis vivencias.

Diego se sintió agradecido, sin embargo, no quiso mostrar su alegría delante del anciano. Agachó la cabeza y asintió una docena de veces con una sonrisa que rozaba la felicidad. De reojo, Ben advirtió su satisfacción, y suspiró aliviado sabiendo que el joven cura continuaría con sus visitas.

—Bueno, ¿dónde lo habíamos dejado? —El anciano rompió el radiante atisbo de incomodidad que pululaba por la atmósfera como una bella mariposa buscando la flor en la que posarse—. Ah, sí, mi vuelta a Madrid... Al llegar, encontré una ciudad vacía. A pesar de las innumerables personas que circulaban por sus calles, se me antojó carente de vida. Había regresado al frío, y para mí no pasó desapercibido. Caminaba sonámbulo, pensando en lo que había dejado

atrás. Le entregué los documentos de Alberto a un amigo contable y me dediqué de lleno al bufete. No obstante, en las reuniones me desesperaba, y con los clientes me distraía continuamente. Estuve tentado muchas veces de descolgar el teléfono y llamar a Emma. Tenía la necesidad imperiosa de saber cómo se encontraba, si continuaba con la investigación, si había recordado algo más...

—Pero no lo hizo.

—No. En cierto modo, me avergonzaba de mi comportamiento, y ella ni siquiera me escribía ni parecía hacer esfuerzo alguno por contactar conmigo. Así que decidí concentrarme en mi carrera profesional, en obtener los frutos que tanto merecía. No voy a negar que fue difícil, ya que la nube turbia de lo que había sucedido en Tenerife sobrevolaba mi cabeza constantemente. Y cada vez me costaba más alejarla. —Negó con la cabeza, reprochándose a sí mismo su falta de visión en aquella época—. Dicen que el tiempo todo lo cura. No es verdad. La cicatriz se queda grabada con fuego en tu cuerpo. Y escuece. Quema mucho. Los años mitigan el dolor, pero no el recuerdo desolador de aquella pesadilla. Quise aceptar la ruptura con inteligencia, pero la razón no entiende de sentimientos, y mi corazón anhelaba luchar.

—¿Qué hizo entonces? —Diego ansiaba conocer sin dilación el motivo que lo hizo regresar a la isla.

—Me llamó mi amigo, el contable. Me comentó sus sospechas y que creía que estaba cometiéndose un desfalco en la empresa, aunque no uno cualquiera. —Frunció el ceño y se masajeó la frente con los dedos—. Fue la excusa perfecta. No era algo que pudiera explicar por teléfono. Volví a hablar con mi jefe y le narré todo lo que estaba sucediendo. Exageré un poco. Le conté que estaba inmerso en una investigación por asesinato y que mi novia era la testigo clave. Además, estaba el hecho del desvío de fondos del taller de su padre hacia una cuenta desconocida y que yo era su representante legal. Iba a interponer una denuncia en Tenerife. No sé si me creyó, pero tenía un billete de ida que no iba a dejar escapar. Aceptó sin muchos remilgos y no dije nada más. —Mantuvo su mirada perdida unos segundos, los cuales se le antojaron eternos a Diego—. Sin embargo, yo no estaba preparado para lo que iba a encontrar allí. Todo había cambiado, y me afané en volver a poner las cosas en su sitio. Una tarea imposible.

—¿A qué se refiere?

—Lo que sucedió en mi ausencia aún me cuesta creerlo porque duele mucho, a pesar de los años transcurridos. Hay episodios que voy a relatarle en los que, como comprenderá, yo no estuve presente. Sin embargo, supe de ellos más tarde por sus propios protagonistas. —Hizo una pausa mientras apretaba los labios con pesar, como si no

quisiera recordar—. Perdone si en algún momento me tiembla la voz o necesito tomarme un descanso. Esto no es fácil para mí.

Capítulo 13

Un milagro llamado Sam

Emma contestó a la llamada con tono sorpresivo, pues Carla no tenía costumbre de contactar con ella. Su relación se limitaba a unos cuantos mensajes al mes tan solo para verificar que todo seguía bien, y no había sucedido nada digno de mención después de la muerte de Nana o que las empujara a descolgar el teléfono. Así que Emma no rechistó cuando ella le pidió que recogiera a sus sobrinas del colegio y las llevara a casa. Aunque el transporte escolar las dejaba a pocos metros de su vivienda, las niñas no se encontrarían con nadie en ella, ya que Carla estaba en el hospital.

Había resbalado con uno de los juguetes de la pequeña Yaiza y se había caído. Le contó que el golpe había sido muy fuerte, que había estrellado la cara contra el suelo, y que pensaba que se había fracturado el brazo izquierdo. Emma conocía de sobra cada infortunio que había sufrido su hermana durante toda su vida. Ya en la adolescencia, destacó por caer en zanjas no señaladas, en charcos de aceite provocados por coches viejos o por estamparse contra farolas, que ella aseguraba que surgían de la nada. Carla siempre tenía el cuerpo adornado con tiritas varias o con moratones que reflejaban la intensidad de sus tropiezos.

Emma recorrió con sus tres sobrinas el camino a pie desde el colegio de San Bartolomé, al que asistían, hasta la casa situada en el Pico Bermejo. Las pequeñas disfrutaban de la compañía de su tía con un júbilo desmesurado y le narraban todo lo acontecido ese día en las clases. Al llegar a la iglesia del Pico, erigida en honor a San Isidro, dobló a la izquierda, y desde allí divisó la edificación donde vivía su hermana. Estaba situada en una zona tranquila, en la periferia del pueblo. Y aunque tenía dos pisos, no era muy grande, pues la planta inferior estaba reservada para el garaje y la de atrás hacía las veces de trastero o de patio improvisado para festejos. Poseía un coqueto balcón con una balaustrada blanca que recorría con elegancia la segunda planta de lado a lado.

Al entrar, no le sorprendió encontrar la sala inmaculada. Carla era ordenada y extremadamente pulcra. No había ningún adorno que desentonara con la estética del hogar. Ni tan siquiera una pared manchada con los crayones de las niñas. Arqueó las cejas, imaginando las estrictas normas que imperaban en la casa, y después se dirigió a la

cocina para prepararles la merienda a las pequeñas y hacerse una buena taza de café para ella. El insomnio estaba destrozándola, y pese a aunar esfuerzos para llegar al final del día, siempre terminaba repantingada en el sofá del salón buscando una película decente con la que entretenerse. Le parecía estar inmersa en un bucle que no llegaba a romperse jamás: los ojos abiertos examinando el techo, las vueltas en la cama para encontrar la posición adecuada y ese maldito dolor de cabeza que era como el pico de un cuervo agujereando su cerebro.

—¡Tía Emma! ¡Hay cristales en el suelo! —exclamó la mayor de las niñas, Nayra.

Con los brazos en jarra, Emma arrugó la nariz y se agachó para recoger uno de los fragmentos. Lo examinó con detalle hasta determinar que debía tratarse de un pequeño trozo perteneciente a un vaso.

—Muy bien. No hay de qué preocuparse. Dácil, tráeme la escoba. Esto lo limpiamos en un pispás.

A Emma no le pasó desapercibida la cara de terror que mostraba Nayra, quien todavía observaba los pedazos de cristal como si fueran la escena de un crimen. A pesar de su corta edad, la niña de cabellos azabaches y los ojos hundidos como los de su padre se había convertido en una mujercita responsable y demasiado juiciosa. Tenía solo diez años y una extensa vida por delante, sin embargo, parecía que ya se encontraba a medio camino de su recorrido, pues muchas veces se encargaba de sus dos hermanas pequeñas como si fuese parte de su cometido.

—Bien, ahora vamos a ver dibujos animados y después nos zampamos los bocadillos que he preparado —les dijo mientras introducía los cristales rotos en la basura—. Dácil, ¿puedes ir encendiendo la televisión?

La niña asintió con una sonrisa de oreja a oreja y corrió hasta el salón, seguida por Yaiza, quien ya discutía sobre la hegemonía del mando del televisor. Entretanto, ella le pidió ayuda a Nayra para rellenar los vasos de zumo de melocotón. Cabizbaja, la niña abrió la nevera y extrajo el tetrabrik.

—Tu madre está bien. No es la primera vez que sufre un percance similar —la consoló a la vez que le acariciaba la melena larga y lacia —. ¿No te ha contado las mil historias que tenemos Adrián y yo sobre sus innumerables tropiezos? Siempre ha sido una patosa. —Nayra comenzó a verter el zumo en los vasos de colores, sin atender a las palabras de su tía—. ¿Qué te ocurre, mi niña? —insistió Emma—. Si hay algo que quieras contarme, sabes que puedes hacerlo.

Una cascada de lágrimas descendió sin previo aviso por las mejillas pálidas de la niña. Comenzó a gimotear y a estremecerse, hasta que su angustia se convirtió en llanto. Emma le arrebató el

tetrabrik de sus manos temblorosas y la abrazó con fuerza. Después consiguió sentarla en una de las sillas de la cocina mientras le entregaba uno de los vasos de zumo que ella misma había preparado.

—Ya está. Tranquila. Sea lo que sea, todo tiene solución.

La pequeña le dio varios sorbos y colocó el vaso sobre la mesa.

—Tata, es que no sé lo que le pasa a mi padre.

—¿Por qué lo dices? —Con el rostro arrugado, Emma acercó una silla y cogió las manos de la pequeña.

—Se pasa todo el día gritando, y la otra noche me despertó. Estaba discutiendo con mamá en la sala, pero ellos no me vieron. —La niña enjugó su llanto y cogió aliento para proseguir—: Estaba muy enfadado y chillaba mucho.

—¿Sabes de lo que estaban hablando?

Ella dudó unos segundos.

—Creo que de las clases de mamá, y después hablaron de la visita de un hombre.

—¿Qué hombre? —le preguntó con una creciente curiosidad.

—No sé muy bien. Alguien que había venido a casa y a mamá no le había gustado. Le dijo que no quería verlo nunca más. Y entonces... papá la empujó. Ella se dio contra la pared y se hizo daño.

Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos como perlas saladas en busca de su boca para acecinar su amargura.

—Vale, está bien. Esos cristales que hemos recogido no significa que tus padres hayan discutido de nuevo, ¿de acuerdo? —Nayra asintió sin mucho convencimiento. Ni siquiera ella misma se tragaba sus palabras, puesto que una duda demasiado sombría para ignorarla volvía a nublarle la vista—. Ahora, lávate la cara para no preocupar a tus hermanas y vamos con ellas al sillón. Ya verás que, en nada, tus padres estarán de vuelta.

Sin embargo, para Emma, las agujas del reloj se habían derretido, dejando una huella considerable en el tiempo. Los minutos ya no eran los mismos en esa casa. Se le atragantaban cada vez que comprobaba la hora y no tenía noticias de Carla. Disimulaba con risas forzadas su angustia cuando veía que el pato Donald volvía a caer en su propia trampa y las niñas estallaban en carcajadas. Ni siquiera los dibujos animados lograban ser una distracción, pues una honda preocupación estaba devorándole las entrañas.

En cuanto escuchó el manojo de llaves en la puerta, dio un respingo y desvió su mirada intranquila hacia ella. Atardecía, y la escasa luz del invierno golpeaba las ventanas, permitiendo que esta penetrara endeble, ya cansada en las estancias principales. Emma desconocía las horas que había permanecido su hermana en urgencias, pues ahora estaba convencida de que no la avisó de inmediato, sino solo cuando fue consciente de que no llegaría a tiempo para estar en

casa cuando sus hijas regresaran del colegio.

Carla entró con una sonrisa radiante, casi tan transparente que, si no llega a ser por el relato de Nayra, ni siquiera ella habría sospechado que algo oscuro estaba ocurriendo en ese matrimonio, además de sus desavenencias habituales. Por todos era sabido que la última palabra en cualquier decisión era la de su marido y que la de ella no contaba en cuestiones importantes, aunque se tratase de su propio futuro.

Las niñas corrieron hacia ella y la abrazaron, evitando tocar el nuevo yeso que adornaba el brazo de su madre. Carla las recibió con el cariño que merecían y no pudo evitar no emocionarse ante tanta efusividad.

Entretanto, Emma escudriñó en la mirada velada de su cuñado. Deseaba que este le contase la verdad de lo sucedido, que despejase sus amargas dudas. Sin embargo, Rayco, tan cristalino en muchos de sus pensamientos, ocultaba como un ladrón de guante blanco sus intenciones finales. Así había embaucado al principio a Candelaria, aunque esta pronto se percató de que su futuro yerno era pura fachada y que no tenía tan amueblada la cabeza como pretendía aparentar.

—He recogido los cristales de la sala. Los he puesto en una bolsa aparte para que no te cortes si sacas la basura —la informó mientras se acercaba a ella y le examinaba el yeso con atención.

—¡Ah, sí! Estaba bebiéndome un vaso de agua cuando tropecé y no me dio tiempo de recogerlo.

—Pero el juguete sí lo pusiste en su sitio. No lo he visto por ninguna parte. —Emma lanzó la caña de pescar con cierta inocencia y aguardó ansiosa a que su hermana recogiera el cebo, pero Carla la miró de forma interrogante, como si desconociera la motivación real de su afirmación.

—Puede que lo haya hecho sin darme cuenta. La verdad es que no lo recuerdo. Fue un momento de mucho alboroto.

—Gracias por cuidar de las niñas —las interrumpió Rayco—. Ya puedes irte. Carla está muy cansada y las niñas tienen todavía que darse una ducha antes de cenar.

Emma se fue de la casa con el rostro desencajado, pues tenía la certeza de que estaba sucediendo mucho más de lo que Carla se atrevía a contarle. Y aunque ella misma se repitió varias veces que aquello no podía ser verdad, las palabras de su sobrina retumbaban en su cabeza como una campana malherida. Jamás pensó que su hermana fuera de la clase de mujer que ocultaría los malos tratos de su marido, sin embargo, había visto con sus propios ojos el sospechoso cardenal que se abultaba en su mejilla, y ahora la duda encogía de nuevo su estómago. ¿Y si Carla escondía los moratones de su piel con la excusa de que siempre había sido una persona torpe? Ya en la comida

familiar, Adrián se había percatado de los hematomas en sus costillas. ¿Desde cuándo estaba sucediendo aquello? ¿Meses? ¿Años? ¿Y cómo nadie se había dado cuenta?

Telefoneó a su hermano en un arrebato por compartir su temor. Quizá Adrián, quien la veía más a menudo, tendría más datos que podrían verificar que efectivamente a Rayco se le iba la mano. Cuando escuchó la voz de su hermano tras el auricular, titubeó unos segundos y se mordió el labio inferior, esperando una señal que le indicase si debía guardar silencio sobre ese asunto. No quería alarmar más a la familia, pues las aguas estaban revueltas y apenas habían transcurrido unos días desde que habían enterrado a Nana. Quizá estuviera exagerando. Puede que se tratase simplemente de un nuevo accidente protagonizado por su hermana. Nada más. Debía admitir que hacía noches que no dormía bien, ya que estaba afectada por todo lo que acontecía a su alrededor. Tal vez su madre tenía razón y estaba buscándole los tres pies al gato. No obstante, había sido la propia Candelaria la que había mostrado su preocupación por su hermana en cuanto pisó la isla y la que había insistido en que hablase con Carla.

—Emma, ¿sigues ahí?

Volvió a la realidad y pegó los labios al teléfono por miedo a que alguien pudiera escucharla.

—¿Estás en casa? Me gustaría hablar contigo —susurró a media lengua.

—No, hoy tengo un recital. ¿Pasa algo? —le preguntó sin ningún interés.

Cogió aliento para aliviar el ligero tremor de sus manos.

—¿Cómo has visto a Carla últimamente?

Imaginó el rostro de estupefacción de su hermano.

—¿A Carla? ¿Por qué me preguntas por ella? —Soltó un molesto bufido, seguido de unos cuantos improperios que a Emma le contrajeron las entrañas—. ¿Sigues con tu investigación? ¿Cuándo vas a parar? ¿No te das cuenta de que toda esa mierda está afectándonos? Mamá ni siquiera se tiene en pie...

—No se trata de nada de eso —lo interrumpió, y de nuevo volvió a dudar—. Acaba de llegar del hospital con un brazo roto y la cara hecha un mapa.

—¡Dios! ¿Qué le ha ocurrido ahora?

—Dice que tropezó con un juguete y cayó como un maniquí al suelo.

—¿Está bien? —le preguntó con voz preocupada.

Ella inspiró un oxígeno que se le antojó demasiado viciado.

—Adrián, yo no creo que haya sido un accidente.

—¿De qué estás hablando?

—Había cristales en el suelo, y al llegar estaba de lo más rara, me

esquivaba la mirada, y Rayco estaba impaciente por que me largara de allí. —Durante unos segundos, se produjo un silencio que arañó el tiempo hasta resquebrajarlo—. Adrián, ¿me escuchas? Creo que Rayco está pegándole.

—¡Por Dios, Emma! Rayco es un energúmeno, pero no creo que haya traspasado ese límite. Tú sabes cómo es Carla: es gafe de nacimiento. ¿No te acuerdas de cuando se cayó dentro de un agujero y tuvimos que sacarla entre los dos? No se rompió la cabeza de milagro. Es una acusación muy grave, hermanita. Y la verdad es que creo que estás llevando tus paranoias demasiado lejos. Desde que has regresado a Tenerife, estás irreconocible. —Hizo una pausa para aprovechar y soltar varios bufidos seguidos—. Pero ¿qué demonios te pasa? Si Carla se entera de esto, no volverá a hablarte en la vida. Y, por favor, no le comentes nada de esto ni a papá ni a mamá. ¿No crees que Carla habría pedido ayuda si la necesitase?

Emma apretó los labios y trató de contener un quejido que le escocía el alma.

—No lo sé. Yo creo que ya no conozco a nadie de esta familia.

—Bueno, no seas tan dramática, ya hablamos mejor en persona. Pero, hasta el momento, no estés hurgando y deseando encontrar más mierda que nos salpique. Creo que después de lo de Nana, todos nos merecemos un descanso, incluida tú, Emma.

Ella colgó la llamada con una incipiente desazón. No esperaba encontrar apoyo en su hermano, no después de lo que había ocurrido las últimas semanas, pero tampoco habría imaginado que la atacara como si ella fuese la almohadilla donde reposaban los alfileres de costura de su madre, recordándole de nuevo que estaba destrozando a la familia. Adrián había acusado a Candelaria de hipócrita infinidad de veces por no comprender su estilo de vida errático, al mismo tiempo que lo animaba a cumplir su sueño, cualquiera que fuese, pero siempre alejado de la música. Había criticado la vida de reclusión de su hermana como si fuera una monja abnegada dedicada a su convento. Nunca había tenido pelos en la lengua, y por eso no comprendía su postura. Él siempre había sido el rebelde, y sin embargo era ella la injusta ahora.

Emma no quiso regresar a casa. Necesitaba recuperar la calma, el control de su vida, pues tenía la cruel sensación de que esta se le escapaba de las manos. Así que se dirigió a Bajamar y se sentó en uno de los bancos que acompañaban el paseo de las piscinas naturales. Desde allí observó cómo algunos extranjeros se atrevían a darse un chapuzón cuando el invierno todavía no había dado sus últimos coletazos, y sintió escalofríos. Aunque el sol quisiera despuntar antes de despedirse por completo y días atrás la calima hubiese sobresaltado a todos los isleños, el agua del océano Atlántico seguía estando

congelada.

Se perdió contemplando el salto de las olas, las cuales rompían con fuerza en las piscinas y empujaban a los bañistas hacia el lado opuesto del mar. Sonrió con una pizca de nostalgia, pues habían sido innumerables las veces que ella misma terminaba en el fondo arrollada por el gigante marino mientras Adrián se sumergía con celeridad para rescatarla de su prisión de agua. Después le reprochaba que fuera una temeraria y que hubiera dejado los manguitos junto a la toalla.

Añoraba esos años dorados de sol y playa, de arena y salitre que te impregnaban la piel hasta dejarla arrugada cuando, después de horas inmersa en sus venturosos dominios, decidías que ya era la hora de secarte los cabellos empapados y tumbarte bajo el astro amarillo deseando entrar en calor. Emma se transportó a esos días de calma y sosiego de una infancia tranquila en los que jugar a explorar los barrancos sin que una rata asomara la cabeza para amenazarte con su mirada roja era su única preocupación. Candelaria ignoraba que sus tres hijos acompañados por algunos niños del barrio se internaban en ellos para vivir su propia aventura, alimentada por algún fantasma que merodeaba por la zona, o en busca de tesoros que no eran más que objetos antiguos que las mismas personas habían arrojado a su interior esperando que el tiempo las sepultase.

Emma se recostó en el respaldar, entrecerró los párpados y echó la cabeza hacia atrás, permitiendo que los tímidos rayos de sol le rememorasen esos veranos de algarabía y júbilo. Sin embargo, su éxtasis apenas duró unos minutos, ya que fue encandilada por una luz más intensa. Indomable. Osada. Abrió los ojos y descubrió a Sam aproximándose a ella, con paso sereno y meditado. Él esperó a que Emma lo invitase a sentarse, y esta, después de enderezarse, le indicó con unas sonoras palmaditas sobre la madera que la acompañase.

—Pensaba que no ibas a volver —le dijo con una sorprendente dulzura que alivió de pronto su sinsabor.

—No he terminado mi misión. Aunque ya sabes que he debido ausentarme para cumplir mi promesa. Pero lo que para mí han sido unas horas, para ti han sido unos días.

—¿Está bien? —le preguntó con una profunda expectación, ya que Nana se merecía descansar entre nubes de algodón.

—Sí, está con los suyos. Y es feliz.

Ella bajó la barbilla para ocultar la pesadumbre que le provocaba todavía su marcha.

—Imagino que aquí nunca llegó a ser feliz del todo.

—No existe la felicidad absoluta aquí en la Tierra, solo momentos de dicha, ¿recuerdas?

Asintió sin atreverse a mirarlo a la cara.

—Sí. Y espero que la suma de esos momentos no incline la balanza hacia la desdicha.

El ángel arrugó la frente, contrariado.

—No comprendo si estás preguntándome mi opinión o esa frase es solo un anhelo.

—Es igual. —Rio. Después elevó la mirada y nadó en sus ojos marinos, enigmáticos y profundos—. ¿Sabes que fue aquí donde me encontró la policía echa un asco?

Él contempló el paisaje prometedor que se abría ante sí: olas que luchaban enérgicas contra las piedras amontonadas por un puñado de hombres para formar un dique, el cual impedía que arremetieran contra la pequeña playa de arena; a su derecha, unas piscinas naturales orgullosas de ser alimentadas por el mar que las bañaba, y finalmente, frente a ellos, un paseo agradable que discurría por ambas estampas, mostrándole la propia contradicción del ser humano.

—Es un lugar peculiar —afirmó a la vez que reflexionaba sobre por qué el hombre se empeñaba en dominar a la naturaleza.

—¿Cómo llegué aquí, Sam? Es algo que no logro sacarme de la cabeza.

—Puede que la experiencia fuera tan traumática que no quisieras recordar, o que sencillamente no sucediera nada memorable.

Emma jugó a entrelazar sus dedos, como era costumbre en ella cada vez que debía meditar sobre una cuestión o tomar una decisión importante.

—No paras de decirme que estás aquí para ayudarme —comentó, con ojos anhelantes—. Entonces, ¿por qué no indagas en mi mente o subes allí arriba, dondequiera que esté tu hogar, y averiguas lo que ocurrió? Así se despejarían todas mis dudas y podría proseguir con mi vida.

—Ya te he contado que, con este traje, mis capacidades están muy limitadas. Yo mismo estoy ahogándome en un vaso de emociones que no me dejan respirar a veces. —Hizo una pausa en la que clavó su mirada desconcertada en el cielo—. Y sí, podría regresar a casa y leer los renglones escritos de tu vida con hebras doradas. Iría al preciso instante en el que te encontrabas en esa iglesia, podría incluso desenmascarar a los culpables y hallar la razón por la cual apareciste en este banco. Pero, Emma, eso me llevaría muchas horas, horas que para ti podrían significar semanas enteras o incluso meses. —Le cogió una mano con un cariño que logró hacer vibrar sus alas escondidas—. ¿De verdad quieres que te abandone ahora?

—¡No! ¡No! —Hundió el rostro entre sus manos frías, castigadas por las mentiras que pululaban por la casa como viejas hadas perniciosas—. No quiero que te vayas, ahora que me he convertido en el enemigo público número uno de mi familia. Nana se ha marchado,

y es triste decirlo, pero solo te tengo a ti.

El ángel la miró con ojos agradecidos, pues él tampoco deseaba abandonarla. Quería permanecer a su lado y aliviar su desazón.

—Emma, yo también he estado pensando mucho en todo este asunto, y quizá no estoy aquí para recomponer tu corazón roto. Si te soy sincero, siempre me pareció una misión absurda, ya que hay serafines que se encargan de estos temas y tratan de sanar las heridas de muchos humanos. —Clavó su honda mirada en los ojos herbáceos de la muchacha y entrecerró los párpados unos segundos, en los cuales consideró las palabras que se le arremolinaban en su garganta y luchaban para ser pronunciadas—. Insististe en que yo debería aprender de vosotros, defendiste que el amor era el motor del mundo, a pesar de que te relaté todas las barbaries que se habían cometido en su nombre, quisiste hacerme comprender que hay bondad en alguno de vosotros...

—Fui una engreída al pretender darle lecciones a un ser que está por encima de todos nuestros tormentos —lo interrumpió, decepcionada de sí misma—. No debí desafiarte ni hacerte venir aquí para observar de cerca nuestras miserias, cuando ya puedes hacerlo desde las nubes o desde un punto concreto del firmamento.

—Te equivocas —admitió sonriendo—. He comprendido que la araña enreda a sus víctimas para sobrevivir. ¡Es grandioso! Teje y teje sin parar, hasta que construye un hogar, un lugar en el que se siente segura y libre al mismo tiempo. Ella no pretende torturar a los demás, solo protegerse a sí misma mientras aguarda con paciencia a su alimento.

Emma arrugó la nariz, consiguiendo que sus pecas se arremolinaran en ella.

—¿Estás comparando al ser humano con una araña? —le preguntó desconcertada—. ¿Es esa la conclusión a la que has llegado en tu visita?

Él rio avergonzado y a la vez dichoso.

—Tenías razón. En mis viajes anteriores, yo era un mero espectador que apenas interactuaba con vosotros, y si me veía obligado por las circunstancias, lo hacía de manera cordial, sin entrar en lo personal, sin leer el alma de las personas. Porque vuestra esencia es contradictoria y no siempre expresáis lo que sentís.

—Sí, no somos unos seres que brillen por su transparencia.

—Y cuando Nana me pidió que fuera yo quien la acompañara en ese momento tan especial para cualquier ser humano, una parte de mí quiso rechazar la invitación, pues no era mi cometido. Al fin y al cabo, voy donde se me requiere que vaya, y jamás me entrometo en asuntos que no son de mi incumbencia. Sin embargo, fui incapaz de decirle que no a tu abuela. Un sentimiento irreconocible en mi interior me

empujaba a ayudarla, a sentirme halagado por su petición. Y aunque en ese momento no llegué a comprender tal motivación, la acompañé en su tránsito y fui testigo de su felicidad. Y me inundó una dicha indescriptible, algo que no experimentaba desde hacía siglos. ¿Lo entiendes? —Emma negó muy despacio con la cabeza, pues, aunque hacía esfuerzos por seguir la verborrea del ángel, existían aspectos que se le escapaban de las manos—. ¡Fuiste tú, Emma! Lo entendí más tarde cuando me retiré a reflexionar. Acepté el encargo porque sabía que te haría feliz.

Ella dio un respingo y se sonrojó al comprobar que las líneas de su rostro se endulzaban aún más.

—Gracias por no dejarla sola —musitó, algo avergonzada por las sensaciones que comenzaban a florecer en sus entrañas.

—No estoy aquí para curar tu corazón herido; eso sabes hacerlo tú sin ayuda de nadie. Me he presentado ante ti porque has perdido por completo la fe en tus seres queridos. Tienes el alma fragmentada, pues eres de los pocos de tu especie que sigue creyendo que hay esperanza para la humanidad.

Emma suspiró ilusionada. De alguna manera, el discurso del ángel le había devuelto su optimismo, sus ganas de enfrentarse a los inconvenientes de la vida como si estuviera en una carrera de obstáculos. Ella también quería creer. Necesitaba creer. Y se repetía a sí misma lo tonta que había sido, pues tenía frente a sí a su milagro. A su verdadero milagro. Estaba recibiendo las atenciones de un ángel verdadero, de un ser ilustrado en muchos libros de religión y de mitología divina, retratado por innumerables artistas, ya fueran como guerreros, anunciadores o ansiados ángeles de la guarda.

Ella contaba con su propio ángel, quien no había dudado ni un segundo en acudir a socorrerla. Debería sentirse afortunada. Jubilosa. Y no podía negarse que lo estaba. Sam conseguía despertar en ella emociones que pensaba haber perdido después de muchos reveses en la vida. Él resucitaba el deseo renovado de cumplir sus sueños guardados en una gaveta de su escritorio de secretaria. Él estaba provocándole que las mariposas de su estómago, las cuales habían apagado su brillo en el instante en el que conoció la infidelidad de Ben, retomasen su vuelo. Y esto la desconcertaba aún más, pues Sam no dejaba de ser un ángel.

—¿Ese fue el único motivo por el que decidiste descolgar tu traje del perchero? ¿Querías vivir experiencias que te acercaran a la humanidad?

—No —le reveló, con una sonrisa de oreja a oreja—. Ya te dije que vine porque tú me escuchaste. —Ella enarcó las cejas, deseando que continuara con su relato—: Tengo que confesar que me sentí atraído por ti, pues eras capaz de comunicarte conmigo. ¡Escuchaste

mi voz!

—Era imposible no hacerlo. Chillabas como un sargento del ejército dando órdenes. —Rio nerviosa.

—Sigues sin entenderlo, Emma. —Rozó una mano en su mejilla y la acarició con una ternura que llegó a estremecerla—. No todos estáis capacitados para oír las voces del *Cielo,* como vosotros lo llamáis, y menos para escuchar las palabras de un ser divino. A esas personas, nosotros los denominamos «profetas», y puedo asegurarte que tú no eres una de ellos.

Ella trató de apaciguar los latidos desbocados que aceleraban su corazón y le hacían expandir su pecho a un ritmo demasiado vertiginoso. Deseaba que él no retirase la mano de su pómulo y que continuara con sus caricias.

—Entonces, ¿quién soy?

—Eres mi milagro. Y yo soy la mosca atrapada en tu telaraña, y aunque se retuerce porque quiere escapar, al mismo tiempo quiere que acudas hasta ella para descubrir por fin su secreto.

Emma se humedeció los labios y con una mano le atrapó la muñeca para detener el movimiento de los dedos en su mejilla. Entornó los párpados un instante hasta recuperar el aliento que se le había esfumado con las últimas palabras que él había pronunciado. Luego abrió los ojos y contempló su rostro candoroso. Sonriente. Inalcanzable. Y ella no quiso que ese momento también se le escapara, como estaba haciéndolo su vida, como lo hacían sus sueños. Juntó su boca con la de él y quiso saborear su esencia, integrarse en su fragancia hasta sentirse suya. Lo besó sin prisas, aguardando el segundo en el que la acompañase en su delirio. Apretó sus labios contra los de él y deseó más. Y así, como una pequeña serpiente que busca su nido, introdujo su lengua ansiosa para que la chispa terminara de encenderse en el interior de su boca. Sin embargo, él la apartó con las manos y la miró con ojos interrogantes.

—¿Qué haces?

Ella se retiró avergonzada y se aferró a su bolso, creyendo que podría servirle de escudo por su más que evidente rechazo.

—¡Oh, Dios, lo siento! Pensé que... He sido una idiota. —Quiso levantarse y volver a huir a un lugar donde nadie jamás la encontrase. Ni vivos. Ni muertos. Ni seres celestiales.

—No te disculpes —le dijo con una tranquilidad que la devolvió al asiento—. Ha sido algo repugnante y a la vez delicioso. Me ha dejado un regusto acaramelado pese a experimentar una sensación extraña en los labios. —Se llevó los dedos a ellos y los palpó con desconcierto—. Quisiera que volvieras a hacerlo. ¿Podría ser posible?

Emma suspiró aliviada y de nuevo se acercó a él, esta vez con determinación. Lo sujetó por el cuello e hizo que su boca chocara con

la de ella. A continuación, jugó con sus labios, permitiéndose mordisquearlos antes de que su lengua recibiera la invitación que había esperado. Él agradeció sus cosquillas y quiso devolvérselas a pesar de su torpeza. Jamás había experimentado tal frenesí. Ni tan siquiera llegó a imaginar que cuando los humanos pegaban sus bocas podrían gozar de unos segundos de deseo, donde la mente lograba apartar sus propios fantasmas.

Capítulo 14

La sombra que habita en las pesadillas

Antes de entrar en el jardín, ambos se detuvieron bajo la luz de la farola de la calle de enfrente. Emma soltó la mano del ángel y escudriñó la ventana del salón de su casa, esa por la que su madre solía espiarlos cuando llegaban tarde. Candelaria estaba allí. Lo presentía. Sentada en una silla atando las hebras sueltas del deshilado a su calado, siempre en su bastidor de tela, en ese que le había regalado su bisabuela y donde se concentraba para armar dibujos florales mientras de reojo observaba la calle como una fisgona avispada.

Emma se armó de valor y permitió que su madre la examinara desde el momento en el que atravesó el jardín hasta que introdujo la llave en la cerradura, aunque la ignoró en cuanto puso un pie en ella, a pesar de que intuía su mirada inquisidora clavársele en la nuca. Se encaminó hacia el pie de las escaleras, y fue entonces cuando, de soslayo, descubrió a Adrián sentado en el sofá, con las piernas cruzadas y el torso inclinado hacia delante.

—No has venido a cenar —le reprochó su madre con su habitual soniquete—. Hemos estado esperándote hasta las nueve y media. Ya sabes que en esta casa se come antes de las nueve. Tu padre ha tenido que irse al taller porque las facturas lo tienen ahogado, y aunque le había prometido acompañarlo, he preferido esperarte por si te había ocurrido algo.

Emma se giró despacio y se enfrentó al semblante severo de Candelaria, pero ella continuaba enfrascada entre hilos y agujas, pese a que la luz de esas horas no la ayudaba demasiado.

—Lo siento, mamá. Debería haberte avisado de que hoy cenaría fuera con Sam.

La mujer alzó la barbilla y los inspeccionó a ambos por encima de sus enormes gafas de pasta. Candelaria las necesitaba para coser, leer o cualquier acción que implicara un esfuerzo de su visión cercana, pues desde hacía algunos años padecía de hipermetropía.

—Tu abuela está de cuerpo presente. No está bien que andes de celebraciones de aquí para allá con este muchacho extranjero. La gente habla. Y muchos me han preguntado por qué Ben no se ha quedado un poco más con la familia después del funeral.

—Estarás hablando de tus amigas cotillas —dilucidó con cierto resquemor en la garganta—. Por mí, puedes decirles que se metan en

sus asuntos.

Candelaria se tragó su orgullo, depositó las gafas sobre el telar y se levantó, haciendo alarde de su estatura, ya que la mujer pasaba del metro setenta, y eran muy pocas cosas las que conseguían amedrentarla.

—Ya eres mayorcita y sabes qué es lo que tienes que hacer. —Enfadada, suspiró—. De todas maneras, quería hablarte de tu hermana. Adrián me ha contado el accidente que ha sufrido esta mañana en su casa, y como a mí nadie me cuenta nada... Ni siquiera me ha llamado para decirme que le han puesto un yeso —añadió dolida.

Emma acribilló a su hermano con sus ojos herbáceos, oscurecidos por la rabia del momento, sin embargo, este se limitó a encogerse de hombros.

—Fuiste tú el que me pidió que no le contara nada a papá ni a mamá —lo acusó ella.

—Bueno, ya sabes cómo es Candelaria —se defendió él—: una mujer de armas tomar a la que estoy seguro de que el servicio secreto la habría reclutado si conociese sus dotes para llevar a cabo un buen interrogatorio. No he podido librarme, ¿qué más quieres? Has sido tú la que se ha saltado la cena y a mí a quien ha acorralado sin compasión.

—¡Basta de reproches! —La mujer se interpuso entre los dos y los obligó a sentarse en cada esquina del sillón. Después arqueó las cejas y receló de la presencia del ángel, quien todavía no había dicho una palabra desde que había puesto un pie en la casa, ni un mísero saludo por educación—. ¿Puedes dejarme a solas un momento con mis hijos?

Sam inclinó la cabeza y asintió de forma cortés. Luego se ausentó escaleras arriba sin hacer aspavientos.

—Adrián me ha contado tus sospechas sobre Rayco...

—Mamá, no he querido acusarlo de nada —la interrumpió antes de recibir una ráfaga de críticas que la hundieran aún más en el pozo incierto del que no podía escapar—. Me encuentro sometida a una presión inmensa.

—¿Quieres dejarme hablar, hija? —Candelaria se remangó la falda hasta hacerle un doblez por las rodillas—. Siempre he sabido que ese hombre oculta algo, y tú sabes que no es de mi agrado. Lo soporto en esta casa cuando viene los domingos a comer, y me alegro de que sea así. Es un fanfarrón y se las da de erudito, pero si no es por tu padre que le dio un trabajo en el taller, seguiría siendo un muerto de hambre. —La mujer endureció las facciones y sus fosas nasales se ensancharon—. Si le pega a Carla, es nuestra obligación averiguarlo. Pero no quiero que Alberto se entere de esta conversación. Su corazón está débil, y este podría ser el disgusto que lo lleve a la tumba.

—¡Joder, mamá! No seas tan dramática. —Adrián entrelazó las manos detrás de la nuca y emitió una exhalación disconforme.

—No sé cuántas veces tengo que decirte que no quiero palabrotas en esta casa —lo reprendió ella—. Este asunto me crea una angustia que me deja sin resuello. Y ahora no podemos contar con Nana... Ella habría sabido qué hacer, cómo dirigirse a Carla sin levantar el polvo de debajo de la alfombra. Y yo sé que conmigo no va a sincerarse ni a abrir la boca, por eso les ruego a los dos que hablen con ella, que la ayuden a abrir los ojos.

—No creo que a nosotros nos cuente nada —afirmó Adrián, resoplando—. Va a ser una pérdida de tiempo.

—Podemos intentarlo —afirmó Emma esperanzada.

—Gracias, mi niña.

Ella sonrió al ver a su madre con un humor más sereno, y de alguna manera se relajó en el asiento. Era consciente de que había accedido a su petición para contentarla, para atraerla de nuevo a su lado, pues desde que había regresado, la relación con su madre era áspera y nada tenía que ver con sus anteriores visitas, donde ella la llenaba de halagos y la mimaba hasta que volvía a coger el avión. Sí, necesitaba su cariño y su comprensión. Ahora más que nunca. Ahora que ya Nana no podía consolarla.

—Adrián, ¿puedes calentarme un poco de leche en el rabiche y ponerle unas cucharaditas de gofio? Está debajo del poyo de la cocina. Tengo una penita en las tripas que quisiera aliviar.

Al principio, él la miró extrañado. Después comprendió que su madre quería quedarse a solas con su hermana, así que no rechistó.

—Está bien. Pero que sepas que a las once me recoge Ruyman para ir a La Laguna.

—Pues no te hagas mañana el remolón en la cama, porque pienso despertarte para que vayas a hablar con tu hermana. Esto hay que zanjarlo lo más pronto que podamos.

Candelaria se aseguró de que su hijo entrara en la cocina antes de volver a dirigir su mirada animosa hacia Emma, quien aguardó con inquietud a que ella rompiera el silencio y le desvelase el motivo de esa charla no tan improvisada por su madre. La mujer se metió la mano en uno de los bolsillos de la falda y extrajo de él una sencilla cadenita de oro.

—El otro día me preguntaste por ella, y después de pensar y pensar, recordé que la había guardado en un viejo joyero que ahora está en el trastero. —Candelaria deslizó la cadena entre sus dedos e hizo que cayera en las palmas de las manos de su hija—. No fuiste tú quien la perdió, sino tu hermano Adrián. Recuerdo que me enfurecí mucho con él por habérsela llevado a jugar al barranco, y que te quité la tuya y la de Carla para que no les ocurriera lo mismo y terminara

olvidada entre ortigas y piedras. Esta tiene tu nombre grabado por detrás y la fecha de tu nacimiento.

Emma le dio la vuelta. Con la yema de un dedo, acarició la textura en relieve de su nombre, tallado con letra cursiva y algo recargada. Después quiso examinar mejor la figura de la Virgen que sostenía al niño en sus brazos.

—Es la Virgen de la Candelaria.

—Por supuesto. Patrona de la isla de Tenerife, nuestra morenita.

Ella sacudió la cabeza, tratando de organizar sus pensamientos.

—Entonces, ¿no la llevé a la iglesia ese día?

—No, aunque te empeñaste y tuve que darte una nalgada para que dejaras de hacerte la caprichosa. Estoy segura de ello porque Adrián había perdido la suya unos días antes de que tu abuelo Juan muriera y no pudo llevarla en su entierro. En cambio, la tuya la guardé hasta que hiciste la primera comunión, y después debí volver a ponerla en el joyero. La vida vuela y olvidé entregártela, como hice con Carla, por si querías conservarla. —Su madre soltó un sentido suspiro y dejó caer el doblez de la falada para que cubriera de nuevo sus piernas—. Siento mucho haberte gritado, nunca fue mi intención. Emma, yo solo estaba protegiéndote. Eres mi hija y no quería que te ocurriera nada malo. ¿De qué iba a acordarse una niña de cinco años?

—Lo sé, mamá.

—Y cuando te pregunté por tu abuelo, no fuiste capaz de decir nada. Ni siquiera recordabas haber ido a misa con él esa mañana.

Ella mostró una mueca contrariada, se llevó una mano a una de las sienes y la apretó muy fuerte.

—No entiendo cómo me viene la imagen de una medalla que cae al suelo —murmuró sin pensar.

Candelaria dio un respingo, se enderezó y se tapó la boca con una mano para ocultar su pavor, aunque su respiración silenciada ya chillaba por la casa.

—¿Es que estás recordando?

Emma bajó la barbilla, arrepentida por haberle desvelado a su madre su sueño. No quería angustiarla más de lo que estaba.

—No lo sé. Puede ser.

—¡Ay, Virgen bendita!

Adrián regresó al salón con la taza de leche que le había pedido su madre y la depositó en la mesita de madera al tiempo que ellas volvían a un mutismo nervioso, pero Emma había atisbado por el rabillo del ojo la pesadumbre en el rostro de Candelaria, desencajado y temeroso. La mujer sujetó una de sus manos y le dio varias palmaditas en el dorso a la vez que mantenía la mirada en los grumos de gofio que continuaban brincando en el líquido. La leche estaba hirviendo, y ella ni siquiera se atrevía a sujetarla por el asa. Se quedó

allí, con la mirada clavada en la taza sin agitar la cucharita para deshacer los burujos de gofio, sin soplarla siquiera para poder llevársela a la boca y evitar quemarse. Se quedó anclada en el sofá, agasajada, hasta que los grumos se disolvieron, meditabunda, con un ojo posado en la taza ya fría y el otro observando el pasado, que regresaba furioso a llamar a la puerta de su casa.

Una hora más tarde, Emma entró a hurtadillas en la habitación de Sam, y tras comprobar que dormía como un lirón, se recostó a su lado. No quería estar sola, esa noche no. Observó sus facciones delineadas por un artesano infatigable, pues no había fallos en la arcilla modelada, sino una sutil simetría como en los patrones en los que trabajaba su abuela antes de ponerse a coser. Intachables. Certeros. Nana poseía esa habilidad envidiable de trazar líneas sobre un papel sin necesitar jamás una goma para corregir su primera trayectoria. Sonrió para sus adentros, ya que desconocía quién diseñaba los trajes de los ángeles, si es que existía un artista dedicado a ese menester, o si, por el contrario, ellos mismos decidían sobre su aspecto humano. ¿Era siempre el mismo, o lo cambiaban según la misión? Tenía tantas preguntas que hacerle a Sam..., aunque intuía que algunas de ellas jamás hallarían respuestas, pues cierto conocimiento estaba vetado para los humanos.

Entrecerró los párpados y se imaginó a sí misma sentada en una playa de arena negra, olfateando el mar y nutriéndose de su oxígeno. En esta estampa buscaba siempre la paz perdida durante el día y aunaba esfuerzos por encontrar la serenidad que anhelaba su espíritu. Así lo hacía desde que era una niña, y así conseguía ser mecida por las olas hasta que lograba dormirse. Sin embargo, esa noche, la espuma de las olas, las cuales cosquilleaban sus dedos desnudos mientras jugaba con la arena, salpicaron su vestido con gotas de sangre. Ella retrocedió espantada. Poco a poco, el agua se teñía de un profundo escarlata, y de su cielo oscurecido por unos inmensos nubarrones se precipitaban las estrellas. Emma apenas pudo contemplar cómo la estela de alguna de ellas se introducía en el agua encendiendo el océano, ya que apretó los párpados de inmediato.

Después, al abrir el ojo derecho, atisbó la figura de su abuelo acercarse a ella con una sonrisa de oreja a oreja. Entonces, decidió abrir el otro.

—Deja que tu hermano se vaya a jugar un rato con sus amigos —lo escuchó decir.

—Pero yo también quiero ir. —Ella se cruzó de brazos y presionó los labios, enfadada.

—Tú eres muy pequeña para que pueda dejarte sola. Te prometo que la misa no durará mucho y que después te compraré un helado. Y no le digas nada a tu abuela, que luego me viene con el cuento de que

estoy viciándote.

Ella corrió hacia la escalinata de la iglesia y, a continuación, se observó a sí misma balanceando los pies en el banco, sin atender al sermón del cura. Se entretenía a su manera, contando las veces que sus zapatos inmaculados conseguían rozar la madera quebrada del banco delantero. Entonces, la cadena que pendía de su cuello cayó sobre su vestido estampado de flores azules y se deslizó por él hasta perderse en el suelo. Su abuelo se agachó para recogerla y, con una paciencia infinita, se la colocó de nuevo en el cuello.

—Tiene el enganche flojo. Recuérdamelo en casa para que lo ajuste.

De pronto, escuchó un grito, y luego otro. Trató de aferrarse al brazo de su abuelo, pero él ya no estaba a su lado. Sangre. Sangre en su vestido. Y este empezaba a llenarse como una jarra de vino tinto, hasta que por fin rebosó y ensució los mosaicos del templo. Quiso correr, pero resbaló en el charco y su cara se estampó contra el pavimento rojo.

Emma chilló. Fue un grito apagado, iniciado en el sueño y transportado a su presente. Se deshizo de las sábanas y sus pies descalzos se afianzaron en el suelo, aunque temerosos de ser teñidos de un rojo sombrío y marchito. Tembló de miedo. Su cuerpo tiritaba como si el mismísimo invierno naciera de su piel y la azotara sin piedad, dejando las huellas imborrables de una tempestad que aún no había cesado.

Sam se despertó al escuchar su quejido, y al verla estremecerse, con el alma encogida por una gélida brisa que no pertenecía a ese lugar, la abrazó para brindarle su calor. Luego, al comprobar que recuperaba la calma, la recostó sobre el colchón y le acarició las lágrimas como si una de sus plumas rozase las cuerdas de un arpa y entonase una melodía sin acordes disonantes. Pura. Hermosa. Entonces, ahondó en sus ojos boscosos, esos que le susurraban sus desdichas y luchaban en contra del candil que le alumbrase el camino entre árboles de tallo grueso y arbustos hostiles. Fue en ese instante cuando cayó en la cuenta de que él también estaba perdido, atrapado en el laberinto de sus desventuras. Y aunque fuera su guía, tampoco hallaba la salida. Su traje humano era su prisión, pues en él estaba padeciendo un sinfín de sentimientos que le nublaban su discernimiento.

—Ha sido una pesadilla. Nada más. Estoy aquí contigo —quiso consolarla mientras le enredaba los dedos en los bucles de fuego.

—He visto a mi abuelo —le reveló ella con congoja—. Me sonreía, y luego todo se tiñó de sangre. ¡Estoy recordando, Sam!

—Tranquila —le dijo con voz melosa—. Tu espíritu está demasiado agitado, y tu cuerpo no soportará tanto revuelo junto.

El ángel le colocó las palmas de las manos sobre el pecho y de ellas brotó un tímido destello que apaciguó la batalla que se libraba en su interior. Emma le agradeció con una mirada más despejada que le devolviese su ansiada templanza, pues advertía su alma hecha añicos, y aunque tardaría en recoger cada uno de los pedazos que había perdido en esos años, estaba convencida de que junto a él lograría tal hazaña.

—Ahora puede que te inunde un profundo sueño, aunque te prometo que este será más sereno.

—No quiero dormir —musitó ella.

Sam arrugó la nariz, confuso, ya que ningún humano se resistía jamás al poder de su luz. Era sencilla aunque arrolladora. Sugestiva y a la vez hipnótica. Sin embargo, Emma le sonreía de manera juguetona, sin padecer los efectos más que probados de su intervención. Las almas deberían descansar cuando él les insuflaba una pizca de sosiego. En cambio, ella se atrevió a enroscarle los brazos en el cuello y atraerlo hacia su rostro, hasta que apenas una brizna de aire osó cruzar entre ambos. El ángel volvió a excavar en su mirada, esta vez más salvaje, pues parecía que era arrastrado a una jungla repleta de animales feroces. No obstante, no quiso huir. No tenía miedo, pese al riesgo evidente que correría al adentrarse en una zona desconocida para él, y por eso mantuvo sus ojos marinos clavados en la frondosidad de la selva, expectante, escuchando los gritos de su corazón enloquecido. Un duelo que apenas duró unos segundos, puesto que él deseaba aceptar de nuevo el reto y entrar en ella, aunque para ello debiera afrontar todos los peligros del universo. Así, la besó sin importarle caer en su trampa, pues hacía tiempo que ya se encontraba en su jaula, a pesar de que su razón se negara a admitirlo.

Él no era un avezado arqueólogo en busca de tesoros ocultos, más bien un aventurero novato que trataba de sujetarse a sus lianas para no caer. Y aunque el precipicio era abismal, se arriesgaba saltando de rama y rama, sintiéndose capaz de cualquier hazaña. Su boca era la cueva en la que debía descansar, pero incluso allí jugó a desenterrar misterios, a perseguir a su presa huidiza, a relamerse cuando la tuvo cerca.

Las manos de Emma descendieron por su espalda arañándole la piel a la vez que sus piernas se atornillaban en su cintura y lo obligaban a mantener su ritmo. Fue ahí cuando comprendió que él siempre había sido el cofre de los secretos, y ella, la pirata dispuesta a hacerlo saltar por los aires. Sus preceptos estaban desmoronándose, sus cerrojos cedían ante la pericia de la hermosa ladrona, quien jugaba a introducir sus dedos bajo el pantalón. Y él estaba desarmado ante tal intromisión, pues ansiaba tanto que lo llevara por la senda prohibida que la dejó hacer.

Olvidó su condición, y también su misión. En ese momento de frenesí, él era Sam, un forastero intrépido y algo torpón, afanado en aplacar su apetito. Y aunque ella lo adiestraba para que se convirtiese en su hábil compañero, quiso agasajarla mostrándole su fulgor.

Ella advirtió la llama viva en sus ojos, y luego cómo esta se extendía por toda su piel, encendiendo sus músculos tersos, indicándole la dirección que debía tomar. Sam contaba con su propia brújula, una precisa e inexorable. El fuego se apoderó de su pecho, y luego del movimiento de sus caderas, hasta que Emma atisbó las pinceladas erráticas de unas alas que florecían sobre su espalda, como una margarita en primavera deseosa por brotar, ansiosa por demostrar su hermosura. Abrió la boca, conmovida, y se sintió pequeñita, minúscula ante el milagro que estaba contemplando. Aun así, permitió que estas la envolvieran y recogieran su cuerpo con una vivacidad que la hizo palpitar. El deseo había sido desplazado por un embelesamiento tal que la hacía sentirse completa. Dichosa.

Cuando las alas se desvanecieron, regresó el hombre de facciones delicadas, quien continuaba arremetiendo contra ella para enseñarle que él también tenía un sendero que recorrer, y Emma no quiso abandonarlo. Se colgó de su cuello para susurrarle que lo acompañaría hasta el final, y Sam la miró con orgullo mientras sus embestidas se volvían más aceleradas, más cortas. No cesó en su empeño hasta que su ardor se apagó. Su cabeza se hundió en sus senos a la vez que trataba de recuperar el aliento. Después elevó la barbilla y observó las líneas alegres que perfilaban su sonrisa, hasta que esta se desvaneció con un suspiro. Emma había cerrado los ojos a cal y canto. El arrugó el rostro, consternado, y le acarició los cabellos encendidos, ahogado en un sentimiento irreconocible hasta ese momento para él: la culpa.

Emma había sucumbido a su luz, y aunque se había comportado como una guerrera hasta el final, su ímpetu había traspasado algunos límites que jamás debió permitirse. No con un traje, una indumentaria que adornaba su verdadero ser, pues su esencia divina continuaba habitando en él, a pesar de las muchas restricciones a las que estaba sometido por poseer un cuerpo de carne y hueso. Un cuerpo que comenzaba a rasgarse, ya que se había entregado a sus emociones humanas.

Esa noche, Sam no quiso dormir. Prefirió velar por ella, por sus sueños plácidos y evitar que otra pesadilla la asaltara. No temía consolarla si su calma era de nuevo corrompida. Le aterraba que su chispa divina hubiera calado tanto en ella que pudiera enloquecer, perderse en un limbo donde las sombras se adueñaran de su espíritu.

Ojiplático, Diego examinó las facciones derrotadas del viejo, quien había interrumpido su relato y se había sumido en un reservado

silencio. El sacerdote carraspeó varias veces con cierta incomodidad, hasta que decidió abandonar la silla, aunque esto tampoco resultó ser efectivo ante el mutismo del señor Torres.

—Creo que se me está haciendo tarde. Debería irme ya. ¿Quiere un poco de agua?, ¿que llame a una enfermera por si puede ayudarlo en alguna cosa? —El anciano continuaba cabizbajo y con las manos enterradas entre los muslos—. Entonces, me voy. No puedo venir mañana. Es sábado, y además de preparar el sermón de la tarde, tengo que hacer algunas gestiones durante el día. Intentaré acercarme el domingo por la tarde, después de las varias misas previstas, aunque no puedo prometerle nada. ¿Está escuchándome?

El viejo despegó los labios y, con una mirada moribunda, asintió una vez.

—¿Puede ayudarme a meterme en la cama? Las piernas no me responden.

Diego dejó la carpeta sobre la silla y acudió en su auxilio. Sin intercambiar palabra alguna, se esmeró en arropar al anciano, quien se le antojó más frágil que nunca. No poseía esa mirada fiera ni intimidatoria con la que estaba acostumbrado a lidiar, y su cuerpo, que presumía de una fortaleza envidiable, se había encorvado, obligando a sus hombros a hundirse, y a su barbilla, a rozar casi su pecho.

Después dejó la residencia a grandes zancadas y se introdujo en el coche para descansar la cabeza en el respaldar y respirar el oxígeno que había perdido en la habitación del anciano. Antes de encender el motor, se aferró a la Biblia con convicción y entornó los párpados con desazón. De nuevo, lo asaltaron las dudas sobre la historia de la que Benjamín Torres estaba haciéndolo partícipe. El viejo estaba mintiéndole de manera descarada. Nunca existió un ángel, sino otro hombre cualquiera que deseaba arrebatarle lo que más quería, y que él lo retrataba como un ser divino, puede que para acallar sus inseguridades o para hacer más interesante el relato, y así constreñirlo a visitarlo cada día, ya que el anciano lo había calado a la primera. Él necesitaba creer. Necesitaba saber que su vida no era una completa mentira, puesto que fue su fe la que lo salvó de las garras furiosas de su padre, la que le concedió la oportunidad de convertirse en una persona mejor y no en el delincuente que estaba destinado a ser, como le había sucedido a su hermano. Este nunca se marchó a Londres. Lo descubrió muchos años más tarde, cuando lo llamó desde la cárcel.

¿Por qué ese viejo jugaba con sus creencias? ¿Por qué hablaba de ángeles que se enamoraban de mujeres para luego yacer con ellas? Los ángeles eran seres asexuados, y estaban muy por encima de sentirse atraídos por las bajezas del hombre como eran la envidia, la avaricia o la lujuria. ¿Qué escondía realmente Benjamín Torres? ¿Qué pretendía

decirle?

Capítulo 15

Una historia de fantasmas

Diego no acudió el domingo como le había asegurado, ni tampoco el lunes. Después de una semana, observando las idas y venidas de los visitantes sentado tras la ventana de su habitación, el anciano dejó de esperarlo y regresó a su rutina diaria. Asistió a las clases de manualidades que se impartían cada mañana antes de almorzar, pese a su reticencia inicial. Él prefería ocuparse de las flores del jardín y regarlas con el agua justa para no ahogarlas ni matarlas de sed, aunque para ello ya hubiera un jardinero encargado de podar los setos y adecentar la tierra.

La primavera era su estación predilecta porque hasta los tallos torcidos lucían sus hermosas flores. Todas las plantas tenían la misma oportunidad de mostrar su belleza, de brillar con el verdor de sus hojas y de ser cortejados por los diversos insectos en busca de su jugo. Por ese motivo, trataba de capturar su esplendor con los pinceles que le habían procurado en el taller, aunque sus capacidades artísticas eran demasiado pobres para captar la vida que rezumaba en ellas. Aun así, se esmeraba en teñir su lienzo con el fulgor de los colores y unas pinceladas frescas y naturales.

Dos semanas después, se sorprendió al recibir la visita de uno de sus hijos con su nieta mayor. Adán había decidido muchos años atrás estudiar Derecho y dedicarse a la abogacía, continuando con sus pasos, y Ben temía que esos pasos terminaran cometiendo los mismos errores que él, pues era impetuoso y un trabajador insaciable, por eso sus visitas se habían reducido en el último año de forma drástica.

Su hijo habló durante horas sobre los casos que tenía abiertos, y él arqueó las cejas en cuanto le pidió su opinión sobre uno de ellos. Antes de responderle, observó a su nieta, quien depositaba las flores que le habían regalado en un jarrón con agua. Rosas rojas. Tiernas todavía. Las habían cortado demasiado pronto.

—Si es culpable, pagará por sus pecados. Si no es en esta vida, será en la otra.

Adán se atusó el flequillo moreno y frunció el ceño, desconcertado.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan religioso? Ya sabes que todos tenemos derecho a contar con una defensa digna.

—¿Aunque tengas las manos manchadas de sangre? Los asesinos no deben caminar por la calle con la cabeza alta porque hayan llegado

a un trato para reducir su condena. Me harté de esta profesión cuando las víctimas dejaron de tener el respeto que se merecían, solo por un buen fajo de billetes. Creo que no soy el indicado para que me preguntes sobre estas cuestiones.

Su hijo se pasó la lengua por los dientes y la hizo reposar sobre una de sus muelas.

—¿Y a quién entonces? Eras el mejor. Pensé que podíamos conversar como solíamos hacer antes.

—Ser el mejor no me convierte en el más justo.

Unos suaves toquecitos en la puerta interrumpieron su charla. Adán giró sobre sus talones, para descubrir el rostro de un hombre joven excusándose por su intromisión. Portaba un alzacuellos bajo un suéter algo desteñido por su constante uso. Su cabello azabache y su piel curtida por el sol le narraban que su ascendencia provenía de las Américas, puede que de Perú o tal vez de Colombia.

—Perdonen, en la recepción no me comunicaron que se encontraba acompañado —se excusó.

—No sea tímido y pase —lo invitó el anciano, ocultando una profunda satisfacción—. Estos son mi hijo, Adán, y mi nieta, Aroa.

Tras un saludo cordial, Diego examinó el rostro del hombre, quien debía rondar los cincuenta años. Su mirada era astuta como la de su padre y mantenía el mismo porte erguido que él en las primeras veces de sus visitas. Con el tiempo, Benjamín Torres se había relajado de forma considerable ante su presencia, a la que ya no consideraba amenazante. A continuación, apreció también el parecido de la muchacha con su padre, y por consiguiente con su abuelo, aunque los ojos de ella eran más apacibles. Más inocentes.

—Puedo volver en otro momento. —A Diego no le pasó desapercibido el meticuloso examen al que estaba siendo sometido.

—Es usted muy joven para ser cura —subrayó el hombre, sin apartar su rostro incisivo sobre él.

—Mi vocación fue temprana —se limitó a responder con educación.

Adán arqueó las cejas con asombro y se dirigió a su padre, sin importarle la presencia del joven:

—¿Desde cuándo has solicitado que venga un sacerdote a visitarte? Podría habérmelo esperado de mamá, pero jamás de ti.

—Llegados a cierta edad, todos necesitamos creer en algo. Es mejor afrontar la muerte en compañía y no que nos sorprenda en la soledad más absoluta. ¿No crees?

Su hijo no respondió. Hacía muchos años que su fe estaba depositada en sus aspiraciones y en la manera de proveer a su familia de todo lo que ellos necesitasen. En su mente no cabían las absurdas creencias de resucitados o rencarnaciones. Solo el día a día, el sudor

de su frente y ansiar una jubilación donde podría irse de crucero cuando quisiera y a cualquier parte del mundo sin tener que contar las monedas de su bolsillo.

De reojo, Adán atisbó la hora en su pulsera digital y apremió a su hija para que se despidiera de su abuelo. Avanzó hacia la puerta, no sin antes echarle una última mirada al sacerdote que acababa de irrumpir en la habitación. Estaba nervioso, aunque ignoraba el motivo. Después posó los ojos en el rostro iluminado de su padre. Sonreía. Benjamín Torres estaba sonriendo, y cerró la puerta en el preciso instante en el que ambos se fundían en un estrecho abrazo.

—Nunca pensé que repararía tanto en tu ausencia. —El anciano lo invitó a sentarse y se apresuró a descorrer las cortinas, puesto que su hijo había decidido que demasiada claridad convertía en un horno la habitación—. Imaginé que mis últimas palabras te habrían incomodado. No pretendía hacerlo, solo me ceñía a la verdad.

El sacerdote frunció los labios, y aunque no quiso desvelarle sus recelos sobre esa cuestión en concreto, asintió con levedad mientras se aflojaba el alzacuellos como si se tratara del nudo de una corbata demasiado apretado.

—¿Cómo lo supo?

—Oh, ya se lo dije. Ellos mismos me lo contaron. —El señor Torres se rascaba la cabeza algo azorado—. Creo que primero fue Adrián al hablarme sin tapujos sobre la relación que ellos habían iniciado. Después Sam me comentó que tenía que tomar una decisión difícil sobre Emma, y esta me lo confesó tiempo después. Imagino que se ahorró los detalles más escabrosos, pero no el hecho de que las alas de Sam llegaron a consternarla y a empaparla en una gracia que llegó a quemarle el alma.

Diego volvió a mirarlo con suspicacia. No quería enzarzarse en una discusión sobre ese asunto, aunque las uñas del diablo eran demasiado largas para no arañarlo. Se cruzó de brazos y jugó a golpearse los labios con el bolígrafo.

—¿Y usted se lo creyó?

—¿Se lo cree usted? —lo retó el viejo con su habitual argucia.

Él se tomó su tiempo para responder, apartó el bolígrafo de su boca y lo enganchó a la libreta que descansaba sobre una de sus rodillas. Elevó la mirada al techo y escudriñó la bombilla, la cual parpadeaba, cansada ya de alumbrar una habitación que durante mucho tiempo había estado en penumbra.

—Da igual lo que yo crea —admitió sin florituras.

—No, aquí lo más importante es lo que usted crea. Es usted el hombre de fe, no yo. Si no está capacitado para escuchar esta historia, ¿quién lo está? —El viejo estiró una de las comisuras de sus labios y quiso, por primera vez desde que lo había conocido, que las nubes de

sus ojos se despejasen y viera con claridad. Después se reclinó en el asiento, haciendo crujir los dedos de sus manos—. Por supuesto que yo no me lo creí, pero yo soy un hombre miserable. Aborrecible. Regresar a Tenerife con el único propósito de hablar con el padre de Emma era una excusa pobre, lo admito. En realidad, mi casa estaba vacía, y sus cosas, todavía regadas por las distintas habitaciones. Me recordaban que ella la llenaba con su vitalidad, con sus sueños. ¡Quería recuperarla! Yo sé qué papel juego en esta historia. Incluso en los momentos difíciles, siempre lo supe. Pero ¿quién quiere ser usted en ella? ¿Por qué ha vuelto?

El sacerdote carraspeó incómodo e inclinó el torso hacia delante.

—Nací en Valladolid. Mi padre era de allí, un hombre católico que jamás pisó una iglesia. Decía que le entraba urticaria en cuanto veía una. En cambio, la familia de mi madre proviene de Cuzco, en Perú. Mis abuelos llegaron a España con la ilusión cargada en las maletas y unos sueños que se le antojaron demasiado pesados en cuanto aterrizaron aquí. Para ellos fue difícil encontrar trabajo, pagar un piso con un solo dormitorio donde se apretujaban todos cuando caía la noche. Aun así, fueron capaces de sacar a sus cuatro hijos adelante, a base de comer arroz y frijoles, incluso en Navidad. —Diego desvió la mirada hacia el viejo álbum de fotos que reposaba sobre la almohada del anciano—. Yo también tengo uno de esos, a pesar de que los hologramas de ahora consiguen que percibas a tus seres más queridos muy cerca. Han creado a fantasmas capaces de responder a tus preguntas imitando las voces de ellos, y yo tengo uno de mi madre. Sin embargo, aunque me consuela con palabras dulces que un programa inteligente ha creado especialmente para mí, sé que ella no es ella. Y es entonces cuando acaricio mi álbum y recuerdo las nanas que solía cantarme y los besos que con amor me regalaba antes de irme a la cama. Mi madre se fue demasiado pronto... Y yo tuve que buscarme la vida. —El cura se frotó uno de sus ojos humedecidos por el recuerdo. Él también había agotado sus lágrimas demasiado pronto —. Tengo veintiocho años, señor Torres. Y quizá mi historia no sea tan grandiosa como la suya, pero tengo una, como el resto de los seres humanos.

El viejo esbozó una leve sonrisa, agradecido por la impetuosa sinceridad del sacerdote.

—Escucharé su relato encantado —admitió Benjamín, orgulloso de su confesión—. A su edad, le faltan muchas páginas por escribir para que llegue a convertirse en una novela. Y estoy convencido de que será fascinante, aunque todavía no me ha respondido a la pregunta que le he hecho. ¿Por qué está aquí?

—¡La medallita!

Benjamín Torres abrió los ojos de par en par mientras el cura abría

su libreta de apuntes y subrayaba con el bolígrafo la última frase que había anotado en ella: «Emma no llevó la medallita a la iglesia ese día».

—No le he revelado todos mis motivos por los que he llegado hasta usted —continuó Diego. Se quitó el suéter, aludiendo al excesivo calor del día, y posó su mirada exaltada en la del viejo, más reservada aunque especialmente curiosa—. Quizá tenga usted razón al advertirme de que mi prueba de fe se encuentra en la parroquia de San Bartolomé y en su compleja historia. Tal vez que me hayan destinado a esa iglesia no sea casual, y puede que de alguna manera retorcida mis plegarias hayan sido escuchadas. El sacerdote que me precedió, el padre Octavio, era un hombre severo, estricto con lo que él denominaba las leyendas populares, y por esa razón nos prohibió a todos que en la casa del santo padre se hablara de apariciones. Creo que ese fue uno de los motivos por el cual muchos fieles dejaron de asistir a las misas diarias, incluso a las dominicales. —El anciano escudriñó en sus ojos negros, tratando de anticiparse al final del relato del cura. Sin embargo, le resultó imposible, y eso lo alegró de manera inusitada—. Unas dos semanas después de mi arribo, mientras celebraba la eucaristía, me fijé en un hombre sentado en la octava fila a mi izquierda, pues no se levantaba ni se sentaba cuando el momento lo requería. Soy consciente de que muchos ancianos, imposibilitados por su salud no pueden hacerlo, pero este mantenía la cabeza gacha y parecía no atender a nada a su alrededor. Y antes de la consagración de la hostia, el hombre se desvaneció.

»Al principio no le di importancia, quizá el viejo habría abandonado la iglesia en un momento en el que yo mantenía la mirada en el altar o bajaba la cabeza. Pero meses después, volví a verlo en el mismo sitio. Cabizbajo. Entristecido. Y decidí que tal vez debería acercarme a él después de finalizar el oficio. Sin embargo, volvió a desaparecer antes de la consagración. Estaba tan intrigado que le pregunté por él a uno de los monaguillos que me asisten, y este se quedó pálido mientras me juraba que él no había visto a nadie extraño. —Diego elevó la barbilla para comprobar que tenía toda la atención del anciano—. Esa tarde, después de considerar algunas de las peticiones de los feligreses en el complejo, regresé a la iglesia. No puedo explicar la extraña fascinación que me suscitaba aquel hecho; puede que por las ansias que tenía por descubrir si mi madre, después de la vida tan desgraciada que había tenido, descansaba en paz como prometían las Sagradas Escrituras. Ya había escuchado las historias que circulaban por el pueblo sobre los fantasmas de la iglesia, y pese a que muchas habían sido acalladas por la mano imperiosa del hombre, ridiculizando a las personas que habían tenido esas experiencias, yo creía estar presenciando una. Así que me senté en uno de los escalones

que separaba la capilla mayor de los bancos de los feligreses. Y allí me quedé, dilucidando sobre mi futuro y sobre lo que me había llevado hasta ese momento.

—¿Volvió a verlo? Al fantasma, me refiero —le preguntó el anciano intrigado.

—No, esa noche no. Pero escuché pasos. Unos que se aproximaban hacia mí a gran velocidad, y tengo que admitir que me asusté mucho. —El sacerdote tragó saliva y esbozó una sonrisa nerviosa—. Me levanté de un salto, sin saber muy bien qué hacer. Y cuando esas zancadas llegaron hasta mí, ¡puf!, desaparecieron. Fue entonces cuando me decidí a investigar esta historia, y también cuando algunos feligreses habituales me comentaron que muchos habían sentido esos pasos. A veces recorrían la iglesia de arriba abajo, y otras se dirigían hacia la puerta lateral, y allí se escuchaba un lamento.

—¿Y usted cree en esos fantasmas?

Diego se encogió de hombros y luego negó con la cabeza.

—Yo no sé en qué creer, pero sí en lo que vi y escuché. Debo ser como santo Tomás, que hasta que no tocó con sus propias manos las heridas de Jesús y las introdujo en su costado, no creyó que había resucitado. Así que ¿qué clase de sacerdote soy?

—Uno que hace muy bien sus deberes —lo halagó el viejo mientras le señalaba sus apuntes.

—Sí, encontré las notas del padre Manuel mientras rebuscaba en un antiguo baúl, justo después de ver por última vez al viejo sentado en el banco. Esa vez tuve que parar mi homilía, pues el hombre había aparecido de la nada. Y aunque me afané en indagar en su rostro, sus facciones se desdibujaban como un lienzo castigado por el tiempo. Entonces, un pequeño destello dorado me deslumbró y yo me desmayé, o eso me dijo después mi monaguillo, que me había desplomado en medio del sermón.

—¿Usted no recuerda nada?

—No. Solo que el viejo sostenía algo en sus manos que me encandiló. ¿Lo entiende ahora?

Benjamín Torres abandonó el colchón mullido y se encaminó hacia el baño sin compartir sus pensamientos. Cerró la puerta de golpe ante la mirada atónita del sacerdote, quien lo esperó desconcertado, con el corazón brincando sobre su pecho y su paladar amargo como el café que solía servirle su asistenta a primera hora de la mañana. El hombre volvió a asomar la cabeza tras unos largos minutos a la vez que se cerraba la cremallera.

—La vejiga de un viejo no espera —se excusó sin mucho pesar—. Entonces, ¿cree que su fantasma es Juan Ramos?

—En realidad, comencé a sospecharlo a medida que avanzaba con su historia. Como ya le dije al inicio, ignoraba que tuviese una nieta

llamada Emma, ya que me centré más en sus hijos, y sobre todo en la descendencia que heredó su apellido. También en el testimonio de los familiares de los supervivientes, aunque nada pudieron aportar a mi investigación. Ese fue un gran error, lo admito. Pero ahora estoy convencido de que se trataba de él. Y no por las fotos que me han mostrado sobre su persona, porque jamás pude ver su rostro con claridad, sino por la medallita —anunció con voz triunfante—. Las visiones de Emma le mostraban una cadena de oro, y estoy seguro de que era esa medalla la que sostenía el fantasma en sus manos.

El viejo lanzó una exhalación profunda que se perdió entre las cuatro paredes de la habitación, sin ser escuchada más que por un cura desesperado en hacer cierta su historia de fantasmas.

—Yo no estoy aquí por su ángel. No me interesa ese encuentro de amor prohibido entre un ser celestial y su amada, ni cómo ambos le rompieron el corazón. He vuelto porque sé que detrás de su amargura hay una gran verdad que usted ha querido mantener oculta por mucho tiempo.

Benjamín Torres entornó los párpados con desazón y se acercó a la ventana con el fin de obtener la claridad suficiente para despejar sus dudas más aciagas.

—No ha comprendido nada de lo que estoy contándole —lamentó cabizbajo el anciano.

Capítulo 16

Los secretos no son iguales a las mentiras

A la mañana siguiente, Emma esperó a su hermano junto a la valla verde de la entrada. Candelaria lo había despertado tal y como había prometido. Primero lo llamó con suaves susurros que apenas afectaron a sus oídos, después se acercó a la cama y le pellizcó las mejillas, y al ver que tampoco sus frenéticos asaltos a su rostro funcionaban, lo zarandeó. Adrián tuvo suerte al abrir los ojos, ya que el siguiente paso de su madre era echarle un cubo de agua encima.

Entretanto, Emma acariciaba los pétalos de rosa que adornaban uno de los poyos del jardín mientras de reojo atisbaba la puerta de la casa con inquietud. Las rosas eran las flores preferidas de su abuela y las mimaba con un afecto que ella nunca llegó a comprender. Sus dedos se posaron en uno de los tallos y recorrieron su longitud con las yemas, buscando esa sensación de embelesamiento que enternecía a Ana Gloria cada vez que las podaba o arrancaba las malas hierbas de su alrededor. Sin embargo, ella tropezó con una espina y de su dedo índice brotó la sangre. Al principio, contempló cómo la primera gota se deslizaba por la piel hasta aterrizar en la palma de su mano. Era encendida. Pura. Luego la acercó hasta su boca y taponó con la lengua el pequeño pinchazo que la rosa le había propinado. Incluso sus dientes se afanaron en recoger las huellas del delito, mordisqueando la zona por la cual discurría la sangre.

—¿Te has clavado una espina aposta? —Emma escuchó la voz de su hermano detrás de su espalda y se giró para encararlo con sus airados ojos verdes—. Todo el mundo sabe que no se puede meter la mano en un rosal —añadió él con puntilla—. Venga, vamos, tengo el coche aparcado en la calle de enfrente.

—Pensaba que daríamos un paseo.

—¿Para qué?

—Para hablar, para despejarnos un poco, para ponernos al día —le sugirió, con el rostro iluminado.

—No tengo ganas de hablar —le soltó mientras apremiaba el paso —. He dormido un par de horas, y no pienso recorrer kilómetro y medio a pie. Tú tendrás ganas de contarme todas tus conjeturas y las absurdas conspiraciones que te nublan el juicio, pero yo no tengo ganas de oírte. Ya te he escuchado demasiado. —Adrián se detuvo

para introducir las llaves en la puerta del conductor y abrir el coche—. Yo quiero recuperar mi vida, sin sobresaltos ni nada que altere mi ritmo habitual. Si hago esto, lo hago por mamá.

Ella se acomodó en el asiento del copiloto y tiró del cinturón de seguridad con fuerza hasta que consiguió enganchar la hebilla en el sistema de fijación más que deteriorado del coche. Su hermano la contemplaba ojiplático, hasta que le mostró su desacuerdo con una mueca retorcida y encendió el motor.

—Solo vamos de aquí a la esquina —le espetó.

—Yo también hago esto por mamá. Créeme cuando te digo que no quiero más problemas, por eso te pedí que no se lo contaras.

Adrián frunció el ceño, ofendido, y se incorporó a la carretera de forma brusca.

—Fuiste tú la que comenzó todo este circo y la que me llamó para meterme la mosca detrás de la oreja. No te hagas ahora la inocente. —Ella se cruzó de brazos y se dedicó a mirar por la ventanilla, desganada. Su hermano resopló con una visible irritación, la cual enrojecía su cara cada vez insuflaba aire—. Existen límites que solo estamos dispuestos a traspasar por la familia y no por cualquier otro. Ninguno de nosotros quiso castigarte con nuestro silencio. Yo ni siquiera sabía que estaba guardando un secreto. ¡Era un niño! Y al final los adultos tomaron la decisión que creyeron oportuna en ese momento. Y estoy seguro de que Carla tampoco fue partícipe de sus maquinaciones. Como yo, ella aceptó la verdad que nos impusieron. Esa es toda la historia —concluyó—. No hay artimañas ni confabulaciones. No hay monstruos en el armario ni más secretos que desempolvar... Por cierto, ¿dónde está tu guardaespaldas? —Adrián alzó una ceja y la miró por el rabillo del ojo.

—Está durmiendo. No ha pasado buena noche —le respondió de manera tosca, todavía lastimada por su apabullante sinceridad.

—Odio buscar aparcamiento —maldijo a la vez que escudriñaba ambos lados de la vía—. Espero que en el futuro inventen un chisme para que puedas meterte el coche en el bolsillo. —Giró el volante y se adentró en un camino de tierra donde algunos vehículos permanecían mal estacionados—. Antes de meternos en la cueva del lobo, ¿piensas contarme qué está pasando entre nuestro querido Benjamín y tú? No creas que porque seamos unos mentirosos, somos además tontos.

Con un brazo descansando en la ventanilla, Emma apoyó la barbilla en el puño y contempló su rostro en el espejo retrovisor. También era una mentirosa. Los surcos bajo sus ojos y las líneas hundidas que delimitaban sus labios la delataban. Era igual que ellos. De la misma sangre. Nacidos de la misma raíz. Y su tallo no era mejor que los otros. Puede que hubiera crecido con otra perspectiva más idealista del mundo, pero se nutría de la misma savia que el resto.

Opresora. Llena de miserias.

—Ben y yo estamos dándonos un tiempo —le reveló con un inmenso dolor, el cual pensaba haber acallado desde que había vuelto a casa—. Me fue infiel y no consigo perdonarlo. Ahora no quiero. No me importa.

—¡Será hijo de su... madre! ¿Y cómo ha tenido la cara de venir a quedarse en casa y de asistir al entierro de Nana? Si mamá se hubiese enterado de esto, le habría echado un poco de veneno para ratas en la sopa.

—Por eso no quise decir nada, y porque papá está recuperándose de un infarto.

Con las manos todavía sobre el volante, su hermano asintió varias veces con un enjuiciamiento que llegó a asustarla.

—Los secretos tienen el mismo valor que las mentiras, cuando no debería ser así —dictaminó tajante. Después abrió la puerta del coche y dejó que una bocanada de aire viciado lo envolviese antes de pisar la tierra cobriza del improvisado aparcamiento—. Hay secretos que tenemos que mantener para no hacerle daño a alguien que nos importa. Y eso no es mentir.

Emma quiso rebajar la tensión antes de tocar el timbre de la casa de su hermana, y se atrevió a cogerlo del brazo y permitir que él la arrastrara camino abajo.

—Por cierto, ¿por qué mamá me regaña si llego tarde porque se supone que estamos de luto y a ti te deja ir de tocata?

—Porque yo soy un caso perdido, hermanita. Yo soy la oveja negra de la familia.

Una vez dentro, se acomodaron en el sofá mientras Carla corría de un lado a otro sacando las tazas nuevas de café, esas que le habían regalado sus padrinos el día de la boda pero que solo usaba cuando tenía visita. Y para ella, sus hermanos, quienes habían llegado sin avisar, eran visita, puesto que su vida social se había reducido a quedar algún que otro día al mes con alguna madre del colegio de sus hijas.

—Deberían haberme avisado —los increpó como solía hacer su madre al tiempo que se afanaba en limpiar la mesa, a pesar de su prominente escayola—. Podría haber recogido la casa y haber comprado unos rosquetes.

—En tu casa brilla hasta el grifo del lavabo. —Adrián consiguió hacerla sonreír y que esta le lanzara el paño de cocina a la cara.

—¿Le ha ocurrido algo a papá? Me tiene muy preocupada. Él insiste en que está bien, pero no estoy muy segura. Ya sabemos cómo es.

—No, el viejo está bien. Hemos venido para ver cómo te las ingeniabas con una sola mano y qué tal te encontrabas.

Carla se dejó caer sobre el sofá y resopló hasta que los rizos pelirrojos de su frente se levantaron.

—Pues estoy muy atareada y apenas consigo hacer nada con esto —dijo, señalando el yeso—. Me cuesta tender la ropa, vestir a las niñas, peinarlas y hacer de comer sin que me lastime. Pero, bueno, tengo revisión la semana que viene, y espero que en menos de un mes me lo quiten, así seré de nuevo libre.

—¿Segura? —Adrián apagó su sonrisa educada y la torpedeó con su mirada incisiva.

Emma supo en ese momento que su hermano deseaba llevar la voz cantante y que eso podría conseguir que se desatara un huracán dentro de la casa. Así que le dio varias palmaditas en el brazo para tratar de relajarlo y que no se enfrentara a su hermana de una forma tan directa.

—¿Qué quieres decir? —Carla frunció el ceño, recelosa, pues estaba acostumbrada a sus pullas.

—No te lo tomes a mal —trató de interceder ella—. Sabemos que eres tú la que se dedica por completo a las tareas del hogar, y que, tal vez ahora, Rayco debería ayudarte un poco más para evitar que hagas sobresfuerzos.

—Mi marido tiene un trabajo —replicó Carla ofuscada.

—¡Oh, por Dios! Sííí, que le ha dado papá porque él no era capaz de encontrar ninguno. —Adrián se llevó las manos a la cabeza ante lo que él consideraba una defensa ridícula.

—¿Como te sucede a ti?

Su hermano abandonó el sofá, furioso, y con las manos en los bolsillos, se limitó a contemplar las paredes inmaculadas de la casa.

—Papá y mamá te cedieron el terreno para que construyeras aquí un hogar —continuó él—, no para que fuera una cárcel.

Carla buscó amparo en los ojos de Emma, pero esta se limitó a desviar la mirada y negar con la cabeza. Aquello iba mal. Muy mal.

—Creo que todos deberíamos calmarnos y hablar de una manera más civilizada —sugirió, a sabiendas de que ya era demasiado tarde para devolver las aguas al río.

—¿Qué es lo que estás intentando decirme, Adrián? Tú no eres de los que dan rodeos. —Carla se levantó y no dudó en encararse con su hermano.

—Tienes toda la razón. —Hizo una pausa a la vez que buscaba la aprobación de Emma, aunque ella, sentada en el sofá y con los músculos tensos, le imploraba que no cometiera una estupidez—. Creemos que tu marido te pega.

Carla retrocedió espantada a la vez que se llevaba la mano al pecho. Herida. Dolida por su afirmación. Entornó los párpados unos segundos en los que trató de recuperar el temple, y cuando quiso

hablar, su voz tan solo pudo emitir un quejido amargo.

—Solo queremos que sepas que estamos aquí para apoyarte. Y si necesitas nuestra ayuda, no vamos a negártela. —Emma quiso devolverla al sillón, pero ella la apartó con la escayola—. ¡Carla!

—¡Ustedes dos están locos! ¡Venir a mi casa a insultarme! ¿De quién ha sido la maravillosa idea? ¿Tuya, Emma? Desde que has llegado de Madrid, no has hecho otra cosa que revolverlo todo. ¿Y para qué? ¿Para después despegar las alas y regresar a tu nido seguro, lejos de todos nosotros? ¡Olvidarte de que existimos! ¿O puede que hayas sido tú, Adrián? Siempre celoso de que papá confíe más en Rayco que en ti para los negocios de la familia y que sea él quien vaya a heredar el taller porque tú no sabes hacer otra cosa que aporrear las teclas del piano. ¿Y te atreves a decirme que yo vivo en una cárcel? ¡Yo he construido un hogar!

—Por el amor de Dios, Carla, ¡basta! —exclamó Emma impotente —. No hemos venido aquí a que nos acribilles con tus reproches. Solo a decirte que estamos de tu lado.

Su hermana posó sus ojos desconfiados en su rostro suplicante.

—Rayco no me ha puesto nunca la mano encima —recalcó con retintín.

—Nayra te vio —musitó ella.

Carla abrió los ojos de par en par y creyó desfallecer. Se sujetó al respaldar del sofá para evitar caer mientras percibía cómo un hondo vacío brotaba de sus entrañas devorando la frágil esperanza que aún anidaba en su cuerpo.

—¿Me vio? ¿Cuándo?

—La otra noche mientras discutías con Rayco —le confesó ella con labios temblorosos—. Él te empujó y tú te estampaste contra la pared. Una niña no debería presenciar cómo su padre le hace daño a su madre. Tus hijas no se merecen esto. Ellas no.

—No es lo que ustedes creen. De verdad, lo juro por la abuela. — Emma arrugó el rostro, desconcertada—. Es la primera vez que nos ocurre algo así. Rayco había bebido más de la cuenta, pero él no es así. Quiere mucho a las niñas.

—¿Y el brazo? ¿Vas a negarnos también que te lo hizo él? — intervino de nuevo Adrián, más calmado—. Hemos visto los moratones que has tratado de enmascarar con tu torpeza, pero esta vez te ha roto un hueso. ¿Qué será lo siguiente? ¿Dejarte inconsciente?

—No fue él. No fue él. —Carla estalló en un mar de lágrimas furiosas empujadas por su propia impotencia a resbalar por su piel, marcando sendos surcos en ella—. Tienen que creerme. ¡Por favor!

—¿Quién fue entonces? —le preguntó Emma, queriendo darle una oportunidad para explicarse mejor—. Si no fue él, ¿quién?

Su hermana trató de enjugarse el llanto y secarse el rostro humedecido con el dorso de la mano. No fue capaz de mirarlos a los ojos, y prefirió ocultar su vergüenza entre las ondulaciones deshechas de su cabello encendido.

—La noche que Nayra nos vio, yo había llevado a las niñas a sus clases de gimnasia rítmica. Al regresar, me asombré al encontrar a Rayco con un hombre al que me presentó como un viejo amigo. Estaban bebiendo. Había sacado una botella de ron y se la repartían como si fuera agua del manantial. Le dije a las niñas que se prepararan para la ducha y las mandé a su cuarto. —Inspiró hondo y enterró aún más la cabeza entre sus manos—. Estaban bromeando, hablando de los viejos tiempos, y mientras ellos reían, el corazón se me encogía, porque no entendía de dónde había salido ese hombre. No lo había visto en mi vida. Y entonces me atraganté con mi propia saliva cuando dijo que los años que había pasado en la cárcel no le habían sentado tan mal.

Emma abrió los ojos de par en par y sus iris verdosos invadieron por completo la cuenca de estos, mientras que la mandíbula de Adrián se le retorcía como una contorsionista dentro de una pequeña caja.

—No sabía que Rayco tuviese amigos en el trullo —comentó él perplejo.

—Ni yo tampoco. Hasta el otro día —afirmó, demasiado afectada para alzar la vista—. Sabía que cuando su padre los abandonó, su hermano Ayoze se dedicó al trapicheo de drogas para sacar algún dinero y llevarlo a casa. No había cumplido ni los veinte y ya les hacía favores a algunos traficantes de la zona. Incluso empezó a consumir, para disgusto de su madre. Rayco era más pequeño que él, y aunque fue tentado para conseguir dinero fácil, su madre lo tuvo bien amarrado, hasta que Ayoze se fue de casa. No quería el mismo futuro para su otro hijo. Pero no tenía ni idea de que mantuviera todavía el contacto con algunos amigos de su hermano. Le dije que no quería que ese hombre volviera a pisar nuestra casa, y no se lo tomó demasiado bien. Empezó a decirme que yo no podía controlar sus amistades y que podía invitar a quien le diera la gana. También, que si yo había decidido retomar mis estudios sin contar con él, que yo debería pagármelos, dado que el sueldo lo aportaba él en la casa. —Apretó los labios con garra y se dijo a sí misma que no volvería a llorar—. Eso fue lo que tuvo que haber visto Nayra. ¡Mi niña! ¡Mi pobre niña! Rayco estaba tan alterado que me dio un empujón, pero se disculpó. Había bebido demasiado y ese hombre había conseguido agitarlo.

—Y, entonces, ¿el brazo? —insistió Adrián.

—Fue Pancho. Ese amigo suyo. Se presentó ayer mientras las niñas estaban en el colegio para pedirnos dinero. Nos dijo que necesitaba rehacer su vida, comenzar de cero, y yo por supuesto me negué. Y

entonces se puso hecho una furia y amenazó a Rayco con contar algo que podría traerle problemas. Yo no tenía ni idea de lo que estaban hablando, pero Pancho continuaba afirmando que iría a la policía y que eso terminaría enterrando a mi suegra, y entonces llegaron a las manos. Yo quise separarlos, y fue cuando Pancho me golpeó y me lanzó contra las sillas del comedor. —Por primera vez desde que había comenzado su relato, Carla elevó la mirada, empapada por decenas de lágrimas que de nuevo amenazaban por correr por su cara hinchada como un río descontrolado—. No fue mi marido. Él lo echó de casa y le dijo que no volviera a acercarse a nosotros.

—Tienes que ir a la policía y poner una denuncia —le sugirió Emma mientras la rodeaba entre sus brazos.

—No... puedo —balbuceó ella—. Tengo miedo de que vuelva y de que les haga daño a las niñas.

—Si no lo haces, vendrá igual.

Adrián resoplaba sin darles descanso a sus pulmones, con las manos entrelazadas en la nuca y la vista depositada en el techo.

—¿Qué es lo que tiene contra la familia de tu marido? No lo entiendo. Ayoze murió hace ya algunos años en un accidente de tráfico. Recuerdo que fui a su funeral.

—Sí, todavía no había nacido Yaiza —certificó su hermana.

—Entonces, ¿qué más da? Que vaya a la policía.

—Rayco lo hace por su madre Angustias. —Se encogió de hombros, pues tampoco comprendía la actitud de su marido—. Lo que él me contó es que su hermano Ayoze siempre andaba con Pancho, y que una vez le vendieron droga a una menor. Tenía solo dieciséis años y la cosa no acabó bien. Murió de sobredosis delante de ellos y ninguno hizo nada por ayudarla. La dejaron allí mientras convulsionaba porque tenían miedo de que la policía los detuviera y los hiciera responsable del suceso. Ninguno quería terminar en prisión. Además, el narco para que el trabajaban los amenazó de muerte si alguno decidía irse de la lengua.

—Pero eso fue hace mucho tiempo —la consoló Emma—. Puede que el delito haya prescrito. Y si Rayco no estuvo envuelto, no llego a entender el porqué de tanta histeria.

—Rayco tendría unos catorce años, por lo que no acompañaba a Ayoze en sus correrías nocturnas. Su hermano terminó destrozando a la familia después de que su padre se fuera a Venezuela a buscarse la vida. Nunca regresó. Y creo que eso terminó marcándolos a los dos. Ayoze se convirtió en un dolor de cabeza para su madre, y entiendo que Rayco no quiera que le imputen un nuevo delito, aunque ya esté muerto y bien enterrado.

—Sigo pensando que deberías acudir a la policía. Puede que esté con la condicional, y el hecho de que te haya agredido podría

devolverlo a la cárcel —insistió Emma.

—Y cuándo vuelva a salir, ¿qué hacemos? No, no, Rayco me ha dicho que iba a solucionarlo, y estoy segura de que lo hará. Pero, por favor, no le cuenten nada de esto a mamá. No la he llamado porque sé que la historia de la caída accidental no va a convencerla, y no quiero que se preocupe pensando que hay un expresidiario que está acosándonos.

Media hora después, Emma intercambió una mirada trágica con su hermano cuando se introdujeron de nuevo en el vehículo. Secretos. Demasiados secretos seguían rodeando a la familia, a cada uno de sus miembros, para hostigarlos hasta que su entereza quedara reducida a simples despojos.

—¿Te crees esa historia? —le preguntó nada convencida a Adrián.

—Sí. Creo que no fue su marido quien le zurró, pero también estoy convencido de que oculta algo. Si no, ya habría llamado a la policía.

Ella suspiró aliviada.

—Bueno, en algo nos ponemos de acuerdo. Yo también creo que sí que estuvo implicado en la muerte de esa niña.

—Al final, mamá va a tener razón con nuestro querido cuñado: es una garrapata indeseable.

El anciano ensanchó el pecho mientras contenía una respiración orgullosa. Después, asintió con levedad varias veces y posó su mirada satisfactoria en el rostro del cura.

—Emma siempre fue muy lista. No le costó mucho atar cabos y considerar la posibilidad de que su cuñado fuera el responsable del pequeño desfalco del taller de su padre. Yo había averiguado que todos los meses se desviaban fondos a una cuenta sospechosa llamada Desguaces Pérez. Sin embargo, no existía ninguna sociedad en las islas fundada con ese nombre. No eran grandes cantidades de dinero, a veces veinte euros, y otras, cincuenta, como cobro de algunas facturas por piezas de recambio, pero que a final de mes resultaba un gasto considerable si teníamos en cuenta que esas piezas jamás existieron.

Diego hizo crujir sus dedos con sonoridad a la vez que obtenía sus propias conclusiones.

—¿Rayco estaba siendo chantajeado por ese tal Pancho?

—Sí, eso era evidente. Y por eso Emma estaba convencida de su implicación en la muerte de la niña por sobredosis. Había algo que el marido de Carla no quería que se supiera, y yo también dudaba mucho de su débil excusa para no querer asustar más a su madre. Ayoze estaba muerto, y a los muertos no se los enjuicia.

—Y si no lo denunciaron, ¿qué fue lo que hicieron?

—Imagínese mi rostro cuando regresé a Tenerife. Llegaba esperando ser el gran salvador, de alguna manera sorprender a Emma

con mi acto *altruista*, de ayudar a solventar los problemas económicos de su padre y aclararle quién era el responsable de su infarto. Pero Emma ya lo sabía. Y cuando hablamos con Alberto, este se mostró reacio a despedirlo, pues se trataba de su yerno. Si él se quedaba sin trabajo, sus nietas no comían, así que decidió arreglarlo por las buenas con una estrepitosa reprimenda y una promesa de que si volvía a engañarlo terminaría en la calle, sin mujer y sin niñas. El asunto de Pancho era otra cuestión. Alberto le dijo que si él era un hombre hecho y derecho, como se dedicaba a gritar a los cuatro vientos, que pusiera a esa sabandija en su lugar, porque si esa historia salpicaba a su hija y a sus nietas, ya podía rezar para que jamás lo encontrara.

—¿Y ya está?

—Por supuesto, ni Emma ni Adrián estaban de acuerdo con la solución de su padre, pero no les quedó más remedio que callar. Otra vez. Aunque ya puedo adelantarte que los almuerzos de los domingos no volvieron a ser los mismos.

El sacerdote le mostró una mueca contrariada.

—¿Y qué hay de Sam? ¿No estuvo al corriente de estos hechos?

—Pensaba que no le interesaba para nada su historia —afirmó con una sonrisa perniciosa—, que Sam no era más que un personaje secundario en ella.

—Y para mí lo es —se defendió mientras se revolvía en la silla—. Parece ajeno a todos los problemas familiares de Emma.

—Sam tenía una manera peculiar de enfrentarse a sus propios fantasmas. Para él, los problemas de los humanos no eran más que eso: problemas insignificantes. Aunque todo esto iba a cambiar para él de una manera extraordinaria.

Capítulo 17

El baile de las mariposas

El ángel contemplaba con cierto gozo el baile de las mariposas sobre las flores más vespertinas del jardín. Volaban entusiastas, trazando figuras delicadas en el aire. Efímeras. Magnéticas. Eran insectos fascinantes, pues antes de morir ya experimentaban una primera transformación para convertirse en adultas; una transformación que estaba vetada para muchos de los seres que habitaban el planeta pero que él consideraba necesaria para avanzar en el serpenteado camino de la vida. Pronto advirtió que era una de ellas quien, con sus exhibiciones, guiaba a la otra en su frenético vuelo. Arrugó el entrecejo y percibió un discreto aroma a feromonas proveniente del insecto dominante. Era el macho. Y sin duda alguna, él estaba presenciando su asombroso cortejo para fecundar a la hembra entre piruetas ingeniosas y acercamientos seductores.

Frunció los labios, pensativo. Era el instinto de supervivencia el que los empujaba a cumplir con una de las funciones básicas para su existencia: la reproducción. Sin embargo, había algo embaucador en el vuelo de las mariposas. Expresaban su libertad, su pasión por la vida mientras duraba todo el proceso del cortejo. Y llegó a preguntarse si ese embrujo desaparecía después de la consecución del acto sexual o permanecía vivo en el interior de todos los seres con independencia de su evolución. Porque él no comprendía qué estaba sucediéndole a su alma. A veces, vibraba exaltada; otras, parecía languidecer, como si los segundos fueran días eternos donde su reloj interior hubiese olvidado poner en marcha las manecillas. «No, muchos de ellos carecen de conciencia. Son solo insectos», se reafirmó en su postura.

Entonces, dio un respingo al comprobar que Emma regresaba ya con su hermano y se disponía a abrir la valla. No parecía tener buena cara, pues sus cabellos de fuego estaban atados en una coleta, condenándolos a apagar su brillo, y sus mejillas carentes de ese rosado fresco colgaban de sus pómulos desganados. Y a pesar de experimentar la necesidad de correr hacia sus brazos, bajó la barbilla y aguardó a que sus pasos se encontraran con él.

Al llegar a su altura, Adrián lo examinó por el rabillo del ojo como si todavía fuera un extraño, pese a que los días en la casa se habían convertido ya en semanas, y carraspeó para expresar su saludo de una forma curiosa. No era ni educada ni grosera, aunque a él se le antojase demasiado primitiva incluso para merecer un análisis profundo.

—Yo me ocuparé de mamá —le informó a su hermana mientras aceleraba el paso—. Haz lo que tengas que hacer con el guiri.

—No seas demasiado cruel ni sincero —lo aconsejó ella.

Emma le sonrió de medio lado. Tras atraparle los dedos con una mano, tiró de él hasta llevarlo fuera de los dominios de su familia. Sam no se opuso a su decisión, pues sentía la necesidad imperiosa de estar a solas con ella.

—Demos un paseo hasta el Ramal. Allí podemos tomarnos un café o respirar el aire contaminante de los coches.

Él enarcó las cejas y la observó con detenimiento mientras ella lo arrastraba a su locura. Su aura había cambiado en cuanto lo había visto. Sus colores eran más encendidos, predominando los tonos cálidos como era el naranja. A veces, este era asaltado por una burbuja más roja sobre su hombro derecho, y se avergonzó por haberse atrevido a leerla sin su consentimiento previo. Frunció el entrecejo, preocupado. Nunca se había sonrojado por haberse inmiscuido en los asuntos humanos, sobre todo los que eran de su incumbencia y por aquellos que tenía que velar. Y Emma no dejaba de ser su extraña misión, aunque todavía no comprendiese las motivaciones reales de su superior.

Recordó su conversación con él después de su asignación: «Siempre he ejecutado con suma precisión todo lo que se me ha ordenado. ¿Es que he hecho algo mal? ¿Se han quejado los soldados?». Y la respuesta de su superior fue: «No, nunca has errado en tu cometido. Tu trabajo es impecable, y sé que eres consciente de ello. Sin embargo, la desgana ha aflorado en ti de una manera abrumadora y ha ensombrecido tus logros. Mientras nos esforzamos en llevar al mundo a su justo equilibrio, existen fuerzas que exigen lo contrario». Sam lo secundó: «Lo sé». Y enseguida vino la conclusión: «No te tomes esta misión como un castigo, porque no lo es. Pretendo que sea tu reconciliación con los humanos».

Se aferró a la mano de Emma y observó de reojo los inmensos cañaverales que poblaban el barranco al cruzar el puente. Crecían sin complejos, indómitos y enmarañados, sin nadie que los frenara en su carrera por alcanzar la altura del asfalto. Hasta las glorias de la mañana salpicaban con su tono violáceo los enormes herbazales que lo poblaban mientras los acompañaban en su ascenso por conquistar el mundo urbano, dotándolo de una belleza salvaje. Fresca. Única.

—¿Has dormido bien? —le preguntó ella al ver que de su boca no se escapaba ni un suspiro.

—Incluso en este pueblo castigado por el excesivo cemento, existen vestigios rebeldes que tratan de rememorar el paisaje de antaño.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy.

Ella dibujó en sus labios una afligida O, sorprendida por su excesiva franqueza.

—No será por lo que sucedió anoche, ¿verdad? —le preguntó, temerosa por conocer su respuesta—, porque para mí ha sido lo más maravilloso que me ha sucedido en mucho tiempo.

Él se detuvo, y cabizbajo quiso ocultar las emociones que lo envolvían antes siquiera de darle forma a un pensamiento.

—No debió haber ocurrido —le confesó con una pena tan honda que imaginó que su alma debía haber sido agujereada por un meteorito errático.

—¡Oh! —Emma le soltó la mano y la resguardó en uno de los bolsillos de su pantalón vaquero—. Bueno, será mejor que regrese a casa y ayude a mi madre con el almuerzo, o quizá deba consolarla, porque Adrián no es conocido por su delicadeza para tratar ciertos asuntos, y puede que Carla me necesite, aunque la verdad es que todo este barullo se lo ha buscado ella solita. Nana tenía razón: nunca debió casarse con ese hombre. —Ella sacudió las puntas de sus bailarinas contra la acera y miró al frente, al imponente árbol que sobrevivía en la que una vez fue una plaza circular, agrandada para mejorar la circulación y perdiendo así su forma tan característica. Emma quería resistir como él a los empujes de un tiempo que se le escapaba de las manos.

—Soy un ángel —le recordó él—. Y he sucumbido a unos sentimientos que estaban embrollándome, anulando mi discernimiento, y a nosotros se nos ha prohibido yacer con...

—... seres inferiores —terminó la frase por él.

—No me malinterpretes. Existe algo en ti que me atrae como un asteroide a un agujero negro, y por más que intento negarme a él, no lo consigo.

Ella continuó caminando con los ojos fijos en las ramas intrincadas del árbol. Quizá él, que había perdurado a las numerosas transformaciones del pueblo, podría ampararla, darle el cobijo que su corazón volátil necesitaba.

—No tienes por qué darme explicaciones. Lo comprendo. Tú no perteneces a este mundo y yo ya no sé a cuál pertenezco. No puedo pretender que alguien como tú se encadene a mí para toda la eternidad, o mientras dure mi vida, ya que yo sí soy mortal y me volveré vieja, arrugada, y tú no puedes estar cuidando solo de mí cuando tienes un planeta entero que salvar y...

—Pude haberte matado anoche. —Ella agradeció que interrumpiera su verborrea nerviosa, aunque las palabras que había pronunciado la hubieran sacudido de nuevo de pies a cabeza—. Estaba tan extasiado por el momento memorable que estaba palpando que

desatendí a mi parte divina. Con este traje, soy más humano que ángel, pero eso no me impide conectar con algunos resquicios de mi poder, y al percibir un gozo indescriptible para mí, mis alas florecieron sin que pudiera dominarlas y, con ello, mi energía natural se desató —le reveló arrepentido—. Un humano no está capacitado para visualizar mi aura, y menos para dejarse envolver por ella. Anoche pude haberte dejado ciega, incluso podrías haber quedado catatónica. O, lo que es peor, haber muerto. Por eso sé que no puede volver a ocurrir.

Ella entornó los párpados, apenada por la revelación que el ángel le había transmitido.

—Pero no me pasó nada. Puede que sea porque soy capaz de escucharte cuando nadie lo hace —le recordó—. Tal vez no sea una profeta, ya que, como dices tú, no recibo imágenes del futuro, aunque sí lo hago de un pasado que me atormenta, y eso no me convierte en un ser especial, sino ordinario. Todos tenemos un pasado, sombras que tiñen nuestro presente de grises, pero ahora mi color eres tú. Y quizá el hecho de que pueda oírte es que existe un vínculo entre nosotros que traspasa lo racional.

Él la miró con condescendencia, y quiso creerla, imaginar que sí que existía una conexión especial entre los dos y que esta lo había llevado a bajar la guardia, a sentirse seguro cuando estaba a su lado, aunque fuera una explicación improbable, pues jamás había escuchado una historia semejante por parte de otros ángeles.

—Te sumiste en un profundo sueño después y temí que no despertaras. Nunca había experimentado tal impotencia, porque no sabría lo que habría hecho si te hubiese sucedido lo peor. No quiero perderte, no quiero que tu muerte sea provocada por mis pasiones y mi poca profesionalidad. Una vez me preguntaste si había cortado mis alas para llegar hasta ti, y me sentí muy incómodo, aunque no supe discernir el motivo. Tal vez sea la única manera que tenga para permanecer a tu lado, para amarte sin consecuencias.

—No quiero que lo hagas. No quiero que condenes tu existencia por mí.

—Ya vivo una condena. Deseo besarte, y temo que tus labios se derritan antes de siquiera rozarlos.

Emma presionó los párpados con impotencia y sacudió la cabeza con rabia, pues no quería vivir en la jaula donde el canario canta con nostalgia mientras se balancea sobre un columpio artificial recordando que el sol se puso antes de que probara a volar. Así que, decidida, abrió los ojos, y sujetándolo por ambos brazos, lo atrajo de nuevo sin miramientos, permitiendo que su boca se estrellase contra la de él. Sam aguantó la respiración unos segundos hasta que le fue imposible negarse al aire que Emma le brindaba. Había aprendido a besarla, a

juguetear con sus labios al tiempo que su lengua ansiaba el ardor de sus caricias. No quería perderla de ninguna de las maneras. Y eso le resultaba imposible de concebir, pues no había una fácil solución a su pasión.

—No quiero perderme. Pero si he de hacerlo, que sea contigo.

El sacerdote arrugó el rostro, receloso, y se cruzó de brazos mientras esperaba a que el señor Torres terminase de beberse el vaso de agua. La pierna derecha le temblaba impaciente, y aunque palpaba su rostro ofuscado, se negó a hacer alguna valoración sobre lo que el viejo acababa de narrarle. Sin embargo, Benjamín era un hombre astuto. Él ya había advertido que lo observaba a través del cristal al tiempo que saciaba su sed como un depredador paciente. Vigilante. Diego no quiso darse por vencido y jugueteó con el bolígrafo haciéndolo girar sobre sus dedos, para después fingir que anotaba un par de frases en su libreta.

—Cuando llegué de nuevo al pueblo, no necesité que Adrián me mostrara su rechazo para descubrir que muchas cosas habían cambiado. El acercamiento entre Emma y Sam era más que evidente, aunque ellos trataban de no hacer alarde de esa insólita atracción que había surgido entre ambos. —El anciano inclinó el torso hacia delante y le sustrajo la foto que permanecía guardada entre las páginas de su libreta, esa en la que los tres habían sido sorprendidos en la iglesia. La examinó, acariciando con nostalgia los bucles pelirrojos de Emma a la vez que su mirada arrepentida se posaba en el rostro de Sam—. A ella le brillaban los ojos cuando él estaba cerca. No estaban empañados como semanas atrás, sino que parecían más transparentes, más ilusionados. Y no pude evitar sentirme desdichado, pues así solía mirarme a mí. —Elevó la barbilla y le devolvió la foto—. No fue culpa de él. Fue mía. Mi indolencia y mi orgullo fueron mi castigo. Porque, aunque ella tenía toda la razón del mundo en despreciarme por el daño que le había ocasionado, yo quise restarle importancia a su dolor y me centré en el mío.

Diego chasqueó la lengua mostrando su incomodidad, después esbozó una mueca incrédula en un semblante que procuraba ser respetuoso.

—¿Y ya está? ¿No habló con Emma ni le insistió en comentarle sus sospechas? —le preguntó al fin al comprobar que la paciencia del viejo podía ser inagotable.

—¿Qué le sucede, padre?

—Es evidente que Sam está engañándola por un motivo que no logro comprender. Un ángel jamás se comportaría de esa manera, y el hecho de que valore cortarse las alas para convertirse en un caído, en un infiel, es intolerable. —Sus facciones serenas estallaron al tiempo que trataba de aligerar su ardor con sendos resoplidos—. Ahora tiene

la excusa perfecta para ser lo que siempre ha sido: un hombre como todos los demás. Y ella, ingenua de sí, lo recibirá con los brazos abiertos creyendo que Sam ha abandonado su divinidad por ella para compartir su mortalidad. Tenía usted razón: Sam siempre fue un fraude.

El viejo arqueó las cejas, asombrado por el resentimiento que aún guardaba el cura bajo la sotana.

—¿Como lo fue su padre?

—Mi padre no tiene nada que ver con esto. —Diego bajó la barbilla hasta casi rozar su pecho.

—¿Ha llegado a perdonarlo? ¿A perdonarse a sí mismo por sus decisiones?

El sacerdote se rio de sí mismo, y también por el extraño giro de los acontecimientos, que lo situaban a él como el penitente en busca de comprensión.

—Mi padre era un mentiroso. Tenía grandes sueños para todos. Quería abrir una empresa de licores y hacer de ella un referente nacional. Contaba con la maña necesaria para elaborarlos y las recetas del abuelo que gozaban de cierto prestigio en el pueblo. —Recreó algunos momentos alegres en su mente a la vez que una delicada sonrisa comenzaba a dibujarse en sus labios—. Era un soñador. Y de él aprendí a luchar, porque nadie tiene derecho a destrozar las ilusiones de otro. Pero él se rindió demasiado pronto, cuando el banco empezó a ahogarlo con facturas impagadas y continuas amenazas de embargo. Fue entonces cuando decidió beberse todos sus sueños. —Despertó de su ensoñación y posó su mirada en los ojos cansados del viejo—. Sí, también él fue un fraude. Nos engañó a todos llenándonos la cabeza con historias de triunfadores que empezaron de la nada, con casas en la ciudad donde cada uno tuviese su propio dormitorio y con viajes inimaginables para conocer el mundo entero. Y yo le creí. Reía con él cuando me cogía en volandas, cuando corríamos por las calles del pueblo persiguiendo a malhechores que no eran más que ratones escurridizos... Hasta que decidió hundirse en su propia miseria y arrastrarnos a todos con ella.

—Lo siento mucho.

—No lo sienta. Él pertenece al pasado. Y sí, lo perdoné hace mucho tiempo cuando hice mi propio examen de conciencia. —El joven se frotó el mentón y examinó las líneas rectas trazadas por los mosaicos del pavimento. Todas convergían en una. «Todos los caminos conducen a Roma», pensó—. Puede que en parte lo haya envidiado porque él era un soñador, y yo jamás me he permitido soñar. Ya conoce mi pecado.

—Por temor a terminar como él, supongo. —Diego se encogió de hombros—. Tiene miedo a perder la poca fe que le queda. También

usted ha dejado de creer en la humanidad como la mayoría y busca la manera de motivar a sus parroquianos, de que luchen por sus sueños, como hizo su padre, y de que no tiren la toalla, porque usted sabe que un hombre sin sueños es un hombre muerto. Y casi sin pretenderlo, ha encontrado uno al que aferrarse, uno en el que ha depositado toda su esperanza para no caer en el abismo. —El anciano frunció los labios y fue testigo del desánimo en el espíritu del sacerdote—. Sin embargo, hay algo que todavía no ha comprendido. Una historia de fantasmas no va a conseguir que usted recupere la fe, pero una historia de amor verdadero le removerá las entrañas.

Diego echó la cabeza hacia atrás e inspiró muy hondo. El viejo tenía razón. Había vuelto a arañar la fe la noche en la que vio al difunto Juan Ramos pasearse por la nave principal de la iglesia y encontró las anotaciones del padre Manuel en la sacristía. Sin embargo, a pesar de haber asumido que un ángel pudiese haber bajado a la Tierra en tiempos convulsos, pues ya existían referencias de sus implicaciones en los asuntos humanos tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, se resistía a creer que un ser divino se hubiese enamorado de una simple mortal. Siempre imaginó que Sam ayudaría a Emma a cerrar el caso de los asesinatos, que de alguna manera, al haber sido mancillada la casa de Dios, él intervendría en su limpieza y los culpables serían sometidos a un juicio divino. Pero no era así. Si le hubiese importado el templo, habría renegado de su traje y habría buscado la solución en el Cielo. Él no tenía ni idea sobre cómo funcionaban las cosas allí arriba, aunque quería pensar que habría infinitos archivos sobre todo lo que acontecía en el mundo, una especie de Biblioteca Divina donde se guardaban los párrafos más importantes sobre la vida de las personas y que se leerían en voz alta cuando el alma difunta viajase hasta allí.

Se masajeó la frente y le lanzó una mirada inquisitiva al anciano.

—¿Por qué se empeña en que crea en él cuando ni usted mismo lo hacía? Siempre pensó que todo era una treta para desplazarlo y conquistar así a Emma. ¿Por qué insiste en que deposite mi fe en él?

—Porque, aunque sus palabras digan lo contrario, su corazón necesita creer.

Capítulo 18

El espejo es el reflejo del alma

Emma madrugó esa mañana. Se desperezó con un ánimo diferente, uno que le recordaba que había descansado mientras las nanas canturreaban su nombre y las notas musicales se columpiaban en una luna sosegada dispuesta a mecerla. Por primera vez desde que había llegado a la isla, había disfrutado de un sueño placentero. Un sueño que la invitaba a transitar por un nuevo sendero, sin ansiedades que la sobresaltaran ni temores que le provocaran un insomnio incombatible. Y Sam era el responsable de su nueva dicha.

Antes de descender los escalones, se dirigió a la habitación donde él dormía y, a hurtadillas, comprobó que continuaba con los ojos cerrados. Entornó de nuevo la puerta con sumo cuidado para no despertarlo y suspiró agradecida, pues ese día presumía ser un nuevo comienzo en su vida. Saludó a su padre antes de que este se fuera al taller y desayunó con su madre sin asperezas que le cerraran el estómago. Y aunque Candelaria sospechase el motivo de su felicidad, no dijo nada. Prefirió callar, ya que por fin la verdadera Emma había regresado a su casa.

Esa alegre mañana, mientras escuchaba el gorjeo inconfundible de las palomas retozar sobre las palmeras, se ofreció a organizar toda la ropa de su abuela en cajas de cartón para luego entregársela a Cáritas. Algunas prendas se las quedaría como recuerdo, como su viejo chal magenta y un suéter de lana gris que siempre lucía en las grandes ocasiones. Desde que había fallecido, no se había atrevido a entrar en su dormitorio, el cual Candelaria había cerrado a cal y canto para que nadie lo profanara con su presencia. Pero hacía dieciocho días que Nana había partido, y la mujer había decidido que por fin era el momento de poner las cosas en orden en su casa.

Así que mientras su madre se afanaba en sacarle brillo a los muebles y vaciar las gavetas de la abuela, ella doblaba la ropa con esmero y cariño y después la clasificaba. A veces, Candelaria, asaltada por una gran congoja, abandonaba la estancia y se refugiaba en la cocina para derramar unas cuantas lágrimas. Emma procuraba no contagiarse de su sensiblería y se repetía a sí misma que Nana ya cantaba sus folías, acompañada por grandes timplistas canarios en ese cielo recóndito del cual Sam había descendido.

—¿No te importaría continuar tú sola? —le rogó su madre—. No pensaba que esto nos llevase tanto tiempo, y son ya las doce y media.

Tu padre llega en una hora para almorzar rápido y volver al taller. Ya le he dicho que tiene que descansar más, pero sabes que hace oídos sordos a mis consejos.

Emma asintió complacida y después, arrugando la nariz, la miró extrañada.

—¿Has visto a Sam? Me sorprende mucho que no haya aparecido en la cocina dispuesto a asaltar la nevera. —Agrandó su sonrisa, y al comprobar los ojos indagadores de su madre, la desdibujó, convirtiéndola en una mueca tonta—. Tal vez tenga que ir arriba para ver si se encuentra bien.

—Salió esta mañana y todavía no ha vuelto —soltó como el que enumera los ingredientes de una receta: sin ninguna emoción—. Pensé que te había dicho algo antes de marcharse.

—No, no me dijo nada —musitó pensativa.

En cuanto Candelaria la dejó a solas, Emma se sentó en el borde de la cama y estrujó el chal de Nana con preocupación. Deseó que Sam no hubiese tomado una decisión precipitada sobre su futuro y sin consultarle de antemano. El día anterior, el ángel se encontraba pletórico porque ella lo había animado a expresar sus sentimientos, aunque todavía agasajado con las nuevas emociones que afloraban en su alma, como cientos de fuegos artificiales ansiosos por brillar en el cielo. No, Emma no quería que él abandonase su inmortalidad por ella. El mundo humano era tan voluble que un día podías vociferar tu nombre en la cima de una montaña y, al otro, ser arrastrado entre los charcos generados por una gran tormenta. Ella temía que él renunciase a una dicha eterna y tuviese que enfrentarse a enormes molinos de viento, aquí en la Tierra.

De pronto, pensó que tal vez Sam debería visualizar su futuro antes de cortarse las alas, porque quizá ella podría morir atropellada por un coche o terminar ahogada en un mar revuelto un par de años después. Y él podría quedarse desamparado en una tierra hostil que creía conocer pero que le era un gran misterio todavía. Se le encogió el estómago y percibió cómo las náuseas cobraban vida en él. ¿Qué sentido tendría entonces que él decidiera ser mortal?

Se abrazó al chal de Nana y deseó que no hubiese hecho una locura, porque estaba aterrada. Tenía miedo a que, si se transformaba en una persona corriente, dejara de verla como la mujer entusiasta que era ahora y que terminara considerándola insulsa y poco atractiva. Miedo a que se dejase arrastrar por todas esas emociones humanas y llegar a despreciarla —como había hecho Ben, quien había buscado la pasión en otra persona que le resultó más interesante— y entonces decidir abandonarla.

—¡Oh, por Dios, Nana! Aleja de mí todos estos pensamientos, porque entonces seré yo la que pierda la fe en el ser humano.

Elevó la mirada y se contempló en el espejo, ansiosa de que todas esas tribulaciones dejasen de empañar su alma y la liberasen de nuevo. Entonces, confusa, observó cómo las líneas que perfilaban su silueta se difuminaban de manera sutil, como si los colores de un lienzo cobrasen vida y brincasen frente a ella, dibujando otra forma. Una más serena. Más determinante.

Entrecerró los ojos y dio un respingo sobre el colchón que consiguió paralizarle el corazón, porque detrás de su reflejo distinguió otro: uno que emergía del fondo hasta borrar la presencia de ella en la habitación.

—¡Nana!

Tragó saliva y procuró humedecer unos labios ingratos, ya que percibió cómo estos se agrietaban sin darle tiempo a deshacerse de ese sabor amargo que la había secado. Sin embargo, no gritó ni salió huyendo espantada. Se quedó allí, anclada a la cama como si la gravedad no le permitiese reaccionar. Examinó el rostro de su abuela con ojos húmedos, pues conocía de sobra que solo ella comprendía los caprichos de su corazón. Y entendió que ella la había llamado, sin pretenderlo o tal vez pretendiéndolo; eso ya no tenía importancia. Su abuela estaba allí, con ella, y la contempló ensimismada como quien aprecia una vieja fotografía repleta de recuerdos memorables.

De repente, advirtió cómo una luz dorada nacía sobre el pecho de su abuela y pronto se extendía por todo el espejo. Era abrasadora. Reluciente. Y en cuanto acarició sus ojos, se vio obligada a cerrarlos para no ser deslumbrada por su ímpetu. Se desmayó sobre el colchón, ya desprovisto de las sábanas de su abuela y de su fragancia. Aun así, pudo advertir su calor. Su arrojo.

De nuevo, se vislumbró en la iglesia, con sus zapatos inmaculados taconeando sobre la madera donde los feligreses se arrodillaban para mostrar su respeto. Le sonrió a su abuelo, quien la reprendía por el ruido que estaba ocasionando. Y entonces, cuando escuchó un estruendo, agitada, se volvió de nuevo hacia él, pero ya no estaba.

Sangre.

Sangre en los mosaicos, en los bancos y en su vestido blanco y azul.

Sangre que teñía sus manos y parte de su rostro.

Atisbó el cuerpo de su abuelo tendido en el suelo, pero ella ya no estaba sentada. Lo observaba tras una cortina que tremaba al mismo tiempo que sus frágiles dedos. Distinguió una pistola. No quería verla. Era mala. Había matado a su abuelo. Y cuando creyó que el arma la había encontrado y le apuntaba para que ella le hiciese compañía a su abuelo, una luz la cegó, dorada y protectora.

—Emma. Emma, ¿estás bien?

Escuchó su nombre en la lejanía, aunque esta vez no era una nana

la que lo entonaba, sino una voz familiar, en la que una vez confió y que ahora dudaba si volver a hacerlo. Entreabrió los párpados, consternada, mientras en su mente se esclarecían los trazos de un rostro conocido.

—¿Ben? ¿Qué estás haciendo aquí? —logró murmurar a la vez que trataba de incorporarse.

—Tu madre me ha pedido que viniese a decirte que el almuerzo está servido.

Ella se llevó una mano a una de las sienes en un intento desesperado por recobrar su presente. Su ahora.

—¿No habías vuelto a Madrid?

—Emma, estás preocupándome. He tenido que darte palmaditas en la cara para lograr que reaccionaras. ¿Qué está ocurriéndote?

Ella se levantó y se miró al espejo con los ojos bien abiertos.

—Sí, vuelvo a ser yo misma. —Se atusó el cabello con sus propios dedos, después dobló el chal con suma delicadeza y lo depositó sobre la cómoda con cierta solemnidad—. Todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué has vuelto?

Él la miró incómodo. Al despegar los labios para ofrecerle una excusa que no sonara poco creíble, hizo crujir sus dedos, lo que delató su incipiente nerviosismo.

—Tenía que hablar con tu padre de un asunto serio. He descubierto quién está transfiriendo pequeñas cantidades a otra cuenta que no figura en los contactos estrechos del taller; o sea, una cuenta ficticia.

—Sí, ya lo sabemos. Rayco se ha dedicado a desplumar a mi padre, pero no para comprarse un yate. Está siendo chantajeado.

Con la boca abierta, frunció el ceño, desconcertado.

—Alberto me contó que necesitaba dinero por algunas deudas que había generado, y para no armar más revuelo, le prestó el dinero. Pero no me ha comentado nada de un chantaje.

—Ya sabes cómo es mi familia. Se barre para dentro de casa y se mete todo debajo de la alfombra. ¿En serio le ha prestado el dinero? ¡Ese canalla! —Lanzó un resoplido disconforme—. Podrías haber llamado y ahorrarte el viaje. Adrián y yo descubrimos que un amigo de su hermano está pidiéndole dinero a cambio de no revelar cierta información sobre una niña que murió por sobredosis. Y yo no me creo que Rayco no estuviese implicado en esa historia, si no, nada de esto tendría ningún sentido.

—¿Quieres que investigue el asunto? Podría ayudarte a averiguar la verdad —se ofreció él con la esperanza de que Emma no le diese un portazo en las narices y lo mandase de vuelta a Madrid.

—No, no pienso meterme en más líos. Esto es problema de mi hermana, y ya es hora de que aprenda a sacarse las castañas del fuego.

Si ella no sabe quién es su marido todavía, yo no voy a decírselo. Y si mi padre ha decidido pagar la cantidad de dinero que este individuo les ha demandado, pues que acarree él con las consecuencias —dijo, negando con la cabeza—. Le sugerí que lo despidiera para que no se hundiera con él, para que salvara el taller. Y ya ves, se ha endeudado más.

—Puedo volver a hablar con él. Emma, si necesita el dinero, yo puedo prestárselo.

—No, Ben. No quiero que tu dinero pague los pecados de mi cuñado.

Él dio un respingo, pues Emma había remarcado «tu dinero» como si ya no le perteneciese también a ella, como si los gastos que habían compartido estos últimos años no hubieran sido relevantes, como si ya no quisiese ahorrar en un futuro conjunto.

—De acuerdo.

—Ya has ayudado bastante y... —Se mordisqueó el labio inferior, pensativa—. Aunque, tal vez, puedas echarme una mano con ese chico nigeriano que fue sospechoso de los asesinatos. ¿Cómo se llamaba? ¿Conseguiste su dirección actual?

—Se llama Akin Okoye. Y sí, apunté su dirección en mi agenda el día que estuve haciendo indagaciones en la comisaría —le respondió alarmado—. Pero ¿todavía insistes en llegar al fondo de la cuestión?

Ella le sonrió, agradecida por su gran profesionalidad. Ben siempre había sido un hombre organizado, metódico, y de ahí el éxito en la mayoría de sus casos. Después desvió la mirada hacia el espejo, apretó los labios consternada y quiso ser sincera con él:

—Las pesadillas no me dejan dormir, y empiezo a sufrir ausencias incluso despierta. Tengo que averiguar qué sucedió si quiero seguir avanzando y dejar toda esta historia atrás. Creo que ya estoy preparada para hablar con él.

Capítulo 19

Una luz demoledora

El Sauzal siempre ha sido un pueblo con encanto, y no solo por sus rincones acogedores ni por la fabulosa puesta de sol con las que podemos deleitarnos desde el mirador de los Lavaderos, sino porque todo el municipio en sí mismo es un gran balcón desde el que podemos contemplar la majestuosidad del Teide, el grandioso Valle de la Orotava o sumergirnos en el papiro azul del inmenso océano Atlántico. Situado en un gran acantilado y surcado por una docena de barrancos, la vida discurre por sus calles como si el tiempo le hubiese concedido el don de la inmortalidad. Y mientras presume de una belleza consagrada, contempla a otros pueblos con misericordia, pues estos hicieron un pacto con el diablo para que la prosperidad siempre fuera su emblema. Y así consiguieron que entraran las excavadoras a sus barrios y el cemento tiñera sus articulaciones devorando a la fiel naturaleza.

Emma se dejó seducir por sus pendientes accidentadas y sus paisajes de ensueño mientras paseaba por la avenida de la Inmaculada Concepción, para después internarse en la calle de San Pedro, tal y como les indicaba Ben. Allí residía ahora Akin Okoye, entre laderas salpicadas por sus singulares retamas y brezos. En cambio, Sam apenas le prestaba atención a su entorno, pues estaba más centrado en ella, en Emma, ya que temía que su decisión tuviera consecuencias irreversibles, unas de las que no quería lamentarse en el futuro, cuando echase de menos su hogar y ya no se le permitiese volver.

Regresó al presente cuando Ben se aproximó a una de las casas de la calle y golpeó con suavidad la madera. A él no le molestaba su presencia, ni siquiera lo escuchaba cuando de su boca se desprendían tecnicismos propios de su profesión o los aconsejaba sobre cómo abordar al que fuera sospechoso de los asesinatos con mucho tacto y discreción. Emma había querido librarlo de esa ingrata misión, pero Ben había insistido en acompañarlos. Y él conocía el motivo: continuaba enamorado de ella hasta límites insospechados. Podía palpar sus vibraciones exaltadas y su energía desbordada cada vez que Emma le sonreía o apreciaba sus consejos; una energía en llamas que él mismo se afanaba en apagar con un excesivo autocontrol que no lo beneficiaba en absoluto. Sam podía leerlo, y aunque hubiera preferido que él no estuviese allí, tampoco lo enervaba hasta tal punto de

experimentar eso que los humanos llamaban *celos*. Quizá porque confiaba en el corazón de Emma, quizá porque se había entregado a su arrojo o quizá porque sus temores eran amansados por sus caricias.

Sam se mostró complacido cuando les abrió la puerta una joven agraciada con facciones suaves, alteradas tan solo por un sinfín de rizos negros que caían sobre su frente y ocultaban sus orejas con gran rebeldía. Su piel de ébano, tersa y decidida, contrastaba con unos ojos miel tan humildes como jubilosos. Era otra soñadora. Otra alma que deseaba cambiar el mundo aportando su granito de arena.

—Buenos días, nos gustaría hablar con el señor Okoye si se encuentra en casa. —Ben inclinó la cabeza mostrando su educación.

La muchacha los observó con excesiva curiosidad.

—Sí, está aquí. Si pueden esperar un momento, voy a buscarlo.

Emma intercambió una mirada nerviosa con los dos hombres y luego suspiró para soltar todo el aire que se le había aposentado en los pulmones. Opresor. Nervudo.

Después de unos breves minutos, el señor Okoye se presentó en la puerta con una mueca desconfiada y el entrecejo arrugado.

—¿Quiénes son? —les preguntó con un fuerte acento africano.

—Perdone si lo molestamos. Mi nombre es Benjamín Torres, soy abogado. Ellos son Emma Herrera y Sam... —Ben dudó un instante, ya que desconocía su apellido—. Hemos venido para ver si podríamos charlar sobre lo que ocurrió en la iglesia de Tejina hace ya unos veinticinco años y hacerle unas cuantas preguntas, siempre que nos lo permita.

—Yo no vi nada. Yo contestar a la policía. No sé nada —le respondió con un tono que evidenciaba su irritación.

—No somos agentes de la ley ni se trata de algo oficial. Simplemente queremos aclarar algunos hechos —insistió Ben.

—No contesto preguntas.

El hombre, quien debía rondar los cincuenta años, los examinó uno por uno con recelo, como si ellos perteneciesen a la Gestapo, como si el verdadero motivo de su presencia fuera sacarlo a rastras de la casa para encerrarlo y torturarlo hasta conseguir que desembuchara, ya fuera su testimonio verdadero o falso. Emma advirtió el ligero tembleque de sus labios y que, además, una de sus manos continuaba aferrada al pomo de la puerta. Su escudo. Su defensa contra los soldados caciques.

A continuación, el señor Okoye se dispuso a cerrarles la puerta en las narices para librarse de su incómoda visita de una vez por todas.

—Soy la nieta de Juan Ramos. —Emma intervino con la férrea esperanza de que el nombre de su abuelo significase algo para él, que lo recordase con estima y quizá con cierto afecto, ya que fue un firme defensor de su persona en el pueblo.

—¿Juan Ramos? ¿De verdad eres su nieta? —El nigeriano asomó de nuevo la cabeza y esta vez se centró en ella, en sus ojos verdes tan lúcidos como las aguas de las que él provenía, esas que todavía no había contaminado el hombre—. Tienes su mirada. Un hombre justo. Franco.

Akin Okoye los invitó a pasar a su humilde salón con un gesto amplio de su brazo. Hacía ya muchos años que había contraído nupcias con una muchacha del pueblo, y esta había heredado la antigua casa de sus padres. Era una casa de una sola planta, donde se concentraba la vida de toda una familia, sus hijos y sus dos primeros nietos.

El hombre llamó a su mujer, quien les ofreció una taza de café recién hecho. Benjamín no pudo resistirse al aroma fuerte y cargado que emanaba de la cocina.

—Mi madre visita en verano y siempre trae granos de café. Yo muelo con gusto.

—Es muy sabroso —certificó Ben.

Claudia Dominguez, la esposa de Okoye, era una mujer robusta, de largos cabellos castaños que mantenía atados en una coleta y un moreno curtido por el sol, habitual en aquellos que habían dedicado su vida a la agricultura, en su caso a los viñedos. Se sentó junto a su marido y descansó las manos agrietadas causadas por un trabajo duro en su muslo.

—Su abuelo muy bueno. Trabajé con él unos meses y siempre amable.

A pesar de los años que llevaba en la isla y de hablar un español fluido, Akin Okoye se tragaba algunos artículos y preposiciones o conjugaba mal algún que otro verbo; nada grave que pudiera impedirles su comprensión.

—Me gustaría saber lo que le ocurrió a mi abuelo —se sinceró Emma—. Ya sé que usted declaró cuando lo interrogaron que se encontraba en el complejo trabajando y que no llegó a pisar la iglesia.

—Sí, sí. No pisé iglesia —se reafirmó él.

—¿Pero pudo escuchar los disparos? ¿Quizá los gritos?

—Sí, escuché y me fui. No tenía papeles, ¿comprende?

Emma entrelazó los dedos de sus manos y jugueteó con ellos manifestando su turbación. Tal vez su visita había sido en vano. Puede que sus sospechas no fueran reales y el hombre solo huyó porque tenía miedo a que lo deportaran. Posó su mirada angustiada en el rostro del ángel, quien observaba al nigeriano con su venerado silencio; un silencio que le susurraba dolor y quizá arrepentimiento.

—Es usted un hombre con el alma fragmentada, y por eso, a pesar de la alegría que ha rodeado sus días, de la familia que tanto consuelo le ha brindado, no ha podido ocultarles su tristeza a las interminables

noches. Ese horror rompió su espíritu y esparció sus pedazos en la tierra que labra cada día. Quizá haya llegado el momento de su reconciliación con el Cielo y consigo mismo. Usted no es culpable de nada, y tal vez de mucho.

—¿Quién es usted? —le preguntó espantado.

—Su consuelo.

El ángel colocó la palma de una de sus manos sobre la de los esposos fieles a su amor, al secreto que habían compartido en atardeceres repletos de lágrimas y a los temores que cobraban vida durante el reinado de la luna. Ellos no apartaron las manos. Se quedaron atónitos, observando el insólito destello que brotaba de los dedos del ángel y que acariciaba sus pieles hasta apaciguar los gritos ocultos en sus corazones.

Ben frunció el ceño, extrañado, sin todavía admitir que una esfera diminuta brincaba sobre el matrimonio como si fuera una pelota de pimpón. No obstante, prefirió callarse, pues el truco al que estaba recurriendo Sam parecía funcionar con la pareja.

—Yo era la niña de la iglesia —les confesó Emma.

—¿Eras tú? —Akin la miró perplejo.

—Creo que es hora de que les cuentes tu verdad —intervino la mujer—. Es hora de que te quites esa carga de encima, de permitir que esa pena vuele libre hasta que se la traguen las olas del mar.

El hombre asintió con la cabeza gacha al tiempo que presionaba los párpados para evitar que los recuerdos le escociesen los ojos y lo dejaran de nuevo ciego. Ciego sin saber cómo reaccionar, a qué aferrarse.

—Yo estaba en complejo, pero salí a la plaza y subí escalones de la sacristía. —El señor Okoye inició su relato con un nudo en la garganta —. Padre Manuel estaba en la misa. Poca gente ese día, gracias a Dios. Yo buscaba martillo, yo olvidarlo allí. Entonces escuché voces. Yo no quería oír. Pero eran insultos y me acerqué a la puerta abierta.

—¿Recuerda qué decían las voces? —lo interrumpió Emma, con el alma en vilo.

—Si nadie mira, todos vivos. Si no, todos muertos —recordó el nigeriano, como si la frase se le hubiese grabado a fuego en la piel—. Yo vi padre Manuel, que decía «Calma, calma» mientras personas se ponían de rodillas a rezar. Sin mirar. No mirar. Ellos decir cosas muy feas al cura.

—¿Ellos? —Emma se mordió el labio inferior. Su abuela siempre tuvo razón al insistir en que esa barbarie no fue perpetrada por una única persona.

—Sí, uno con pistola y otro gritar mucho. Nadie mirar. Nadie. —El hombre tragó saliva a sabiendas de que el resto del relato era el mismo infierno del que había huido en África, el mismo infierno en el

que, durante los largos días con sus eternas noches, luchó para que la patera que lo llevó hasta la isla no volcara—. Una señora decir: «Esto es casa de Dios y no se puede tener pistola», y miró. Entonces, ¡pum!, primer disparo. Yo muy asustado y no me moví. Quería salir a plaza y avisar a alguien para llamar policía. No me moví. Mucho miedo. Miedo. —A Akin se le empañaron los ojos, que parecían recorrer las tres naves de la iglesia y el altar con celeridad—. Después, Juan levantarse. Yo pensé: «No, Juan, no hacer nada, no mires». Quiso quitar pistola, pero, ¡pum!, cayó al suelo. Entonces caos. ¡Pum, pum, pum! Vi niña correr y a padre Manuel con sangre en los escalones. Yo no hice nada. No me moví. No miré.

Ben se revolvió en el asiento mientras repasaba la copia de su anterior declaración. No había nada en ella que hiciera sospechar a la policía de su implicación, puesto que su trabajo estaba desempeñándolo en el edificio aledaño a la iglesia, en el complejo.

—¿Cree usted que podría reconocer a esos dos individuos después de tanto tiempo? —le preguntó, con la esperanza de que su respuesta fuera afirmativa.

—No sé —dudó él—. Todo borroso. Oscuro. Muchos años. Mucho tiempo.

—Lo sabemos —quiso calmarlo Ben—. Si esos canallas continúan con vida, habrán envejecido, y si no cuentan con antecedentes, ni siquiera estarán fichados por la policía. Es buscar una aguja en un pajar —reflexionó para sí mismo—. ¿Sabe al menos si eran gente del pueblo?

Él volvió a negar con la cabeza.

—Yo no dormir bien, tomo pastillas. Tengo miedo al hombre de pistola por si viene a casa mía.

—Lo comprendo, señor Okoye. Si recuerda algún dato más, algo que pudiera ayudarnos a resolver el misterio, me gustaría que me llamara. —Ben le entregó su tarjeta y después miró a Emma para que comenzara a despedirse. Sin embargo, ella no se movió del sillón. Continuaba con los ojos posados en el rostro afectado del nigeriano.

—Entonces, ¿yo salí corriendo de la iglesia? —lo interrogó ella.

—Su abuelo gritar «¡Corre, corre!», y usted corrió.

—¿Pero yo llegué a salir de allí?

—No lo sé. Yo no ver puerta lateral desde mi posición. Yo esconderme, y después hui.

—¿Por qué? ¿Por qué no quiso hablar con la policía, contarles todo lo que presenció? Esas personas se merecían al menos su verdad.

Akin Okoye la miró con semblante serio y su voz se agravó hasta hacerla estremecer:

—Yo soy hombre negro. No tenía papeles. Soy culpable por ser cobarde, y esto no dejarme vivir bien. Su abuelo buen hombre, padre

Manuel también, y yo no merecer su perdón.

—La culpa es un sentimiento humano que padecen las buenas personas. Les recuerda que han errado, pero también que pueden mejorar y tratar de no volver a equivocarse. Usted no falló. Le fallaron a usted todos esos que no ven más allá de su sombra —le recordó el ángel.

—¿Es usted un guía espiritual? —le preguntó Claudia con interés.

—Solo soy una mota de polvo en este entramado llamado universo.

—Es usted muy amable, ¿señor Sam...?

—Solo Sam. No son necesarios cuatro apellidos para leer el alma de una persona justa.

Benjamín carraspeó incómodo y le hizo señas a Emma con la cabeza para que cerrara una conversación que se le antojaba demasiado disparatada. Pero, de nuevo, ella lo ignoró y aprovechó la letanía del ángel para lanzar la última pregunta. Quizá la más espinosa de todas, y sin duda alguna la más descabellada:

—El padre Manuel asegura que, mientras estaba en el suelo, lo envolvió una especie de luz milagrosa. ¿Llegó usted a verla?

El hombre se aferró a las manos de su mujer, las cuales continuaban apoyadas en su muslo, demostrándole su apoyo. Luego adivinó sus pensamientos tan solo descifrando su dulce sonrisa, y él volvió a agradecerle que fuese su sostén en los momentos más duros.

La luz. La desconcertante luz que llegó a cegarlo durante segundos infinitos. Esa que lo embriagó de calor en un instante donde reinaba el frío y la oscuridad. Esa que consiguió hacerle creer que todavía existía la salvación para él, cuando él se la había negado al resto por no socorrerlos, por no atreverse a salir a la plaza y alertar a los viandantes de lo que estaba sucediendo. Esa luz fue su amparo en las noches amargas y su candil en los días en los que ignoraba de dónde procedía. África. El continente olvidado. Su casa. Su luz.

—Sí, la vi —afirmó tajante.

Emma dio un respingo y se cubrió la boca con una mano para apaciguar su estupefacción.

—Entonces, ¿el padre Manuel no estaba desvariando?

—Él no está loco. La luz bajó de lámpara y hacerse muy grande, tanto que parecer un relámpago dorado. Inmenso. Y yo mucho terror. Cerrar los ojos. Después, todo calma.

Con el corazón acelerado y una inquietud que le hacía cosquillas en la boca del estómago, Emma se levantó y le estampó un beso en la mejilla al hombre.

—¿Y pudo presenciar el descenso de alguna imagen o figura? ¿Hubo algo que le llamase la atención? El padre Manuel insiste en que vislumbró a una Virgen que luego lo arropó con su manto.

—Yo no conocer Vírgenes ni santos de Europa. Solo ver luz.

El joven cura se levantó con brusquedad. Al hacerlo, la silla donde permanecía sentado cayó hacia atrás. Comenzó a deambular por la estancia sin rumbo ni destino, pero con el firme deseo de sosegar sus ánimos. Diego estaba pletórico. Rebosante de un gozo que le quemaba las suelas de los zapatos.

—Entonces sí que hubo una luz —se repetía a sí mismo con una excesiva satisfacción—. Don Manuel tenía razón. Esa inesperada irrupción en los acontecimientos impidió que los asesinos lo remataran y que así huyeran a toda prisa. ¡Sí que hubo un milagro ese día! Gracias a eso pudieron salvarse algunos.

—Menos de los que el pueblo hubiese deseado —le recordó Benjamín con voz sombría.

—Pero ¿no lo entiende? Esto lo cambia todo. No se trataba de alucinaciones provocadas por la pérdida de sangre del viejo párroco. El señor Okoye fue un testigo presencial que no sufría ninguna clase de desvaríos. A él no lo atravesó ninguna bala ni estaba condicionado por ninguna herida. —Hablaba con una exaltación que acompañaba con gestos amplios y desmesurados.

El anciano observó su alborozo con cierta indiferencia a la vez que examinaba el mustio ocaso de ese domingo cualquiera.

—Akin Okoye murió hace ya algunos años, y no creo que mi testimonio le sirva para nada. Siempre puedo estar inventándome lo que nos dijo. Tal vez no viese nada o tal vez viese demasiado. Eso no tiene importancia.

—¿Cómo que no? Es de vital relevancia. —El cura se llevó las manos a la cabeza—. ¿Por qué me hace esto ahora? ¿Por qué me dice primero que tengo que afianzar mi fe, para luego arrebatármela con sus insinuaciones impertinentes?

—No estoy arrebatándosela yo. Estoy previniéndole sobre el qué dirá la gente, su Iglesia. Usted no puede confirmar su testimonio ni grabarlo con esas esferas nuevas en forma de ojo que han sacado al mercado. Solo le queda mi palabra. ¿Y cuánto vale mi palabra, Diego?

El sacerdote dio un respingo, pues era la primera vez que el señor Torres lo llamaba por su nombre. Luego arrastró la silla hasta colocarla frente a él y se sentó en ella al tiempo que posaba sus ansiosos ojos marrones en el semblante abatido del viejo.

—Su palabra vale mucho para mí —afirmó mientras le sujetaba las manos—. Pero tiene que ser sincero de una vez por todas consigo mismo. ¿Toda esta historia es un cuento que se ha inventado para animar sus últimos días?

—Desde luego que no —le respondió molesto—. Me guste o no, es mi pasado, mi vida.

—Entonces es necesario que deje atrás todas sus dudas, su negación a aceptar lo que le ocurrió, sus rencillas con Sam o la aplastante verdad de que Emma lo escogió a él, quizá desde el primer minuto que apareció en su vida.

Una apática enfermera interrumpió su alentadora charla para recordarles que el horario de visita había finalizado, y no abandonó el dormitorio hasta que el cura recogió su cartera y se dirigió a la salida. Después, ella se encargó de cerrar la puerta, no sin antes lanzarle una mirada reprobatoria al anciano, ya que él conocía de sobra las normas del recinto. Todas las visitas debían marcharse antes de que comenzara a servirse la cena. No obstante, Benjamín no tenía hambre. Remover todos esos recuerdos había conseguido hacer desaparecer su apetito. El joven cura tenía razón. Durante muchos años se negó a admitir lo sucedido, a pesar de que había presenciado hechos asombrosos. Hechos que transformaron su visión del mundo, del universo entero, pero que quiso esconder entre capas de conformismo y resignación.

Capítulo 20

La verdad siempre hiere a alguien

Ben la vio partir desde la ventana con un ramo de crisantemos blancos en la mano envueltos en un fino papel marrón. Se despidió de ella como otra mañana cualquiera, como dos compañeros de vida que el destino había querido reunir por alguna razón y que deseaban rencontrarse al final del día, ansiosos por narrar sus desvelos. Pero ya las mañanas habían dejado de ser las de antes, y ese beso en la mejilla ni siquiera llegó a acariciar su piel. Ben suspiró intranquilo, ya que había percibido las miradas escondidas que intercambiaban los nuevos amantes. Y aunque no quiso admitirlo, negarse a creer que ya no era el objeto de su anhelo, no podía ignorar las risas comedidas ni los supuestos roces accidentales cada vez que se tropezaban en una estancia. Ya había vivido todo eso con ella: en el bufete, cuando prefirieron ocultarle su relación al resto de sus compañeros para evitar comentarios sobre su poca profesionalidad o levantar suspicacias varias, porque, aunque ella nunca fue su secretaria, sí lo era de un abogado con el que trabajaba más a mano. Su mentor. Su amigo.

Esa mañana había dejado de ser cualquier mañana, y ya no existiría ese anhelado rencuentro al final del día, al menos por parte de ella. Él había decidido esperarla por si su tren regresaba a su estación, esa donde Ben se había quedado anclado olfateando las pequeñas partículas de su aroma que se desprendieron de su piel antes de que ella subiera al vagón y partiera. Emma había insistido en acompañar a su madre al cementerio para cambiar las flores de su abuela y después acudir a la cita que Candelaria tenía con el notario. La dolorosa muerte de Nana había afectado tanto a su madre que apenas la dejaba conciliar el sueño, ya que temía abandonar este mundo sin un testamento legal.

Así que él se aprovechó de la ausencia de Emma para arrinconar al supuesto ángel en la cocina. Este se afanaba en untar con mermelada sus ocho tostadas recién hechas con suma precisión. Ningún rincón podía quedar descubierto. Todos debían ser engalanados con las fresas trituradas de las que hacía alarde el tarro. Ben llegó a envidiarlo, pues Sam parecía un hombre despreocupado y algo pueril, mientras que él portaba en su maleta un sinfín de responsabilidades que comenzaban a ahogarlo en un mar teñido de depravación. Se desabrochó los primeros botones de su camisa impoluta y llegó hasta él con pasos decididos.

—¿Cómo conseguiste realizar ese truquito tuyo en casa de los Okoye? ¿Con una pequeña linterna oculta en la manga de la camisa? —Con los brazos cruzados, se plantó frente a él, impidiendo que Sam pudiera levantarse de la silla.

—Yo no hago trucos —le respondió, sin considerar su presencia.

—Sé que le has contado a Emma esa absurda historia de que eres un ángel que ha bajado de su nube azul para rociarla con tu gracia. ¿Creías que no iba a contármelo?, ¿que se guardaría tus mentiras solo porque tú no le pediste que no revelara tu secreto? —Ben deseaba machacarlo, conseguir que ese impostor escupiera su triste verdad, que confesara que no era más que un polizón holgazán que había trepado hasta alcanzar el mismo vagón que Emma.

—Las nubes no son azules, y Emma es libre de hablar con quien se merezca su confianza. Y en ti confía, a pesar del daño que le ocasionaste. Quizá no como amante, sino como amigo.

—Tú no eres un ángel llegado del Cielo, ni siquiera eres el nieto de Jeremías que te emparenta con esta familia. No eres nadie.

—Habla tu frustración. No te conviertas en uno de esos hombres obsesivos por recuperar lo que han perdido a causa de sus propios errores. Eres un buen hombre, Ben. Aunque no te lo creas, puedo leerlo en tu espíritu, que siempre ha querido luchar por el más débil y hacer justicia con el corrupto. Ahora estás desorientado, nada más. Solo tienes que volver a encender esa llama y recuperar el sendero que dejaste atrás. Ese repleto de buenas acciones donde el egoísmo no tenía cabida. Pero llegaste a pensar que eras el más importante, el imprescindible, y nadie es más importante que sus semejantes. Y todos, de alguna manera, somos prescindibles.

Los trazos rígidos de su rostro se acentuaron con una pronta fogosidad, desdibujando esas otras líneas más delicadas. Ben lo miró con rabia y a la vez con impotencia.

—¿Qué es lo que Emma ve en ti? No te pareces en nada a lo que ella siempre ha buscado en una pareja.

—¿Sinceridad y respeto? —apostilló el ángel mientras saboreaba una de sus tostadas.

—No, alguien que alimenta sus sueños y que cree en ella como nadie ha hecho jamás.

—¿Y crees que no lo hago?

—Creo que alimentas sus paranoias y consigues que se dedique a perseguir duendes traviesos y hadas mágicas. Ha dejado su trabajo, ¿lo sabías? Sí, ese que desempeñaba como secretaria en mi bufete en Madrid. ¿Acaso no te lo había contado? Tal vez no seas tan buen amante, ni tan siquiera su amigo.

El abogado se marchó de la cocina con cierto resquemor. Su última frase todavía le escocía en la lengua y le impedía que cerrase

por completo la boca. Sam estaba en lo cierto: hablaba su orgullo, su frustración, ya que por primera vez en mucho tiempo no obtenía lo que deseaba, y él se había acostumbrado a la victoria, a ganar con una facilidad aplastante. La derrota lo descomponía, lo obligaba a luchar de manera vil y poco honorable. Sin embargo, no estaba dispuesto a ceder ni un ápice más. Había vuelto para reconquistarla, para quitarle la máscara a ese farsante que se había entrometido en sus vidas llenando de pajaritos rebeldes la cabeza de Emma.

Cuando regresó a Madrid, lo había hecho sin asumir su fracaso, pese a que su mente le chillaba que debía centrarse en el trabajo. Pero su corazón... Esa era otra historia. La había echado de menos en las noches lluviosas, en los días inciertos y en las tardes solitarias que pasaba junto a la ventana contemplando cómo los charcos de agua se enaltecían y él se convertía en un tímido reflejo embarrado por la propia tierra de la que había querido nacer.

Alberto le había suministrado la primera coartada para permanecer en la isla unos días más, ya que el hombre necesitaba que lo orientase con las cuentas del taller y con una posible demanda de sus acreedores. Después, Carla lo había invitado a la comunión de su hija Nayra, pues esta lo consideraba su tío y él no había querido rechazar el afecto de la niña. Así le habían facilitado su segunda excusa. Y más tarde, Candela le había ofrecido pasar esos días en su casa en cuanto escuchó que se instalaría en un hotel de La Laguna hasta después del banquete. Tenía el apoyo de toda su familia, exceptuando a Adrián, quien no se amedrentaba en lanzar comentarios detestables sobre su persona.

Sam se había convertido en la sombra de Emma desde que había hecho irrupción en su vida, y él estaba dispuesto a usurparle ese papel. La acompañaría a todos los interrogatorios que su mente avispada ya había diseñado, le aportaría todos los datos necesarios para que continuara con su búsqueda de la verdad, incluso la protegería de su propia familia si esta se negaba a colaborar o a rechazar su investigación, y al mismo tiempo se desharía de esos duendes y hadas que habían dañado su futuro. Los aplastaría sin dudarlo hasta que ella admitiera que jamás habían existido, que todo había sido una ingrata farsa orquestada por un truhan.

Descorrió la cortina del salón y descubrió un jardín desierto. Solitario. No encontró a Nana podando sus humildes rosas ni a Alberto empapando las flores con el agua de la manguera. Candelaria no barría las hojas secas del patio ni Emma leía un libro, amparada por la sombra de una de las palmeras. Ni siquiera Adrián hablaba en voz baja por el móvil, evitando que su madre pudiera espiar su conversación. Nadie le daba vida al jardín. Nadie estaba en la casa. Salvo Sam y él. Él y Sam, tratando de delimitar un territorio que se le

antojaba demasiado pequeño para que los dos pudieran coexistir.

Diego examinó el remolino de arrugas que se le formó al anciano al fruncir los labios. Había llegado al centro de mayores con mucha antelación, y tuvo que esperar a que las enfermeras le dieran el permiso para entrar en la habitación del señor Torres. El hombre se encontraba algo indispuesto, y eso que apenas había despuntado el desayuno. Tampoco había querido levantarse de la cama ni aceptó la invitación de pasear cuando quiso alegrar su día. Había percibido su desánimo nada más pisar la estancia, pues ya le resultó extraño que el anciano lo recibiera en pijama y ni tan siquiera reaccionara con una tímida sonrisa en cuanto asomó la cabeza por detrás de la puerta. Benjamín continuaba con la mirada perdida en el techo, ausente, sin muchas ganas de mantener una conversación que ese día se le antojaba más espinosa de lo habitual.

El cura se balanceó en la silla, y tras mordisquear el bolígrafo con insistencia, recogió sus cosas y se encaminó a la salida.

—¿Ya se va?

—Sí, he notado que se encuentra algo indispuesto. Mejor dejamos la charla para otro día.

—¿Y ya está? ¿No va a darme la extremaunción?

El sacerdote se acercó a él e inclinó el torso hacia delante para observar mejor a su feligrés malhumorado.

—No va a morirse, señor Torres. Ambos lo sabemos.

—¿Es que ahora es capaz usted de olfatear a la Muerte?

—No, pero reconozco a un hombre desganado en cuanto lo veo. Y a no ser que quiera confesarse o rezar un rosario para aliviar su pesadumbre, yo no puedo serle de gran utilidad. —Diego se dio media vuelta y por segunda vez se dirigió a la puerta.

—Sí, deseo confesarme. Hace muchos años que no lo hago, y en cualquier momento puede visitarme ese pajarraco al que todos llaman Muerte. Si tengo que morir, quiero hacerlo con el alma limpia.

El sacerdote dio un respingo y giró sobre sus talones. Con suspicacia, se sentó de nuevo en la silla, observó el rostro serio del viejo y luego realizó la señal de la cruz con la mano.

—Debe comenzar diciendo: «Ave María Purísima» —lo guio el padre Diego.

—No recuerdo ni lo que cené anoche, ¿cómo pretende que me sepa ese protocolo católico carente de sentido?

—Pero usted es católico.

—No practicante —insistió él—. ¿No podemos saltarnos todas esas pamplinas?

—No es verdad. Las enfermeras me han contado que visita mucho la capilla, y a veces lo han visto rezar. —El viejo lo miró con

indiferencia y comenzó a tamborilear la colcha con sus largos dedos —. Está bien. Es usted incorregible. *El señor esté en tu corazón para que se pueda arrepentir y confesar humildemente sus pecados.*

Entonces, el sacerdote, con un gesto leve de su barbilla, lo invitó a enumerar todo lo que estuviese ennegreciendo su espíritu:

—Quise matarlo. A Sam. Ese día quise estrangularlo con mis propias manos y enterrar su cuerpo en el jardín para que alimentara a las flores y nutriera a la infinidad de insectos que lo poblaban. Así conseguiría que hiciese algo de provecho. Me sacaba de quicio. Había viajado de Noruega o puede que de Finlandia sin nada en las manos, ni siquiera con un documento del que yo pudiese tirar para comprobar sus antecedentes. Su país de procedencia era un auténtico misterio, como su maldita profesión. Emma nos lo había presentado como profesor de idiomas, y todos debíamos aceptar que Sam se había tomado un año sabático para recorrer mundo y enriquecerse con otras culturas. Sin embargo, dejó de viajar en cuanto conoció a Emma, y esta lo veneraba como si fuese un dios. Un ángel. Y yo lo odié. Lo odié hasta desear su muerte. Me imaginaba cien maneras distintas de deshacerme de él, pero ninguna la encontré satisfactoria porque yo quería que sufriera, que confesase sus actos criminales, cuando el criminal era yo. —Hizo una pausa en la que unas cuantas lágrimas resbalaron por su piel, rellenando esos surcos que los años habían agujereado con saña—. Ya le dije cuando nos conocimos que yo no soy una buena persona. No lo soy, Diego. Porque no quise creer. No quise ver lo que tenía delante.

El sacerdote no se inmutó ante la sinceridad del viejo al desear acabar con la vida del que era su enemigo. Ya había intuido que sus celos debieron ser tan grandes como para desearle un final poco honorable a Sam.

—¿Por qué no habló con Emma? ¿Por qué no le dijo que seguía amándola? ¿Por qué no le pidió perdón?

—Porque, cuando me di cuenta, ya era tarde para todo eso.

—Nunca es tarde si la dicha es buena. Si le hubiera confesado sus sentimientos, al menos su espíritu habría descansado, y tal vez no habría llegado a odiar tanto a Sam.

—Tal vez. Eso nunca lo sabremos —dijo con una risa que se transformó en un golpe de tos.

Diego le acercó un vaso de agua y lo ayudó a incorporarse para que bebiera mejor.

—También pudo insistirle a Sam, llevarlo por el buen camino y que admitiera que no era un ángel, sino otro hombre enamorado.

El anciano escupió el agua que aún mantenía en la boca y la regó sobre las sábanas.

—Sam era más que eso. Y cuando lo descubrí, la culpa se apoderó

de mi vida. —Sacudió la cabeza, arrepentido—. No escucha lo que estoy diciéndole. Quise matarlo con mis propias manos. El acto más cruel que puede cometer un ser humano contra otro. Un vil asesinato.

—Pero no lo hizo. Y eso es lo que más debe valorar.

—Candela llegó a la hora del almuerzo alborotada, pues no había preparado nada de comer para cuando apareciese Alberto. Llegó sin Emma. Y cuando le pregunté, ignoraba dónde se encontraba. Sam me miró como si consiguiese leer mis pensamientos, y pude ver reflejada mi angustia en la suya.

Después de despedirse de su madre en el cementerio, Emma descendió por la calle Tomás González Rivero hasta que alcanzó la plaza del pueblo. Elevó la mirada y contempló el campanario. La torre estaba muda. Silenciada. No quiso darle la bienvenida ni aplaudir su valentía. Después de desmayarse en su interior y ser reanimada en las gradas circulares de la entrada en el funeral de su abuela, no había sido capaz de volver a visitarla. Temía que otra visión la asaltase y que esta vez no pudiera despertar, quedarse encerrada dentro de sus propias pesadillas y sin la llave que le permitiese ver de nuevo la claridad del día, de sus sonoros pensamientos.

Advirtió que el portón estaba cerrado a cal y canto, como también su puerta lateral, y se resignó ante el destino impío que continuamente la devolvía a la casilla de salida. Cuando visitó la tumba de Nana, creyó escuchar su voz rogándole que fuera fuerte, que luchara contra viento y marea y que fuera, ante todo, una guerrera, una mujer de su familia, un ejemplo a seguir, pues en sus genes borboteaba ese don combatiente que se había transmitido de generación en generación desde el momento en el que la primera de esas mujeres había pisado la tierra de fuego de las que habían nacido las propias islas. Sin embargo, ese empuje con el que había llegado hasta la plaza fue desvaneciéndose poco a poco al observar una iglesia hermética. Y ante el impedimento de poder entrar en ella, se sentó en el muro de enfrente, ese que rodeaba la parte delantera de la plaza y permitía a los feligreses descansar sobre él mientras esperaban a que los novios irrumpiesen en ella o un coche fúnebre trasladase al difunto hasta los mismísimos escalones de la entrada.

Se resguardó bajó la copa de los árboles de ese sol de abril tan intenso como un día de acalorado verano en la playa de Jover, y desde allí posó su mirada en la fachada de la iglesia. Esa hermosa asimetría de su estructura, esa admirable imperfección que la hacía más cercana al pueblo, más humana, la envolvió durante unos incontables minutos en los que el tiempo parecía haber quedado suspendido sobre una sola aguja. Ningún transeúnte se atrevió a cruzarla ni a profanar su sagrado silencio con pisadas apresuradas. Era ella y la iglesia. Y era

consciente de que esta custodiaba su secreto. Lo había enterrado bajo las losas de piedra para que no hiriese a nadie más, para que la verdad, fuera cual fuese, se mantuviese alejada del pueblo y no lo invadiese con los graznidos corrompidos de cientos de cuervos, y así, de alguna manera, permitir que el júbilo continuara embriagando a los tejineros año tras año, cada agosto, al llegar la festividad de su santo patrón, San Bartolomé, para que de este modo olvidaran que una vez erró en su cuidado, permitiendo que la sangre se derramara en guardia.

Emma recordó sus días de alborozo cuando era una adolescente y, acompañada de su padre y sus dos hermanos, entraban en la plaza cantando detrás de la parranda de su calle, exaltando a su corazón. Era el día más importante del año para cualquier tejinero: el de la ofrenda a San Bartolomé. Ese en el que todos expresaban su fervor por su barrio y se afanaban en presentarle al santo su mejor obsequio: su corazón.

Una estructura en forma de cruz con dos corazones de madera, uno más grande que otro, servía de base para coser frutas y tortas hechas de harina, y en lo alto, un ramo colorido de flores se desvivía por agradar a todo un pueblo. Tres calles. Tres corazones. Tres colores y tres frutas que las representan. Añoraba esos días en los que no existían las dudas ni los desengaños, solo el disfrute junto a sus vecinos de una festividad que era un himno a la agricultura y a la vez al talento que cada uno llevaba dentro, pues el que no tocaba un timple, cantaba una isa, confeccionaba hermosos diseños en las tortas, cosía las frutas con ternura o se atrevía a bailar sin miramientos hasta que sus suelas se desgatasen delante de su corazón.

Las campanas por fin rompieron su silencio y sus tres tañidos la devolvieron de vuelta al presente. A su realidad. A esa donde numerosas cuestiones la abrumaban. Ella no deseaba que Ben merodease por su casa como si fuese un integrante de la familia más. Había perdido ese privilegio, y detestaba que abusara de la hospitalidad de su madre, por mucho cariño que esta le tuviera. Admitía que estaba siéndole de gran ayuda, pero ya había llegado de zanjar de una vez por todas una relación que había zozobrado meses atrás.

Y después estaba Sam. Quería que estuviese seguro de su decisión, que la tomase sin presiones y jamás por un solo motivo: ella. No podría llevar esa carga sobre sus hombros toda la vida, pues, aunque se trasladasen a vivir a un lugar alejado de la civilización, siempre surgirían obstáculos que saltar, peligros a los que enfrentarse, retos inimaginables. Porque, entre las risas cómplices y la alegría de los buenos momentos, nacían las lágrimas, esas propias de la vida misma y que riegan tu existencia para fortalecer tus raíces o cortarlas de

cuajo.

Emma dio un respingo al distinguir al cura dirigirse hacia el complejo, y sin pensarlo, corrió tras él para alcanzarlo. No lo conocía. Ni siquiera recordaba su nombre, a pesar de que su madre lo mencionaba a menudo. Tan solo lo había visto oficiando el servicio en el funeral de Nana, taciturno y severo, quizá porque el momento requería que tuviese esa disposición. Aun así, no quiso dejar escapar la oportunidad.

—¡Padre, padre! —Lo llamó en cuanto advirtió que introducía la llave en la cerradura. Llegó hasta él sin aliento, sin palabras que pudieran justificar su asalto—. Discúlpeme, padre, por si lo he abordado de esta manera tan abrupta.

El hombre, de unos cuarenta y largos años, la escudriñó a través de unas pequeñas gafas que le bailaban sobre el puente de la nariz. Después, frunció el entrecejo, expectante.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Me gustaría visitar la iglesia. Tengo una promesa que cumplir... de mi abuela que falleció recientemente —mintió, y tragó saliva por ello. Detestaba entablar un diálogo comenzando con una mentira, sobre todo cuando se trataba de un sacerdote.

—Los horarios de apertura y cierre están muy bien especificados. De lunes a viernes abrimos a las seis de la tarde. Puede esperar a esa hora para cumplir esa promesa.

—No, no. No lo comprende. Quisiera satisfacer de manera inmediata las últimas voluntades de mi abuela —le dijo de forma apresurada—. Hay noches que no duermo. Y ya hasta la veo regañándome en sueños.

El sacerdote estiró el cuello y arqueó las cejas ante la efusividad de Emma.

—Me gustaría ayudarla, pero tengo asuntos importantes que atender, y el bedel no llega hasta esa hora. Tiene que comprender que no puedo dejarla sola en la casa de Dios. No es que no me fíe de usted, es que existen normas.

—Lo sé, lo sé. —Se mordió el labio inferior, aguardando a que una señal le despejara la garganta y la iluminase con la siguiente frase a decir, sin embargo, su auxilio no llegó en forma de palabras. De manera inesperada, tanto Sam como Ben se presentaron al cura y le estrecharon la mano.

—Buenas tardes, no queremos robarle mucho tiempo. Mi nombre es Benjamín Torres, soy abogado y puedo responder por Emma.

—Ya le he comentado a la señorita que no puedo hacer excepciones —insistió él.

—No tardaremos mucho, y tiene mi palabra de que la única intención de Emma es rezarle a su abuela. Nos sentaremos en un

banco y de ahí no nos moveremos.

Incómodo, el sacerdote comprobó la hora de su reloj y volvió a examinar al extraño trío que tenía frente a él. Su mirada se detuvo en los ojos marinos del ángel. Hipnóticos. Inalcanzables. Sonreía de una manera extraña, como si sus labios se le quedaran pequeños para expresar su gratitud.

—Venimos desde muy lejos —le certificó el ángel, entrelazando los dedos y permitiendo que sus brazos cayeran sobre las caderas—. Emma solo trata de calmar su alma, de conocerla mejor, y así conseguir avanzar por el sendero que Dios le ha marcado, sin tribulaciones que puedan oscurecer sus sueños.

—¿Es usted sacerdote? —le preguntó con una curiosidad que hacía temblar su alzacuellos.

—No, no es necesario serlo para conocer sus designios.

El cura torció el gesto. Tras sacudir la cabeza, se frotó la frente, incómodo.

—Les abriré la puerta lateral y la dejaré entornada. Por favor, no toquen nada. Y cuando terminen, vengan al complejo para volver a cerrarla. Tengo que ocuparme de una visita tan inesperada como urgente, y no puedo desatenderla.

—Muchas gracias por su colaboración. —Ben volvió a estrecharle la mano y los tres siguieron las zancadas del hombre hasta la iglesia.

Ya en su interior, Emma deambuló por su nave central acariciando con la palma de sus manos la madera de los numerosos bancos, como si quisiera alimentarse de su energía, revivir el momento en el que fueron colocados allí con una fiel devoción y con el gozo de armar una estructura vacía. Su parroquia. Su segundo hogar. La actual iglesia no era más que una ermita en el siglo XVI, y tras padecer numerosas transformaciones en los siglos posteriores, presumía ahora de sus tres naves independientes recubiertas con tejas árabes a dos aguas, mientras que las capillas laterales presentaban tres faldones, y la mayor, cuatro.

Cuando llegó al presbiterio, se detuvo en la escalinata para admirar la lámpara de plata colgante situada en el altar mayor. Después, sus ojos se posaron en la imagen de San Bartolomé, a la derecha del Cristo Redentor, quien ocupaba la posición central, una talla que había convivido con el pueblo desde su fundación, al igual que la de la Encarnación, situada a su izquierda. San Bartolomé mantenía encadenada a una diablilla a sus pies para que esta no se soltara y cometiera travesuras. Los tejineros afirmaban que una vez al año, el día de su santo, él la dejaba libre para que todos pudieran disfrutar de las fiestas sin ataduras.

De reojo, observó cómo sus dos acompañantes vigilaban sus pasos como si temieran que pudiera desvanecerse entre óleos antiguos y

esculturas estimables. Y a pesar de las conversaciones que tenía pendiente con ellos, no se sintió incómoda bajo el techo artesonado de pan y nudillo, sino todo lo contrario. Estaba llegando a su destino, lo presentía. Y ese vacío que apenas la había dejado dormir se llenaba poco a poco de la propia energía de la iglesia. Esa que la protegió cuando apenas era una niña.

Se acercó a la capilla mayor y se situó bajo la imagen de la Encarnación, una Virgen María representada en el mismo momento en el que el arcángel Gabriel le anuncia que será madre. Una Virgen jovial, alegre, sin temores a ese futuro incierto.

De pronto, Emma percibió un pequeño latigazo en su nuca. Se llevó una mano al cuello para aliviar esa punzada, y cuando levantó la cabeza para alertar a Sam, perdió el equilibrio unos segundos y estuvo a punto de trastabillar y precipitarse por los escalones de la capilla mayor. Tanto Ben como el ángel corrieron a su encuentro, y fue en ese momento cuando Sam apretó su mano, que se sintió embriagada por un estado irreconocible de felicidad. No advirtió que una luz dorada parecía descender del techo de la iglesia en forma de vara hasta que Ben le indicó que mirara hacia arriba. Sin esperarlo, los tres se vieron envueltos en ese resplandor mágico, cálido e inquieto, que los empujaba a ser parte de una ensoñación perdida en el tiempo, en un pasado no tan lejano donde la iglesia era otra, más inocente, menos cauta, y las personas se sentían a salvo bajo sus faldas.

Como si fuera una espectadora curiosa de una gran obra de teatro, Emma distinguió los rostros de unos cuantos feligreses esparcidos por los diferentes bancos; entre ellos, el de su abuelo, Juan Ramos. Próximo a él, una niña de bucles pelirrojos y enormes ojos verdes jugaba con sus piernecillas mientras los demás prestaban atención a las palabras del cura. Emma descendió los escalones y observó al padre Manuel con su túnica verde realzar los milagros que Jesús había realizado en su corta vida. Se quedó prendada un instante de sus ojos marrones. Entusiastas. Vivos. Estaban repletos de una cordura que el transcurrir del tiempo le había arrebatado.

Entonces, hicieron irrupción en la iglesia dos hombres jóvenes, sin pasamontañas ni prendas que cubrieran sus rostros. El que sujetaba el arma era de mediana estatura y con una mandíbula prominente. En cambio, el otro era alto y desgarbado, y apenas se atrevía a hablar, más que para pedir silencio.

—No queremos hacerle daño a nadie. Así que pónganse de rodillas y ni se atrevan a mirarnos. Si alguien lo hace, juro por Dios que lo mato.

—¡No jures por Dios! —lo recriminó el cura—. ¡Y baja esa pistola!

—Don Manuel, don Manuel, dudo mucho que esté en posición de darnos órdenes —le trasladó con bravuconería—. Y, además, debería

informarle a su secta de que, si estamos en esta situación, es todo culpa suya. No ha cumplido con lo que nos prometió, y eso lo convierte en un mentiroso. En un pecador. Debería mostrar arrepentimiento.

—¡Señora, no se mueva! —le gritó el joven encorvado a una de las tres hermanas—. ¡Y ni se le ocurra mirarme!

—No cometa una estupidez —le sugirió el que parecía el cabecilla mientras le apuntaba con la pistola.

—Este no es el mejor momento para hablar, no en medio de la celebración de la Eucaristía. ¿Por qué no quedamos después de que acabe la misa y vamos al complejo? —les sugirió el cura mientras descendía los escalones del presbiterio.

—Es demasiado tarde. Le ha dado el trabajo al negrata ese, cuando sabe de sobra que nosotros necesitamos el dinero. Dijo que nos ayudaría.

—Y voy a hacerlo. —El padre Manuel mantenía los brazos elevados al tiempo que les rogaba que no perdieran los nervios—. Pueden permitir que estas personas inocentes abandonen la iglesia, y entonces hablaremos.

El joven moreno jugó con el arma haciéndola girar entre sus dedos.

—¿Quiere hacerse ahora el mártir? ¿El salvador? ¡Es usted un fraude!

—¡Que no me mires, coño! —volvió a amenazar el hombre alto a la mujer, quien no paraba de sollozar ni de estremecerse cada vez que uno de ellos elevaba el tono de voz.

Emma dirigió su mirada a su abuelo, quien permanecía como el resto, agazapado entre los bancos mientras mantenía a la niña, a ella, bajo su brazo. Le susurraba palabras de aliento al oído a la vez que la protegía con su cuerpo. Quiso acercarse a ellos, arrodillarse frente a su yo de niña y explicarle que todo iba a salir bien, que no tendría nada que temer, aunque no fuera verdad, pues su abuelo, al que tanto quería, estaba a punto de morir, y ella olvidaría su rostro para siempre. Olvidaría su cariño, sus brazos fuertes y su sonrisa de medio lado. De él tan solo le quedarían las fotos que con tanto amor había guardado Nana.

De pronto, otra de las mujeres, harta de que continuasen con las amenazas hacia su hermana, se levantó y se encaró con el hombre alto:

—¡Basta ya! Esto es la casa de Dios y no pueden venir aquí con esa pistola. ¡Queremos rezar y atender a la misa, así que lárguense de aquí ya! —les gritó, con los ojos enfurecidos.

El hombre armado no dudó ni un segundo en retroceder unos pasos y apretar el gatillo. Pum. La mujer cayó sobre el banco como un

saco de cemento, para después terminar en el suelo. La primera mujer gritó de horror al contemplar el rostro sin vida de su hermana, y antes de que se diera la vuelta para recriminarle ese acto atroz, descubrió a Juan Ramos forcejeando con el hombre para arrebatarle la pistola mientras le gritaba a su nieta que huyese:

—¡Corre, mi niña! ¡Corre lejos, escóndete!

Pero la pequeña no se movió. Permaneció allí, de pie, mirando a su abuelo con ojos suplicantes. Emma se colocó al lado de la niña, y aunque quiso protegerla del trágico desenlace, no pudo.

—No luches con él, déjalo, no lo hagas, abuelo —le sugería, a pesar de que era consciente de que él no la escuchaba. No podía volver a escribir el pasado. No podía cambiarlo borrando los renglones más dolorosos—. Por favor, abuelo. No vas a poder con él. Tú crees que tienes que hacer esto porque eres un hombre bueno y tienes que salvarlos a todos, pero no podrás. Abuelo, sálvate tú —le rogó, expulsando las primeras lágrimas mientras se aproximaba a él—. Corre con ella. ¡Vete! —Pero Juan Ramos continuaba con su disputa sin prestarle atención—. Lo siento mucho. Lo siento.

En esos segundos en los que los dos hombres luchaban por su vida, algunos de los asistentes trataron de abandonar la iglesia sin mucho éxito, pues la puerta central estaba trancada. Se desató el caos, hasta que otro disparo conmocionó a los presentes y los obligó a tumbarse de nuevo en el suelo. En ese momento, la niña dio un respingo y miró desencantada a su abuelo, como si la realidad la hubiese golpeado asegurándole que todo aquello no era una pesadilla. No pudo gritar, ni siquiera salir corriendo. Se quedó allí, petrificada, observando los ojos celestes de su abuelo. Yertos, sin vida.

Emma bajó la cabeza, consternada, pues comprendía su pérdida. Ella misma se sentía agasajada por una cascada de sensaciones incontrolables. Estaba reviviendo de nuevo los acontecimientos de ese terrible día. Sin embargo, para ella eran nuevos, ya que se habían perdido en su memoria.

—Tienes que salir de aquí—. Se acuclilló frente a ella y trató de ser valiente—. Emma, si no te escondes, te matarán.

La pequeña pareció reaccionar a sus palabras y corrió hasta esconderse en uno de los confesionarios. Emma contempló con amargura que en ningún momento mientras se cometían los asesinatos ella abandonó la iglesia, y continuó así, presenciando los horrores que estaban a punto de cometerse. Entonces, se dio media vuelta y, abatida, se dejó caer junto al cuerpo de su abuelo. Rompió a llorar como si esa parte de la niña que nunca quiso huir se hubiera quedado con ella, abriendo una brecha insalvable en su alma. Un pedazo roto. Un pedazo que murió con su abuelo Juan y nunca llegó a recuperar. Entonces, le acarició el cabello blanco con una ternura olvidada,

deseando que él sintiese su presencia cerca, aunque el tiempo se hubiese convertido en un remolino indescifrable donde el pasado era su presente que la llevaba de la mano a su futuro próximo. Después elevó la mirada para localizar a Sam y a Ben dentro de la iglesia. Los necesitaba junto a ella, para que así apaciguaran su espíritu. Sin embargo, no logró distinguirlos entre el caos, y pensó que tal vez estaba sola, que ninguno de los dos había atravesado con ella esa esfera temporal, sino que se habían quedado atrapados en la luz sin poder avanzar.

—No es necesario que los mates a todos. Solo a los que nos han visto la cara —le suplicó el alto a su compañero—. Me prometiste que no moriría nadie, que les daríamos un susto. Un escarmiento a don Manuel.

—De aquí no va a salir nadie vivo, idiota. Ya no han visto todos —le susurró entre dientes.

—No, hay algunos que no han despegado la cabeza del suelo. Dejemos a esos libres.

—Aunque no nos hayan visto, pueden reconocer nuestras voces. Hemos matado a dos personas, ¿lo entiendes? —Lo sujetó por el brazo y lo atrajo hasta que su mentón casi chocó con su nariz—. Si nos pillan, no saldremos de la cárcel nunca.

Entonces, el cabecilla giró sobre sus talones y apuntó al sacerdote, quien corría escalones arriba para tratar de alcanzar la sacristía.

—Padre Manuel, encare a la Muerte con honor y no como una gallina cobardica. ¿Quiere dejar de correr? —le dijo algo molesto—. Ha llegado su hora final. No puede evitarlo. Seguro que está contento porque en nada abrazará a Dios. Y, por favor, recuérdele que desatendió a sus fieles cuando más los necesitó, por si lo manda unos días al Infierno a cumplir su penitencia. ¡Cagueta! —Le disparó antes de que abandonara el presbiterio. Cayó allí, en las gradas de la capilla mayor, bajo la atenta mirada de su patrón—. Y bien, ¿quién es el siguiente?

—Déjalo ya. Tienes al cura muerto. Ya no dirá una palabra.

Sin embargo, el joven armado desoyó los consejos de su amigo y caminó entre los presentes atemorizados con aires de superioridad. Ninguno se atrevía a mirarlo, ninguno quería contradecirlo. Se paseó entre ellos entonando una canción infantil que le revelara quién sería el siguiente. Al terminar de canturrearla, le disparó sin piedad a otra de las hermanas Cruz, después miró a su compañero endeble y le apuntó con determinación.

—Busca al maldito niño.

—¿Qué? —le dijo entre respiraciones entrecortadas.

—Con el viejo había un niño. ¡Encuéntralo!

Emma corrió hacia el confesionario y entró en él con el corazón en

un puño. Se sentó junto a la niña, quien temblaba de arriba abajo y trataba de contener sus sollozos para que no la escucharan. Posó su mirada en el precioso vestido blanco y azul mancillado por las salpicaduras de la sangre de su abuelo. También sus zapatos inmaculados estaban teñidos de rojo.

—Pensaba que había escapado de la iglesia. No sabía que me había quedado aquí. ¿Por qué no has corrido hacia la salida? —la increpó mientras escuchaba los pasos inseguros del hombre alto acercarse a ellas.

—Las puertas están cerradas —le respondió la pequeña.

—No tienes por qué preocuparte. Todo va a salir bien —la calmó, secándole las lágrimas que se le habían aposentado en los labios.

La niña volvió la vista al frente y se agazapó en el suelo del confesionario al comprobar que ya el hombre se disponía a abrir la tablilla que la mantenía oculta. De pronto, al hacerlo, una luz dorada penetró por el pequeño habitáculo, constriñéndola en un primer momento a cubrirse los ojos con el brazo. Luego, al verificar que no era dañina sino todo lo contrario, envolvente y plácida, Emma quiso indagar más en ese fenómeno. «Sí que existió la luz. El padre Manuel no mentía, y tampoco el señor Okoye», pensó mientras la contemplaba con una curiosidad alegre. Era suave y afectuosa, tan entrañable que no podía dejar de sonreír. Parecía estar constituida por millones de centellas que brincaban en su interior y que se comunicaban unas con otras como si se tratase de una red neuronal de enormes dimensiones.

Emma observó que también la niña la recibía con calidez, y que poco a poco esta fue entornando los ojos hasta sumirse en un sueño mágico.

—Así fue como nos salvaron. La luz nos salvó —afirmó, con el corazón encogido.

En ese momento, distinguió una silueta dentro de la luminiscencia extender sus brazos para acoger a la niña en su regazo. Iba a llevársela fuera de la iglesia. Lejos. Sí, a Bajamar, donde había aparecido. Esa figura alargada iba a salvarla, y ella quiso agradecérselo. Inclinó el torso hacia delante, queriendo esbozar un rostro dentro de esa forma, tal vez el de una mujer compasiva, como había insistido el padre Manuel, quien había visto a una Virgen con un niño, o puede que la misma alma de su abuelo, que había rehusado iniciar su marcha al más allá para proteger a su nieta. Y aunque no distinguió unos ojos ni una boca, ni tan siquiera un rostro firme que le asegurara su verdadera naturaleza, debajo de todas esas capas de energía percibió un ligero destello que le resultó familiar, una vibración que distrajo sus sentidos un instante. Un resplandor único. Transparente. Desnudo para ella. Entonces, estuvo a punto de desfallecer. Aquello no podía ser verdad, y sin embargo lo era.

—¿Sam?

Se le nubló la mente, y las imágenes comenzaron a rebobinarse en su cabeza hasta llegar al instante en el que los tres contemplaban cómo la vara que descendió del techo se esfumaba para siempre. Emma clavó sus ojos boscosos en el rostro turbado del ángel, aguardando a que una palabra suya apaciguara su corazón rebelde, pero no la obtuvo. Sam desvió su mirada al suelo y, todavía desconcertado, se encaminó hacia la salida sin volver la vista atrás.

—Sam, espera —le rogó, aunque sin éxito. Y pese a que quiso correr tras él, se quedó anclada al suelo, todavía perpleja por su hallazgo.

—¿Qué es lo que ha sucedido, Emma? —Ben le preguntaba mientras parpadeaba deprisa para acostumbrarse de nuevo a la penumbra propia de la iglesia.

—No estoy segura —musitó ella.

Capítulo 21

La estela de una estrella

Diego se agarró con fuerza al respaldar de la silla mientras un apagado «Dios mío» explotaba en sus labios amargos. Todavía le temblaban las piernas, y un sorprendente sudor frío bañaba su frente. Su mandíbula desencajada torcía hacia la izquierda su estimado alzacuellos, y aunque se llevó la mano al pecho para tratar de recuperar el aliento, no lo consiguió. Había llegado esa mañana a la residencia con otro humor, más receptivo, más inclinado a no cuestionar las excentricidades del viejo. Sin embargo, esa revelación lo había sorprendido con la guardia baja, sin una defensa férrea que le permitiese aguantar en su posición. Inmóvil. Sosegado.

—Sé de sobra que lo he desilusionado —admitió el señor Torres al contemplar su rostro patidifuso—. Usted quería que le contase la historia de una Virgen que llora sangre o una sobre los estigmas padecidos por una persona santa que le revelasen un gran secreto al final. Aquí no hay nada de eso.

—¿Usted lo vio? ¿Percibió también la energía de Sam en el confesionario?

El anciano arqueó las cejas y le sonrió, compadeciéndose de su necesidad por poseer pruebas irrefutables.

—Yo no sé lo que vi. Y no creo que tenga mucha importancia. —El hombre frunció los labios y enterró su mirada en la pared blanca del fondo.

—Pero de todo lo que me ha contado, algo tuvo que presenciar, ¿no es así?

—Claro, y es verdad. Yo vi esa luz bajar del techo y posarse sobre nuestras cabezas, aunque en realidad ya la había apreciado un poco antes pululando entre los omóplatos de Sam.

El sacerdote caminaba de un lado a otro de la habitación mientras se golpeaba la boca con su propio puño.

—¿Cómo? ¿Por qué no me lo dijo antes?

—No pensé que fuera de una gran transcendencia —le dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Y qué más da de dónde proviniera? La luz estaba allí, entre nosotros, regresó por segunda vez como usted suponía, y los tres fuimos víctimas de una especie de ensueño.

—¿A qué se refiere?

—Yo no llegué a moverme de la capilla mayor. Me quedé anclado

a la alfombra roja, hipnotizado por esa luz que me mostraba imágenes inconexas entre sí. Cuando quise buscar a Emma, ya no estaba a mi lado, y tampoco fui capaz de distinguir a Sam. —El anciano advirtió la cantidad de dudas que se le arremolinaban al cura en el entrecejo—. ¿No le apetece dar un paseo? Creo que así podrá despejarse un poco.

Diego asintió sin mucha efusividad y acompañó al señor Torres hasta la fuente de la entrada. Allí, el viejo decidió quedarse unos minutos disfrutando del sonido del agua y admirando ese manantial tecnológico que la empujaba a discurrir por sus canalillos como si fuera un río salvaje.

—Después de la crisis energética de los años veinte, nunca imaginé que tendríamos que enfrentarnos a otra más cruel: la escasez de agua. Pero ya tengo muchos años. Nací unos años antes de la caída del muro de Berlín, cuando todos imaginaron que por fin se habían acabado las fronteras entre naciones. Nada más lejos de la verdad. Nuevas guerras, numerosos atentados, y el daño tan grande que le hemos ocasionado a la naturaleza está pasándonos factura.

—Hemos vivido tiempos convulsos. El hombre ha tenido que volver a ahondar en sus propias raíces para encontrar cierta paz.

—Y muchos se han refugiado de nuevo en una Iglesia que ya no podía consolarlos.

—Yo lo intento cada día, créame. Organizamos recogidas de alimentos, de ropa y abrigo, incluso de material escolar, pero nunca es suficiente. —El cura agachó la cabeza, avergonzado—. ¿En qué nos hemos convertido?

—En nuestros propios destructores. —Benjamín Torres chasqueó la lengua y se giró hacia el joven—. Entiendo que no me crea. Ni yo mismo era capaz de digerir lo que había sucedido en la iglesia. Siempre he sido un hombre pragmático, de ciencia, pero esa luz... Llegó a desconcertarme hasta tal punto de cuestionarme incluso mis propias creencias. Al principio, lo negué todo. Para mí era mejor imaginar que esa misteriosa luminiscencia había sido producto de nuestra histeria colectiva, que los tres habíamos conectado de alguna manera y estábamos sufriendo alucinaciones. Sin embargo, con el transcurrir de los días, un extraño desengaño se apoderó de mí. Quizá esa experiencia había sido real. Puede que tal vez sí que hubiese presenciado el asesinato de Juan Ramos, de Pedro Rodríguez y de las hermanas Cruz. Y aunque la cara de los culpables regresaba a mi mente difusa, también los había visto, y esto me resultaba aterrador. ¿De verdad había vivido una experiencia paranormal?

El sacerdote inspiró con brusquedad y mantuvo el aire en sus pulmones mientras reflexionaba sobre lo que el anciano le cuestionaba.

—¿Cambió entonces la opinión que tenía de Sam? ¿Ya no creía

que fuese un estafador astuto?

—Para serle sincero, nunca pensé en serio que lo fuera. Algo bobalicón sí, pero nada malicioso. Pero era la única manera que tenía de autocomplacerme. Para mí, era más fácil imaginar que no era un hombre bueno, sino un canalla con intenciones escondidas. —Lanzó el bastón al frente e inició un paseo por los jardines—. Claro que quería mantener una conversación con él, sobre todo después de lo ocurrido. Necesitaba que me contase lo que él había visto, poner todos los hechos en orden, uno tras otro, para considerarlos en su conjunto. Pero Sam se había ido. Se fue. Y las lágrimas secas de Emma me condenaron a un silencio forzado.

—¿Por qué se fue?

—Imagino que no fue capaz de asimilar la experiencia que vivió, o al menos eso supongo ahora. En ese entonces, me enfadé mucho con él. Había abandonado a Emma cuando más lo necesitaba, en el momento menos indicado, y ella... Ella examinaba cada noche las estrellas, aguardando en secreto a que él le enviase una señal.

El sacerdote se quedó rezagado a varios pasos del señor Torres, quien no tuvo más remedio que detenerse a esperar que retomara la marcha.

—Entonces, ¿Sam siempre fue la luz? —El anciano no le respondió —. ¿De verdad era un ángel?

—Yo no soy el creyente, padre.

—¿Y por qué no le dijo nada a Emma? ¿Por qué dejó que se lanzara a una investigación a ciegas cuando él ya conocía la respuesta? —El joven frunció el ceño y escudriñó en los ojos marrones del señor Torres.

—¿Acaso tenemos nosotros todas las repuestas? ¿Las tiene usted? —El cura agachó la cabeza, admitiendo así que el anciano tenía razón: nadie lo sabe todo.

Diego continuaba confuso, tratando de despejar a marchas forzadas todas esas nubes grises que se le habían aposentado en la mente y le impedían discernir con claridad.

—¿Cómo es que entonces el caso nunca fue resuelto? Emma vio la cara de los culpables y usted también. ¿Cómo nunca nadie fue detenido por ello?

—Vimos el reflejo de un pasado enmudecido por las voces de un futuro que ya se habían olvidado del asunto. Nada más —se justificó por su inacción—. Soy abogado, Diego. De sobra conocía que nadie iba a creer en nuestro testimonio. Carecíamos de pruebas. Y tampoco contábamos con pistas fiables para perseguir a los culpables, a pesar de que yo fui el primero en insistir en que deberíamos realizar un retrato robot de los asesinos. Tener algo para empezar a buscarlos, si es que continuaban con vida. —Hizo una pausa en la que esbozó una

tímida sonrisa—. Supongo que el padre Manuel se aprovechó de que la puerta lateral no estuviera del todo cerrada y se decidió a entrar. Él era la visita urgente del párroco actual y el motivo por el que estaba tan nervioso. Tuvo que habernos hecho la foto en el instante en el que la vara de luz descendía del techo y se arremolinaba en torno a Emma.

Era la tercera noche que Emma miraba el cielo salpicado por unas estrellas demasiado débiles para ofrecerle su luz. Luchaba contra sus propias sombras, y estas no le daban tregua para que abandonase su fatiga. Desde lo acontecido en la iglesia, apenas intercambiaba un saludo con los miembros de su familia. No salía. Comía demasiado poco, según su madre, y lo peor de todo era que el maldito insomnio había regresado y la había amenazado con no marcharse jamás. Sam se había ido. La había dejado sola sin darle siquiera una explicación, sin darle la oportunidad de expresar lo que había sentido en ese bucle temporal, y se había derrumbado. Su espíritu había eclosionado y ya no tenía fuerzas de recoger sus pedacitos. Ya no. Las había agotado para resolver el misterio de la iglesia, y ahora que ya había obtenido la respuesta, no se sentía pletórica, sino vacía.

Escuchó el sonido de la puerta de la casa al cerrarse y el de unos pasos acercarse a ella. No tuvo que girarse para descubrir que se trataba de Ben. Habría reconocido sus pisadas aunque los separase un río caudaloso. Serenas. Firmes. Se detuvo frente a ella, con las manos en los bolsillos y un semblante demasiado sosegado para obviarlo. Pero Emma lo conocía de sobra, y no dudaba de que su ritmo cardíaco estuviese disparado y de que sus nervios de acero se habrían derretido por el fuego que recorría ahora sus venas. Hasta lo grillos parecían cantar con la métrica de sus latidos.

—Tus padres están muy preocupados por ti, y yo también —le desveló mientras apaciguaba los chillidos de su alma.

—Estoy bien.

—No, no lo estás —le replicó con tono grave—. Tienes que asumir que Sam se ha ido y que quizá no vuelva jamás. No puedes esperarlo aquí durante toda la eternidad. Es demencial.

Emma elevó la mirada y clavó sus ojos verdosos en las pupilas animosas de él. Después de todo, seguía queriéndola, y deseaba pensar que lo que había entre Sam y ella no era más que un desliz auspiciado por el despecho.

—Siempre pensé que el catalizador para que empezara a recordar, a tener esos sueños caóticos, fue mi visita al padre Manuel, y que de alguna manera me sentí arrastrada hasta su habitación en el hospital. ¡Qué equivocada estaba! —exclamó entre suspiros—. ¡Fue Sam! Y no fui capaz de verlo. Él insistía en que debía haber una conexión más allá de los límites del conocimiento, un hilo tan invisible que nos

había colocado en la misma partida de ajedrez sin que ninguno de los dos lo supiera. Algo místico. Y yo, que soy una romántica empedernida, lo llamé amor. Porque me he enamorado como una tonta de alguien que no debía. —Presionó los labios con fuerza para impedir que un lamento cobrara vida en ellos—. Es un ángel, Ben. Alguien imposible. Un ser que ni siquiera es de este mundo. Y aunque conoce la maldad humana, decidió venir aquí por mí.

La acompañó en el banco y la tomó de la mano. Después dejó que descansara la cabeza en su pecho y que decenas de lágrimas empapasen su camisa abotonada. Ben le acariciaba sus cabellos encendidos mientras permitía que la desazón le asestara un golpe certero. Emma hablaba de amor, y él percibió que su corazón dejaba de respirar, que se asfixiaba, y pronto sus ojos se humedecieron, reflejando su dolor. No obstante, quiso consolarla, sentir que estaba en sus brazos por última vez, sin palabras hirientes ni reproches innecesarios.

—¿Quién se negaría a acompañarte en este viaje? Eres encantadora, inteligente y la persona más buena que he conocido. Te preocupas por todos antes que por ti misma. Es normal que hasta un ángel haya caído rendido a tus pies. —Rio nervioso.

—Me dijo que se cortaría las alas por mí, que se convertiría en mortal si era necesario para quedarse conmigo. —Ben apretó los ojos con fuerza ante su confesión y a duras penas tragó saliva—. Pero ha debido arrepentirse, porque se fue de la iglesia sin mirarme.

—Todos quedamos muy afectados. Ignoramos lo que él pudo ver allí.

—Yo sí lo sé. —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y alzó la barbilla para posar su mirada frágil en él—. Me salvó. Fue él quien me alejó de los asesinos y me llevó hasta Bajamar. ¡Fue él! Y ahora tengo tantas preguntas que me ahogo en ellas.

Ben la apartó de él y, sujetándola por los brazos, la miró con determinación.

—Emma, puedes con esto y con mucho más. Y sabes que, pase lo que pase, yo voy a estar a tu lado.

—No, deberías volver a tu trabajo, rehacer tu vida lo mejor que puedas. Yo tengo que quedarme aquí, al menos durante un tiempo. —De reojo, observó el ventanillo de la casa y descubrió a su padre tras él—. Ahora me necesitan aquí. Nos quedan muchas heridas por sanar, reconciliarnos con muchos asuntos del pasado para poder seguir respirando en el presente.

—Te prometo que me iré después de la comunión de Nayra —afirmó apesadumbrado—. Aprovecharé para ayudar a tu padre a sacar a flote el taller, a organizar mejor mi agenda para tener más tiempo libre y delegar los casos que considero que no son para mí.

—Me alegro de que por fin lo hagas.

—Estoy aprendiendo de mis errores —le confesó con cierta vergüenza. Desvió la mirada hacia el suelo y se percató de la hierba fresca que se esforzaba en crecer entre las ranuras de las losetas—. Sé que tal vez no sea el momento para incomodarte con estas cuestiones, pero yo tampoco estoy durmiendo muy bien. Me llegan destellos confusos a la memoria sobre lo que vivimos en la iglesia, y no paro de preguntarme si reconociste a alguno de ellos. A los culpables, me refiero.

Emma torció el gesto y se quedó pensativa un instante, ausente, perdida entre esos recuerdos que se confundían en el tiempo.

—No sé quiénes eran. No pude identificar a nadie más que a mi abuelo y al padre Manuel. Lo demás está borroso. Las caras, las voces, la misma luz.

—¿Pero crees que podrías reconocerlos si te tropiezas con ellos por la calle?

—No lo sé. ¿Qué edad crees que podrían tener ahora? ¿Unos cincuenta? ¿Tal vez sesenta? —Se encogió de hombros.

—Puedo buscar a un buen dibujante e intentar que haga un retrato con las características físicas que recordamos los dos. Tal vez pudiera sernos de gran ayuda.

—¿Para qué? —le preguntó con una apatía visible.

—¿No quieres cerrar este asunto de una vez por todas?, ¿meter a los criminales entre rejas?

—Sé que no va a gustarte mi respuesta, pero ahora mismo me da igual. Ya tengo mi verdad, y con ella tendré que vivir el resto de mi vida.

—Estabas convencida de que esos sueños te los mandaba tu abuelo para que de alguna manera hicieras justicia en su nombre.

—Pues ya ves, me equivoqué. Todo formaba parte de la misión de Sam. Todo.

—¿Estás rindiéndote? —Arqueó las cejas, sorprendido.

—No. Le he hecho mucho daño a mi familia. Perdí la confianza en ellos cuando descubrí todas sus mentiras, y al final ¿para qué? Los muertos siguen muertos y los vivos tenemos que seguir adelante.

Al día siguiente, ese domingo de abril amaneció como un día cualquiera más en el calendario, salvo por el hecho de que la familia entera se reunía de nuevo en torno a la mesa para comer juntos después de la muerte de Nana. Candelaria había dictaminado que ya se podía levantar el duelo de las celebraciones, aunque de todos era conocido que lo hacía para festejar el cumpleaños de su marido. Alberto continuaba distante con ella, y la mujer se lamentaba por las esquinas porque entendía que el motivo por el que la sometía a ese

castigo era exagerado. Quemó un vestido roto. Nada más. Y tantos años atrás que ya no debería afectarlo en el presente.

Candelaria lo observaba desde la ventana de la cocina asar la carne como de costumbre, sin embargo, el hombre no parecía contento al escuchar a sus nietas corretear por el jardín, ni siquiera se dignaba a mirarlas. Alberto estaba apático, casi ausente. Y ella se preguntaba si toda la culpa caía en sus manos embarradas de mentiras.

Adrián se acercó a ella y le estampó un beso en la frente, uno que la devolvió a la cocina, al mismo presente que quería evitar.

—¿Ya ha bajado tu hermana?

—No, Ben ha ido a buscarla. —Abrió la nevera y rebuscó hasta que encontró una lata de cerveza.

—No deberías beber con el estómago vacío. Espera a que estemos en la mesa —lo reprendió, pero él hizo caso omiso de su consejo—. Desde que ese chico se ha ido, parece un fantasma en pena. Me tiene preocupada. ¿Tú sabes qué ha ocurrido?

—A mí no me preguntes. Yo no soy el más indicado en temas del corazón.

—Sí, es verdad. A ver cuándo encuentras a una mujer de fundamento. —Candelaria soltó un suspiro ahogado y volvió a posar sus ojos sobre su marido—. Hoy es su cumpleaños y apenas sonríe. Tu padre está muy raro.

Adrián lanzó la lata vacía desde la distancia para tratar de hacer canasta en la basura. Un tiro limpio, sin salpicar el suelo impoluto de la cocina con las gotas remanentes dentro del envase.

—Mamá, ¿y qué pretendes? Rayco ha estado robándole de su taller para darle dinero a un drogadicto presidiario. Tuvo que pedirle un préstamo al banco para zanjar el tema con ese tipo y que no volviera a meterse en la casa de Carla con las niñas dentro. Y ese idiota le ha regalado una aspiradora para el coche como si nada. No deberías haberlo invitado al cumpleaños.

—Y, según tú, llamo a tu hermana y le digo: «Vente, que el domingo tu padre va a asar pollos, pero a tu marido no lo traigas».

—Pues esto es lo que hay. Nos comeremos el pollo sin mirarnos a la cara y le cantaremos el Cumpleaños feliz lo más rápido que podamos para que se largue de casa.

Afligida, Candelaria se llevó una mano al pecho. Tal vez no debería haber organizado ningún festejo; siempre habría podido utilizar la excusa de que la muerte de Nana era todavía reciente y así, quizá, Alberto no se habría visto en semejante encerrona. A ella tampoco le agradaba Rayco, aunque había aprendido a manejarlo, con educación y cierta distancia. Siempre imaginó que la alegría de las tres niñas correteando por la casa contagiaría al resto.

Salió con un paño de cocina entre las manos y se acercó a la barbacoa con media sonrisa pegada a la boca. Alberto arqueó las cejas al verla llegar. Ella jamás se apartaba de la cocina para salir a comprobar el estado de la carne, y no le costó mucho adivinar que bajo esas facciones rígidas y algo desdibujadas se encontraba una mujer arrepentida. Él le devolvió su comprensión al fruncir los labios y entornar con suavidad los párpados.

De pronto, Candelaria emitió un chillido agudo y señaló el cielo con los dedos temblorosos. Alberto alzó la mirada y, retirando el sombrero de paja de su cabeza, observó la estela de una estrella brillante cruzar el cielo. Sin embargo, no era de noche. No podía ser una estrella. Un meteorito, tal vez. O puede que algo más tenebroso.

Sí, ese día se despertó como una mañana cualquiera, con ánimos encontrados entre los diferentes miembros de su familia, con sus temores y sus desvelos, también con miradas que hablaban más que las propias palabras, con gestos conciliadores y el alboroto de unas niñas felices porque su abuelo festejaba su cumpleaños. Todo según un orden ya prestablecido, hasta que una estrella decidió caer del mismísimo cielo.

Emma había reaccionado al grito de su madre, y desde el umbral de la puerta contempló cómo ese astro dorado marcaba un horizonte apagado por su presencia. Este se precipitó contra el suelo sin hacer sonar un estruendo apocalíptico que lo acompañara; simplemente, su luz se desvaneció.

Emma atravesó el jardín a pasos agigantados y abrió la valla sin mirar atrás. Entonces escuchó a un vecino que se encontraba al principio de la calle:

—Dicen que ha caído en el Camino de la Fuente —los informó mientras echaba a correr en esa dirección.

Y ella no se lo pensó dos veces. Lo siguió hasta colocarse muy cerca de él, y mientras ascendía por la calle empinada, descubrió que muchos más curiosos se unían a su carrera.

—¡Ha caído en el barranco! —exclamó otro—. Lo he visto desde la azotea.

La incertidumbre reinaba por todo el lugar. Eran muchos los tejineros que salían a la calle con el alma en vilo y la intriga por descubrir qué había sucedido. Los más ancianos se encomendaban a Dios y le ofrecían un padrenuestro improvisado. Y mientras todos especulaban sobre lo ocurrido y ponían en marcha sus teorías, ella solo pensaba en Sam.

Llegó al borde del barranco y contempló cómo los más avezados ya descendían por la vereda removiendo la maleza, buscando los fragmentos de un objeto metálico pues la mayoría pensaba que se trataba de la colisión de un ovni contra la tierra. Fue entonces cuando

percibió el calor de una mano posarse sobre sus hombros. Elevó los ojos con impaciencia y distinguió a Ben a su lado. Había corrido tras ella después de escuchar los ruegos de su madre para que no cometiera una locura. También Adrián había partido como una flecha, sin embargo, a mitad de camino, se había detenido para coger aire, y se lamentó por no dedicarle unas horas al día para hacer deporte en vez de holgazanear y dejar su huella patente en el sofá.

—¡Arriba! Miren hacia la Tejinetilla. Hay un destello allí—. Todos desviaron sus miradas hacia la pequeña montaña que presumía ser la hija de la Atalaya. Era un espectacular mirador para encandilarse con varios kilómetros de costa azul y también para disfrutar de los pueblos que se asentaban en la linde de la Biosfera de Anaga—. ¡Se mueve! ¡Se mueve!

Emma colocó su mano en forma de visera para protegerse de los rayos de sol que le impedían observar con mayor claridad el fenómeno. Sin embargo, no conseguía individuar esas particulares centellas. En ese momento, algunas personas decidieron subir la montaña, llegar a la luz antes de que se moviera de nuevo.

—¿Qué me dices, Ben? ¿Nos unimos a la aventura? —Su hermano lo animó a proseguir dándole unas palmaditas en la espalda, y este asintió tras indagar en los ojos de Emma, anhelantes y llenos de curiosidad.

Los dos partieron con el resto como si formaran parte de una expedición relevante, un destacamento con la única misión de esclarecer un fenómeno paranormal, aunque más tarde esa pasión inquieta se desinflara cuando muchos comentarios se trasladaron de la aparición de seres extraterrestres a un simple reventón de un globo sonda.

El sacerdote lo miró extrañado. No se habían recogido informes sobre un suceso similar en la zona en esa época, pese a que su búsqueda no se limitó solo a contemplar luces divinas, sino a cualquier fenómeno que pudiera ser considerado sobrenatural.

—¿Y qué esperaba? —le dijo el viejo como si él se hubiese caído de un guindo—. ¿Se cree que los periódicos lo publican todo? Durante los años ochenta y noventa del siglo pasado, fueron muchos los avistamientos de luces extrañas en el firmamento. Recuerdo que Emma me contó que, siendo una niña, sus padres los levantaron a todos sobre las cinco de la mañana y desde la ventana observaron una luz anaranjada con forma de puro, y que, al encender la radio, eran muchos los oyentes que estaban relatando lo mismo.

—¿Ahora cree en los extraterrestres? —le preguntó patidifuso.

—Yo no creo en nada, solo en lo que veo. Ya se lo he dicho —le respondió con tono susceptible—. En esa zona que recorre la Punta del

Hidalgo, Bajamar, Tejina y Valle de Guerra, no hay década que pase sin que escuchemos varios hechos de este tipo. Usted puede llamarlos como quiera.

—Entonces, ¿vio algo cuando llegó a la cima de la Tejinetilla? —Diego estaba ansioso por recobrar el hilo de la narración.

—No, no había nada. Solo un par de latas que pudieron ser la causa del reflejo que vimos. Esa mañana, el sol estaba rabioso. Molesto. Y nos obligó a subir a la montaña para despistarnos.

El sacerdote dio un respingo y arrugó la frente, contrariado.

—¿Despistarlos? ¿De qué?

—Nosotros no vimos nada, pero Emma lo presenció todo.

Capítulo 22

Eres mi milagro

Cabizbaja, Emma emprendió el camino a casa en cuanto los hombres que componían la expedición desaparecieron de su campo visual. Ya no le quedaba más remedio que esperar a que Ben y Adrián regresaran para partir una tarta que estaría derritiéndose en la mesa. Desanduvo lo andado con cierta desilusión, ya que su corazón se había empeñado en susurrarle que la causa de esa estela brillante era Sam, quien le enviaba una señal desde lo más alto para que no claudicara, para que tuviera esperanza.

Al pasar junto al cementerio, suspiró resignada y miró hacia él como si fuera un refugio donde descansaban los viajeros antes de proseguir su camino; un camino desconocido y visible tan solo para aquellos que querían alejarse de las disputas mundanas. Emma apretó los párpados, desolada, y quiso apartar de su mente esa idea romántica. Allí no había más que huesos consumiéndose en minúsculos habitáculos sin que la luz del día los acariciara. Era el final. La última prisión del hombre. No existían trotamundos ni peregrinos disfrutando de un picnic antes de partir a una travesía misteriosa y llena de descubrimientos. Había tumbas. Tumbas arrinconadas por un paso del tiempo ingrato, pues de la mayoría de ellas ya nadie se acordaba, ni tan siquiera para regalarles una rosa y hacerlas soñar en el silencio de la noche.

Se decidió a traspasar su frontera después de contemplar unos segundos la cruz que coronaba la entrada del particular cementerio, el cual había sido construido en 1835, en un lugar donde antes se erigía una ermita en honor a San Sebastián. Había escuchado el eco de una voz sibilante llamarla por su nombre. «Emma, Emma», le susurraba el viento. «Ven a mí», la animaban con su danza las ramas agitadas de las palmeras.

Y ella entró.

Arrastrada por esa brisa de mediodía, llegó hasta la tumba de su abuela y observó que los crisantemos comenzaban a marchitarse en un agua pestilente y sucia. Decidida, se dirigió hasta uno de los grifos comunes y la derramó en el desagüe, para luego volver a llenar la jarra de transparencia, de pureza. Apartó las flores más mustias y regresó con pies ligeros al lugar donde descansaba Nana, o al menos su carne.

De pronto, un escalofrío sudoroso recorrió su cuerpo hasta dejarla

petrificada y sin aliento. Había alguien más allí, escondido detrás de la pared de nichos del fondo. Emma giró sobre sus talones y avanzó con mucha cautela por el corredor principal, ese que te llevaba hasta una pequeña ermita. Dudó al detenerse frente a él. El cementerio de Tejina era un laberinto con pasillos intrincados y numerosos recovecos, por eso no era la primera vez que algún gracioso decidía gastarles una broma fantasmal a los visitantes.

—Adrián, te juro que como seas tú, te mato —lo amenazó, con el ceño fruncido y los puños bien apretados.

Sin embargo, sus ojos se abrieron como las alas de una mariposa antes de iniciar el vuelo al descubrir a un hombre desnudo a su izquierda, acurrucado sobre la lápida dedicada a todos esos tejineros anónimos que habían fallecido sin que nadie los reconociera. El desconocido mantenía la cabeza apoyada en sus rodillas, y sus pies descalzos estaban llenos de tierra. Tiritaba de frío. Entonces, al despegar la barbilla de sus piernas, Emma pudo distinguir su rostro atemorizado. Era Sam. Su Sam.

Su corazón dio un brinco y pensó que estaba dentro de un sueño imposible, porque ese hombre temeroso no podía ser él. Su cuerpo se estremecía con cada respiración, su cabello apagado estaba empapado alrededor de sus orejas, y sus labios amoratados estaban sellados sin que existiese una oquedad entre ellos.

Emma se apresuró a auxiliarlo. Se quitó la fina rebeca que le cubría los hombros y le secó el sudor de la frente. Después, reparó en las dos enormes cicatrices que surcaban su espalda a la altura de los omóplatos.

—Has caído —afirmó con un hilo de voz—. Al ver esa estrella cruzar el cielo, deseé que fueras tú, pero nunca imaginé que hubieras cortado tus alas. —Se tapó la boca con una mano y sacudió la cabeza —. Sam, ¿estás bien? Por favor, dime algo.

—Perdóname.

—¿Qué? No tengo nada que perdonarte —le dijo desesperada—. Has vuelto por mí.

—Te olvidé.

Ella buscó con sus ojos algo con lo que cubrirlo: una chaqueta que alguien hubiera olvidado, una sábana que utilizaran para tapar los ataúdes, un paño con el que limpiaran el polvo de los nichos. Pero allí no había nada. Nada.

—Tengo que ir a casa antes de que alguien pueda presentarse aquí y encontrarte en este estado. Tienes la ropa que te compré en el armario. No llegué a tirarla porque, en el fondo, algo me decía que regresarías. —Hablaba atropellada, angustiada por si los descubrían, preocupada por el estado de Sam. Ignoraba cómo debía sentirse en ese momento tan vulnerable, expuesto ante los ojos del mundo, e

imaginaba que un torrente de sensaciones desconocidas estaban azotándolo, sin tener en cuenta que antes él había sido un ángel, un ser celestial—. Tienes que seguir escondido. Volveré pronto.

—No, no me dejes solo, por favor. —Sam enterró de nuevo la cabeza entre sus piernas y de sus ojos se desprendieron un par de lágrimas que pronto bañaron sus mejillas—. Duele. Duele mucho.

Ella le acarició la melena rubia, queriendo insuflarle una fuerza que ni ella misma tenía, pero aun así quiso consolarlo, permanecer a su lado.

—Estás llorando —le dijo asombrada.

—Te olvidé, Emma. Te olvidé —le confesó mientras su llanto resquebrajaba las tumbas de quienes yacían olvidados—. Siempre fui yo. Y no lo recordaba. Yo ya te conocía, había estado en tu iglesia y te salvé, pero todo se desvaneció dentro de una bruma caótica que no me dejaba distinguir las huellas del pasado. Me impedía ser. Por eso me enviaron a cuidarte, para que recordara.

—Sam, eso no importa ahora. Tengo que sacarte de aquí.

—Yo soy un recolector de almas, no soy ningún redentor. Sin embargo, ese día llegué antes de que todos perecierais y aguardé unos minutos hasta que se produjera el desenlace —continuó con un nudo en la garganta que lo hacía tartamudear—. Te vi. Te vi en el confesionario y me acerqué a ti porque solo eras una niña. Una niña inocente. Frágil. Asustada. —Elevó sus ojos marinos y ella sintió esa debilidad en sus huesos—. Y tú discerniste mi luz entre los charcos de sangre. Fue solo un destello, pero fue suficiente para que yo decidiera abrir mis alas y protegerte. Mi resplandor fue apreciado por el padre Manuel, pues estaba en tránsito hacia la otra vida, y por Akin Okoye, ya que él siempre fue portador de la gracia divina, como lo habían sido sus antepasados en Jerusalén. Desciende de profetas, aunque él no estaba destinado a serlo. Por eso también pudo verme.

Emma se llevó las manos a la cara y se la presionó hasta que las yemas de los dedos se marcaron en su piel.

—Debí morir allí. Todos. Los cinco supervivientes, incluido el padre Manuel —se repetía a sí misma, sin dar crédito a sus propias palabras—. Tu luz consiguió asustar a los asesinos y se marcharon antes de que pudieran acabar su locura. ¿Por qué? ¿Por qué ellos sí que pudieron verte? No eran más que dos salvajes que jugaban a ser dioses. No eran elegidos ni tus tan nombrados profetas. ¿Por qué?

—Porque el poder de las alas es inconmensurable. Ellos no vieron la luz, sino la sombra que habita tras ellas, el abismo al que debían rendirle cuentas por su maldad. Lo siento, Emma.

Ella entrecerró los párpados y se prometió que no lloraría, que ya había derramado demasiadas lágrimas desde el mismo momento en el que quiso conocer la verdad. Una verdad que había cambiado su vida

por completo. Se derrumbó junto a él y se empeñó en buscar en el cielo otra señal, pues ya no tenía ni idea de cómo proseguir.

—Mi destino era morir con solo cinco años.

—No, no lo entiendes. Mi destino fue salvarte. Tú fuiste mi milagro. Pero me olvidé de ti —continuó él arrepentido—. Estaba tan desencantado con las continuas hostilidades del ser humano, tan hastiado de observarlos enfrentarse unos con otros por banalidades, que no recordé que existían los milagros y que yo formaba parte de ellos. Tú siempre fuiste el mío. Tú me has salvado.

Ella lo rodeó con sus brazos y lo besó en la frente repetidas veces.

—No, tú me sacaste de la iglesia y me llevaste lejos. Ahora lo recuerdo todo. Me dejaste a las afueras del pueblo, en un campo abierto, entre matojos y tuneras. Y yo caminé hasta las piscinas porque allí nos llevaba mi padre los veranos. Era mi lugar seguro. Mi paraíso en la Tierra.

Él asintió con una sonrisa angustiada.

—Tengo miedo, Emma. Mucho miedo.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te cortaste las alas? —le preguntó al volver a contemplar las dos cicatrices de su espalda y atreverse a palparlas como si así pudiese aliviar su dolor. Ella no quería admitirlo ante él, pero también estaba atemorizada.

—¿Y todavía me lo preguntas?... Por ti.

Emma se apartó hacia atrás un par de tirabuzones rebeldes de su frente para despejar así sus ojos, ya que estos estaban empeñados en nublarle la vista.

—No sé qué decirte.

—Perdóname. Debí consultarte antes.

—No, no, no he querido decir que lo hayas hecho mal. Solo que me siento abrumada.

—Yo también —se sinceró, apretando los párpados con temor.

Ella le acercó los labios a sus mejillas y se esmeró en secarle las lágrimas. Una por una. Con ternura. Con amor.

—¿Y ya está? ¿Eres humano?

—No es tan sencillo. —Suspiró, con la esperanza de borrar toda esa incertidumbre que lo devoraba por dentro—. Cuento con un período de adaptación en el que puedo retractarme de mi decisión y solicitarle a mi maestro que me devuelva las alas. Superado ese tiempo, ya no habrá vuelta atrás, y seré mortal hasta que mi cuerpo se marchite como las flores a las que antes te afanabas en darles de beber.

—¿Y mientras? ¿Qué eres?

—Un aprendiz de humano.

Benjamín Torres se detuvo cuando llegó a uno de los muros laterales

de la residencia, esos que lo mantenían en una burbuja irreal desde el día que decidió coger la maleta y presentarse en la recepción, solo, sin advertir a ninguno de sus tres hijos. Su nuevo hogar le regaló la tranquilidad que él anhelaba en un momento de su vida donde lo había perdido todo, hasta su razón de ser. Él no era como el resto de los inquilinos. Gozaba de buena salud, y todavía su mente le funcionaba como el motor de un coche recién salido de la fábrica. Su memoria estaba intacta, volaba entre los recuerdos más gratos y otros más incómodos como una grácil golondrina.

Su mundo ya no era caótico ni huraño. Vivía entre unas paredes armónicas y un calendario organizado, incluso para las visitas. De vez en cuando realizaban excursiones al exterior para que los viejos no se olvidaran de las maravillas de su isla, y era en ese momento cuando Benjamín respiraba un oxígeno cargado de nostalgia y de libertad. Sin embargo, cuando regresaba a la residencia, se recordaba a sí mismo que allí no era un prisionero, sino un hombre fiel a sus principios, entregado para sanar su alma.

—Estamos llegando al final de la historia —concluyó al rozar con sus dedos el muro de cemento que se erigía ante ellos—, e imagino que, después, sus visitas concluirán.

—Si le soy sincero y a pesar de que estoy deseando conocer el desenlace, no quiero que termine. Estos pequeños ratos que he pasado con usted han sido liberadores, únicos para mí —le confió el cura con cierta timidez—. Nuestro profesor de Teología nos dijo algo una vez, algo que caló hondo en mi ser: «En nuestro camino por este valle de lágrimas, nos encontraremos a muchas personas diferentes. Puedes disfrutar de su compañía años, meses o quizá unos días contados, pero solo aquellas que te aportan su granito de arena y te ayudan a crecer permanecerán toda tu vida en el corazón».

—¿Y dice que le daba clases de Teología? Bien podría ser abogado —bromeó, con una sonrisa decorosa.

—Seguiré con mis visitas si así usted lo desea. No serán tan asiduas, pero le prometo que vendré a verlo. Incluso podría obtener un permiso para que venga a visitarme a la iglesia un domingo y así gozar de la misa.

—La iglesia. Su querida iglesia. No creo que yo tenga esa luz para ver sus fantasmas corretear por ella.

—Una vez la tuvo —le recordó el sacerdote—. ¿O sigue pensando que fue un delirio?

—No, a estas alturas de la vida, un hombre necesita tener fe. No quiero pensar que voy a terminar devorado por gusanos en una caja de madera hecha a medida. Prefiero imaginar que me reuniré con todos ellos en ese más allá suyo. Es una alternativa mejor.

El cura rio y giró sobre sus talones para encarar el camino de

vuelta entre unos setos que lo animaban a proseguir, a pesar de que detestaba las despedidas. No era un adiós para Benjamín Torres, sino un adiós a su historia, a su investigación, ya que jamás reuniría las pruebas necesarias para iniciar ante el Vaticano un proceso de certificación de una intervención divina en la iglesia. Sí, tenía un testigo, pero este jamás hablaría ante un grupo de expertos en esta materia. Y si lo hiciera, no contaría que fue la Virgen con un niño en los brazos quien se presentó ante los tres como él sostenía al principio. Les narraría las peripecias de un ángel en la Tierra, y estaba convencido de que lo tacharían de demente, y a él, de imprudente.

—A veces me pregunto qué fue lo que me llevó a quedarme más tiempo en la isla —continuó el viejo mientras jugaba a girar el bastón sobre su muñeca—. La perdí, aunque me resistía a creerlo. Puede que la hubiese perdido desde el momento en el que apareció Sam, pero yo no me di cuenta. Fui un idiota. Me aferré a esa absurda idea de que si él se había ido una vez, lo haría de nuevo. Era más un deseo que una certeza, ya me entiende. —Se sorbió la nariz, para después estornudar varias veces—. ¡Maldito polen! Es lo malo de la primavera... La verdad es que quería irme, alejarme de la casa y no volver a mirar atrás. Las muestras de cariño entre ambos eran cada vez más frecuentes y ya no se escondían. Los observaba detrás del postigo besarse antes de cruzar la calle y entrar en la casa. También asistía a sus miradas cómplices cada mañana y a sus continuos susurros cada vez que Emma iba a visitarlo a su dormitorio. Juro que quise marcharme. Pero algo muy dentro de mí me musitaba que ese capítulo no estaba del todo cerrado y que debía esperar hasta la comunión de Nayra para dar carpetazo a todo ese asunto. Tal vez para no ser descortés con la familia que me acogió como un hijo más desde que Emma me había presentado como su novio formal. Quizá para no ser desagradecido con la invitación que por derecho me merecía. No lo sé. Pero me quedé.

Diego frunció el ceño al comprender que lo hizo porque todavía la amaba, aunque sus esperanzas por recuperarla se hubieran desvanecido.

—¿Y qué pensaban ellos de todo esto?

—Creo que se avergonzaban del comportamiento de su hija, pero desconocían mi infidelidad. Alberto era el que más insistía en que asistiera a la celebración de su nieta, puesto que el dinero que le había entregado a Rayco había salido de mi bolsillo. El banco no le concedió el préstamo al comprobar sus finanzas. Emma no lo supo hasta después. —El anciano lanzó el bastón al aire y lo recogió de nuevo en sus manos, esta vez para apoyarlo en el suelo—. Tengo que confesarle que me permití la licencia de presentarme en casa de ese malnacido y amenazarlo. Si volvía a robarle a Alberto o a pedirle dinero, lo empapelaría con decenas de denuncias hasta meterlo en la cárcel por

malversación, sustracción, chantaje o lo que me viniera en gana. Se tomó muy en serio mi advertencia, y aunque en ese momento deseé que rompiera mi invitación a la comunión de su hija, no lo hizo. Se quedó con el rabo entre las piernas mirando al suelo como si supiese que el Infierno lo esperaba bajo sus pies. Me habría quitado un peso de encima si se hubiera encarado conmigo y me hubiera prohibido la entrada a su casa.

—¿Y Emma qué decía al respecto? —El sacerdote mostró su curiosidad arqueando las cejas de manera sorpresiva.

—Ella trataba de no mostrarse demasiado afectuosa con Sam cuando yo estaba presente, aunque, a veces, su efusividad podía más que su razón. Habíamos llegado a un débil acuerdo donde yo no montaría ninguna escena de celos ni me enfrentaría a Sam, y ella no se opondría a la decisión de sus padres de permanecer en la casa hasta la celebración.

El cura torció el gesto, no muy convencido.

—Pudo haber cambiado el billete de avión y marcharse antes. Nadie lo obligaba a estar allí ni a ser humillado de esa manera.

Benjamín Torres posó sus ojos avispados en el rostro confundido del joven.

—Pude hacerlo. Pero el destino me reservaba una última jugada en esta alocada partida que ni yo mismo vi llegar.

Capítulo 23

Los caprichos del destino

Ben volvió a pisar la iglesia de San Bartolomé el día de la comunión de la pequeña Nayra. Quiso ser discreto y se sentó en los últimos bancos, alejado de los asientos reservados para la familia. Esa mañana admiró el templo desde otra perspectiva, una más espiritual, más íntima, pues bajo el altar había presenciado un acontecimiento todavía inexplicable para él hacía ya unas semanas. La luz. La luz que le narró unos hechos que pululaban ahora en sus recuerdos como si él hubiera sido un testigo el día de los asesinatos.

Se revolvió incómodo en el lugar y quiso centrarse en la celebración católica que estaba llevándose a cabo en su interior, pero no podía. Su mirada lo traicionaba para depositarse una y otra vez bajo el vestido inmaculado de la Encarnación. Allí, en ese punto donde todo comenzó y todo finalizó. Y quiso huir. Correr. Alejarse de esa pantomima donde no era más que un invitado por compromiso en un festejo en el que la alegría había rehusado tocar con su varita mágica su espíritu. Así que en cuanto atisbó a Sam escabullirse por la puerta lateral, quiso imitarlo e ir en su busca. Abandonó la iglesia por la entrada principal y caminó hasta que halló al ángel deshaciéndose de la chaqueta y del nudo de la corbata que oprimía su largo cuello.

—Tampoco has podido soportarlo. —Lo ayudó a aflojar el nudo y a desabrocharse el primer botón de la camisa.

—No, me recuerda lo que una vez fui.

—La luz.

Sam escudriñó en sus ojos castaños para averiguar si estaban siéndole sinceros o no, pero se topó con un muro infranqueable, robusto y nada delicado.

—Cuando llegué, no me imaginaba nada de esto. No pretendí enamorarme de ella.

—No te culpo. Es imposible no hacerlo cuando empiezas a conocerla. —Ben introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón y, cabizbajo, enumeró las imperfecciones de los mosaicos de la plaza—. No le hagas daño. Ya ha sufrido demasiado.

—No podría. Nuestra conexión supera los límites de la realidad. Tú también estabas ahí —le dijo mientras sus ojos se posaban de nuevo en la iglesia—. Ella ya me conocía. Por esa razón podía escucharme, percibir mi energía. Yo estoy tan desconcertado como tú. Emma es mi destino.

Ben se mordió el labio inferior, confuso.

—Eso es una fantasía propia de los libros románticos para enamorar a las muchachas. No existe el destino, solo un sinfín de causalidades que te llevan en una dirección u otra.

Sam dio un respingo sin ocultar su perplejidad.

—¿Todavía dudas? ¿A pesar de que fuiste un privilegiado al presenciar un milagro?

—Entiéndeme, no estoy capacitado para valorar lo que sucedió ahí dentro. Aunque la verdad es que prefiero pensar que un ángel caído del Cielo me ha arrebatado lo que más quería antes que creer que lo ha hecho un ser ordinario. Contra un ángel divino no puedo competir, sin embargo, contra un mochilero buscavidas se me hace arduo imaginar que no tendría ninguna oportunidad.

Él lo obsequió con una sonrisa sincera.

—Todavía te quiere —le reveló—. Tú fuiste el primero que alentó sus sueños.

—Y también quien los destruyó.

—No seas tan duro contigo mismo. Los humanos a veces os castigáis demasiado y resaltáis vuestros errores más que vuestros triunfos.

—Hablas como si todavía fueras un ángel.

Sam lanzó una profunda exhalación que se refugió entre las copas de los árboles de la plaza y alzó el vuelo con algunos pájaros aventureros.

—Yo también necesito tiempo para sanar. Olvidé muchas cosas, entre ellas que en las lágrimas de los humanos reside su verdadera esencia. Y yo aprendí a llorar con ellos hasta que las mías se secaron. Ahora estoy aprendiendo a recogerlas de nuevo y hacerlas libres.

—Me gustaría comprenderte mejor, pero no entiendo ni la mitad de lo que dices.

—No soy tu enemigo, Benjamín. Por mucho que te hayas empeñado en odiarme, jamás lo he sido.

Se sentaron en el muro y aguardaron pacientes a que el repique de las campanas les anunciase el final de la ceremonia. De vez en cuando, de reojo, Ben observaba al ángel como si fuese un niño grande a quien el mundo le brindaba una oportunidad única. Inmejorable. Y se preguntaba si Sam tendría la valentía necesaria para recibirla con sus luces y sombras por igual. Porque no todo eran victorias en la vida. A veces, las derrotas contaban más.

Entretanto, Carla había organizado al milímetro el banquete y dispuesto los comensales en una larga mesa que recorría el patio trasero de su casa de izquierda a derecha. Numerosos globos blancos adornaban parte de la fachada y también parte del muro que delimitaba la linde con el vecino. Había pintado las macetas,

arrancado las malas hierbas y adecentado la pequeña higuera del rincón. Había conseguido que su patio fuera un pequeño salón de un palacio para princesas y que el azul celeste del mismísimo cielo se convirtiera en su techo ese día.

Ben apenas habló durante la comida en la que familiares y amigos charlaban animosos sobre lo maravillosa que había sido la ceremonia y lo bien que estaba enramada la iglesia con los numerosos lirios blancos en la capilla mayor. Él se entretenía con las risas de los niños, quienes ya habían terminado con la tarta y jugaban a la pelota sin prestarles atención a los adultos. Cuando lo creyó oportuno, también se levantó de la mesa y se acercó a la pequeña Nayra para entregarle su regalo. No quería demorar más su partida, pues para él estaba siendo lenta y agónica, y pensó que la Muerte algún día tendría más piedad con su cuerpo.

Halló a la niña bajo la sombra de la higuera, adecentando con las palmas de las manos los encajes rebeldes de su vestido inmaculado. A duras penas, Nayra trataba de que no se encrespasen y se volvieran del revés.

—¿No juegas con los demás? —le preguntó Ben sorprendido.

—Estoy esperando a sacarme las fotos con los invitados para que después mi madre me cambie de ropa.

—Tendrás ganas de ponerte unos pantalones para ir a correr con tus amigos.

Angustias García, la abuela paterna de la niña, se acercó a ellos con semblante severo y los interrumpió para reprocharle a la pequeña que estuviera arrastrando el cándido vestido por la tierra que rodeaba el árbol.

—Es mejor que te sientes con nosotros hasta que acabemos el postre. Después ya podrás jugar con tus amigos. —La mujer reparó en su presencia y lamentó no haberse presentado durante la ceremonia en la iglesia—. Mi hijo Rayco me hablado mucho de usted. Dice que es abogado y que lleva unos años saliendo con Emma. Creo que es la primera vez que coincidimos. Claro, como usted vive en Madrid...

Ben no quiso corregirla y dejó que pensara que todavía era el novio de Emma. No quería responder a preguntas incómodas sobre su presencia allí, así que se limitó a sonreír y a presentarse a la vez que inclinaba la barbilla.

—Debo marcharme ya. Se me está haciendo tarde, pero antes quería entregarle su regalo.

La niña lo miró con ojos ilusionados y le arrebató el paquetito de las manos. Rompió el papel de regalo con presteza y descubrió dentro de una pequeña caja una pulsera de oro blanco con su nombre grabado y la fecha del acontecimiento.

—¿Me la pones?

Ella estiró la muñeca y permitió que Ben se la ajustara para que no se zafara por si finalmente se decidía a correr detrás de la pelota. En ese momento, la cadenita que rodeaba su cuello se deslizó por el vestido y cayó al suelo. Se precipitó por una pequeña grieta cerca de una de las raíces de la higuera. Él se apresuró a recogerla, aunque tuvo que hurgar con sus dedos para encontrarla en el orificio antes de poder rescatarla.

—¡Oh, vaya! —se lamentó la abuela—. Tiene el enganche flojo. Ya le he dicho a Rayco varias veces que tiene que llevarla a arreglar, pero no hay manera. Quise que mi nieta luciera algo mío en este día tan importante. —Miró a Nayra con cierta tristeza y le pasó la mano por los cabellos morenos—. A ver si al menos aguanta para las fotos. Después me comprometo yo misma a buscar a un joyero para que la repare. ¿Es usted tan amable de colocarle también la cadena?

Él se afanaba en despejar el rostro de la Virgen, que había quedado oculto entre el barro húmedo que habitaba en la grieta, mientras observaba al niño que portaba en brazos. Sonreía. Parecía feliz.

—Es la Virgen de los Remedios, patrona de Tegueste —le aclaró ella—. Yo no soy teguestera de nacimiento, aunque mi marido sí lo era, pero puedo decirle que el pueblo siempre me acogió con cariño, y por eso soy muy devota de esta Virgen.

—¿Y dónde nació usted? —le preguntó por educación al tiempo que le daba la vuelta a la medalla para comprobar si quedaban restos de tierra.

—Yo soy del norte, de los Realejos. Detrás están grabados las iniciales de mi nombre. Angustias García González y la fecha de nacimiento que figura en mi carné de identidad. —Ben comprobó que las letras A. G. G. ocupaban gran parte del espacio, y también unos números: 28/09/41. El cuatro parecía haberse llevado la peor parte, pues estaba semioculto bajo un minúsculo pegote de tierra—. Imagino que ya sabrá que en esa época uno iba a dar parte de un nacimiento cuando podía, y a veces pasaban meses antes de que apuntaran a un niño en el ayuntamiento. Yo tuve suerte y me registraron solo un mes después. Nací una tarde del veintiocho de agosto del año cuarenta y uno, o eso al menos me contó mi madre.

Él asintió a la vez que trataba de asegurar el enganche detrás del cuello de la niña.

—Sí, sí. Candela me contó una vez que su padre fue en burro hasta La Laguna para hacer unas gestiones sobre sus tierras de cultivo, y de camino la registró en el ayuntamiento, un año después de haber sido bautizada.

—Era lo habitual por aquel entonces. —Angustias alzó la mirada y atisbó a su hijo haciéndole señas—. Nayra, vete con tus padres. Van a

hacer las fotos, y ya después puedes quitarte esos zapatos que tanto te molestan.

Ben se despidió con un beso en la frente de la niña y después dudó si estrecharle la mano a la abuela, pues tenía las uñas sucias de escarbar en la tierra. Sin embargo, ella no le dio mucha importancia y le cogió la mano.

—Encantado, señora.

—¿No piensa saludar al resto? ¿Ni siquiera a su novia?

Él elevó la mirada y la contempló unos segundos con su reluciente vestido verde y su medio recogido, que obligaba a algunos de sus bucles a caer con gracia sobre el escote. Reía mientras brindaba con una copa de vino blanco. Estaba radiante, con una belleza serena que no llegaba a encandilar a los presentes pero que a él conseguía traspasarle el corazón y arrancárselo de cuajo.

—Ella ya sabe que un taxi está esperándome —le aseguró, sin apartar los ojos de Emma.

Ben cruzó el patio y entró en la casa para dirigirse a la salida. No quiso mirar atrás. Recogió la maleta con sus pertenencias, la cual había dejado en el salón, y se marchó. No estaba preparado para afrontar miradas de lástima ni repletas de compasión. O lo que era peor: atisbar la felicidad en el rostro de Emma, ya que por fin él abandonaba su vida. Cerraba un capítulo de un libro y abría otro con nuevas esperanzas. Uno en el que su nombre no aparecería escrito, y de nuevo temió no encontrar su propio sendero sin ella.

Se introdujo en el taxi con la certeza de que nadie había notado su ausencia y se enfrascó en leer los mensajes de su teléfono para distraer su mente del profundo pesar que palpaba en ese instante. Subía por la carretera del Portezuelo rumbo al aeropuerto, y las curvas pronunciadas del camino lo obligaron a mirar por la ventana. Verde. Fue el primer color que distinguió su retina. El verde de los campos, de los montes, de la primavera y de los ojos transparentes de Emma. Se restregó una de las cejas y jugó a torturar sus labios sometiéndolos al nerviosismo de sus dedos, que los deformaban o estiraban sin piedad. «Emma...». La imaginó bailando con Sam en la casa de Carla. «Se acabó. Tengo que dejarte partir», pensó mientras un sabor amargo inundaba su paladar.

Sin embargo, al abrir su maletín, la carpeta donde guardaba toda la información recopilada sobre los asesinatos de la iglesia se deslizó sobre sus muslos. La cogió entre sus manos y enumeró sus páginas como si fuera un empleado del banco contando billetes. Cuarenta y siete folios. Tenía entre ellos tanto las fichas de los que habían muerto ese día como la de los cinco supervivientes. Seis, si contaba a Emma. También un informe detallado sobre la conversación que habían mantenido con Akin Okoye y de las averiguaciones que Emma había

conseguido de su propia familia. Nana, Adrián. Alberto. Carla. Y Candela.

Repasó las páginas una por una, hasta que llegó a algunas fotografías de la escena del crimen que consiguió en la comisaría. Nunca se las enseñó a ella. No pudo. No podía someterla a ese calvario. Examinó la del cuerpo de Juan Ramos con un nudo en la garganta mientras una cascada de imágenes lo devolvieron a ese día. Él lo vio caer. Cuando la luz se apoderó de ellos, lo vio morir. El hombre le gritaba a su nieta que corriese, que se salvase, y ella se había quedado petrificada observando cómo su abuelo se debatía entre la vida y la muerte hasta que el disparo resonó por toda la iglesia.

La primera víctima fue Eulalia Cruz, la hermana mayor de las tres mujeres que solían asistir a la misa todas las tardes, ya fuera un día laboral o festivo. Y la segunda, Juan Ramos. Después se produjeron el resto de las muertes: las otras dos hermanas; Pedro Rodríguez, conocido como el carnicero; José Juan Marrero Hernández y su mujer, Inmaculada Izquierdo González, y por último el joven monaguillo, Fabián Pérez Santos.

Ben se estrujó los sesos tratando de recordar lo que la luz del ángel le había mostrado: el padre Manuel leyendo las escrituras; el monaguillo a su lado aguardando a una señal del cura para sentarse y que le dejase descansar las piernas; las hermanas Cruz a la derecha; delante de ellas, el matrimonio fallecido, justo detrás de dos mujeres que ocupaban el primer banco; en los asientos de la izquierda, delante, Pedro Rodríguez, acompañado por su mujer y su hermano discapacitado.

Detrás de ellos, sentados en el octavo banco, discernió el rostro de Juan Ramos y a su nieta, Emma. De pronto, observó un destello proveniente del pecho de la niña, un pequeño reflejo dorado, como el de una moneda de oro sumergida en el agua.

—¡No puede ser! Sí que llevaba la medallita —concluyó en voz alta.

Pero Candelaria había jurado que ese día no se la puso por temor a que la perdiera como había hecho Adrián. Repasó el testimonio de la mujer, los apuntes que había escrito en cuanto Emma le narró la conversación con su madre. Buscó la frase en la que hablaba de ella y la subrayó con un bolígrafo rojo. Estaba en lo cierto: Emma no llevó ninguna cadena a la iglesia. Se apoyó el bolígrafo sobre los labios y lo mordisqueó. Y, entonces, recordó.

—¡Los sueños de Emma! —El taxista frunció el ceño, desconcertado, pues el hombre parecía hablar solo.

Ben rebuscó entre sus papeles hasta individuar esos en lo que había anotado lo que ella le contaba. Emma no lo sabía. Pero como

buen abogado, había creado una carpeta con todo lo que comentaron, analizaron y debatieron. Quizá para impresionarla en cuanto se la enseñara y certificara lo mucho que se había implicado en el asunto, aunque jamás tuvo la oportunidad de mostrársela. Y ya todo aquello carecía de sentido. Arrugó el rostro, meditabundo, hasta que por fin localizó la parte que estaba buscando. Varias veces Emma repetía que soñaba con una medalla que se le caía sobre el vestido y se empapaba con la sangre de su abuelo. Sin embargo, había algo que no cuadraba en las páginas que tenía delante. Su madre le había devuelto semanas atrás su cadena con la Virgen de Candelaria como imagen central, pues la había mantenido guardada en el joyero, y Emma, en sus visiones, hablaba de la Virgen de los Remedios, de la que su abuela Nana era devota. ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Qué pieza le faltaba?

De pronto, lo comprendió todo.

—Por favor, ¿puede dar la vuelta? —le pidió al taxista.

—Ya casi estamos llegando al aeropuerto.

—Lo siento, le pagaré el doble si es necesario, pero he olvidado algo muy importante en esa casa —se excusó mientras telefoneaba a su secretaria en Madrid—. ¿Claudia?... Sí, necesito que me envíes una foto, la que encuentres, la que sea, de Francisco Javier López Amador... Sí, la de ese tío que te pedí que me pasaras la lista de delitos que había cometido hace unas semanas... Sí, es muy urgente, la quiero para ya. Estoy dentro de un taxi y no puedo acercarme a ninguna comisaría ahora... ¿En Facebook? Dudo que tenga siquiera un perfil.

Ben colgó el móvil y marcó el número de Emma repetidas veces, sin hallar respuesta. Después buscó en sus contactos el nombre de Adrián y presionó el icono de llamada mientras un incipiente nerviosismo se apoderaba de él. «Venga, venga, responde», se repetía desesperado, a sabiendas de que su excuñado se había mostrado arisco, incluso irrespetuoso con él en las últimas semanas.

—¿Qué te pasa, tío? ¿Te han cancelado el vuelo o has vuelto a arrepentirte? —le contestó con tono chispado, como solían decir en la tierra cuando alguien se desinhibía y parecía demasiado alegre a causa del alcohol.

—Necesito que te centres, por favor. ¿Está tu hermana por ahí?

—No, no, no —le respondió, arrastrando la o en cada negación—. No voy a pasarte con ella. Le hiciste mucho daño. Tu historia se acabó.

—Bien, vale. —Se rindió. Adrián no estaba en condiciones para comprender sus conclusiones. Tenía que ir al grano—. Contéstame solo a una pregunta: ¿Cuándo nació tu abuela Nana?

Escuchó un silencio peligroso tras el auricular y Ben rezó para que no le colgase.

—Aaah, ¿es una pregunta trampa? Mmm, yo qué sé, tío. ¿En septiembre? ¿He acertado?

Ben resopló, rogándole a la paciencia que no lo abandonara, porque en ese instante deseó tener el cuello de Adrián cerca para estrangularlo.

—¿Podría ser el veintiocho de septiembre?

—¡Sí, sí! ¡Bingo! Del año treinta y uno.

Ben frunció los labios mientras arrugaba el ceño, meditabundo.

—El cuatro no estaba embarrado. Estaba deformado. Alterado. —Se le cortó el aliento y apenas le entraba aire en los pulmones—. A. G. G. es Nana. Ana Gloria González.

—¿Qué dices? ¿Se te ha ido el baifo? Voy a darte un consejo: coge ese maldito avión y desaparece. ¡Puf!

—¡No, no me cuelgues! Tienes que avisar a la familia. Podéis estar en peligro. ¡Maldita sea, Adrián!

Ben golpeó el maletín con impotencia al tiempo que recibía un mensaje de su secretaria: «Extraída de su perfil de Facebook. Besos». Amplió la foto hasta sentir que las entrañas se le retorcían, ocasionándole un dolor abismal. Francisco Javier López o Pancho, o como demonios lo conocieran sus amigos, era el hombre de la pistola. El asesino de la iglesia.

Diego dio un traspiés y estuvo a punto de caer si no se hubiera sujetado a uno de los setos que decoraban los pasillos del jardín. Estaba sudando. No, le temblaba el cuerpo. Eso era lo que le sucedía.

Se enderezó hasta recuperar la verticalidad y observó al anciano, quien se había detenido unos metros más adelante para esperarlo. Había clavado el bastón en la gravilla mientras contemplaba los rayos violáceos del sol morir en el océano. Resignados. Callados.

—¿Se ha hecho usted daño? —le preguntó en cuanto se puso a su altura.

—¿De verdad Pancho era el asesino de la iglesia? —Lo miró ojiplático, con el rostro desencajado y una mueca que no conseguía volver a su forma natural—. ¿Y quién era su cómplice? ¿Y cómo diantres no aparece nada de esto en los informes policiales?

—Todo a su tiempo —le rogó el viejo a la vez que reanudaba el paso—. Era evidente que el segundo asesino era su compañero de batallas, el hermano de Rayco, Ayoze. Yo nunca llegué a conocerlo, y dudo que Emma lo hubiera visto más de una vez. Creo que me comentó que había coincidido con él en la boda de su hermana, pero que jamás cruzó una palabra con ese hombre. Y después murió en ese trágico accidente.

El cura asentía mientras escuchaba las explicaciones del señor Torres.

—¿Y cómo es que Emma sí que llevó una medallita ese día a la misa? Su madre le juró que se la había escondido.

—Sí, y que le dio un par de nalgadas porque ella no quería quitársela —dijo riendo al imaginar el genio de la pequeña Emma—. Es muy probable que Juan Ramos o la misma Nana, para contentar a la niña, le pusiera al salir de la casa la cadena que pertenecía a su abuela, a pesar de que el enganche era débil. Nana era muy devota de la Virgen de los Remedios, pues había nacido en Tegueste. En cambio, la medalla de Emma tenía la imagen de la Virgen de Candelaria, por eso su madre aseguraba que ella no la había perdido, ya que esta la había guardado en el joyero. —Hizo una pausa para comprobar si el cura lo seguía en sus deducciones—. Ayoze fue el encargado de buscar a Emma en la iglesia, y debió toparse con la cadenita de oro mientras lo hacía. Se la guardó en el bolsillo sin que Pancho lo viera y la limpió días más tarde. Pensó en venderla, hasta que se fijó en la increíble coincidencia. Su madre Angustias había nacido diez años después que Nana. Ella había tenido a sus hijos después de los treinta, algo inusual para la época, y Nana se había estrenado demasiado joven con la maternidad, al igual que Candela. Así que Ayoze decidió hacerle un regalo a su madre que la hiciera feliz y recordara toda la vida, ya que la mujer estaba cansada de tanto disgusto que su hijo mayor le ocasionaba. Eso sí, le pidió a un joyero que le grabase el número cuatro encima del tres y mantuvo la fecha de nacimiento para no desvirtuar mucho la inscripción, pues de todas maneras era la fecha que aparecía en el carné de identidad de Angustias, y esta no le dio demasiada importancia a este detalle.

—¿Y cómo es que Nana jamás denunció su desaparición? ¿Por qué no comentó que, además de la recaudación de la iglesia, los asesinos se habían llevado su cadena?

El anciano entrecerró los ojos y estiró una de las comisuras de los labios después de darle una palmadita en la espalda al cura.

—Si lo hubiera hecho, tendría que haber desvelado que Emma había asistido a la misa, y por lo tanto que también era una testigo esencial en el caso. Aunque si le digo la verdad, me inclino a pensar que Nana imaginó que la niña la habría perdido en la carrera que hizo para llegar hasta Bajamar. En ese momento, ella estaba destrozada por la pérdida de su marido y por la desaparición de la pequeña. No creo que se preocupase mucho por la medalla.

Benjamín Torres le señaló con el bastón un banco libre entre los rosales del paseo y él aceptó la oferta, pues también se encontraba exhausto después de la intensa caminata durante esa jornada. Diego suspiró tras estirar las piernas y examinó el rostro sereno del viejo. Lucía más liberado, sin cargas que ensombreciesen sus facciones redondeadas.

—¿No le parece una casualidad que Rayco terminase casado con Carla? —El sacerdote decidió romper el silencio tras unos minutos de contemplación.

—No todo fue casualidad —afirmó convincente—. Aunque el destino puede ser muy caprichoso. Juguetón. Y, a veces, perverso.

Capítulo 24

Una bomba de relojería

Emma tiró de Sam hasta que ambos se introdujeron en el pequeño baño que había en el garaje. No contaba con la exquisita decoración con la que su hermana había amueblado cada rincón de la casa, ya que este ni siquiera estaba encalado, pero tenía lo justo para un apuro: un váter y un lavabo. Abrió el grifo y empapó la toalla que colgaba justo detrás de ella, y con una sonrisa pícara examinó la extensa mancha de helado que cubría la camisa de Sam.

—¿Cómo no te habías dado cuenta de que se derretía? —le preguntó riendo.

Él frunció los labios y se encogió de hombros, sin saber muy bien cómo responderle.

—No lo sé. Estaba frío y la lengua se me quedó pegada a él, y pensé que tal vez si esperaba a que se calentase, podría seguir degustándolo sin que mis papilas gustativas terminaran entumecidas.

—Ya verás como poco a poco terminarás acostumbrándote a toda nuestra cultura, ya sea gastronómica, musical o de nuestras fiestas.

—Sí, el helado es un alimento un tanto extraño. Parece un dulce, y sin embargo te aporta las proteínas derivadas de la leche, vitaminas, fósforo y mucho calcio, y además alivia la tensión emocional de una forma casi milagrosa. ¿Cómo puede ser tan placentero?

Ella le estampó un beso en los labios y saboreó los vestigios que el chocolate había dejado en su boca. Sam la acompañó sin rechistar, pues un beso podía ser comparable a la ingesta de varios helados, aunque pensó que nada podía equipararse con el frenesí que experimentaba cada vez que Emma lo apretaba contra su cuerpo, pidiéndole fundirse con él.

—Todavía no me creo que estés aquí, que hayas cortado tus alas por mí —le confesó sobrecogida.

—Tú eres la única que me ha hecho comprender que el amor no tiene fronteras, que no habita en una galaxia concreta y que ni siquiera nos pertenece, porque es libre de depositar su confianza en cualquiera.

—Aunque a veces nos traicione.

—Yo no soy Ben —le aseguró, interpretando sus pensamientos.

De pronto, escucharon voces en el piso superior. Emma elevó la mirada y clavó sus ojos verdes en el techo, como si con ellos pudiera

discernir lo que ocurría sobre sus cabezas. De inmediato, reconoció la voz de Rayco. Discutía con alguien, y aunque su cabeza le chillaba que no se entrometiera en sus asuntos, su corazón, apenas recompuesto por la vuelta de Sam, le susurraba que su hermana no se merecía más disgustos. No con él, quien parecía estar más concentrado en saciar su apetito egoísta que velar por la seguridad de sus hijas.

Corrió hasta las escaleras, dispuesta a ascender cada peldaño con una decisión que hubiera amedrentado al más osado. No pensó en ella misma ni en Sam, sino en que las mentiras estaban adueñándose también de la familia de Carla, y no quería que sus sobrinas creciesen en un entorno viciado y lleno de secretos, ya fueran bien o malintencionados, como lo había hecho ella.

Distinguió a su cuñado en el salón y toda su rabia se concentró en él. Apenas le dedicó un segundo al hombre que parecía revolver los cajones del mueble donde descansaba el televisor.

—¿Qué está sucediendo aquí? ¿Es ese el tipo que está extorsionándote?

Rayco, con los ojos fuera de sus órbitas, desvió su atención hacia ella.

—Será mejor que te largues —le sugirió a la vez que tragaba saliva.

—Voy a llamar a la policía —los amenazó—, y después ya arreglarás las cuentas con mi hermana.

Con rostro imperturbable, el desconocido se dio la vuelta y encañonó con su mirada fiera a los dos fisgones. No le gustaban las sorpresas ni que nadie se inmiscuyera en sus negocios. Sus ojos bailaron de la mujer al hombre mientras trataba de discernir cuál de ellos iba a darle problemas. Ella, sin duda. Sus ojos nublados no anunciaban nada bueno.

—¿Quiénes son estos? —le preguntó a Rayco con impaciencia.

—Déjalos que se vayan. Son mi cuñada y su novio guiri. No van a decir nada. Ya te dije que te has presentado en un mal momento. Es la comunión de mi hija mayor. Ven otro día si quieres. Ya saldaremos las cuentas.

Emma acribilló a Rayco con su mirada cortante, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Nos dijiste a todos que esto se había terminado, que ya le habías entregado el dinero que mi padre te prestó. ¿Has vuelto a mentirle a Carla?

—No sabes de lo que estás hablando.

—Creo que sí lo sé. Este es tu amigo Pancho, el que está involucrado en la muerte de esa niña por sobredosis. Y aunque has querido convencer a tu mujer de que tú no has tenido que ver con todo ese asunto, a mí no me engañas.

—¿De qué coño está hablando esta loca, Rayco? ¿Qué chorradas está soltando por la boca? —El hombre dio dos pasos al frente para observarla mejor, con más detenimiento.

—Será mejor que los dejemos solos —le sugirió Sam mientras le agarraba la mano.

—Sí, será mejor que hagas caso al payaso de tu novio si no quieres que te meta una bala en la cabeza, ¿me has entendido?

Ambos asintieron mientras retrocedían. De reojo, Emma atisbó el hueco de la escalera. Había llegado la hora de llamar a la policía, de advertir a los invitados para que abandonaran la casa. Pancho había estado entrando y saliendo de la cárcel durante toda su vida, y era consciente de que el hombre sería capaz de todo para no volver a verse entre rejas.

Sin embargo, en ese momento sonó el móvil de Rayco. Pancho dio un respingo, un pequeño brinco en el que se percató de que ya se encontraba entre la espada y la pared.

—Pensándolo mejor, ¿por qué no me acompañan un ratito más? Hasta que solucionemos esto de manera civilizada.

—No, no, déjalos que se marchen —le suplicó Rayco—, no empeoremos las cosas.

—¿Empeorarlas yo? —dijo, llevándose el índice al pecho y haciéndose el inocente—. Alguien aquí se ha ido de la lengua y les ha contado a estos machangos nuestras travesuras. ¿Qué me dices a eso?

Rayco negó con la cabeza y caminó hacia atrás, asustado. Entonces, sus piernas chocaron con el sofá y cayó sobre él como un muñeco de trapo.

—Dame tu teléfono —le ordenó—. Y ustedes también. No quiero más intromisiones.

—Yo no tengo, y Emma lo ha dejado abajo, en la fiesta.

Sam quiso ser sincero, pues ese hombre era muy hábil descubriendo mentiras. Podría haber usado ese don para algo más beneficioso en su vida, como ser inspector de policía o gerente de un banco al que muchos clientes le solicitaban un préstamo, incluso director de un casino, pero había decidido ser ladrón, traficante y... asesino. Tenía las manos manchadas de sangre. Lo examinó mejor, con una extraña congoja que hizo que sus tripas se retorcieran, y entonces lo comprendió. Era él. El hombre que mató a todos esos inocentes, el que quiso asesinar a Emma, el que huyó como un cobarde en cuanto su luz lo desconcertó. Sam no había caído del todo. Permanecían en su alma ciertas reminiscencias divinas, aunque poco a poco estas fueran confundiéndose con las células humanas.

Tenía que avisar a Emma antes de que fuera demasiado tarde. Si el malhechor descubría que ella era un cabo suelto en toda esa historia, la mataría sin pensárselo dos veces. Y ella tenía que recordar.

Recordar su cara, su voz, sus gestos aplastantes, y no centrarse únicamente en el dolor de pérdida sufrida ese día. Emma tenía que alejar de una vez todos esos nubarrones de su mente y ver con claridad.

Mientras tanto, fuera de la casa, Ben llamó al timbre varias veces, y cuando se percató de que nadie podía escucharlo desde la parte trasera de la vivienda, aporreó la puerta. Desesperado, y con el móvil temblándole en la mano, buscó el nombre de Emma. Esperó a que los tonos se agotaran como las débiles llamas de una hoguera moribunda. Lo intentó de nuevo con Adrián. Nada. Se lo imaginaba bailando con las niñas mientras las cogía en volandas y se comportaba como el tío divertido que siempre había sido con ellas. Quiso probar con Carla, después con Alberto y por último con Candela, a pesar de que era consciente de que ella no se manejaba bien con esos trastos. Habría dejado el teléfono dentro del bolso como de costumbre, y no se percataría de su llamada hasta tres horas después.

Estaba a punto de rendirse, pese a que sus nudillos no dejaban de golpear la madera. Entonces pensó que todavía le quedaba una baza por jugar: Rayco. Aunque su simpatía por ese hombre era escasa, depositó todas sus esperanzas en él. Su excuñado debía conocer lo peligroso que era Pancho, tenía que estar al tanto de las correrías de este con su hermano Ayoze. Él podría ayudarlo. Podría tenerlo de su parte.

Dio un brinco en cuanto escuchó que la puerta se abría. Confuso, distinguió los bucles pelirrojos de Carla asomar tras ella. La mujer no escondió su desconcierto y pensó que tal vez Ben había perdido el avión.

—¿Se te ha olvidado algo?, ¿o es que no has llegado a tiempo de coger tu vuelo?

—No tenemos tiempo que perder —la avisó mientras la empujaba hacia el interior—. ¿Dónde está Emma?

Ella se mordió el labio a la vez que lo observaba dirigirse al patio con celeridad.

—No está ahí. Puede que ya se haya ido con Sam, aunque ni siquiera se han despedido de nadie. Creo que mi hermana está perdiendo la cabeza con ese chico. No se centra. Parece una adolescente enamo... —Silenció su última palabra, pues no era Ben el más indicado para transmitirle su preocupación sobre el estado de Emma.

De pronto, escucharon pasos en el piso superior, y Carla se encogió de hombros al ser torpedeada con la mirada incisiva del abogado. Ben no esperó a que de su boca naciera una explicación y se precipitó escaleras arriba sin darle tiempo a que ella reaccionara.

Al entrar en el salón, la saliva se le atragantó en la garganta.

Pancho estaba allí. Les apuntaba con una pistola sin que le temblara el pulso. Examinó primero a Emma. No parecía haber sufrido ningún rasguño. A su lado estaba Sam, quien parecía mantener un duelo de miradas con el asesino. Y en el fondo, cabizbajo, sentado en el sofá y con un semblante cargado de preocupación, se encontraba Rayco.

Carla chocó con su espalda y lanzó un pequeño grito que quiso sofocar al llevarse una mano a la boca. Se mantuvo detrás de él, muerta de miedo. Y Ben, lanzando su mano hacia atrás, le transmitió que continuara amparada detrás de sus anchos hombros.

—¡Vaya! Están uniéndose más personas a nuestra fiesta. —Pancho extendió los brazos dándoles la bienvenida y con la pistola les indicó que podían acercarse más a él.

—No les hagas daño, por favor —le suplicó Rayco a la vez que contemplaba la decepción en el rostro de su mujer.

—Bueno, si todos se portan bien y son obedientes, nadie sufrirá ningún daño —le aseguró con tono benévolo—. Yo solo he venido a recoger el dinero que me debes.

—Ya te lo he dado todo. No tengo más.

—Tu hermano Ayoze guardaba nuestra pasta, y ese desgraciado quiso morirse en un accidente. ¿De verdad no te ha dicho nada? —Pancho se acercó a él y le reburujó el cabello con cierta complicidad —. Él te quería mucho, te lo contaba todo, y aunque no quería que te convirtieras en un miserable como nosotros, tú insistías en acompañarnos en nuestras travesuras. ¿Por qué no le cuentas esa parte a tu linda mujer?

Él no fue capaz de levantar la mirada y enfrentarse al rechazo de Carla. Y ella estaba tan aterrada que pensaba que en cualquier momento se desvanecería y su preciosa cara se estamparía contra el suelo. Se mantenía en pie gracias a Ben, de quien continuaba aferrada a su brazo.

En ese momento, Emma sintió lástima de su hermana, pues las mentiras comenzaban a cortar con trágicas tijeras los infinitos lazos que los habían vinculado hacía ya muchos años como marido y mujer. Eran sesgados sin piedad. Y la frágil Carla no soportaría las consecuencias de tal agravio. Así que, con determinación, decidió enfrentarse a los demonios de su hermana, acribillar con su mirada boscosa el rostro hundido de su cuñado y zanjar una historia que debió haber terminado incluso antes de que contrajeran matrimonio.

—Entonces tú también estuviste presente cuando la niña murió. La niña de la sobredosis.

Rayco no habló. Permaneció escondido en su mudez al tiempo que se frotaba las manos con desesperación.

—A ver si dejo claro algo —intervino de nuevo Pancho—. Yo no soy responsable de las personas que compraban mi droga. Cada uno es

libre de hacer con su cuerpo lo que quiera. Y si deciden matarlo tomando más de la cuenta, allá ellos. Yo no soy su padre. ¡Qué cojones! Ahora bien, no tengo ni zorra idea de la muchacha de la que estás hablando. ¿Tú sabes qué está diciendo? ¿A quién se refiere? —le preguntó a Rayco a la vez que le elevaba la barbilla con la pistola—. ¡No seas un gallina!

Entonces, un destello de luz recorrió su memoria como una estrella fugaz dispuesta a alumbrar el momento justo, el adecuado antes de apagar su brillo y volver a la oscuridad. Emma abrió los ojos de par en par. Después miró a Sam, quien la transparencia de su rostro le corroboraba sus sospechas, y giró la cabeza hacia Ben, que asentía a la vez que entornaba con ligereza los párpados.

—Oh, Dios mío —musitó.

—Siempre has sido un estúpido cobarde. —El hombre continuaba avasallando a Rayco—. Preciosa, no sé lo que te ha contado este memo, pero jamás ha muerto nadie por culpa de mi droga. Eso no significa que no haya matado alguna vez, porque lo he hecho.

—En la iglesia. —Las palabras florecieron de su boca sin pensarlo, sin considerar las consecuencias de su imprudencia.

—¡Bravo, bravo! —la aplaudió él—. Sabía que eras una chica lista. Ese maldito cura nos había prometido un trabajo, y después nos enteramos de que había contratado al negrata. No tengo nada contra los negros ni los chinos, ni siquiera contra los moros, pero vienen aquí para quitarnos el pan de la boca. Y yo también tenía hermanos pequeños que alimentar. Y ese jodido cura que se las daba de bueno nos acusó de ser unos drogadictos y unos ladrones. Se merecía un escarmiento, ¿me entiendes?

—¿También los que asistieron a misa ese día?

—¡Oh! Yo no quería que todo terminase así. Pero una vieja amargada nos insultó. Ayoze quiso que yo mantuviera la cordura, incluso me desafió. Aunque él siempre supo que yo era el que mandaba, que yo era el que decidía, y que a mí jamás se me lleva la contraria.

Emma entrecerró los ojos un segundo y recordó cómo Eulalia Cruz caía abatida en el pavimento. Después, el rostro tierno de su abuelo se quedó instalado en su mente como una vieja fotografía que ya apenas podía tocar, solo contemplar desde la lejanía. Con tristeza. Con nostalgia.

—¿Viste la luz?

El hombre, con la mandíbula desencajada, la escudriñó para descubrir el motivo real de esa pregunta. Sin embargo, no tuvo tiempo de responderle, pues su hermana abandonó su posición para, con paso precipitado, encararse con su marido.

—¿Tú lo sabías? ¿Sabías que este delincuente y Ayoze habían

matado a mi abuelo?

Pancho dio un respingo. Frunció el ceño, todavía más desconcertado, y aguardó a la contestación de su amigo. Al comprobar que este no se atrevía a pronunciar ni un mísero monosílabo, soltó una risotada que terminó amedrentando a los presentes.

—No me jodas, Rayco. ¿Te has casado con la niña de la iglesia? Tu hermano me aseguró que no la había reconocido, pero ya veo que sí. —El hombre negó varias veces con la cabeza y se pasó la lengua por los dientes mostrando su fiereza. A continuación, apuntó a Carla con la pistola—. ¿Es que eres idiota? ¿Es que todavía no te has dado cuenta de que fue tu marido el que trancó la puerta principal para que nadie pudiera salir? —Carla se llevó la mano al pecho. El corazón le palpitaba demasiado como para no sentir sus azotes—. Él vino con nosotros. Tenía que vigilar la puerta para que nadie entrara o avisarnos si algún valiente escuchaba algo y decidía intervenir. Este cabrón fue nuestro cómplice.

—¡Yo no maté a nadie!

—Pero tampoco dijiste nada.

—Lo siento, mi vida. —Se levantó y trató de sujetarle las manos, pero ella lo apartó—. No sabes lo que ha sido vivir todos estos años con esta culpabilidad.

—¡Qué bonito es el amor! —exclamó el agresor con grandilocuencia—. Lástima que esto tenga que acabar aquí. No puedo dejar testigos, y tengo que empezar por ti. La maldita niña que se me escapó.

Su dedo fue presionando poco a poco el gatillo mientras se jactaba de los ojos aterrorizados de la mujer. Era con lo que más disfrutaba: ese segundo antes en el que la vida dejaba de ser y se convertía en nada, ese instante en el que unos iris vidriosos reflejaban la resignación y se enfrentaban a su triste final.

—Ella no es la niña de la iglesia. Soy yo. —Emma se soltó de los brazos de Sam y dio un paso al frente, para disgusto de este.

—Sí, es ella. Carla no tiene culpa de nada.

—¡Cállate, Rayco! —lo increpó su mujer.

Pancho dudó unos segundos antes de dirigir la pistola hacia la hermosa cara de Emma. Era bonita, risueña, a pesar de que su sonrisa se había borrado en cuanto lo vio. Apreciaba su valor y su sinceridad. Después de todo, estaba ante la nieta de Juan Ramos, el único que se atrevió a enfrentarse a él, el único que casi consiguió desarmarlo y puede que hasta matarlo. Ella tenía sus genes. La había mirado a los ojos mientras su abuelo se desplomaba en el suelo. Había temor en ellos, pero también rabia. Rabia porque estaba arrebatándole a un ser querido, y por esa razón le ordenó a Ayoze que la buscara en cuanto huyó. Esa rabia podría convertirse en venganza con los años, y él no

quería vivir con una diana marcada en al frente.

—Sabes que si le haces daño, vas a tener que matarnos a todos —intervino Ben, acercándose a ella.

—No soy idiota. Ya estoy condenado. Derramé sangre en una iglesia y eso debe joderles mucho ahí arriba, si es que existe un Cielo. Mi destino es consumirme en las llamas del Infierno o pudrirme mientras me devoran lo bichos.

—Existe —le certificó Sam—, pero las puertas permanecerán cerradas para ti hasta que no expíes tus pecados. Las escuchas, ¿verdad? Sus voces. Sus gritos de auxilio te han acompañado durante todo este tiempo.

El hombre se llevó las manos a la cabeza y se presionó las sienes hasta que los chillidos de las víctimas dejaron de resonar. Sí, cada vez que pasaba por delante de la iglesia las escuchaba. Oía sus lamentos, su desesperación, y estos no cesaban hasta que la droga hacía efecto en su cuerpo.

Entonces, se percató de que Ben daba tres pasos más al frente, así que se enderezó y volvió a encañonar a Emma con el arma. El abogado levantó las manos y volvió a retroceder.

—Ni lo intentes, colega, o esto puede terminar peor que en la iglesia.

—Pancho, olvida esto. Lárgate de aquí y no diremos nada. Yo nunca te delaté, nunca le dije nada a nadie de lo ocurrido. Confía en mí de nuevo —trató de mediar Rayco con su amigo, hacerlo entrar en razón, y poco a poco fue situándose a su altura.

—¿Que confíe en ti? Sabías desde el principio que la niña era tu cuñada y no me dijiste nada. Esto pudo haberse solucionado hace tiempo. Y míranos ahora.

—Ayoze solo me pidió que la siguiera para ver si recordaba algo. Era muy pequeña, y por lo que pude averiguar, todo se borró de su mente. —Después se volvió hacia su mujer—. Entiéndeme, yo no quería que nada de esto ocurriera. Un día te vi cerca del barranco cepillando los cabellos de tu hermana y me pareciste una diosa. Tan hermosa. Tan inalcanzable. Estuve semanas vigilando el comportamiento de Emma, aunque en realidad no era a ella a quien espiaba, sino a ti. Y en cuanto Ayoze me dijo que ya no debía continuar con la misión, se me clavó una espinita en el corazón. Y estuve noches sin dormir. Años más tarde, volví a verte en la verbena por las fiestas de San Bartolomé, y aunque te juro que me resistí a acercarme a ti, no podía soportar verte bailando con otros, así que me armé de valor y me presenté ante ti con el deseo de que no me rechazaras y me permitieses bailar contigo una bachata. Nunca quise hacerte daño.

Las lágrimas despuntaron de los ojos de Carla y algunas quedaron

atrapadas entre sus pestañas, sin poder ser libres, sin poder expresar el dolor que la consumía por dentro.

De pronto, escucharon la voz irritada de Candelaria, quien estaba recriminándoles a gritos la ausencia a unos padres que habían abandonado a su hija en un día tan especial. Subía los escalones, rebuznando, ignorando lo que se cocía en el interior de la casa.

Con los ojos inyectados en sangre, Pancho miró a Rayco y le dijo que no quería más intromisiones, pues estaba a punto de reventar. El hombre corrió hasta el hueco de las escaleras para impedir que su suegra hiciera irrupción en el salón, pero Candelaria era una mujer de armas tomar y no tenía un pelo de tonta. Sabía que algo estaba sucediendo ahí dentro y que, de nuevo, sus hijos intentarían mantenerla al margen. Arrolló a su yerno como un tren sin frenos y lo estampó contra la pared sin miramientos.

—¡Estoy harta de tanto embrollo! Si a Carla le pasa algo o le has hecho algo, te juro por mi vida que no vas a contarlo.

Al escucharla, Pancho apuntó el arma hacia la puerta de la entrada al salón en un gesto desesperado por retomar el control de la situación. Después, chasqueó la lengua disconforme y en un cambio repentino la dirigió hacia Emma. Le dolía la cabeza. No soportaba a esa familia. Estaban provocándole náuseas y demasiada confusión mental. Y las voces, las malditas voces habían regresado. No lo dejaban escucharse a sí mismo. Querían justicia. Venganza. Tenía que acallarlas. Tenía que obligarlas a volver al silencio.

Y miró a Emma. A pesar de que su cuerpo temblaba de arriba abajo, tenía esa mirada, la misma que Juan Ramos. Esa que le chillaba que jamás obtendría el perdón.

Y, entonces, disparó.

Capítulo 25

Di que no

Diego lanzó una exhalación que viajó en el tiempo. Recorrió aquellos minutos del pasado y se detuvo para contemplar a los protagonistas de la historia. La bala. La sangre. Los gritos desesperados. Podía sentirlos aunque él no estuviera presente ese día, aunque le pareciesen demasiado lejanos para percibirlos. Y, sin embargo, un vacío perforó su alma. Uno que le recordó lo cruel que podía llegar a ser la humanidad. Se atrevió a mirar al viejo, quien parecía haber regresado con él a ese momento, donde su corazón se detuvo. Lo consoló apoyándole una mano sobre la pierna y aguardó a que recuperara el aliento antes de preguntarle, con un nudo en la garganta, qué había sucedido a continuación.

—Entonces, ¿le disparó a Emma? ¿Llegó a herirla?

El viejo elevó la mirada y se refugió en el fulgurante cielo. Tan cristalino. Tan insondable. Estiró las comisuras de los labios y entrecerró los ojos mientras le suplicaba que le perdonase por no haber actuado con más celeridad, por no protegerla como debería haber hecho, por haber llegado demasiado tarde para evitar la tragedia.

—No, la bala no se incrustó en el cuerpo de Emma. Impactó en el pecho de Sam, y el color escarlata tiñó su camisa blanca en una milésima de segundo. Él se abalanzó sobre Emma en cuanto vio que ese malnacido apretaba el gatillo. Le salvó la vida. Yo reaccioné más tarde, cuando vi que Sam caía sobre los brazos de ella. Me dirigí hacia Pancho y forcejeé con él para arrebatarle la pistola. Todo era confusión. Candelaria gritaba como un animal herido, a pesar de que ella no era la víctima. Le ordenó a Carla que empapase varias toallas para tratar de cortarle la hemorragia a Sam, y después le pidió que fuera con las niñas y no se apartase de ellas. Por fin, Rayco se hizo el valiente y me ayudó a reducir al desalmado. En la disputa, volvió a resonar otro disparo. Me espanté. Mis manos estaban manchadas de sangre. Quise comprobar que la bala no me había atravesado ningún órgano vital, pero no era mi sangre, sino la de Pancho. El hombre se desplomó, aunque en apariencia no me resultaba que fuera una herida de gravedad. La bala le había perforado el muslo derecho. —El anciano sacudió la cabeza y depositó su mirada en la sólida gravilla del jardín—. Los disparos los escucharon todos los invitados y algunos vecinos. Alberto se presentó en el salón como alma que lleva el diablo,

e imagino que Adrián fue el responsable de calmar a las niñas y evitar que ninguna entrara en la casa, hasta que llegó Carla y ambos contuvieron a los invitados. Cuando vi que Pancho se lamentaba de su infortunio mientras se sujetaba la pierna, me centré en Emma. Estaba histérica. Destrozada... Me arrodillé junto a Sam, y yo mismo taponé el orificio de entrada de la bala. No encontré el de salida, y me dije que eso no era bueno, que la maldita bala seguía dentro y que no podíamos moverlo demasiado por si terminaba seccionándole una arteria vital. Aunque ya pintaba mal, muy mal.

El sacerdote no pudo ocultar la inquietud de su rostro. Sufría. Sufría por dentro, aunque no quería admitirlo delante del viejo. Quiso mantener la entereza, la objetividad, pero sobre todo la razón, a pesar de que esta ya lo había abandonado desde que Benjamín Torres había comenzado la historia.

—¿Llegó la ambulancia a tiempo? ¿Pudieron salvar a Sam?

El anciano se pellizcó los labios con los dedos y se sorbió la nariz sin saber muy cómo proseguir.

—No fue necesario —concluyó—. No tengo palabras para describir lo que ocurrió a continuación. Emma tenía el rostro desencajado. Besaba la frente de Sam y me miraba, esperando que yo hiciese un milagro, que le asegurase que iba a ponerse bien, pero yo no podía hacer eso. La herida de Sam era grave. Balbuceaba y decía palabras sin sentido. Creo que estaba hablando en otro idioma. Uno que yo desconocía.

Emma le acariciaba los cabellos como si así pudiese aliviar el dolor que estaba ocasionándole el orificio del pecho. Estaba histérica, y sus dedos se movían por su rostro, buscando un lugar en el que descansar, ese en el que Sam encontrara consuelo.

Él no apartaba la mirada de ella mientras reflexionaba sobre la crueldad del mismo destino. Sam se había dedicado a mitigar el tormento de los soldados en la guerra, agujereados por una ráfaga de disparos o mutilados cuando una bomba impactaba cerca. Y ahora estaba viviendo en primera persona el desconcierto de esos jóvenes a los que una nación los enviaba a luchar sin comprender muy bien por qué se jugaban sus vidas. Apenas le quedaban minutos para que uno de sus antiguos hermanos se presentase ante él para devolverlo a casa. Y Sam solo pensaba en lo mucho que echaría de menos a Emma y en que moriría como un humano, desprovisto de su divinidad, y que tendría que iniciar el camino de las almas hasta llegar al descanso profundo. No había cometido tantos agravios como para que su recorrido fuera largo antes del ascenso, pero había sido un ángel que se había cortado las alas por amor, y eso podría aumentar su carga durante su periplo. No se arrepentía de haberlo hecho, pues se había

enamorado, y ese tiempo que había pasado junto a ella, a pesar de ser una gota de agua en un océano extenso, había merecido la pena, saciado la sed del viajante y colmado de sueños su corta vida. Sí, había merecido la pena ser humano. Aunque su experiencia durara un suspiro.

Entrecerró los ojos y se preparó para la llegada de la Muerte. Estaba en calma consigo mismo, y se acordó de la valentía de Nana cuando él la recogió para ayudarla en sus primeros pasos. Aceptó su destino con fuerza, con determinación, y aprendió de ella que incluso un ser inferior puede darte una lección de fe. Se reconfortó entre las caricias de Emma mientras entonaba un poema enoquiano, el idioma de los ángeles, y fue entonces cuando reparó en que ella iba a rendirse.

Emma observaba cómo los ojos marinos de Sam se apagaban despacio, y aunque rezaba para que la ambulancia llegara a tiempo, sabía muy dentro de sí que no lo haría, que él moriría con la cabeza apoyada en su regazo mientras se despedía de una Tierra que jamás llegó a valorarlo como humano, ni siquiera como ángel. Desesperada, gritó, y su mirada furiosa se clavó en el techo como si este no existiese y pudiese ver más allá. Ansiaba contemplar el Cielo que tantas veces Sam le había mencionado, alabando su misericordia y su piedad.

—¡No es justo! ¡No se merece este castigo! ¡¿No creéis que ya ha sufrido bastante?! ¡¿De verdad pensáis dejar que uno de los vuestros muera así?! ¡Apenas ha vivido como un humano, y ahora tiene que morir como uno de nosotros! —Sus lágrimas rabiosas saltaron sobre su rostro, inundando su ira y dejando a la vista su frustración—. Él lo ha entendido todo. Samandiriel sabe que no llegó hasta mí para sanar mi corazón. Vino para sanar el suyo. Y no solo ha aprendido a llorar con nosotros, sino también a reír, a emocionarse, a disfrutar de un helado o a descansar sobre una almohada confortable. Esta era vuestra pretensión desde el inicio, ¿verdad? Queríais que volviese a amarnos porque había dejado de comprendernos, de sufrir con nuestras penas y de compadecerse de nuestras desgracias. Sabíais que una vez se saltó las reglas y llegó antes a mi iglesia, y que al ver reflejada la inocencia en mi tímida sonrisa decidió salvarme. Y con su luz no solo consiguió ahuyentar a los asesinos, sino borrar parte de nuestros recuerdos. Por eso, jamás ninguno de los supervivientes fue capaz de señalar a los culpables, puesto que no se acordaban de nada de lo acontecido allí. Su luz es cegadora, como también soporífera, y puede causar daños neuronales, porque nosotros no estamos capacitados para veros. —Hizo una pausa en la que trató de apaciguar su llanto—. Pero ese día su divinidad penetró en mi corazón y parte de él anidó en mí. Por eso yo sí que podía escucharlo. Por eso lo enviasteis a esta misión, para que recordara. Pero os juro que lo ha hecho, os juro que ya conoce el

amor... Por favor, no lo dejéis morir así. No permitáis que se vaya de este mundo siendo un humano.

Sus padres la miraban como si hubiera enloquecido. Rayco apenas podía apartar la mirada de ella mientras se aseguraba de que Pancho no escapara. Entretanto, este mantenía la cabeza gacha, sin perder detalle de las palabras que nacían de su boca. De vez en cuando, asentía a la vez que le pedía a ese mismo Cielo al que ella le oraba clemencia. Sin embargo, Ben la comprendía. Entendía su cólera, pues, aunque lo había negado durante muchas semanas, él también había presenciado un milagro en la iglesia, un milagro que había unido a un ser celestial con una mortal cuando solo era una niña. Y por mucho que hubiera luchado contra ese vínculo, jamás podría quebrantarlo, ya que había nacido de la pureza misma. De la bondad de Emma. De la misericordia de Sam.

Ben la observaba con ojos húmedos mientras ella se dirigía a unos seres invisibles para las mentes obtusas como la de él.

—No dejes de insistir —musitó.

Por primera vez, Emma atisbó en él el verdadero arrepentimiento. La culpa. Y sintió que la dejaba volar con las alas de Sam, solo que este las había perdido. No, no por completo. El ángel se lo había confesado. Entonces, arrugó el rostro hasta que le dolieron los músculos de la cara y sacudió la cabeza sin pensar.

—¡Samandiriel renuncia a su humanidad! —exclamó victoriosa a la vez que se levantaba y volvía a clavar su mirada en el techo—. Quiere recuperar sus alas. No quiere ser humano. Nunca quiso serlo. Lo hizo por mí, pero jamás pensó en él. ¡Escuchadme, por favor! Samandiriel renuncia... Él renuncia... —repitió mientras su voz se apagaba. Sin embargo, no obtuvo contestación alguna, y de reojo distinguió a Ben negando varias veces. No funcionaba. ¿Por qué no funcionaba? Entonces, se arrodilló junto a Sam y sondeó en su mirada agotada—. Dilo tú. Di que no, que no quieres ser humano. Solo di no y esto acabará. Dejarás de sufrir.

—Te... quiero... —le reiteró con una sonrisa fugaz—. Quiero... estar contigo...

—¡No, no, no! Diles que no. Sam, no puedes hacerme esto. Tienes todavía una oportunidad de volver a tu vida, esa que siempre has conocido. Sé que puedes hacerlo. Sé que puedes. ¡Por Dios! Solo pronuncia esa palabra. Te lo suplico, por favor, hazlo por mí. Yo también te quiero, y no puedo verte sufrir de esta manera. Dilo por mí.

Sam leyó entre las líneas de su semblante atormentado. La desesperanza se apoderaba de ella a cada minuto que pasaba, y aunque él quería permanecer con Emma hasta que su último aliento se confundiese con un suspiro repleto de ensoñaciones cumplidas,

comprendió que ella no podía vivir sin fe. Se extinguiría su razón de ser, esa chispa que la hacía especial, diferente. Ella había nacido para ser una soñadora, y él no podía arrebatarle esto.

Con fatiga, extendió un brazo y logró alcanzar una de sus mejillas, empapadas por unas lágrimas que le pertenecían a él. La acarició, y deseó recordar el tacto de su piel esponjosa durante toda la eternidad. Entonces, se atrevió a despegar los labios:

—No.

En ese momento, un intenso resplandor los envolvió a todos. Solo fueron segundos, pero de alguna manera sintieron que habían pasado muchas vidas por ellos. Siglos cargados de experiencias muy diversas, de años prósperos y también desgraciados, de sueños despojados por el egoísmo y otros concedidos por el esfuerzo y el tesón. Era la mismísima chispa que encendía una vida. Esa que sacudía galaxias enteras y hacía empequeñecer a las estrellas.

Todos se impregnaron de su éxtasis mientras las lágrimas les recordaban que todo ser contaba en el enrevesado entramado del universo.

Cuando la luz desapareció, el cuerpo del ángel se había desvanecido, como si jamás hubiera ocupado un traje humano. No había sangre ni marcas en el suelo, ni siquiera cenizas que te hicieran sospechar que allí una vez existió alguien. Tan solo una pluma blanca caía desde el techo hacia el suelo en un sutil balanceo, y todos en silencio aguardaron hasta que esta acarició el mosaico donde Sam había pronunciado su última palabra.

Benjamín Torres presionó con ambas manos el bastón que había colocado sobre sus rodillas. Se aferró a él, a ese instante donde comprendió que la humanidad se destruía a sí misma sin ser capaz de mirar más allá de su ombligo, y donde descubrió que eran los soñadores los que les iluminaban el camino a los desesperados, a los perdidos, a aquellos que continuaban inmersos en la oscuridad de su propio ego. Emma siempre fue una soñadora. Una luz en un bosque. El faro que guiaba a los barcos y la estrella que siempre te indicaba el norte. Esa siempre fue ella.

De reojo, atisbó una pequeña lágrima asomar de los ojos marrones del cura, y en ese momento se sintió reconfortado, ya que Diego era un digno heredero de su historia. Y así, cuando por fin la Muerte quisiera visitarlo, él le sonreiría, pues la llama de los soñadores ya había despertado en otro corazón.

—Creo que todos aprendimos una gran lección ese día, incluso Pancho. El verdadero amor te deja volar libre al igual que las ramas se desprenden de sus hojas cada otoño para que vivan su propia aventura.

—¿Qué sucedió con Pancho? —le preguntó el sacerdote sin ocultar su desazón.

—Sam se había ido. Era evidente que no pudimos acusarlo de su asesinato, por lo que nos vimos abocados a hacer un pacto de silencio. Fue Alberto quien habló. Le contó a la policía que Pancho había entrado en la casa para robar sin saber que estaba celebrándose una comunión, y que cuando lo descubrimos, Rayco y yo tratamos de detenerlo y la pistola se disparó. Se lo llevaron en ambulancia, y poco después nos enteramos de que lo ingresaron en un psiquiátrico. El pobre hombre aseguraba que lo habían hechizado, que Emma era una bruja y había hecho desaparecer a su novio. Cumplió condena entre batas blancas y fuertes dosis de medicación, hasta que murió años después. Jamás lo acusaron de los asesinatos cometidos en la iglesia, puesto que todos decidimos callar.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hicieron? Podrían haber resuelto el caso, acabar con el dolor de las familias de las otras víctimas, y Pancho habría pagado por todo lo que había hecho.

—Créame, padre. Pagó por eso y por más. Perdió la cabeza, como en su día lo hizo el padre Manuel. —Benjamín se levantó y se encaminó hacia la entrada del imponente edificio—. Si hablábamos, tendríamos que mencionar a Sam, y ya la familia de Emma estaba marcada en el pueblo por el asesinato de Juan Ramos. No se merecían quedar expuestos de nuevo al afirmar que un ángel bajado del Cielo los había ayudado a resolver el misterio. Ya habían sufrido demasiado. ¿Me comprende?

Él asintió, sin estar por completo de acuerdo. También los otros involucrados se merecían descansar en paz.

—¿Y Rayco? ¿Qué ocurrió con él?

—Rayco era un niño de catorce años que obedeció a su hermano mayor cuando este le pidió que cerrara la puerta de la iglesia. Él no había matado a nadie. Ya vivía escarmentado por enamorarse de la nieta mayor de Juan, y se esforzaba cada día en agradar a la familia porque era su manera de resarcirse. —Se encogió de hombros al tiempo que subía la escalinata—. Pero tampoco se fue de rositas, ya que él también pagó por haber sido cómplice de lo sucedido aquel día en la iglesia y por haber guardado silencio todos esos años. Alberto le compró un billete de ida a Málaga y le dijo que no volviera a pisar la isla si no quería terminar también encerrado. Él no rechistó. Sabía que su suegro cumpliría su amenaza, así que, después de despedirse de las niñas, no regresó jamás. Por lo que sé, se casó de nuevo en Granada y tuvo un hijo. La vida quiso darle una segunda oportunidad. Allí se quedó y allí se olvidó de sus hijas. Mientras tanto, Carla vendió la casa después de terminar la carrera y encontró trabajo en la isla de La Gomera. Tuvo una vida serena y dedicada a sus tres hijas como la

gran madre que era. Vivió para ellas y para sus numerosos nietos.

—Imagino que jamás pudo quitarse ese pesar de encima.

—Carla se convirtió en una mujer fuerte, como siempre desearon Nana y Candela, y les transmitió a sus hijas esa fortaleza propia de las guerreras de su familia. Alberto no pudo estar más orgulloso de su hija, y Candela se encargó de hablar con ella todos los días para no perder el contacto ni con ella ni con sus nietas. Muchas veces viajaron los dos juntos a La Gomera para visitarlas. —Lanzó una exhalación que traspasó los muros de la residencia—. Lo que presenciamos ese día nos cambió de alguna manera a todos. Candela comenzó a ir a la iglesia todos los domingos, pues ya no se sentía tan resentida con la Virgen. Alberto se dedicó más a la familia y delegó mucho de su trabajo a su nuevo empleado en el taller. No volvió a reprocharle a Adrián nada sobre su música, y ni tan siquiera rechistó cuando este decidió marcharse a París para buscarse la vida. Creo que allí sigue con su inseparable piano, ofreciendo tocatas en centros para jubilados.

—¿No volvió a verlo? —Diego acompañó al anciano a su habitación. Le abrió la puerta y lo ayudó a desprenderse de sus zapatos.

—Estoy muy cansado. Hemos dado un largo paseo. —El cura asintió con una leve sonrisa—. Los humanos somos muy complicados, y a pesar de que ese hecho nos unió a todos, también nos distanció. Al principio, todos quisimos continuar con nuestras vidas y olvidarnos del asunto. Habíamos hecho un pacto. Y esa clase de pactos pasa factura, por mucho que nos empeñemos en que todo siga igual.

Cabizbajo, el sacerdote reflexionó sobre el nuevo secreto que amenazaba con destruir a la familia de nuevo. Un ángel. Un crimen que ocurrió y que al mismo tiempo jamás sucedió. Un asesino que estaba más cerca de lo inimaginable, y un traidor en la familia, quien intentó hasta el último momento borrar sus huellas con un dinero que no le pertenecía.

—¿Y Emma? ¿Cómo es que ella y usted...?

—Sí, ya me he percatado de que está estrujándose el cerebro para cuadrar todas las fichas dentro del tablero —afirmó al tiempo que se sentaba sobre el colchón de su cama—. Yo regresé a Madrid y presenté mi dimisión en el bufete. Abrí un despacho por cuenta propia, y aunque no tenía una cartera de clientes exquisitos, sobrevivía. Ella consiguió poner en marcha un taller de costura en pleno centro de La Laguna. Cumplió su sueño de convertirse en una diseñadora y de dibujar sus propios bocetos para luego darles vida con sus telas. Contrató a tres empleadas, e incluso sus vestidos desfilaron por renombrados eventos. —Hizo una pausa en el que sus ojos sinceros se toparon con los de un joven esperanzado—. A veces el destino da un giro completo a la rueca y te coloca de nuevo en la

casilla de partida. Así sucedió. Una tarde de otoño, mientras me tomaba un café en una deliciosa pastelería, atisbé unos tirabuzones pelirrojos asomar por la puerta. Mi corazón dio un vuelco, pues no esperaba verla allí después de dos años.

Emma se dirigió al mostrador de la cafetería humedeciendo sus labios con cierta nostalgia. Era una de las pocas cosas que añoraba de Madrid: los pasteles de crema a los que se había aficionado en sus desayunos cuando trabajaba en el bufete como secretaria. Se dio la vuelta al escuchar su nombre pronunciado en un susurro casi mágico, y sonrió al distinguir a Ben, con traje y chaqueta sentado en una mesa adornada con un mantel de calabazas. Se acercaba la fiesta de Halloween, y aunque muchos españoles se resistieron a celebrarlo en sus inicios, habían terminado engullidos por el consumismo.

Se acercó a él después de pedirle al camarero que también le sirviera un café con leche en la misma mesa donde estaba el abogado.

—¿Qué haces aquí? Nunca imaginé que volvería a verte —le confesó él con cierta torpeza.

—He venido a una convención. Siempre te dije que Madrid traía a grandes conferenciantes. No he podido resistirme a entrar aquí y comprar los pasteles de crema.

—Sí, yo ya me he zampado unos tres. —Rio nervioso—. ¿Estás bien? ¿Tus padres también?

—Sí, sí, todos estamos bien.

—Charlamos durante casi dos horas. A mí, el tiempo se me esfumó como si fuéramos dos desconocidos desgranando nuestras vidas. Yo trataba de ocultar mi sonrisa tonta. De alguna manera, sentía que ese estrecho lazo que nos había unido una vez se recomponía con cada palabra que nacía de sus labios, con cada mirada que cruzábamos, y en ese instante le pedí que fuéramos a cenar cuando terminara la comparecencia de esa tarde —recordó riendo—. Tuve miedo de que me respondiera que no, pues se sobresaltó al escuchar mi invitación, pero esos pasteles de crema hacen milagros, y me respondió con un sí que duró toda una vida.

—¿Y fueron felices?

—A mí me hizo el hombre más feliz del mundo. En cierto modo, yo también tuve mi segunda oportunidad. Tuvimos tres hijos y siete nietos. —El viejo extrajo una fotografía de Emma de debajo de la almohada y la contempló segundos eternos—. Soy un romántico y siempre he preferido el papel, aunque mis nietos me llamen anticuado o carcamal. Sé que ahora adornan con fragancias esas fotos digitales para que te sientas inmerso en ese día. Si se inmortaliza una tarde en

la playa, sientes el olor al mar, y si se trata de una foto tomada en la montaña, la aderezan con unas gotas de pino silvestre.

—Sí, yo también creo que el recuerdo más valioso es el que permanece en nuestra memoria.

El viejo asintió mientras su mente viajaba de nuevo a sus días de matrimonio.

—Le fui fiel, ¿sabe? Toda mi vida quise compensarla por el error que había cometido y me dediqué a ella como un galán de telenovela que mima a su dama y la llena de halagos para conquistarla cada día. Y quiero suponer que ella también fue feliz a su manera.

—¿Por qué dice eso?

—A veces se pasaba noches enteras mirando el cielo, aguardando a que una estrella fugaz lo cruzara. Yo sabía que ansiaba ver a Sam en esa estela, quizá regresando a la Tierra, o tal vez solo para que le asegurara que se encontraba bien y que podía continuar en paz con su vida. Pero ese mensaje nunca llegó. Y de vez en cuando, en esos minutos de ausencia, la invadía la congoja. Eran solo momentos en los que su espíritu quería atravesar las nubes y ver más allá. Nunca le reproché nada. Yo no tenía derecho a hacerlo. Después de todo, si nos olvidábamos de esos instantes de desconsuelo, Emma continuaba siendo la soñadora de siempre. Reía con los niños, jugábamos a hacer excursiones divertidas por la casa, y de noche, antes de cerrar los ojos, me repetía lo afortunada que era por habérsele antojado un pastel de crema esa tarde en Madrid. Y yo sabía que no mentía, pues no existía otra persona que pudiera comprenderla mejor que yo... Emma murió hace cinco años aquejada de una neumonía, y parte de mí se fue con ella. Por eso, al par de meses, decidí venir aquí y pasar mis últimos días alejado del ajetreo de la vida cotidiana, retirarme para descansar mi alma mientras esperaba mi llamada. Solo que la Muerte es caprichosa y está tardando más de la cuenta. Ya estoy aburriéndome de mí mismo.

El sacerdote soltó una risotada al tiempo que distinguía una llama de sinceridad en los ojos del viejo.

—Me alegro de que haya compartido su historia conmigo.

—¿Todavía duda si Sam era un ángel? —le preguntó él, esperanzado en que su respuesta fuera negativa.

—¿Lo duda usted?

—¿Cómo podría? Contemplé su luz tres veces. —El sacerdote frunció el ceño, desconcertado, y sacudió la cabeza, boquiabierto—. La última vez hace cinco años.

A pesar del brillo esmeralda en los ojos de Emma, su rostro marcado por sendas arrugas se apagaba. Estaba postrada en la cama de un hospital, y a su lado, sentado en una pequeña silla, su marido la cogía

de la mano mientras le suplicaba que no lo dejase solo, que no se fuera todavía. Sin embargo, Benjamín Torres sabía que los médicos no podían hacer nada más por ella, y él le ofrecía sorbos de agua para aliviar la sequedad de su boca.

Sus hijos entraban y salían de la habitación para turnarse y acompañar a su madre en sus últimos días, pero él no se despegaba de ella ni tan siquiera para comer. Los enfermeros se habían apiadado de su dolor y le traían alguna bandeja con alimentos que sobraban en la planta. Ben había comido más plátanos en esa semana que en toda su vida, pero no se quejaba, porque estaba con ella, con su vida, con su amor.

Un martes trece de diciembre, Emma abrió los ojos de par en par y una sonrisa amplia iluminó su rostro con una inocencia inaudita. Miró a Ben, conmovida por lo que estaba presenciando, y apretó con fuerza su mano. Su marido la miró confundido y se levantó para asistirla y volver a humedecer la gasa para refrescarle la frente. Quiso escudriñar en sus ojos más transparentes que en los días anteriores, y entonces escuchó un leve susurro brotar de sus labios temblorosos:

—Sam... Sam, sabía que vendrías.

Ben dio un respingo y de inmediato examinó cada rincón de la habitación, pero no vio nada.

—¿Qué ocurre, papá? —le preguntó su hija Mara, quien, a pesar de su cabello moreno, había heredado los ojos verdes de su madre, al igual que sus pecas.

—No es nada —le aseguró.

—¿A quién está llamando?

—Sam, qué guapo estás. ¿A dónde me llevas?... Oh, tiene que ser un lugar precioso.

Su hija lo miró escandalizado mientras él entornaba los párpados y se preparaba para su marcha.

—Tenemos que llamar al médico. Está desvariando —le escuchó decir a Mara.

Sin embargo, Ben no se movió. Se quedó allí contemplando la felicidad de su mujer. Y fue entonces cuando atisbó una centella en la mano de Emma, esa que él sujetaba. Era cálida. Suave. Penetró en la piel de su mujer y observó cómo recorría las venas de su brazo hasta que la chispa inundó su pecho. Entonces, una silueta perfilada con destellos dorados se inclinó para coger a Emma en volandas. Solo que no sujetó su cuerpo, sino su alma, y ambos se alejaron de la cama de la habitación sin mirar atrás.

—Trátala bien, Sam —murmuró entre lágrimas.

El sacerdote no ocultó una mueca de asombro y se rascó la coronilla con cierta confusión.

—Entonces, ¿Sam regresó para ayudarla en su transición?

—Sí, era el momento que estuve temiendo durante toda mi vida. Me la arrebató una segunda vez, por eso siempre deseé morir yo primero. Y por eso creo que la Muerte está burlándose de mí. Creo que está dejándoles el tiempo del que nunca gozaron en la Tierra. —Hizo una pausa mientras se recostaba y posó su mirada en el techo—. La vi marcharse con él. Y aunque no me crea, su espíritu estaba rejuvenecido. Era la misma Emma de aquella época, de ese tiempo en el que Sam quiso darse un paseo por la Tierra. Imagino que ya mi alma estaba tocada por la luz del ángel, tanto por lo que sucedió en la iglesia como por el extraordinario acontecimiento al que asistí en casa de Carla. Por ese motivo pienso que pude ver de nuevo su luz, ya que mi hija me aseguró no haber visto nada. Sé que es difícil de creer, incluso para un cura como usted. Pero ya le dije que el mundo no estaba preparado para escuchar esta historia, aunque quiero pensar que con usted no me equivoqué. Usted buscaba el nombre de su fantasma en la iglesia, ese que le ha dado motivos para creer que existe algo más allá de la muerte. Pero no solo encontró a Juan Ramos, sino que se topó con algo más, con la vida de Emma, y de cómo un ángel estuvo a punto de abandonar sus alas por amor. Nunca fui el protagonista de esta historia, ni pretendí serlo, pero conozco mejor que nadie los anhelos que anidaron en sus corazones.

Epílogo

Dos años más tarde

Diego aceleró el paso por el corredor de la residencia con una biblia en la mano y una mochila sobre su espalda, la cual recogía los bajos de su sotana y la arrugaba en gran medida. Escuchaba con cierta congoja el sonido abombado de las suelas al pisar sobre los mosaicos mientras un amargor inundaba su paladar. Estaba a punto de impartir uno de sus sacramentos, ese que tanto temía pero que a la vez lo reconfortaba. Sin embargo, en aquella ocasión no solo se trataba de auxiliar a uno de sus fieles, sino a un amigo en sus últimas horas, y eso lo apenaba. Había entablado una curiosa amistad con Benjamín Torres desde que él le había desvelado su secreto, y Diego no había dejado de visitarlo cada semana. Ya no hablaban de Emma ni del misterioso ángel. La mayoría de las veces discutían sobre política, el cambio climático, sobre esas nuevas tecnologías que los convertían en seres cada vez más dependientes y sobre el más allá. El anciano estaba cada vez más preocupado por la Muerte. Ya no era que esta no lo considerara, ni tampoco que hubiese dejado de creer que su alma tendría un nuevo destino. Se preguntaba si Emma estaría esperándolo y cómo sería esa nueva vida.

Al entrar, reconoció al hijo mayor de Benjamín caminando de un lado a otro de la habitación sin saber muy bien qué hacer, y también a la hija de este, apoyada en la pared del fondo. Después posó la mirada en el rostro apesadumbrado de su hija Mara, a quien había conocido el último año. Detrás de ella, junto a la ventana, distinguió a un hombre de cabellos rubicundos y de quien supuso que se trataba de su hijo menor. Sin embargo, su rostro enmudeció al contemplar a la muchacha de tirabuzones pelirrojos y nariz graciosa que estaba sentada cerca de la cama del anciano. Era el vivo retrato de Emma. Sus ojos esmeralda. Vivaces. Llenos de esperanza.

Nada más verlo, la joven quiso cederle su lugar para que él pudiese sentarse, ofrecimiento que él rechazó con educación:

—Oh, no se preocupe. Prefiero quedarme de pie.

Entonces advirtió la picardía en el rostro del viejo, quien le daba la bienvenida con una sonrisa de medio lado.

—¿También has venido para unirte a la fiesta? —le preguntó detrás de una máscara de oxígeno.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Mi padre se ha negado a que lo traslademos a un hospital —

intervino Adán, reprochándole su conducta.

—Ya me han dicho que me queda un suspiro, y te aseguro que llevo más de veinte y aquí no ha pasado nada.

Su hijo se llevó las manos a la cabeza y negó varias veces.

—Hay que respetar su voluntad —afirmó el sacerdote—. La libertad es necesaria en este mundo. No podemos obviarla, aunque crea que su padre está equivocándose.

—¿No me preguntaste antes que para qué quería que llamases a un cura? Pues justo para esto: para que te pusiera en tu sitio —bromeó el viejo.

Adán bufó y miró a sus hermanos, quienes no estaban por la labor de enzarzarse en una discusión que no llevara a ninguna parte. Por fin, después de unos segundos de silencio, Diego se deshizo de su pequeña mochila y extrajo de ella los santos óleos.

—¿Está preparado? —le preguntó, a sabiendas de su respuesta afirmativa.

—Sabe que llevo esperando este momento desde hace mucho tiempo.

El sacerdote le hizo la señal de la cruz en la frente y en las manos con el aceite bendecido previamente en la misa crismal, la que se celebra cada año el Jueves Santo, mientras Ben entornaba los párpados para concentrarse en el ritual.

—Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén.

—¿Ya? ¿Y ahora qué? —le preguntó agitado.

—Ahora toca esperar.

—¿Más?

Mara le acercó otra silla que había tomado prestada del salón y Diego se lo agradeció. Se sentó junto al anciano mientras un enfermero entraba para tomarle las constantes. Durante toda la mañana, la habitación se convirtió en un escaparate donde familiares y amigos cercanos entraban para ofrecerles su respeto y se despedían de él con un extraño vacío en las tripas. De vez en cuando se acercaba el médico de la residencia y alguna que otra enfermera para cambiarle los sueros al tiempo que comprobaban su estado general.

—Yo no quería que esto se convirtiera en un desfile —se lamentó el señor Torres a la vez que era aquejado por un ataque de tos—. Deseaba... algo de intimidad. Ya sabe.

—¿A quién espera, Benjamín? —le preguntó el cura con mirada compasiva.

—Usted ya lo sabe. A Emma. La espero a ella, pero todavía no la he visto.

—¿Y si no viene?

El anciano frunció los labios y se retiró la máscara de oxígeno que le impedía hablar con claridad. Clavó su mirada certera en el rostro compasivo del cura y le sonrió antes de hablar:

—Vendrá.

Volvió a ponerse la mascarilla e inspiró repetidas veces como si quisiera absorber de golpe todo el aire que le había sido negado segundos antes. Después, el cansancio consiguió que se sumiera en un profundo sueño, y el sacerdote, en la intimidad, comenzó a rezar un rosario ante la atenta mirada de sus hijos. Solo Mara se atrevió a acompañarlo, junto con dos de sus nietos, ya que el resto prefirió ausentarse durante esos minutos en los que él comulgaba con el Cielo. Al finalizar, Benjamín volvió a abrir los ojos. Esta vez se encontraba algo desorientado, pero al distinguir la mirada honesta del sacerdote, respiró más calmado.

—Pensaba que ya me había ido.

—No sea tan impaciente. Todo lleva su tiempo. Hasta la muerte.

El anciano trató de incorporarse ayudándose de las dos almohadas que tenía en la espalda, giró medio cuerpo y se aceró al cura, a quien le rogó que se acercara un poco más a él.

—Esta de aquí es mi nieta Gara. Se parece mucho a su abuela, tanto que a veces la llamo Emma. —Se humedeció los labios antes de proseguir—: He empezado a contarle la historia porque ella es diferente a los demás. Tiene la misma chispa de Emma. Pero creo que no podré terminarla, y me gustaría que usted se la contase por mí. ¿Me lo promete? —El sacerdote asintió—. Usted consiguió que yo fuera más valiente y me atreviera a desvelar un hecho que no puede ser olvidado. Por favor, escríbalo. Muéstreselo a otros soñadores. No deje que muera.

Diego lo cogió de la mano y apretó los labios con firmeza. Él también había aprendido mucho del viejo. Y, en cierto modo, su vida había cambiado para bien. Había aceptado que los espíritus caminaran entre los vivos para dejar un mensaje, a veces a sus allegados y a veces a quienes quisieran escucharlos. También que toda muerte deja una huella imborrable en el tiempo, y que sus fieles debían reponerse a la herida abierta que había ocasionado la masacre de la iglesia demasiados años atrás. Debían hacerlo caminando juntos, compartiendo el dolor de la pérdida y alimentando la llama de la esperanza. Él lo había comprendido. Había recorrido un camino lleno de espinas y recuerdos dolorosos que lo llevaron hasta esa residencia. A un misterio. A una luz. Y ese insólito hecho le había devuelto la fe en la humanidad.

Las horas transcurrían lentas y Benjamín dormitaba de vez en cuando, para después despertarse acelerado. Sin embargo, a pocos

minutos de la medianoche, cuando abrió los ojos de nuevo para pedir un poco de agua, su viveza había desaparecido. El sacerdote se aproximó al borde de la silla y le buscó el pulso en la muñeca y después en el cuello. Era débil. Demasiado apagado. Entonces, miró a su hijo Adán, quien trataba de descansar en un incómodo sillón que los enfermeros le habían suministrado, y dudó si presionar el botón para avisar al médico.

—Benjamín, Benjamín, ¿me escucha? —le susurró.

—¿Sigue todavía aquí? —le preguntó el viejo con voz quebrada.

—No voy a irme a ninguna parte. Se lo prometí.

El anciano estiró una de las comisuras de los labios y la mantuvo así unos largos segundos.

—Ya... percibo algo...

—¿El qué?

—Un sonido... una canción...

—¿Qué canción? —le preguntó, entre el desconcierto y una creciente curiosidad.

—Una que solía cantar... ¡Emma!

—¿Está aquí? —El sacerdote buscó impaciente rastro alguno de la mujer, alguna señal que le hablase del más allá, que le certificase que su espíritu había irrumpido en la habitación.

Sin embargo, el anciano no le respondió. Su mirada permanecía clavada en algún lugar del techo. Ausente. Maravillada.

Diego se levantó de la silla e inclinó su torso hasta rozar con su oreja la máscara de oxígeno. Entonces escuchó un leve borboteo y pensó que el ruido del aire en el receptáculo contaminaba los sonidos que llegaban a su oído.

—¡Qué guapa estás!

Diego entornó los párpados y colocó su oreja esta vez en el pecho del hombre. Los latidos de su corazón eran demasiado lentos. Acompasados. Benjamín iba a morir. De pronto, percibió un ligero siseo proveniente del otro lado de la habitación. Alzó la cabeza y sus ojos examinaron cada mueble, cada rincón del dormitorio con la esperanza de individuar ese sonido. Entonces, en el espejo atisbó el reflejo de una pequeña esfera dorada. No era muy grande. Apenas tenía el tamaño de una canica.

—Sam..., también has venido..., y eso que fui injusto contigo —continuaba murmurando el anciano.

El cura volvió a posar la mirada en Benjamín y advirtió que su rostro se iluminaba por unos segundos. El viejo sonreía. En ese momento, escuchó el rumor de unas alas batir generosas. Debían ser grandiosas, pues percibió en su piel una leve sacudida que consiguió estremecerlo.

—¿Sam? ¿Puedes oírme? —le preguntó el sacerdote al aire,

ansioso por obtener una respuesta.

—Sí, voy contigo —escuchó musitar a Benjamín.

Entonces, Diego volvió a sujetarle la mano y a entonar un padrenuestro. No llegó a terminarlo, pues el anciano soltó su último suspiro con las campanadas de la medianoche. El sacerdote le apoyó una mano en el pecho y le cerró los ojos al viejo al tiempo que le hacía la señal de la cruz en la frente.

De repente, le pareció escuchar una leve risa. Era femenina. Encantadora. Desvió la mirada hacia el hijo de Benjamín, quien roncaba sin apreciar nada de lo que estaba sucediendo a su alrededor. En ese instante, la ventana se abrió de par en par y una brisa gélida penetró en la habitación hasta erizar el vello del sacerdote. Diego se dispuso a cerrarla mientras escuchaba los quejidos de Adán, quien se había despertado al recibir el impacto de la ráfaga fresca sobre su piel. Sin embargo, él no le prestó atención, ya que, de un momento a otro, descubriría que su padre había fallecido.

El cura prefirió admirar cómo el resplandor inmaculado de una luna llena embriagaba el jardín donde tantas veces había paseado con el señor Torres. Y fue allí, entre los rosales, donde apreció la sombra del viejo olfatear una de las flores antes de caminar hacia el haz de luz. Diego sonrió para sus adentros, pues a su lado lo acompañaban dos figuras más. Antes de que los tres se desvanecieran en esa noche oscura, el sacerdote volvió a escuchar el sonido de unas alas al desplegarse.

Y entonces fue consciente del gran acontecimiento que Benjamín le había regalado. Y supo que él ya era feliz.

FIN

Tu opinión nos importa

Llegados a este punto nos gustaría pedirte que, si puedes y lo deseas, no olvides dejar tu valoración en cualquier plataforma para contarnos tus impresiones. Gracias a eso podremos mejorar y ayudarás a muchos autores.

Tu opinión sí nos importa.

Muchísimas gracias.

Entre Libros Editorial

Biografía de la autora

Nacida en la isla de Tenerife, licenciada en Artes Escénicas y diplomada en Turismo.

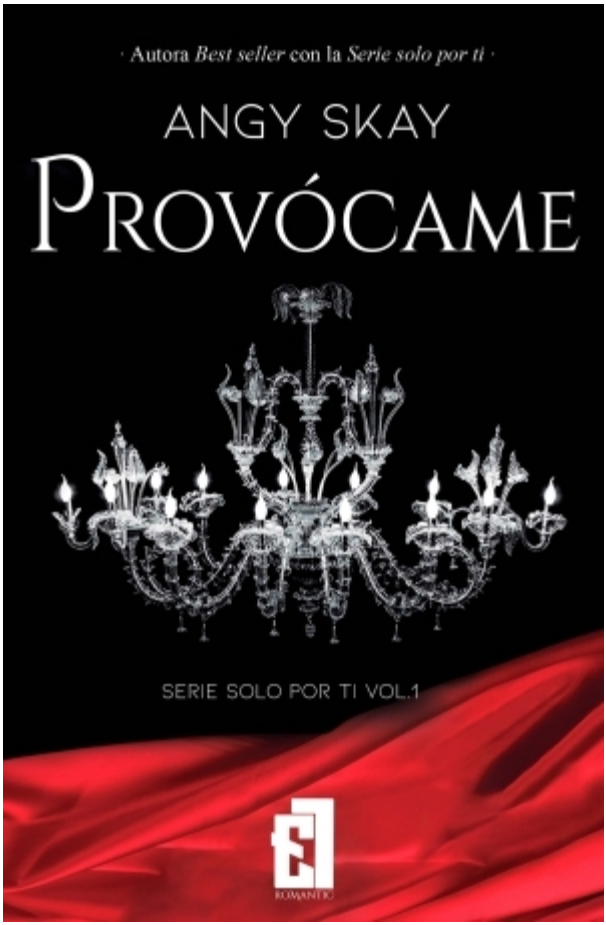
Al obtener el primer premio en el I Concurso de Relato Corto organizado por la Asociación Down Burgos con *Mi Príncipe Chino* en 2015, decidí abrir esos cajones viejos donde había guardado mis obras y sumergirme en la hazaña de ser escritora. En el 2018 fui finalista en el concurso de novela juvenil convocado por la editorial Entre Libros Editorial con *La Tienda de los Cuentos de Hadas*, el primer volumen de la trilogía de fantasía Crónicas de Silbriar. Este título fue seleccionado en el festival del Ciif Market 2019 de Tenerife para su posible producción audiovisual. Le suceden la publicación de las otras dos novelas que la componen: *La Reina en el Castillo de Arena* y *El Guardián de la Capa Olvidada.*

En la primavera del 2020 publiqué *El Despertar de la Bruja de Hielo*, el primer libro de una trilogía de fantasía paranormal llamada Cazadores de Leyenda*,* que también fue seleccionado por el festival del Ciif Market en 2021. Después llegó *El Cazador que luchó contra el Viento*, y publiqué el último volumen de estas aventuras sobrenaturales: *El Demonio nacido de la Tierra* en 2022. Ese año, por tercera vez consecutiva, fui seleccionada para la posible adaptación audiovisual de la trilogía completa de Cazadores de Leyenda.

Notas

[←1]

Expresión canaria que puede emplearse con un tono descalificativo para decirle a alguien «tonto» o «payaso».


· Autora *Best seller* con la *Serie solo por ti* ·
ANGY SKAY
PROVÓCAME
SERIE SOLO POR TI VOL.1
ROMANTIC

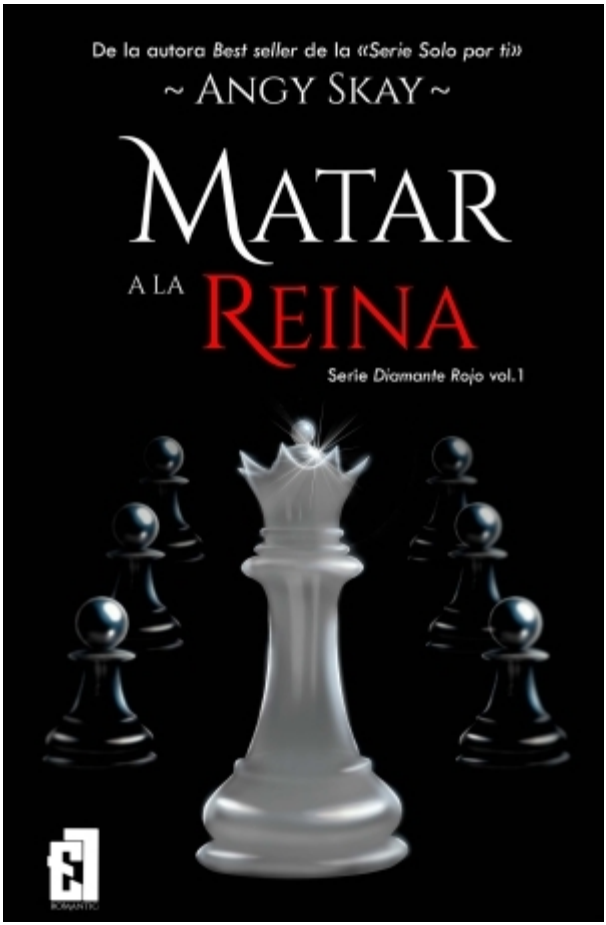
Provócame

Skay, Angy
9788494383212
494 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué hacer cuando el destino te pone a prueba?
¿Serias capaz de sacrificar a otra persona por ti?
¿De destrozar su vida?
El irresistible y misterioso **Bryan Summers** se trasladará a Marbella para cerrar un trato e, inevitablemente, **Annia Moreno**, una mujer que trabaja como personal *shopper* en la ciudad malagueña, se cruzará en su camino haciendo que todas sus alarmas exploten. La palabra "peligro" aparecerá reflejada en ella, pero él será incapaz de cejar en sus empeños por conquistarla, hasta que poco a poco descubra el camino de espinas que deberá de atravesar. Lujuria, desenfreno y un oculto pasado lleno de dolor crearán una mezcla explosiva entorno a su historia prohibida. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame, el primer volumen de la Serie Solo por ti.
¿Te atreves a provocarme?

Cómpralo y empieza a leer


De la autora Best seller de la «Serie Solo por ti»
~ ANGY SKAY ~
MATAR
A LA
REINA
Serie Diamante Rojo vol.1

Matar a la Reina

Skay, Angy
9788417160661
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

· ***Bienvenido al mundo de la reina de los villanos*** ·
Las alegres Navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien a quién creía de su familia le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida.

En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante.

En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos.

Matar a la Reina es la primera parte de la serie *Diamante Rojo*, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos.

En esta ocasión, **"El objetivo, eres tú".**

Cómpralo y empieza a leer

· De la autora superventas ·
Te robé un beso
ANGY SKAY
SERIE
¿TE ATREVES
A QUERERME?
VOL.1

Te robé un beso

Skay, Angy
9788494383274
333 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sara Martínez tiene veintinueve años. Es soltera, una mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga; Patricia.

César Fernández tiene treinta años. Es soltero, de mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de suerte".

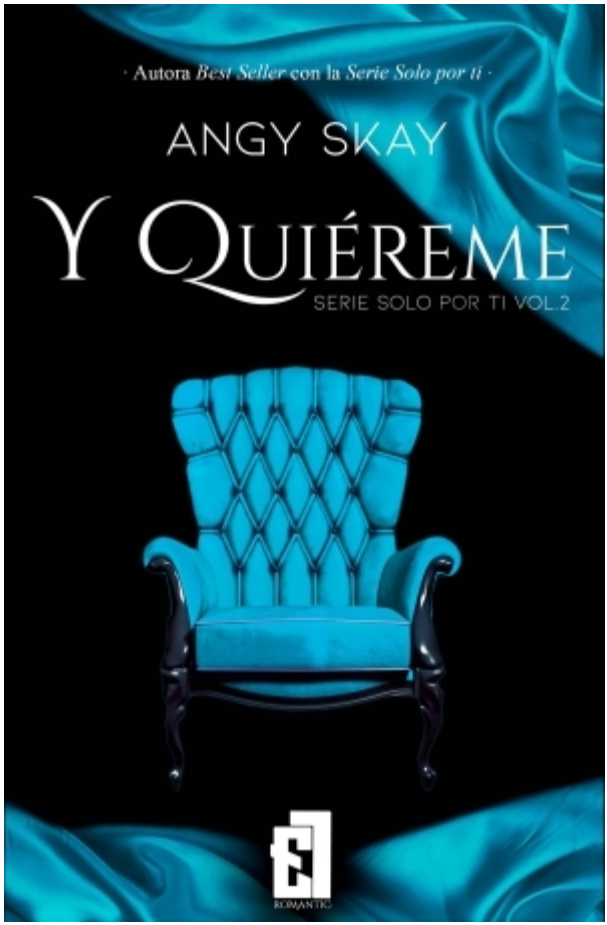
Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba.

¿Podrá un **ladrón** de corazones **robarle** un **beso** y derribar las barreras de su **corazón**?

Comienza la serie ***¿Te atreves a quererme?***

Y tú, ¿te atreves a empezarla?

Cómpralo y empieza a leer


· Autora Best Seller con la Serie Solo por ti ·
ANGY SKAY
Y QUIÉREME
SERIE SOLO POR TI VOL.2
ROMANTIC

Y quiéreme

Skay, Angy
9788494383229
460 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja.
Detalles que cuando salen a la luz atormentan. Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola fuera de lugar?
Conoceremos a Annia por completo, sin embargo, ¿qué pasa con Bryan? Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos, demasiadas dudas.
Tras el impresionante Provócame, llega la esperada segunda parte de la Serie Solo por ti. *¿Podrás quererme?*

Cómpralo y empieza a leer

· Autora *Best Seller* con la *Serie Solo por ti* ·

ANGY SKAY

INCÍTAME

El secundario más deseado de la ***serie Solo por ti***

SERIE SOLO POR TI VOL.4

ROMANTIC

Incítame

Skay, Angy
9788494436277
444 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El **atractivo e irresistible** Máximo Collins viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan Summers, esconde su identidad junto a su familia.

En ese trayecto casi atropella a una mujer de ojos negros como la noche y, aparentemente de lengua afilada. Pero lo que Max desconoce, es que esa mujer es una heroína.

Tras la apariencia de hombre divertido, *sexy* y romántico, se encuentra un alma rota, junto a un corazón desintegrado que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado.

Un último amor, una familia oculta y un trauma persistente provocarán que los días de Máximo Collins sean un calvario difícil de resolver.

¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?

Cómpralo y empieza a leer